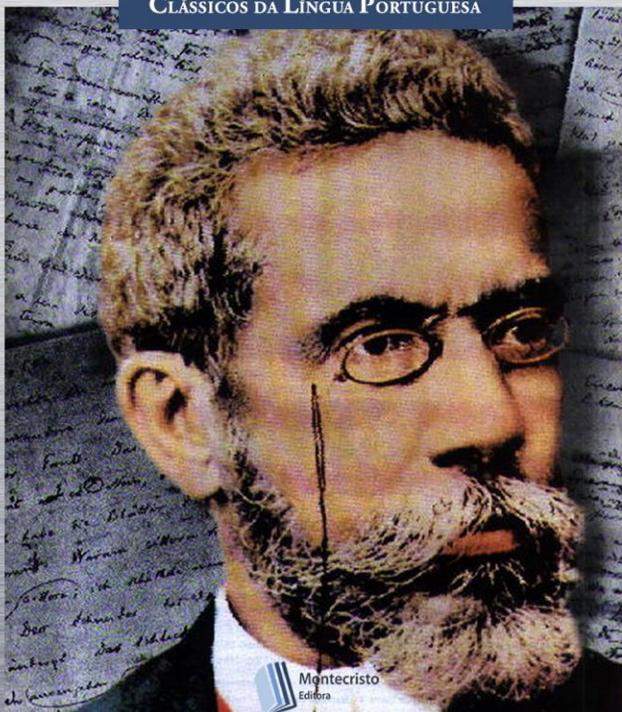


MACHADO
DE ASSIS

MEMÓRIAS PÓSTUMAS DE BRÁS CUBAS

CLÁSSICOS DA LÍNGUA PORTUGUESA



Montecristo
Editora

Joaquim Maria Machado de Assis

Memorias póstumas de Blas Cubas

Edición conmemorativa 70 Aniversario

Título original: *Memórias póstumas de Brás Cubas*

Joaquim Maria Machado de Assis, 1881

Traducción: Antonio Alatorre

Introducción: Lucía Miguel Pereira

Notas: Antonio Alatorre & Pero de Botelho

Introducción

No son, por fortuna, pocos los grandes hombres de origen humilde, ni —en países de población mestiza— los mulatos ilustres, ni los autodidactos de gran cultura, ni los individuos que, a despecho de su salud precaria, producen una obra abundante, ni los burócratas con ribetes de artistas, ni los tímidos que se consiguen imponer; pero cuando todo esto se reúne en una sola persona es de suponer que, para que se armonicen tantos elementos adversos, haya sido contradictoriamente dotada. Éste es el caso de Machado de Assis, la máxima figura de la literatura brasileña, cuyo enigma aún no ha sido descubierto, y tal vez no lo sea jamás. Tanto como su obra, su personalidad sugiere dudas e interrogaciones, cambia de aspecto según el ángulo desde el que se la contempla y se vela con reticencias e indecisiones.

La generación que sobrepasa hoy los cincuenta años recuerda haberlo visto, a principios de siglo, conversar por la tarde en la Librería de Garnier, que aún existe, en la *Rua do Ouvidor*; el cuerpo, alto y delgado, dentro de un frac oscuro, el gesto lento, la palabra rara —seguramente para disimular su tartamudez—, la actitud pulida y reservada se aliaban perfectamente con su condición de presidente de la Academia Brasileña de Letras y de director general del Ministerio de Comunicaciones. Todo en él concordaba con la gravedad del hombre distinguido y del alto funcionario, hasta el hecho de que ocultase bajo la barba y los bigotes grisáceos los signos más evidentes de su condición de mulato. Y nada en él ofrecía el vigor de los que se hacen a sí mismos, el ímpetu de los victoriosos, o la lucidez, rayana en el cinismo, con que examinaba en sus libros hombres y hechos. Siendo un inadaptado —inconforme con la suerte que le impusiera el nacimiento, inconforme con las miserias de la condición y de la naturaleza humanas—, su aspecto era el de un hombre perfectamente bien hallado.

Ciertamente que, en los misterios de su ser más íntimo, que siempre ocultó, se hallaría el motivo de esa disparidad, de ese don de no dejarse afectar, al menos visiblemente, por las vicisitudes. Pero todo cuanto las circunstancias influyen en el carácter podrá ser explicado en su comportamiento por los sucesos de su vida.

En nombre del emperador niño Pedro II, gobernaba el Brasil el regente Araújo Lima cuando nació, el 21 de junio de 1839, Joaquim Maria Machado de Assis, que fue bautizado el 13 de noviembre siguiente. Es del mayor interés registrar esta circunstancia, ya que, además de establecer la identidad del futuro

escritor, lo supedita de algún modo al destino. Hijo del mulato Francisco José de Assis, pintor y dorador de oficio, y de la portuguesa Maria Leopoldina Machado de Assis, tuvo por madrina a doña Maria José de Mendonça Barroso, viuda de Bento Barroso, que fue brigadier, senador y dos veces ministro, y por padrino al funcionario del Palacio Imperial Joaquim Alberto de Sousa de la Silveira, comendador de la Orden de Cristo y oficial de la Orden Imperial del Crucero. La capilla de la *Senhora do Livramento*, donde se celebró la ceremonia, era un santuario privado, lujo de que entonces gozaban algunas casas ricas, y formaba parte de la vieja *Quinta do Livramento*, residencia de la madrina.

En ese primer documento de su existencia ya aparece Machado de Assis como repartido entre la clase popular, a la que pertenecía por el nacimiento, y la aristocracia, a la cual (si, en efecto, representaba a la gente mejor) debería pertenecer por su valor moral e intelectual. Tal dualidad justifica en buena parte su modo de ser: esa extraña mezcla de ambición y de respeto a las jerarquías sociales, de relativismo y de pesimismo, sus actitudes convencionales y su libertad interior.

Según la tradición, sus padres pertenecían en cierto modo a la *Quinta do Livramento*, esto es, eran personas que, aun siendo libres, se hallaban ligadas por lazos no sólo afectivos sino también económicos a unas familias opulentas que los protegían. De cualquier manera, es indudable que convivió de niño con su madrina, cosa que ciertamente contribuyó a infundirle cierta atracción hacia los ambientes distinguidos y también a hacerle sentir la igualdad fundamental de los hombres. Debe de haber tenido gran importancia en su formación esa infancia pasada en un hogar modesto, pero a la sombra de la Quinta señorial, cosa que evocaría más tarde, refiriéndose al “incentivo de la vida refinada” y a las “costumbres hidalgas”.

Se sabe muy poco acerca de los primeros años del novelista; por el tono nostálgico con que se refiere frecuentemente en su obra a la colina del *Livramento* y a los alrededores, debieron de ser felices. Perdió pronto a su única hermana y a su madre, debiendo de serle muy consolador en tales momentos el cariño de la madrina. Después, el padre volvió a casarse, y la madrastra, pobre mulata de gran corazón, fue para el niño una segunda madre, con la que se quedó solo en el mundo, cuando, pocos años más tarde, falleció Francisco José. Tal vez hubiera muerto ya por entonces la madrina, pues consta que fue muy difícil la situación de la viuda y del huérfano, consagrados entrambos a los más humildes menesteres para poder subsistir. Cómo halló Machado de Assis medios y modos de estudiar, mientras se ganaba duramente la vida, es hoy cosa imposible de esclarecer. Parece ser que fue algún tiempo a la escuela, viviendo aún su padre; que encontró en un

panadero francés —de los muchos que había entonces en Rio— un profesor gratuito de esa lengua, y que frecuentó las bibliotecas públicas. Son, y no podría ser de otro modo, vagas e imprecisas las huellas de ese pobre muchacho perdido en aquel Rio imperial, con olorosas quintas y pregones cantarines, que después evocaría en sus libros. Por confesión suya sólo se sabe que fue preceptor suyo, por su propia voluntad, el padre Silveira Sarmiento, cura de la capilla de la Quinta de la Buena Vista, el palacio del emperador. Así, por segunda vez, se aproximaba en cierto modo el joven mestizo a los grandes de la tierra y recibía sugerencias e impresiones que tal vez influyeran en él para siempre.

Pero ya antes de haber aprovechado las lecciones de dicho sacerdote, había comenzado a escribir el adolescente, que un adolescente era aún Machado de Assis cuando publicó, en enero de 1855, su primer poema: *Ela*. Lo dio a la estampa en la *Marmota Fluminense*, “diario de modas y variedades”, fundado y dirigido por Francisco de Paula Brito, hombre emprendedor y generoso, en cuya librería se reunían políticos e intelectuales de nota, junto con muchachos que soñaban en dedicarse a la literatura. Quizá por mediación de Paula Brito obtuviese Machado de Assis su primer empleo público: el de tipógrafo de la Imprenta Nacional, administrada antaño por Manuel Antônio de Almeida, el autor de las *Memorias de un sargento de milicia*, que no tardó en descubrir en aquel operario un valor que estaba muy por encima de sus funciones. Redactor del *Correio Mercantil*, uno de los mejores periódicos de la corte, hizo llamar poco después a Machado de Assis, como corrector de pruebas, labor que por entonces desempeñaba en la tipografía de Paula Brito. Con tan modesta situación es de suponer que el muchacho supo imponerse a los periodistas que iba conociendo, pues poco después fue nombrado redactor del *Diário do Rio de Janeiro*, diario de gran importancia política, donde escribía, además de artículos y crónicas de índole literaria, la reseña de las sesiones del senado.

Como cámara vitalicia, comprendía éste las figuras más representativas de la realización que las tentativas de un Parlamento a la inglesa y el influjo de la austeridad de Pedro II inspiraron a los hombres del Segundo Reinado. “Para apreciar bien mi impresión ante aquellos hombres, que veía allí juntos todos los días —escribió posteriormente Machado de Assis en un ensayo justamente famoso—, es preciso no olvidar que no pocos de ellos eran contemporáneos de la Mayoridad, alguno de la Regencia, del Primer Reinado y de la Constituyente. Habían hecho o visto hacer la historia de los tiempos iniciales del régimen, y yo era un adolescente asustado y curioso; hallábales un aspecto particular, entre marcial y triunfante; los veía un poco como hombres y otro poco como institución.” Aunque no se humilló ante los senadores el representante de un periódico liberal y de

oposición, la dignidad que los revestía era aún más majestuosa para el mozo criado libremente en el arroyo, donde los negros semidesnudos se apartaban para dejar paso a los carruajes de las damas ricamente ataviadas. “Las visiones valen lo mismo que la retina en que se producen”, observó Machado de Assis; en la suya, efectivamente, todas aquellas imágenes tenían un doble sentido, e impresionaban al mismo tiempo al mestizo que iba ascendiendo de clase y al disector de almas para quien la vida fue sobre todo un espectáculo, un triste espectáculo que provocaba la repulsa más que el aplauso.

Después de unos años de periodismo activo, con un nombre ya conocido y respetado, ingresó Machado de Assis en la burocracia, donde avanzó serenamente, de puesto en puesto, como funcionario modelo, atento y meticulado. Alcanzando la ascensión social que tan firmemente emprendiera, entró definitivamente en la burguesía. Su casamiento con una señora portuguesa de buena familia y dotada de las más excelsas virtudes, doña Carolina Augusta Xavier de Novais, compañera perfecta durante treinta y cinco años, consolidó su emplazamiento en el mejor medio social del país. Machado de Assis obtuvo todo cuanto un escritor puede desear, y su felicidad hubiese sido completa si no le hubiera atormentado una enfermedad implacable: la epilepsia, de cuyas traicioneras acometidas nunca se libró. Fue rápida y relativamente fácil la victoria de este hombre que sólo en sí mismo, en su vocación literaria y también en su paciente labor, buscaba los medios de vencer. Esto no obstante, y aunque sus extraordinarias dotes personales le simplificaran la lucha, la carrera de un mestizo en una sociedad como la de entonces exigía no sólo un inmenso dispendio de energía sino también un profundo esfuerzo de adaptación.

En el caso de Machado de Assis, que desde niño debió de tener los ojos puestos muy por encima de la clase en que nació, esa adaptación, aparentemente completa y como espontánea en el hombre, tenía que dejar en el literato la huella de los sacrificios que le costó. En efecto, aunque empezó a escribir pronto, sólo en la madurez se atrevió a ser completamente sincero, expresando con libertad su concepto de la vida y de la naturaleza humana. Indudablemente se distinguió desde un principio por la nitidez y originalidad del estilo, por la seguridad en la creación de los caracteres y por la agudeza incisiva de la observación. En un momento en que el romanticismo imperaba aún en todas las obras, con sus hipérboles sentimentales y su idolatría por la naturaleza, él supo reprimirse y ser preciso; supo —el primero entre nosotros— dar mayor valor a las reacciones psicológicas de sus personajes que al cuadro en que se movían. Pero esas cualidades, más bien esbozadas que logradas, casi se diluyen en el convencionalismo de la intriga y en la elección de los tipos, porque solamente de

los altos círculos, de la gente rica y de sus casos amorosos se quiso ocupar este muchacho que no pertenecía a tal ambiente, y que por contemplarlo con largueza y ojos ambiciosos lo juzgaba más fino e interesante.

Aunque se inició como poeta —y tenía ya escritos en aquella época, sin referirnos a los que creó en su vejez, algunos buenos poemas—, Machado de Assis fue, no obstante, sobre todo, un prosista, y en la prosa, siendo un cronista admirable y un crítico clarividente, nada superó a la literatura de ficción. En 1863 —esto es, a los veinticuatro años— publicó sus primeros cuentos, que vieron la luz en el *Jornal das Famílias*, revista mensual que, como su nombre indica, estaba dedicada particularmente a las mujeres. En esas historias de amor, vividas por damas elegantes, todo ofrece el aspecto convencional que de la clase dominante debía de tener el joven autor. Por eso, y pese a sus notables recursos expresivos y a sus certeras observaciones psicológicas, tienen algo de irremediabilmente artificial, unos matices románticos postizos. Lo mismo puede decirse de las novelas que dio a la estampa años más tarde, y aún con mayor razón de su teatro, género que nunca llegó a dominar del todo. Insistiendo incesantemente en conflictos sentimentales que se desarrollan en ambientes exquisitos, Machado de Assis sólo deja patente un punto de vista propio: la importancia de la jerarquía social. En el fondo, la mayoría de los temas de esa primera fase suya se reduce a la lucha entre el individuo marginal, como diríamos hoy, y los prejuicios de la clase dominante. Pero nada descubre en la evocación de tantas barreras injustas el resentimiento de un hombre que tuvo que haber tropezado con ellas; por el contrario, una resignada y como respetuosa aceptación de los hechos empequeñece el sentido de lo que hubiera podido ser una denuncia y se reduce a una simple comprobación.

¿Será precipitado suponer que las condiciones de su existencia, el trato desde la niñez con gente hidalga, aliándose a una natural inclinación a la reserva y a la exquisitez, formasen para Machado de Assis una especie de cobertura de conformidad a la que se amoldó tan bien?

Sin embargo, en lo más hondo de ese hombre discreto y tímido, de ese burócrata apegado a las fórmulas, había un observador implacable, un ineludible descubridor de las artimañas del destino, un negador libérrimo de todos los convencionalismos. Ya había cumplido los cuarenta años cuando, con las *Memorias póstumas de Blas Cubas*, dejó al fin ver todo cuanto en su intimidad fermentaba. Esta actitud tardía, comparada con su vocación precoz para el cultivo de las letras y con la madurez de su espíritu, patente en sus poesías y en sus crónicas, parece indicar que algún agente externo había maniatado al novelista. Y lo que pudo sofocar así su poder creador, ¿serían los prejuicios sociales actuando sobre el temperamento

timorato de un mestizo que iba ascendiendo de clase? Sólo después de consolidada su posición en el medio al que tanto ansió siempre pertenecer pudo conseguir el equilibrio y la confianza indispensables para la completa expansión de sus facultades de narrador. Desde luego, cabe suponer que no entró en su actitud ningún cálculo deliberado, sino que, por el contrario, fue él mismo, aún más que sus libros, víctima de una cohibición que afectaba toda su personalidad.

Para entender cumplidamente a Machado de Assis es necesario no olvidar que pertenecía a la más baja escala social, dentro de una sociedad llena de humos de nobleza y de ilusiones sobre sí misma. Nacido en el último año de la Regencia, creció, se educó y se hizo hombre durante el reinado de Pedro II, el cual, guardadas las proporciones, fue para el Brasil lo que fue para Inglaterra el reinado de la reina Victoria. Bajo el impulso de un emperador cuyas efectivas y raras virtudes se acentuaban por una impenetrable gravedad, y teniendo como ejemplo una corte austera, todo el mundo extremaba una opresiva preocupación de decoro, de ser —y sobre todo de parecer— respetable y circunspecto. Quizá fueran artificiales esas perfecciones, que se injertaban en un país nuevo y además en gran parte por desbravar, en una población abigarrada, en su mayoría analfabeta; en una organización social que se asentaba en la barbarie de la esclavitud. Pero no importa, porque existían y señalaban a un pequeño grupo de privilegiados al cual Machado de Assis quería y debía pertenecer, y por eso tenían que influir fatalmente en su espíritu.

Ésta es la razón de las clarísimas diferencias que separan la primera de la segunda fase de su obra, escrita esta última cuando, ya libre de los problemas de los hombres de la clase media, pudo al fin encontrarse a sí mismo y actuar libremente con ese extraordinario instrumento de vivisección que era su capacidad para el análisis. La naturaleza humana no tenía entonces secretos para aquel insaciable e imperturbable observador, y el resultado de tan minuciosas pesquisas fue la pérdida de toda ilusión a propósito de los hombres. Pero a la vez que les mostraba sus miserias, les descubría su desvalimiento, su impotencia en relación con sus propias pasiones y los caprichos de un destino que no podían eludir. Por eso escribió “com a pena da galhofa e a tinta da melancolia”; por eso logró hermanar la fuerza creadora y la lucidez crítica en la admirable síntesis del humorismo.

Cinco novelas —*Memórias póstumas de Brás Cubas*, *Quincas Borba*, *Dom Casmurro*, *Esau e Jacó* y *Memorial de Aires*— y otros tantos volúmenes de cuentos —*Papéis avulsos*, *Histórias sem data*, *Várias histórias*, *Páginas recolhidas* y *Relíquias de casa velha*—, que se suceden durante cerca de treinta años, componen su verdadera

obra, de la cual los primeros libros no habían sido sino simples ensayos. Como un espectador que observase al mismo tiempo el patio de butacas y el trajín de entre bastidores, Machado de Assis estudia, incansablemente, el través de sus personajes, no sólo los actos de los hombres sino también los mal disimulados hilos que mueven a esos pobres fantoches que fingen ser libres. Puede decirse que insistió en repetidas variaciones alrededor de muy pocos temas: la pluralidad e irresponsabilidad de las criaturas, el egoísmo, la vanidad, la ambición, la hipocresía, la avaricia, las vacilaciones de conciencia, las ansias de una perfección irrealizable y la victoria de la apariencia sobre la realidad, o, como él decía, del *yo* social sobre el *yo* natural. Así urdía argumentos simples, que le permitiesen dar el mayor relieve a los menores movimientos psicológicos, a las veleidades, a las intenciones y a los ademanes frustrados, que caracterizan, más que los hechos, a sus personajes. Más analítico que sintético, deteníase con preferencia en las minucias, escudriñando en ellas lenta y gustosamente y complaciéndose en buscarles los aspectos más íntimos. Intercalaba en la acción comentarios que a las veces ocupaban todo un capítulo. Una anécdota, una frase, una simple mirada, le parecían más reveladoras que los sucesos de gran apariencia, y para estudiarlos mejor deteníase en medio de la narración, como si hubiera perdido el hilo de la misma. No podía producirse de otro modo este ser nítido y firme, conducido por quien comparaba la vida con “un torrente perpetuo”, y al hombre con una “errata pensante”, siempre corregida en las sucesivas ediciones que van tirándose en el correr de los años. Él mismo decía que sus libros y su estilo “son como los beodos; se tambalean de derecha a izquierda, andan y se paran, refunfuñan, rugen, ríen a carcajadas, amenazan al cielo, resbalan y caen...”

La primera obra libre y sincera del gran novelista, sus *Memorias póstumas de Blas Cubas*, apenas interesa por su valor literario: es importantísima para comprender la configuración de aquel hombre esquivo. Un crítico que le conocía de cerca vio en este libro “una fotografía de su alma”. Tal vez sea más exacto decir que es un espejo de su visión del mundo.

¿Quién era Blas Cubas, el difunto autor que para redactar sus confesiones escogió la forma humorística de un Sterne o de un Javier de Maistre?

El primero de los tipos morbosos en los que vertió Machado sus propias rarezas de neurópata; una naturaleza compleja, llena de contradicciones, ambiciosa y retraída, displicente y vanidosa, apasionada e indiferente. Comparábase con “un tablado en que se representaran piezas de todo género: el drama sacro, el grave, la comedia alegre, la disparatada farsa, los autos, las bufonadas”. Y él, como en un desdoblamiento de la personalidad, asistía a todas esas obras y veíase vivir. Así

gastó sus días en un autoanálisis disolvente y obstinado.

Era un completo introvertido que, al contacto con la realidad, decía constantemente: “Créanme, lo menos malo es recordar; que nadie se fíe de la felicidad presente; hay en ella una gota de la baba de Caín”. Pero se vengaba de su incapacidad para vivir riéndose del mundo, con “un placer satánico”.

Estas sensaciones también las experimentaba sin duda Machado de Assis, pero de un modo embrionario, pues pudo reaccionar contra ellas en la vida, dejando que sólo se vertieran en los libros. También el sadismo, tendencia puramente intelectual del autor, cunde en el personaje merced a la educación.

Contando la primera infancia de su héroe, el escritor, tan acusado de alejamiento de los problemas sociales, traza, sin digresiones, sin énfasis, la crítica de la organización servil y familiar de entonces. Muestra el mal que hacía la esclavitud a los blancos y a los negros. Sin el negrito Prudencio, que le servía de caballo; sin las negras, como objetos privados de sus judiadas, sin las relajadas costumbres que facilitaba la promiscuidad de las esclavas con los señoritos, Blas Cubas no hubiera sido lo que fue. La devota admiración de los padres le cultivaba, por otro lado, la vanidad. Así, todo contribuía a convertirlo en un perfecto egoísta.

Ya mozo, la revelación del amor fue como “el primer sol, un batir de chapa en el haz de un mundo en flor”, y la sensualidad le dominó enteramente. Rico y de buena familia, conoció todas las facilidades, todos los placeres.

Y por tenerlo todo, y no dejarse dominar por nada, pronto conoció el tedio, “esa flor amarilla, solitaria y morbosa, de un olor penetrante y sutil”.

El tedio, hermano del escepticismo, el tedio del héroe y del autor es el personaje central del libro. Nada conduce a nada. ¿Para qué vivir? Entonces surge una voluptuosidad nueva: “la voluptuosidad del aborrecimiento”. Faltándole sentido a la vida se desea “lanzarse al abismo de lo inexplicable”. En ese plano se confunden Machado y Blas Cubas.

Los sucesos del libro se arrastran y pasan sin significar cosa alguna. Son casos fortuitos, simples episodios. La propia Virgilia, la Virgilia de brazos tentadores, podía no haber existido, y su amante hubiera sido el mismo hastiado y extravagante Blas Cubas.

Todo es secundario; lo esencial se cifra en esta interrogación: ¿para qué vivir? Y al placer satánico de comprobar la inanidad de todo; el hombre no es más

que un juguete del destino; no influye en los acontecimientos de su existencia. Todo depende de la oportunidad. ¿Por qué fue preferido Blas Cubas ante su rival, como novio, y amado por Virgilia ya casada? ¿Por qué acabó en aburrimiento su amor?

Porque el hombre no constituye un todo, sino que es una "errata pensante", que se subsana continuamente, sin saber cómo ni por qué. Andando a ciegas entre los misterios que le rodean sólo le queda un recurso: "la afirmación desdeñosa de su libertad espiritual", el don de reírse, con una risa helada e irónica, del absurdo de la vida.

Es lo que hacen Cubas y Machado, entre dos bostezos de tedio. Se colocan al margen de la existencia, la analizan, la critican con el "inmensurable desdén de los muertos". Desdén que los lleva a mofarse del lector, a detenerse de pronto, cuando iban a explicar mejor su punto de vista, a darle un papirotazo, si no descubre la intención oculta. Dicen y se desdican, se vuelven atrás, hablan a medias palabras con la cautela del que no quiere contar la historia totalmente; corrigen lo que anticipan con sus reticencias, obligan a leer entre líneas, y ríen silenciosamente con su "risa filosófica, desinteresada, superior", imaginando los quebraderos de cabeza que sufrirá el que tenga que descifrarlos.

Algunas veces, esto no obstante, en una figura secundaria, Machado de Assis expone sin rebozo su concepto de la vida. Tal hace en la figura de doña Plácida: "Así pues, el sacristán de la catedral, ayudando un día a misa, vio entrar a la mujer que había de ser su colaboradora en la vida de doña Plácida. La vio otros días, durante semanas enteras, gustó de ella, le dijo alguna frase ocurrente y le pisó el pie al subir a los altares, en los días de fiesta. Como él era también de su agrado, acercáronse y amáronse. De tal conjunción de perezosas lujurias nació doña Plácida. Es de suponer que ésta no hablaría aún cuando nació; pero si hubiera hablado podía haber dicho a los autores de sus días: 'Aquí estoy. ¿Para qué me llamasteis?' Y el sacristán y la sacristana le hubieran naturalmente contestado: 'Te llamamos para que te quemaras los dedos en las cazuelas y los ojos en la costura, para comer mal o no comer; andar de un lado para otro, en la faena, enfermando y sanando, con el fin de enfermar y sanar otra vez, triste unas veces, desesperada otras, en ocasiones resignada, pero siempre con las manos en las cazuelas y los ojos en la costura, hasta acabar un día en el lodo o en el hospital; para eso te llamamos en un momento de simpatía' ".

Blas Cubas descubre otro fin a la vida de doña Plácida: ser útil a sus amores con Virgilia, informándole de cuanto acontece en casa de Gamboa. Pero ¿tuvieron

a su vez esos amores algún sentido? Aunque proporcionaran a los amantes varios momentos de placer, pasaron sin dejar en ninguno de ellos mayores vestigios. Virgilia nació, sin duda, para ser bella en su juventud, traicionar al primer novio con el futuro marido, y a éste, después del casamiento, con aquél, casi sin darse cuenta de lo que hacía, con un amoralismo ingenuo; y más tarde envejecer y morir sin haber sospechado siquiera que existe, para clasificar las acciones humanas, un código del bien y del mal.

¿Y Blas Cubas? Éste, si hubiese hecho a sus padres la misma pregunta que doña Plácida, hubiera oído decir seguramente que había venido al mundo para atormentar a los esclavos, ser sonsacado por Marcela, hacer sufrir a la pobre Eugenia, traicionar al marido de Virgilia, rumiar algunas reflexiones cínicas y retirarse “tarde y aborrecido del espectáculo”.

Entonces ¿para qué nacieron? Para obedecer a una fuerza “que no es tan sólo la vida, sino también la muerte”, la implacable naturaleza, cuya única ley es el egoísmo. Para ella el individuo no vale nada; representa un minuto apenas, pasajero pero indispensable para el tiempo eterno. Hace surgir al hombre para que sirva a la “obra misteriosa con que entretiene su necesidad de vida y su melancolía del desamparo”. Y, para atarlo a su destino, le hace amar la existencia, aunque sea miserable, y le ofrece el goce voluptuoso de tratar de “descifrar la eternidad”. Sólo esto concede al hombre, que se venga con la única reacción de que es capaz: con la de reírse de sus tormentos.

Esto es lo que hacen Blas Cubas y su creador, incluyendo la comedia de lo cotidiano en la tragedia de los fines últimos y ridiculizando con la mezquindad del hecho diario esa vida de la que no les deja disponer a su gusto una diosa monstruosa. Tal deidad, personificación “de la impasibilidad egoísta, de la sordera eterna, de la voluntad inmóvil”, es, en suma, “el principio universal, repartido y resumido en cada hombre”.

La escasa unidad de esta novela, cuya narración caprichosa, zigzagueante, se enrolla en torno de una figura varia y tornadiza, se compensa así por el prurito inquisitivo que se advierte entre líneas. Los hechos importaban poco a Machado de Assis, pero le apasionaba su sentido —o su falta de sentido—. Ya se le acusó de indiferencia, y es posible que las grandes acciones, los grandes sentimientos, le dejaran frío, y es evidente, por ejemplo, la falta de emoción con que narra la muerte y los dolores de sus personajes. Pero désele un caso, aparentemente simple, en el que se vislumbre alguna honda propensión del alma, alguna reacción reveladora de tendencias por lo general adormecidas, o uno de esos lazos que el

destino tiende a los hombres, y es un placer verle saborear el misterio, e ir lentamente, voluptuosamente, desentrañando su significado; poniendo en ello toda su atención, toda su finura penetrante, su gozo y su delicia. Nada más existía para él: sólo la pasión de descubrir lo encubierto, de sondar lo insondable, de inquirir en lo vedado a los hombres. La interpretación, las lecciones morales que por ventura se pudiesen segregar, pasaban a segundo plano: lo importante era únicamente mirar, oler, palpar, sentir de todos los modos la verdad. Si hubo un lascivo intelectual lo fue sin duda nuestro Machado de Assis; un lascivo que quedaba absorto en la contemplación de un movimiento instintivo, como otros ante una bella aunque perversa mujer.

Algunas veces recalcó con la sátira sus trazos; otras veces se dejó llevar por la fantasía. Pero, por lo común, se atiene a la realidad, evoca la vida de la familia, las costumbres de la época y alguno que otro acontecimiento político. Por eso, aun siendo un espíritu universal, de cara a los aspectos esenciales de la naturaleza humana, análogos en todas las latitudes, puede ser considerado como el novelista del Rio de Janeiro de su tiempo.

Pero, en su obra, el carácter documental es un subproducto, procedente de la necesidad de situar los conflictos eternos dentro de las circunstancias que les condicionan las resoluciones. Pone en escena a la gente carioca, porque era la que conocía; pero lo que le interesaba en ella era el hombre permanente, con las miserias inherentes a su condición y a su grandeza única, que, como Pascal, le reconocía, y el no dejarse engañar del todo, sino raciocinar y descubrir el juego del destino.

Sólo los momentos en que el individuo afronta la suerte, y se debate con ella, son los que atraen a Machado de Assis; instantes fugaces, ya que la trama de la existencia sólo de raro en raro se deja descubrir; por lo común las criaturas se ven envueltas subterráneamente, sin darse cuenta de ello. Esa noción de la discontinuidad de los contactos profundos, de los momentos conscientes, contribuyó a que nuestro escritor se lograra más completamente en el cuento, en el episodio aislado, que en la novela. ¿Y qué son, en último término, estas *Memorias póstumas*, sino una serie de cuentos cosidos por el hilo de los recuerdos de Blas Cubas? Cuentos admirables, que, al cabo, se juntan y completan para formar uno de los libros más ricos de pensamiento que se han escrito en portugués.

Ya como cuentista, ya como novelista, su obra, por la universalidad que alcanzó, por la profundidad de los sondeos psicológicos, por la busca incansable de la verdad, tiene, enaltecida por su valor literario, la marca de un hombre

inquisidor y libre, de un espíritu insumiso, de una personalidad en completo desacuerdo con el hombre tímido que Machado de Assis daba la impresión de ser. Por comodidad, o porque sabía como pocos cuánto cuesta trasponerlas, respetó aparentemente las conveniencias sociales; pero, en lo íntimo de su ser, nada le impedía observar, analizar y juzgar. Vivía en su oficina, en las librerías, en la Academia, pero *nada dijo ni impidió*. “Vulgar cosa es ir a meditar en el yermo. Lo voluptuoso, lo exquisito, es aislarse el hombre en medio de un mar de gentes y palabras, de nervios y pasiones, dándose por alejado, inaccesible, ausente. Lo más que pueden decir, cuando vuelve a sí mismo, esto es, cuando vuelve a sus semejantes, es que cae de la luna; pero el mundo de la luna, ese desván luminoso y recatado del cerebro, ¿qué contiene sino la afirmación desdeñosa de nuestra libertad espiritual?” Fue la “afirmación desdeñosa de su libertad espiritual” lo que Machado de Assis dejó patente en sus libros.

Libros amargos, de quien luchó de cerca con la mezquindad humana; libros tristes, de quien conoció los límites de las aspiraciones humanas; nobles libros, de quien supo hacer de su arte un altanero desafío a los misterios que nos rodean.

Lucía Miguel Pereira

Rio, agosto de 1948

Prólogo de la tercera edición brasileña

La primera edición de estas *Memorias póstumas de Blas Cubas* se hizo por entregas en la *Revista Brasileira*, hacia los años de 1880. Puestas más tarde en libro, he corregido el texto en varios lugares. Ahora que he tenido que verlo de nuevo para la tercera edición, he enmendado todavía alguna cosa, y suprimido dos o tres docenas de líneas. Así compuesta, sale de nuevo a la luz esta obra que parece haber encontrado cierta benevolencia en el público.

Capistrano de Abreu, al dar noticia de la publicación del libro, preguntaba: “¿Son una novela las *Memorias póstumas de Blas Cubas*?” Macedo Soares, en una carta que me escribió hacia ese tiempo, recordaba amigablemente los *Viagens na minha terra*. A lo primero respondía ya el difunto Blas Cubas (como el lector ha visto y verá en el prólogo suyo que va adelante) que sí y que no, que era novela para unos y no lo era para otros. En cuanto a lo segundo, el difunto se ha explicado de esta manera: “Se trata de una obra difusa, en la cual, si bien yo, Blas Cubas, he adoptado la forma libre de un Sterne o de un Xavier de Maistre, no sé si le he agregado alguna sarna de pesimismo”. Toda esa gente viajó: Xavier de Maistre alrededor de su cuarto, Garrett en la tierra propia, Sterne en la tierra de los demás. De Blas Cubas se puede decir quizá que viajó alrededor de la vida.

Lo que hace de mi Blas Cubas un autor particular es lo que él llama “sarna de pesimismo”. Hay en el alma de este libro, por más risueño que parezca, un sentimiento amargo y áspero, que está lejos de venir de sus modelos. Es copa que puede tener labores de igual escuela, pero que contiene otro vino. No digo más para no entrar en la crítica de un difunto, que se pintó a sí mismo y a los demás conforme le pareció mejor y más cierto.

Machado de Assis

Al gusano
que
royó primero las frías carnes
de mi cadáver
dedico
con recuerdo añorante
estas
Memorias póstumas

Al lector

Que Stendhal confesara haber escrito uno de sus libros para cien lectores, cosa es que admira y que consterna. Lo que no admira, ni probablemente consternará, es si este libro no llega a tener los cien lectores de Stendhal, ni cincuenta, ni veinte, sino diez, cuando mucho. ¿Diez? Tal vez cinco. En efecto, se trata de una obra difusa, en la cual, si bien yo, Blas Cubas, he adoptado la forma libre de un Sterne o de un Xavier de Maistre, no sé si le he agregado alguna sarna de pesimismo. Puede ser. Obra de difunto. La he escrito con la pluma de la broma y la tinta de la melancolía, y no es difícil prever qué cosa podrá salir de semejante connubio. Agréguese a esto que la gente grave hallará en el libro unas apariencias de pura novela, mientras que la gente frívola no hallará en él su novela habitual; aquí lo tienes, aquí está, privado de la estima de los graves y del amor de los frívolos, que son las dos columnas máximas de la opinión.

Pero todavía espero atraerme las simpatías de la opinión, y el primer remedio es huir de un prólogo explícito y largo. El mejor prólogo es el que contiene menos cosas, o el que las dice de una manera oscura y truncada. Por consiguiente, evito contar el proceso extraordinario que he empleado en la composición de estas *Memorias*, trabajadas acá en el otro mundo. Sería curioso, pero extenso en demasía, y por otra parte innecesario para la inteligencia de la obra. La obra en sí misma lo es todo: si te agrada, fino lector, me doy por bien pagado de la tarea; si no te agrada, te pago con un papirotazo, y adiós.

Blas Cubas

I

Óbito del autor

Algún tiempo he titubeado acerca de si debía abrir estas memorias por el principio o por el fin, esto es, si pondría en primer lugar mi nacimiento o mi muerte. Aunque el uso vulgar sea comenzar por el nacimiento, dos consideraciones me han inclinado a adoptar un método diferente: la primera es que yo no soy propiamente un autor difunto, sino un difunto autor, para quien la losa sepulcral ha sido otra cuna, y la segunda es que el escrito quedaría así más galano y más nuevo. Moisés, que también contó su muerte, no la puso en el introito, sino en el final: diferencia radical entre este libro y el Pentateuco.

Dicho eso, expiré a las dos de la tarde de un viernes del mes de agosto de 1869, en mi hermosa quinta de Catumby.^[1] Tenía unos sesenta y cuatro años, fuertes y prósperos, era soltero, poseía cerca de trescientos contos^[2] y fui acompañado al cementerio por once amigos. ¡Once amigos! Verdad es que no hubo cartas ni esquelas. Agréguese a esto que llovía, que se colaba una llovizna menuda, triste y constante, tan constante y tan triste que llevó a uno de aquellos fieles de la última hora a intercalar esta ingeniosa idea en el discurso que pronunció al borde de mi fosa: “Vosotros que lo conocisteis, señores míos, vosotros podéis decir conmigo que la naturaleza parece estar llorando la pérdida irreparable de uno de los más hermosos caracteres que han honrado a la humanidad. Este aire sombrío, estas gotas del cielo, aquellas nubes oscuras que cubren el azul como un fúnebre crespón, todo eso es el dolor crudo y malo que roe a la Naturaleza hasta en sus más íntimas entrañas; todo esto es un sublime loor a nuestro ilustre finado”.

¡Bueno y fiel amigo! No, no me arrepiento de las veinte pólizas que le dejé. Y así fue como llegué a la clausura de mis días; así fue como me encaminé hacia el *undiscovered country* de Hamlet, sin las ansias ni las dudas del joven príncipe, sino lento y reposado, como alguien que se retira tarde del espectáculo. Tarde y aburrido. Me vieron ir unas nueve o diez personas, entre ellas tres señoras: mi hermana Sabina, casada con Cotrim; su hija —un lirio del valle—, y... ¡tened paciencia! dentro de poco os diré quién era la tercera señora. Por ahora contentaos con saber que esa mujer anónima, aunque no era parienta mía, padeció más que las parientas. Es verdad, padeció más. No digo que se arrancase los cabellos, no digo que se revolcase por el suelo, convulsa. Tampoco mi óbito era una cosa altamente dramática... Un solterón, que expira a los sesenta y cuatro años, no parece reunir

en sí todos los elementos de una tragedia. Y, suponiendo lo contrario, lo que menos convenía a esa señora anónima era aparentarlo. De pie, a la cabecera de la cama, los ojos estúpidos, la boca entreabierta, la triste señora mal podía creer en mi extinción.

—¡Muerto! ¡Muerto! —decía para sí.

Y su imaginación, como las cigüeñas que un ilustre viajero vio tender el vuelo desde el Iliso hasta las riberas africanas, pese a las ruinas y a los tiempos, la imaginación de esa señora voló también por encima de los estragos presentes hasta las riberas de un África juvenil... Dejadla ir; allá iremos más tarde; allá iremos cuando yo me restituya a los primeros años. Por ahora quiero morir tranquilamente, metódicamente, oyendo los sollozos de las damas, las conversaciones en voz baja de los hombres, la lluvia que tamborilea en las hojas de aro de la quinta y el sonido estridente de una navaja que un amolador está afilando allá afuera, a la puerta de un talabartero. Os juro que esa orquesta de la muerte fue mucho menos triste de lo que podría parecer. Desde cierto punto en adelante llegó a ser deliciosa. La vida se debatía en mi pecho, con unos ímpetus de ola marina, desvanecíase la conciencia, o descendía a la inmovilidad física y moral, y el cuerpo se me hacía planta, y piedra, y lodo, y nada.

Morí de una neumonía; pero si digo que fue menos la neumonía que una idea grandiosa y útil la causa de mi muerte, es posible que el lector no me crea. Voy a exponerle sumariamente el caso. Júzguelo por sí mismo.

II

El emplasto

En efecto, un día, por la mañana, mientras me hallaba paseando por la quinta, se me colgó una idea en el trapecio que yo tenía en el cerebro. Una vez colgada, comenzó a bracear, a pernear, a hacer las más atrevidas cabriolas de volantín que sea posible imaginar. Yo me quedé contemplándola. De pronto, dio un gran salto, extendiendo los brazos y las piernas, hasta tomar la forma de una X: descíframe o te devoro.

Esta idea era nada menos que la invención de un medicamento sublime, antihipocondriaco, destinado a aliviar a nuestra melancólica humanidad. En la petición de privilegio que entonces redacté llamé la atención del gobierno hacia ese resultado, verdaderamente cristiano. Sin embargo, no negué a los amigos las ventajas pecuniarias que debían resultar de la distribución de un producto de tales y tan profundos efectos. Mas ahora que estoy acá, del otro lado de la vida, lo puedo confesar todo: lo que influyó en mí principalmente fue el gusto de ver impresas en los diarios, en los escaparates, folletos, esquinas, y por último en las cajitas del remedio, estas tres palabras: *Emplasto Blas Cubas*. ¿Para qué negarlo? Yo tenía la pasión del ruido, del cartel, de los fuegos artificiales. Tal vez este defecto me lo echen en cara los modestos; confío, no obstante, en que ese talento me lo han de reconocer los hábiles. Así, pues, mi idea ostentaba dos caras, como las medallas, una vuelta hacia el público, otra hacia mí. De un lado, filantropía y lucro; de otro lado, sed de renombre. Digamos: amor de la gloria.

Un tío mío, canónigo de prebenda entera, solía decir que el amor de la gloria temporal era la perdición de las almas, que sólo deben codiciar la gloria eterna. A lo que replicaba otro tío, oficial de uno de los antiguos tercios de infantería, que el amor de la gloria era la cosa más verdaderamente humana que hay en el hombre, y, por consiguiente, su aspecto más genuino.

Decida el lector entre el militar y el canónigo; yo vuelvo al emplasto.

III

Genealogía

Pero ya que he hablado de mis tíos, dejadme hacer aquí un breve esbozo genealógico.

El fundador de mi familia fue un tal Damián Cubas, que floreció en la primera mitad del siglo XVIII. Era tonelero de oficio, natural de Rio de Janeiro, en donde hubiera muerto en la penuria y la oscuridad si solamente hubiese ejercido la tonelería. Pero no: se hizo labrador, plantó, cosechó, permutó su producto por buenas y honradas patacas,^[3] hasta que murió dejando un grueso caudal a un hijo, el licenciado Luis Cubas. En este joven comienza verdaderamente la serie de mis abuelos —de los abuelos que mi familia siempre ha confesado—, porque Damián Cubas era en resumidas cuentas un tonelero, y tal vez un mal tonelero, mientras que Luis Cubas estudió en Coimbra, se distinguió en el Estado y fue uno de los amigos particulares del virrey conde da Cunha.

Oliéndole excesivamente a tonelería este apellido de Cubas, alegaba mi padre, bisnieto de Damián, que dicho apellido le había sido dado a un caballero, héroe en las jornadas de África, en premio de la hazaña que llevó a cabo al arrebatarnos trescientas cubas a los moros. Mi padre era hombre de imaginación; escapó de la tonelería en las alas de un *calembour*. Era una buena persona mi padre, varón digno y leal como pocos. Tenía, es verdad, unos humos de engreimiento; pero ¿quién no es un poco engreído en este mundo? Conviene hacer notar que él no recurrió a la inventiva sino después de probar la falsificación; en primer lugar, entroncóse en la familia de aquel famoso homónimo mío, el capitán-mayor^[4] Blas Cubas, que fundó la villa de São Vicente,^[5] en la cual murió el año de 1592, y ése fue el motivo que tuvo para darme el nombre de Blas. Se le opuso, empero, la familia del capitán-mayor, y entonces fue cuando imaginó las trescientas cubas moriscas.

Viven todavía algunos miembros de mi familia, mi sobrina Venancia, por ejemplo, el lirio del valle, que es la flor de las damas de su tiempo; vive su padre, Cotrim, un individuo que... Pero no anticipemos los sucesos; acabemos de una vez con nuestro emplasto.

IV

La idea fija

Mi idea, después de tantas cabriolas, se había constituido una idea fija. Dios te libre, lector, de una idea fija; antes una paja, antes una viga en el ojo. Ahí tienes a Cavour: fue la idea fija de la unidad italiana la que lo mató. Verdad es que Bismarck no ha muerto; pero hay que advertir que la naturaleza es una grande caprichosa y la historia una eterna cortesana. Por ejemplo, Suetonio nos dio un Claudio que era un necio —o “una calabaza”, como lo llamó Séneca— y un Tito que mereció ser las delicias de Roma. Vino en los tiempos modernos un profesor y halló la manera de demostrar que de los dos césares, el delicioso, el verdadero delicioso, fue el “calabaza” de Séneca. Y tú, madama Lucrecia, flor de los Borgias, si un poeta te pintó como la Mesalina católica, apareció un Gregorovius incrédulo que te apagó mucho esa cualidad, y, si no llegaste a lirio, tampoco quedaste pantano. Yo me mantengo entre el poeta y el sabio.

Viva pues la historia, la voluble historia que da para todo; y, volviendo a la idea fija, diré que es ella la que hace los varones fuertes y los locos; la idea móvil, vaga o cambiante, es la que hace a los Claudios (fórmula Suetonio).

Era fija mi idea; fija como... No se me ocurre nada que sea bastante fijo en este mundo; quizá la luna, quizá las pirámides de Egipto, quizá la difunta Dieta germánica. Vea el lector la comparación que mejor le cuadre, vea y no se quede ahí torciéndome la nariz, sólo porque todavía no llegamos a la parte narrativa de estas memorias. Ya llegaremos. Creo que prefiere la anécdota a la reflexión, como los demás lectores, cofrades suyos, y me parece que hace muy bien. Pues ya llegaremos a eso. Sin embargo, importa decir que este libro está escrito con pachorra, con la pachorra de un hombre aliviado ya de la brevedad del siglo, obra eminentemente filosófica, de una filosofía desigual, ahora austera, luego juguetona, cosa que no edifica ni destruye, no inflama ni congela, y que es sin embargo más que el pasatiempo y menos que el apostolado.

Ya llegaremos; enderece el lector su nariz, y volvamos al emplasto. Dejemos a la historia con sus caprichos de dama elegante. Ninguno de nosotros peleó en la batalla de Salamina, ninguno escribió la confesión de Augsburgo. Por mi parte, si alguna vez me acuerdo de Cromwell, es tan sólo por la idea de que Su Alteza, con la misma mano con que clausuró el Parlamento, habría impuesto a los ingleses el

emplasto Blas Cubas. No os riáis de esta victoria común de la farmacia y del puritanismo. ¿Quién no sabe que, junto a cada bandera grande, pública, ostentosa, hay muchas veces varias otras banderas modestamente particulares, que se yerguen y ondean a la sombra de aquélla, y no pocas veces le sobreviven? Haciendo una mala comparación, es como la ínfima plebe que se acogía a la sombra del castillo feudal; cayó éste, y la plebe permaneció. Verdad es que se hizo potente y castellana... No, la comparación no se presta.

V

En que asoma la oreja una señora

Sino que, cuando estaba ocupado en preparar y retocar mi invento, recibí de lleno un golpe de aire; pronto caí enfermo, y no me cuidé. Tenía el emplasto en el cerebro; traía conmigo la idea fija de los locos y de los fuertes. Veíame a mí mismo, a lo lejos, subiendo del suelo de las multitudes y elevándome al cielo, como un águila inmortal, y frente a un espectáculo tan excelso no hay hombre que sea capaz de sentir el dolor que le punza. Al día siguiente estaba peor; me cuidé por fin, pero incompletamente, sin método, sin atención ni persistencia; tal fue el origen del mal que me trajo a la eternidad. Ya sabéis que morí un viernes, día aciago, y creo haber probado que fue mi invento el que me mató. Hay demostraciones menos lúcidas y no menos triunfantes.

No era imposible, sin embargo, que yo llegase a trasponer la cima de un siglo, y a figurar en las hojas públicas entre los macrobios. Tenía salud y robustez. Supóngase que, en lugar de estar echando los cimientos de un invento farmacéutico, trataba de reunir los elementos de una institución política o de una reforma religiosa. Venía la corriente de aire, que vence en eficacia al cálculo humano, y todo quedaba hecho polvo. Así es la suerte de los hombres.

Con estas palabras me despedí yo de la mujer, no diré más discreta, pero sí con certeza más hermosa entre las contemporáneas tuyas, la mujer anónima del capítulo primero, aquella cuya imaginación, a semejanza de las cigüeñas del Iliso... Tenía entonces cincuenta y cuatro años; era una ruina, una imponente ruina. Imagine el lector que nos amamos, ella y yo, muchos años antes, y que un día, ya enfermo, la veo asomar a la puerta de la alcoba...

VI

Chimène, qui l'eût dit? Rodrigue, qui l'eût cru?

La veo asomar a la puerta de la alcoba, pálida, conmovida, vestida de negro, y quedarse allí durante un minuto, sin ánimos para entrar, o cohibida por la presencia de un hombre que estaba conmigo. Desde la cama en que yacía la contemplé durante ese tiempo, sin atinar a decirle nada ni a hacer gesto alguno. Hacía ya dos años que no nos veíamos, y ahora la veía no tal como era, sino tal como había sido, como habíamos sido ambos, porque un Ezequías misterioso había hecho retroceder el sol hasta los días juveniles. Retrocedió el sol, sacudí todas las miserias, y este puñado de polvo, que la muerte iba a dispersar en la eternidad de la nada, pudo más que el tiempo, que es el ministro de la muerte. Ninguna agua de Juventa hubiera igualado en ese momento la simple añoranza.

Creedme, lo menos malo es recordar; nadie se fíe de la felicidad presente; hay en ella una gota de la baba de Caín. Transcurrido el tiempo y pasado el espasmo, entonces sí, entonces tal vez se puede gozar de veras, porque entre una y otra de esas dos ilusiones mejor es la que se gusta sin dolor.

No duró mucho la evocación; la realidad dominó al punto; el presente desalojó al pasado. Tal vez exponga al lector, en algún rincón de este libro, mi teoría de las ediciones humanas. Lo que importa saber por ahora es que Virgilia — llamábase Virgilia— entró en la alcoba, firme, con la gravedad que le daban sus ropas y sus años, y vino hasta mi lecho. El extraño se levantó y salió. Era un individuo que me visitaba todos los días para hablar del cambio, de la colonización y de la necesidad de fomentar las comunicaciones ferroviarias; nada más interesante para un moribundo. Salió; Virgilia permaneció de pie; durante algún tiempo quedamos mirándonos uno a otro, sin articular palabra. ¿Quién lo diría? De dos grandes enamorados, de dos pasiones sin freno, nada quedaba ya allí, veinte años después; había tan sólo dos corazones marchitos, devastados por la vida y saciados de ella, no sé si en igual dosis, pero en fin de cuentas saciados. Virgilia tenía ahora la hermosura de la vejez, un aire austero y maternal; estaba menos flaca que cuando la había visto, por última vez, en una fiesta de San Juan, en Tijuca;^[6] y, como era de las que resisten mucho, apenas ahora comenzaban los cabellos oscuros a intercalarse con algunos hilos de plata.

—¿Andas visitando a los difuntos? —le dije.

—¡Cómo difuntos! —respondió Virgilia con un mohín. Y después de apretarme las manos—: Vengo a ver si levanto a los flojos.

No tenía la caricia lacrimosa de otro tiempo; pero la voz era dulce y amable. Sentóse. Yo estaba solo, en casa, con un simple enfermero; nos podíamos hablar el uno al otro sin peligro. Virgilia me dio largas noticias de fuera, narrándolas con gracia, con cierto dejo de mala lengua, que era la sal de la conversación; yo, a punto de dejar el mundo, sentía un placer satánico en mofarme de él, en persuadirme de que no dejaba nada.

—¡Qué ideas esas! —interrumpióme Virgilia un tanto enojada—. Mira que no vuelvo ya. ¡Morir! Todos nosotros tenemos que morir; basta que estemos vivos.

Y viendo el reloj:

—¡Jesús! Son las tres. Ya me voy.

—¿Ya?

—Ya; vendré mañana o después.

—No sé si haces bien —repuse—; el enfermo es un solterón y en la casa no hay señoras...

—¿Y tu hermana?

—Vendrá acá a pasar unos días, pero no puede ser antes del sábado.

Virgilia reflexionó un instante, se encogió de hombros y dijo con gravedad:

—¡Estoy vieja! Ya nadie reparará en mí. Sin embargo, para cortar dudas, vendré con Ñoño.^[7]

Ñoño era un abogado, hijo único de su matrimonio, que, a la edad de cinco años, había sido cómplice inconsciente de nuestros amores. Vinieron juntos, dos días después, y confieso que, al verlos allí, en mi alcoba, quedé sobrecogido de una timidez que no me permitió corresponder inmediatamente a las palabras afables del muchacho. Virgilia lo adivinó y dijo a su hijo:

—Ñoño, no hagas caso de ese gran mañoso que está allí; no quiere hablar para hacer creer que está en las últimas.

Sonrió el hijo, creo que yo sonreí también, y todo acabó en pura broma. Virgilia estaba serena y risueña, tenía el aspecto de las vidas immaculadas. Ninguna mirada sospechosa, ningún gesto que pudiera denunciar nada; una igualdad de palabra y de espíritu, un dominio de sí misma, que parecía y tal vez fuesen raros. Como tocásemos, casualmente, el asunto de unos amores ilegítimos, medio secretos, medio divulgados, la vi hablar con desdén y un poco de indignación de la mujer de que se trataba, que era por cierto amiga suya. El hijo se sentía satisfecho, oyendo aquella palabra digna y fuerte, y yo me preguntaba a mí mismo qué dirían de nosotros los gavilanes, si Buffon hubiese nacido gavilán...

Era mi delirio que comenzaba.

VII

El delirio

Que a mí me conste, nadie ha contado todavía su propio delirio; hágalo yo, y la ciencia me lo agradecerá. Si el lector no es dado a la contemplación de estos fenómenos mentales, puede saltar el capítulo; que vaya derecho a la narración. Pero, por menos curioso que sea, siempre le digo que es interesante saber lo que pasó por mi cabeza durante unos veinte o treinta minutos.

En primer lugar, tomé la figura de un barbero chino, panzudo y diestro, que descañonaba a un mandarín, el cual me pagaba mi trabajo con pellizcos y confites: caprichos de mandarín.

En seguida me sentí transformado en la *Summa Theologica* de Santo Tomás, impresa en un volumen y encuadernada en tafilete, con broches de plata y estampas, idea ésta que dio a mi cuerpo la más completa inmovilidad; y todavía ahora me acuerdo que, como mis dos manos eran los broches del libro, las cruzaba sobre mi vientre, pero alguien las descruzaba (Virgilia seguramente), porque la actitud le daba la imagen de un difunto.

Por último, restituido a la forma humana, vi llegar a un hipopótamo, que me arrebató. Me dejó llevar, callado, no sé si por miedo o por confianza; pero, al poco tiempo, la carrera se volvió de tal manera vertiginosa que me atreví a interrogarlo, y con algún arte le dije que el viaje me parecía sin destino.

—Te engañas —replicó el animal—; vamos al origen de los siglos.

Insinué que aquello debería ser extraordinariamente lejos; pero el hipopótamo no me entendió o no me oyó, si no es que fingió una de esas dos cosas; y, al preguntarle, puesto que sabía hablar, si era descendiente del caballo de Aquiles o de la burra de Balaam, me contestó con un gesto peculiar de estos dos cuadrúpedos: meneó las orejas. Por mi parte cerré los ojos y me dejé llevar a la buena de Dios. Ahora ya no se me da nada confesar que sentía ciertas cosquillas de curiosidad por saber en dónde quedaba el origen de los siglos, si era tan misterioso como el origen del Nilo, y sobre todo si valía algo más o menos que la consumación de los mismos siglos: reflexiones de cerebro enfermo. Como iba con los ojos cerrados, no veía el camino; me acuerdo tan sólo de que la sensación de

frío aumentaba con la jornada, y de que llegó un momento en que me pareció entrar en la región de los hielos eternos. En efecto, abrí los ojos y vi que mi animal galopaba por una llanura blanca de nieve, con una que otra montaña de nieve, vegetación de nieve y varios animales grandes y de nieve. Todo nieve; llegaba a helarme un sol de nieve. Intenté hablar, pero apenas pude gruñir esta pregunta ansiosa:

—¿En dónde estamos?

—Ya pasamos el Edén.

—Bien; paremos en la tienda de Abraham.

—¡Pero si estamos caminando hacia atrás! —repuso en son de burla mi cabalgadura.

Quedé avergonzado y aturdido. La jornada empezó a parecerme enfadosa y extravagante, el frío incómodo, la conducción violenta, el resultado impalpable. Y, además —especulaciones de enfermo—, suponiendo que llegásemos al fin indicado, no era imposible que los siglos, irritados porque se violaba su origen, me destrozasen con sus uñas, que debían ser tan seculares como ellos mismos. Mientras esto pensaba, íbamos devorando camino, y la llanura volaba bajo nuestros pies, hasta que el animal se detuvo y pude mirar más tranquilamente a mi alrededor. Mirar tan sólo; nada vi, fuera de la inmensa blancura de la nieve, que ahora había invadido el propio cielo, hasta entonces azul. Tal vez, aquí y allá, se me mostraba una que otra planta, enorme, brutal, con sus anchas hojas agitadas por el viento. El silencio de aquella región era igual al del sepulcro: diríase que la vida de las cosas había quedado muda de estupor ante el hombre.

¿Cayó del aire? ¿Brotó de la tierra? No lo sé; sólo sé que un bulto inmenso, una figura de mujer se me apareció entonces, clavándome unos ojos rutilantes como el sol. Todo en esa figura tenía la inmensidad de las formas selváticas, y todo escapaba a la comprensión de la mirada humana, porque los contornos se perdían en el ambiente, y lo que parecía espeso era diáfano a menudo. Estupefacto, no dije nada, no acerté siquiera a lanzar un grito; pero, al cabo de algún tiempo, que fue breve, le pregunté quién era y cómo se llamaba: curiosidad de delirio.

—Llámame Naturaleza o Pandora; soy tu madre y tu enemiga.

Al oír esta última palabra retrocedí un poco, sobrecogido de miedo. La figura soltó una carcajada, que produjo en torno nuestro el efecto de un tifón; las

plantas se torcieron y un largo gemido quebró la mudez de las cosas externas.

—No te asustes —me dijo—, mi enemistad no mata; se afirma sobre todo por la vida. Estás vivo: no quiero otro azote.

—¿Estoy vivo? —pregunté, clavándome las uñas en las manos, para cerciorarme de la existencia.

—Sí, gusano, estás vivo. No temas perder ese andrajo que es tu orgullo; gustarás aún, por algunas horas, el pan del dolor y el vino de la miseria. Estás vivo: ahora mismo que has enloquecido, estás vivo; y si tu conciencia recobra un instante de lucidez, dirás que quieres vivir.

Al decir esto, la visión alargó el brazo, me asió de los cabellos y me levantó en el aire, como si fuese una pluma. Sólo entonces pude ver de cerca su rostro, que era enorme. Nada más quieto; ninguna contorsión violenta, ninguna expresión de odio o de ferocidad; el rasgo único, general, completo, era el de la impasibilidad egoísta, el de la eterna sordera, el de la voluntad inmóvil. El enojo, si lo tenía, quedaba encerrado en su corazón. Al mismo tiempo había, en ese rostro de expresión glacial, un aire de juventud, mezcla de fuerza y de exuberancia, ante el cual me sentía yo el más débil y decrepito de los seres.

—¿Me has entendido? —dijo, al cabo de cierto tiempo de mutua contemplación.

—No —respondí—; ni quiero entenderte; eres absurda, eres una fábula. Estoy soñando seguramente, o, si es verdad que me he vuelto loco, tú no pasas de ser una concepción de alienado, esto es, una cosa vana, que la razón ausente no puede regir ni palpar. ¿Naturaleza tú? La Naturaleza que yo conozco es sólo madre y no enemiga; no hace de la vida un azote ni, como tú, tiene ese rostro indiferente como el sepulcro. ¿Y por qué Pandora?

—Porque llevo en mi caja los bienes y los males, y el mayor de todos, la esperanza, consuelo de los hombres. ¿Tiemblas?

—Sí; tu mirada me fascina.

—Lo creo; yo no soy solamente la vida; soy también la muerte, y tú estás a punto de devolverme lo que te he prestado. Grande lascivo, te espera la voluptuosidad de la nada.

Al resonar esta palabra, como un trueno, en aquel inmenso valle, figuróseme que era el último sonido que llegaba a mis oídos; parecióme sentir la descomposición súbita de mí mismo. La miré entonces con ojos suplicantes y le pedí algunos años más.

—¡Pobre minuto! —exclamó—. ¿Para qué quieres algunos instantes más de vida? ¿Para devorar y ser devorado después? ¿No estás harto del espectáculo y de la lucha? De sobra conoces todo lo que te he deparado menos torpe o menos doloroso: el albor del día, la melancolía de la tarde, la quietud de la noche, los aspectos de la tierra, el sueño, en fin, el mayor beneficio de mis manos. ¿Qué más quieres, sublime idiota?

—Vivir solamente, no te pido otra cosa. ¿Quién sino tú ha puesto en mi corazón este amor a la vida? Y si yo amo la vida, ¿por qué te has de golpear a ti misma, matándome?

—Porque ya no te necesito. No le importa al tiempo el minuto que pasa, sino el minuto que viene. El minuto que viene es fuerte, jocundo, se supone que trae en sí la eternidad, y trae la muerte, y perece como el otro, pero el tiempo subsiste. ¿Egoísmo, dices? Sí, egoísmo, no tengo otra ley. Egoísmo, conservación. La onza mata al novillo porque el raciocinio de la onza es que debe vivir, y si el novillo es tierno tanto mejor: ahí tienes el estatuto universal. Sube y mira.

Al decir esto, me arrebató hasta la cima de una montaña. Tendí la mirada sobre una de las vertientes y contemplé durante un buen tiempo, a lo lejos, a través de una neblina, algo único. Imagínate, lector, una reducción de los siglos y un desfilar de todos ellos, las razas todas, todas las pasiones, el tumulto de los imperios, la guerra de los apetitos y de los odios, la destrucción recíproca de los seres y de las cosas. Tal era el espectáculo; acerbo y curioso espectáculo. La historia del hombre y de la tierra tenía así una intensidad que no le podían dar ni la imaginación ni la ciencia, porque la ciencia es más lenta y la imaginación más inconstante, mientras que lo que allí veía era la condensación viva de todos los tiempos. Para describirla sería preciso fijar el relámpago. Los siglos desfilaban en un torbellino y, no obstante, como los ojos del delirio son diferentes, yo veía todo lo que pasaba frente a mí —azotes y delicias—, desde esa cosa que se llama gloria hasta esa otra que se llama miseria, y veía al amor multiplicando la miseria, y veía a la miseria agravando la debilidad. Venían allí la codicia que devora, la cólera que inflama, la envidia que babea, y la azada y la pluma, empapadas en sudor, y la ambición, el hambre, la vanidad, la melancolía, la riqueza, el amor, y todos agitaban al hombre como a una sonaja hasta destruirlo como a un harapo. Eran las

formas varias de un mal, que ora mordía las vísceras, ora mordía el pensamiento, y paseaba eternamente su traje de arlequín en torno a la especie humana. El dolor cedía a la indiferencia, que era un sueño sin sueños, o al placer, que era un dolor bastardo. Entonces el hombre, azotado y rebelde, corría ante la fatalidad de las cosas, en pos de una figura nebulosa y esquiva, hecha de retazos, un retazo de impalpable, otro de improbable, otro de invisible, cosidos todos con puntadas precarias por la aguja de la imaginación; y esa figura —que no era otra cosa sino la quimera de la felicidad— huía perpetuamente, o bien se dejaba asir por la túnica, y el hombre la estrechaba en sus brazos, y entonces ella reía, como un escarnio, y se sumía, como una ilusión.

Al contemplar tanta calamidad, no pude retener un grito de angustia, que Naturaleza o Pandora escuchó sin protestar ni reír; y, no sé por qué ley de trastorno cerebral, yo fui el que me eché a reír, con una risa descompasada e idiota.

—Tienes razón —dije—, la cosa es divertida y vale la pena; tal vez sea monótona, pero vale la pena. Cuando Job maldijo el día en que había sido concebido fue porque le daban ganas de ver desde acá arriba el espectáculo. Vamos, Pandora, abre el vientre y digiéreme; la cosa es divertida, digiéreme.

La respuesta fue obligarme con violencia a mirar hacia abajo, y a ver los siglos que continuaban pasando, veloces y turbulentos, las generaciones que se sobreponían a las generaciones, unas tristes, como los hebreos del cautiverio, otras alegres, como los libertinos de Cómodo, y todas ellas puntuales en la sepultura. Quise huir, pero una fuerza misteriosa retenía mis pies; entonces me dije: “Bien, los siglos van pasando, llegará el mío, y pasará también hasta el último, que me dará la descifración de la eternidad”. Y clavé la mirada, y continué viendo las edades, que venían llegando y pasando, ya entonces tranquilo y resuelto, ni sé si hasta alegre. Tal vez alegre. Cada siglo traía su porción de sombra y de luz, de apatía y de combate, de verdad y de error, su cortejo de sistemas, de ideas nuevas, de nuevas ilusiones; en cada uno de ellos brotaban los verdores de una primavera y amarillecían después, para rejuvenecer más tarde. Y al mismo tiempo que la vida tenía así una regularidad de calendario, hacíase la historia y la civilización, y el hombre, desnudo y desarmado, se armaba y se vestía, construía el tugurio y el palacio, la ruda aldea y Tebas la de cien puertas, creaba la ciencia que perscruta y el arte que arroba, hacíase orador, mecánico, filósofo, recorría la faz del globo, bajaba al vientre de la tierra, subía a la esfera de las nubes, colaborando así en la obra misteriosa con que mantenía la necesidad de la vida y la melancolía del desamparo. Mi mirada, cansada y distraída, vio por fin llegar el siglo presente, y en pos de él los futuros. Aquél venía ágil, diestro, vibrante, lleno de sí, un poco

difuso, audaz, sabio, pero al cabo tan miserable como los primeros, y así pasó y así pasaron los otros, con la misma rapidez e igual monotonía. Redoblé mi atención; clavé la mirada; iba por fin a ver el último —¡el último!—, pero entonces ya la rapidez de la marcha era tal, que escapaba a toda comprensión; al lado de ella el relámpago sería un siglo. Quizá por eso comenzaron los objetos a cambiarse; unos crecieron, otros menguaron, otros se perdieron en el ambiente; una niebla lo cubrió todo, menos el hipopótamo que me había traído allí, y que por cierto comenzó a disminuir, a disminuir, a disminuir, hasta quedar del tamaño de un gato. Era efectivamente un gato. Lo miré con toda atención; era mi gato *Sultán*, que jugaba a la puerta de la alcoba, con una bola de papel...

VIII

Razón contra Locura

Ya habrá comprendido el lector que era la Razón que volvía a casa e invitaba a la Locura a salir, clamando, con mejor derecho, las palabras de Tartufo:

La maison est à moi, c'est à vous d'en sortir.

Pero es antiguo sino de la Locura criar amor a las casas ajenas, de manera que, apenas dueña de una, difícilmente se la podrá hacer desalojar. Es su sino; no se sale de allí; hace mucho que se le ha encallecido la vergüenza. Ahora, si advertimos el inmenso número de casas que ocupa, unas en definitiva, otras durante sus estaciones más calientes, concluiremos que esta amable peregrina es el terror de los propietarios. En nuestro caso, hubo casi un pleito a la puerta de mi cerebro, porque la advenediza no quería entregar la casa, y la dueña no cedía en su intención de tomar lo que era suyo. Por último, ya se contentaba la Locura con un rinconcillo en el sótano.

—No, señora —replicó la Razón—; estoy cansada de cederte sótanos; cansada y escarmentada: lo que tú quieres es pasar a la chita callando del sótano al comedor, de ahí a la sala y a toda la casa.

—Está bien, déjame aquí algún tiempo más, que ando en la pista de un misterio...

—¿Qué misterio?

—De dos —enmendó la Locura—: el de la vida y el de la muerte; sólo te pido unos diez minutos.

La Razón se echó a reír.

—Siempre has de ser la misma cosa..., siempre la misma cosa..., siempre la misma cosa...

Y, diciendo esto, la tomó de los puños y la arrastró hacia fuera; después entró y se encerró. La Locura todavía gimió algunas súplicas, gruñó algunos rezongos; pero se desengañó muy pronto, sacó la lengua en señal de mofa, y siguió su camino...

IX Transición

Y mirad ahora con qué destreza, con qué arte hago la mayor transición de este libro. Mirad: mi delirio comenzó en presencia de Virgilia; Virgilia fue mi gran pecado de juventud; no hay juventud sin niñez; niñez supone nacimiento; y aquí tenéis cómo llegamos, sin esfuerzo, al día 20 de octubre de 1805, en que nací. ¿Habéis visto? Ninguna juntura aparente, nada que distraiga la atención pausada del lector: nada. De modo que el libro queda así con todas las ventajas del método, sin la rigidez del método. Realmente, ya era tiempo. Que esto del método, por más que sea algo indispensable, mejor es, sin embargo, tenerlo sin corbata ni tirantes, sino un poco a la descuidada, como quien no se preocupa de la vecina de enfrente ni del inspector de la manzana. Es como la elocuencia, pues hay una genuina y brillante, de un arte natural y hechicero, y otra tiesa, engolada y huera. Vayamos al día 20 de octubre.

X

En aquel día

En aquel día brotó del árbol de los Cubas una graciosa flor. Nací; recibíome en sus brazos la Pascuala, insigne partera originaria del Miño, que se ufanaba de haber abierto la puerta del mundo a una generación entera de hidalgos. No es imposible que mi padre le oyese semejante declaración; creo, sin embargo, que el sentimiento paterno fue el que lo indujo a gratificarla con dos medias doblas.^[8] Lavado y fajado, fui desde luego el héroe de nuestra casa. Cada quien pronosticaba a mi respecto lo mejor que le venía a la cabeza. Mi tío Juan, el antiguo oficial de infantería, hallaba en mí no sé qué mirada de Bonaparte, cosa que mi padre no pudo oír sin náuseas; mi tío Ildefonso, entonces simple sacerdote, adivinaba en mí un canónigo.

—Canónigo es lo que ha de ser, y no digo más para que no parezca orgullo; pero no me sorprendería que Dios lo destinase a un obispado; sí, a un obispado; no es cosa imposible. ¿Qué dices tú, Benito?

Mi padre respondía a todos que yo sería lo que Dios quisiese; y me levantaba en sus brazos, como si intentase mostrarme a la ciudad y al mundo; a todos preguntaba si me parecía a él, si era inteligente, bonito...

Digo todo esto a grandes rasgos, según lo oí contar años después; ignoro la mayor parte de los pormenores de aquel famoso día. Sé que vinieron los vecinos o mandaron saludar al recién nacido, y que durante las primeras semanas fueron muchas las visitas en nuestra casa. No hubo litera que no entrase en funciones; salieron a relucir las casacas y los calzones de lujo. Si no cuento los mimos, los besos, las admiraciones, las bendiciones,^[9] es porque, si los contara, no acabaría este capítulo, y es preciso acabarlo.

Ítem, no puedo decir nada de mi bautizo porque nada me contaron a este respecto, excepto que fue una de las más sonadas fiestas del año siguiente, 1806; fui bautizado en la iglesia de Santo Domingo, un martes del mes de marzo, día claro, luminoso y puro, y fueron mis padrinos el coronel Rodrigues de Mattos y su esposa. Ambos descendían de antiguas familias del norte, y honraban verdaderamente la sangre que corría por sus venas, antaño derramada en la guerra contra Holanda. Creo que una de las primeras cosas que aprendí fueron sus

nombres; y ciertamente los decía con mucha gracia, o revelaba algún talento precoz, porque no había persona extraña ante la cual no me obligasen a recitarlos.

—Ñoñó, di a estos señores cómo se llama tu padrino.

—¿Mi padrino? Es el excelentísimo señor coronel Paulo Vaz Lobo Cesar de Andrade e Souza Rodrigues de Mattos; mi madrina es la excelentísima señora doña María Luisa de Macedo Rezende e Souza Rodrigues de Mattos.

—¡Es muy despierto su niño! —exclamaban los oyentes.

—Muy despierto —asentía mi padre. Y los ojos le bobeaban de orgullo, y pasaba la mano sobre mi cabeza, mirábame largo tiempo, enamorado, lleno de sí mismo.

Ítem, comencé a andar, no sé exactamente cuándo, pero antes de tiempo. Quizá por apresurar a la naturaleza, obligábanme muy pronto a asirme de las sillas, me tomaban del vestidito, me daban carritos de madera.

—Un solito, Ñoñó, un solito —me decía la mucama.^[10]

Y yo, atraído por la sonaja de hojalata, que mi madre agitaba frente a mí, daba mis pasitos, cayendo aquí, cayendo allá; y andaba, probablemente mal, pero andaba, y así quedé andando.

XI

El niño es padre del hombre

Crecí; y en esto no intervino mi familia; crecí naturalmente, como crecen las magnolias y los gatos. Quizá los gatos sean menos tramposos, y las magnolias son ciertamente menos inquietas que yo en mi infancia. Decía un poeta que el niño es padre del hombre. Si esto es cierto, veamos algunos rasgos del niño.

Desde los cinco años merecí el mote de “diablillo”; y verdaderamente no era otra cosa; fui uno de los más malignos de mi tiempo, ingenioso, indiscreto, travieso y voluntarioso. Un día, por ejemplo, le rompí la cabeza a una esclava^[11] porque me negó una cucharada del dulce de coco que estaba haciendo; y, no contento con el maleficio, eché un puñado de ceniza al cazo; no satisfecho aún con la travesura, fui a decir a mi madre que la esclava había echado a perder el dulce por pura maldad; y sólo tenía seis años. Prudencio, un moleque^[12] de casa, era mi caballo de todos los días; lo hacía ponerse a cuatro patas, ataba a su boca una cuerda a guisa de rienda y me trepaba en su espalda, con una varita en la mano, lo fustigaba, daba mil vueltas a un lado y otro, y él obedecía; algunas veces gimiendo, pero obedecía sin decir palabra, o, cuando mucho, un “¡ay, Ñoñó!”, al que yo contestaba: “¡Cállate la boca, animal!” Esconder los sombreros de las visitas, ponerles rabos de papel a las personas graves, tirar de las coletas de los peluquines, pellizcar los brazos de las matronas y otras muchas hazañas de este jaez eran muestras de un ingenio indócil, pero debo creer que eran también expresiones de un espíritu robusto, porque mi padre me tenía en gran admiración; y si a veces me reprendía a la vista de la gente hacía lo por simple formalidad: en particular me daba besos.

No vaya a concluirse de esto que yo me pasara la vida rompiéndoles la cabeza a los demás o escondiéndoles los sombreros; pero presumido, egoísta y algo menospreciador de los hombres, sí lo fui; si no pasé el tiempo escondiéndoles los sombreros, alguna vez les tiré de la coleta de sus peluquines.

Otrosí, aficionéme a la contemplación de la injusticia humana, me incliné a atenuarla, a explicarla, a clasificarla por partes, a entenderla, no según una pauta rígida, sino al sabor de las circunstancias y lugares. Mi madre adoctrinábame a su modo, hacíame aprender algunos preceptos y oraciones; pero yo sentía que, más que las oraciones, me gobernaban los nervios y la sangre, y la buena regla perdía el espíritu, que la hace vivir, para volverse una vana fórmula. Por la mañana, antes

del desayuno, y por la noche, antes de acostarme, pedía a Dios que me perdonase, así como yo perdonaba a mis deudores; pero entre la mañana y la noche hacía una gran maldad, y mi padre, pasado el incidente, me daba golpecitos en la cara y exclamaba riendo: “¡Ah, travieso! ¡Ah, travieso!”

Sí, mi padre me adoraba. Mi madre era una señora débil, de poco cerebro y mucho corazón, demasiado crédula y sinceramente piadosa, casera a pesar de ser hermosa, modesta aunque era rica, y temerosa de los truenos y de su marido. Su marido era su dios en la tierra. De la colaboración de estos dos seres nació mi educación, que, si algo tenía de bueno, era en general viciosa, incompleta y, en partes, negativa. Mi tío el canónigo hacía a veces algunas observaciones a su hermano; le decía que me daba más libertad que enseñanza, y más cariño que azotes; pero mi padre respondía que aplicaba en mi educación un sistema enteramente superior al sistema habitual; y de este modo, sin confundir a su hermano, se engañaba a sí mismo.

Al mismo tiempo que la transmisión y la educación, tuve también el ejemplo extraño, el medio doméstico. Ya hemos visto a mis padres; veamos a mis tíos. Uno de ellos, Juan, era un hombre de lengua suelta, vida galante, conversación picaresca. Desde los once años comenzó a admitirme a sus anécdotas, reales o no, hilvanadas todas de obscenidad o inmundicia. No respetaba mi adolescencia, del mismo modo que no respetaba la sotana de su hermano; con la diferencia de que éste huía luego que él se metía en un asunto escabroso. Yo no; me quedaba, sin entender nada, al principio, después entendiendo, y por fin hallándole gracia. Al cabo de cierto tiempo, era yo el que lo buscaba; y él me quería mucho, me daba dulces, me llevaba a paseo. En casa, cuando venía a pasar algunos días, no pocas veces me aconteció encontrarlo, en el fondo de la quinta, en el lavadero, platicando con las esclavas que golpeaban la ropa; y aquello era un desfilar de anécdotas, de dichos, de preguntas, y un estallar de risotadas, que nadie podía oír, porque el lavadero quedaba muy lejos de la casa. Las negras, con un trapo liado a la cintura, con sus vestidos arremangados un palmo, unas dentro de la pila, otras fuera, inclinadas sobre las piezas de ropa, golpeándolas, enjabonándolas, torciéndolas, oían y contestaban las pillerías de mi tío Juan, comentándolas de cuando en cuando con estas palabras:

—¡Cruz, diablo!... ¡Este *siñó* Juan es el diablo!

Muy diferente era mi tío el canónigo. Éste vivía con mucha austeridad y pureza; pero estas dotes no realzaban un espíritu superior, sino que compensaban tan sólo un espíritu mediocre. No era hombre que viese la parte sustancial de la

iglesia; veía el lado exterior, la jerarquía, las preeminencias, las sobrepellices, las genuflexiones. Venía más bien de la sacristía que del altar. Una laguna en el ritual lo irritaba más que una infracción de los mandamientos. Ahora, a tantos años de distancia, no estoy seguro de que pudiese dar fácilmente con un texto de Tertuliano, o exponer, sin titubear, la historia del símbolo de Nicea; pero nadie, en las fiestas cantadas, sabía mejor el número y casos de las reverencias que se debían al oficiante. Ser canónigo fue la única ambición de su vida; y decía de corazón que era la mayor dignidad a que podía aspirar. Piadoso, severo en sus costumbres, minucioso en la observancia de las reglas, flojo, tímido, subalterno, poseía algunas virtudes, en las que era ejemplar, pero carecía absolutamente de la fuerza necesaria para transmitir las, para imponerlas a los demás.

No digo nada de mi tía materna, doña Emerenciana, que era, por cierto, la persona que más autoridad tenía sobre mí; ésta se diferenciaba sobremanera de los otros; pero vivió poco tiempo en nuestra compañía, unos dos años. Otros parientes y algunos íntimos no merecen la pena de ser citados; no tuvimos una vida común, sino intermitente, con grandes claros de separación. Lo que importa es la expresión general del medio doméstico, y ésta ya ha quedado indicada: vulgaridad de caracteres, amor a las apariencias deslumbrantes, al ruido, inercia de la voluntad, dominio del capricho, y lo demás. De esa tierra y de ese abono nació esta flor.

XII

Un episodio de 1814

Pero no quiero pasar adelante sin contar sumariamente un gracioso episodio de 1814, cuando yo tenía nueve años.

Cuando nací, Napoleón estaba ya en todo el esplendor de su gloria y de su poder; era emperador y se había ganado por completo la admiración de los hombres. Mi padre, que, a fuerza de persuadir de nuestra nobleza a los demás había acabado por persuadirse de ella a sí mismo, alimentaba contra él un odio puramente mental. Esto era motivo de reñidas contiendas en nuestra casa, porque mi tío Juan, quizá por espíritu de clase y simpatía de oficio, perdonaba en el déspota lo que admiraba en el general; mi tío el sacerdote era inflexible contra el corso; y los demás parientes se dividían: de ahí las controversias y los piques.

Cuando llegó a Rio de Janeiro la noticia de la primera caída de Napoleón, hubo naturalmente gran revuelo en nuestra casa, pero ninguna broma o remoquete. Los vencidos, testigos del regocijo público, juzgaron más decoroso el silencio; algunos hasta llegaron a aplaudir. La población, cordialmente alegre, no regateó demostraciones de afecto a la real familia; hubo iluminaciones, salvas, *Te Deum*, agasajos y aclamaciones. Figuré por estos días con un espadín nuevo, que mi padrino me había regalado el día de san Antônio,^[12 bis] y, francamente, me interesaba más el espadín que la caída de Bonaparte. Nunca se me olvidó este fenómeno. Nunca dejé de pensar para mí que nuestro espadín es siempre más grande que la espada de Napoleón. Y notad que oí no pocos discursos durante mi vida, que leí no pocas páginas atestadas de grandes ideas y de palabras más grandes aún, pero no sé por qué, en el fondo de los aplausos que arrancaban de mis manos, resonaba alguna vez este concepto de hombre escarmentado:

—Lárgate, tú sólo te preocupas de tu espadín.

No se contentó mi familia con tener un quiñón anónimo en el regocijo público; estimó oportuno e indispensable celebrar la destitución del emperador con un banquete, un banquete tal que el ruido de las aclamaciones llegase a los oídos de Su Alteza o, cuando menos, de sus ministros. Dicho y hecho. Salió a relucir toda la antigua vajilla de plata, heredada de mi bisabuelo^[13] Luis Cubas; salieron a relucir las toallas de Flandes, los grandes jarrones de la India; se mató un

capón;^[13 bis] a las monjas de la Misericordia^[14] se les encargaron compotas y mermeladas; se lavaron, se fregaron, se pulieron las salas, las escaleras, los candelabros, las arandelas, las enormes bombillas de vidrio, todos los arcos del lujo clásico.

Llegada la hora, se encontró reunida una sociedad selecta: el juez foráneo,^[15] tres o cuatro oficiales del ejército, algunos comerciantes y letrados, varios funcionarios de la administración, unos con sus mujeres e hijas, otros sin ellas, pero todos comulgando en el deseo de enterrar la memoria de Bonaparte en el papo de un pavo. No era un banquete, sino un *Te Deum*; fue lo que poco más o menos dijo uno de los letrados presentes, el doctor Villaça, glosador insigne, que añadió a los manjares caseros la golosina de las musas. Me acuerdo, como si fuera ayer, me acuerdo cómo se levantó, con su larga peluca de coleta, casaca de seda, una esmeralda en el dedo; cómo pidió a mi tío el sacerdote que le repitiese el mote, cómo, una vez repetido el mote, clavó los ojos en la frente de una señora, tosió después, alzó la mano derecha, con todos los dedos cerrados, excepto el índice, que apuntaba hacia el techo, y cómo, así puesto y compuesto, devolvió el mote glosado. No hizo una glosa, sino tres; después juró a sus dioses no terminar jamás. Pedía un mote, dábanselo, glosábalo al punto, y luego pedía otro y otro más, a tal punto que una de las señoras presentes no pudo contener su gran admiración.

—Usted dice eso —repuso modestamente Villaça— porque nunca oyó a Bocage,^[16] como yo le oí, a fin de siglo, en Lisboa. ¡Aquello sí! ¡Qué facilidad! ¡Y qué versos! Mantuvimos justas de una y dos horas, en el café de Nicola, glosándonos mutuamente, en medio de aplausos y bravos. ¡Qué inmenso talento el de Bocage! Era lo que me decía, hace días, la señora duquesa de Cadaval...

Y estas tres últimas palabras, proferidas con mucho énfasis, produjeron en toda la asamblea un escalofrío de admiración y de pasmo. ¡Conque ese hombre tan llano, tan sencillo, además de justar con poetas discretaba con duquesas! ¡Un Bocage y una Cadaval! Al contacto de semejante hombre, las damas sentíanse superfinas; los varones lo miraban con respeto, algunos con envidia, no pocos con incredulidad. Él, sin embargo, seguía adelante, acumulando adjetivo sobre adjetivo, adverbio sobre adverbio, desgranando todas las rimas de *tirano* y de *usurpador*. Era la sobremesa; ya nadie pensaba en comer. En el intervalo de las glosas, corría un ronroneo alegre, un palabrear de estómagos satisfechos; los ojos lánguidos y húmedos, o vivos y cálidos, se desperezaban o bailaban de un extremo a otro de la mesa, atiborrada de dulces y de frutas, aquí la piña en rebanadas, allá el melón en tajadas, las compoteras de cristal dejando ver el dulce de coco, finamente rallado, amarillo como una gema, o bien el melado oscuro y espeso, no

lejos del queso y del *cará*.^[17] De cuando en cuando una risa jovial, amplia, abierta, una risa de familia, venía a romper la gravedad política del banquete. En medio del interés grande y común, se agitaban también los pequeños y particulares. Las señoritas hablaban de las *modinhas*^[18] que habían de cantar en el clavecín, y del minué y del solo inglés, y no faltaba matrona que prometiese bailar un *oitavado* de compás,^[18 bis] sólo para mostrar cómo había sabido divertirse en sus buenos tiempos de jovencita. Un individuo, cerca de mí, daba a otro noticia reciente de los negros nuevos que estaban por llegar, según cartas que había recibido de Loanda,^[19] una carta en que un sobrino suyo le decía haber negociado ya cerca de cuarenta cabezas, y otra carta en que... Las traía justamente en el bolsillo, pero no podía leerlas en aquella ocasión. Lo que aseguraba era que podíamos contar, sólo en ese viaje, con unos ciento veinte negros, por lo menos.

“Tras..., tras..., tras...”, hacía Villaça golpeando con las manos una en la otra. El rumor cesaba de súbito, como en un repentino silencio de orquesta, y todos se volvían hacia el glosador. El que quedaba lejos se ponía la mano tras la oreja para no perder palabra; la mayor parte, aun antes de la glosa, tenían ya una semisonrisa de aplauso, trivial y cándida.

En cuanto a mí, allí estaba, solitario y olvidado, enamorando a cierta compota de mi predilección. Al final de cada glosa me ponía muy contento, con la esperanza de que fuese la última; pero no lo era, y la sobremesa continuaba intacta. Nadie se acordaba de dar la primera voz. Mi padre, a la cabecera, saboreaba a grandes tragos la alegría de los invitados, se miraba todo él en los rostros alegres, en los platos, en las flores, deleitábase con la familiaridad trabada entre los espíritus más distantes, influjo todo de una buena comida. Yo veía aquello, porque resbalaba los ojos de la compota a él y de él a la compota, como para pedirle que me la sirviese; pero lo hacía en vano. Él no veía nada; veíase a sí mismo. Y las glosas se sucedían, como duchas de agua, obligándome a contener mi deseo y mi petición. Aguanté lo más que pude, y no pude mucho. Pedí en voz baja el dulce; por fin comencé a gritar, a berrear, a golpear con los pies. Mi padre, que hubiera sido capaz de darme el sol si yo se lo hubiera exigido, llamó a un esclavo para que me sirviese el dulce; mas ya era tarde. Mi tía Emerenciana me había arrancado de la silla y entregado a una esclava, pese a todos mis gritos y contorsiones.

No fue otro el delito del glosador; había retardado la compota y dado una causa a mi exclusión. Sólo eso bastó para que yo meditase una venganza, cualquiera que fuese, pero grande y ejemplar, una cosa que de alguna manera lo hiciese ridículo. Pues el doctor Villaça era hombre grave, mesurado y lento, de cuarenta y siete años, casado y padre de familia. No me parecía suficiente el rabo

de papel ni la coleta de su peluca; tendría que ser algo peor. Me puse a espiarlo, durante el resto de la tarde, siguiéndolo, por la quinta, a la cual habían bajado todos para dar un paseo. Lo vi conversar con doña Eusebia, hermana del sargento-mayor Domingues, una robusta muchachota que, si no era bonita, tampoco era fea.

—Estoy muy enojada con usted —decía ella.

—¿Por qué?

—Porque... no sé por qué... porque es mi destino... creo a veces que es mejor morir...

Habían penetrado en un pequeño macizo de árboles; el día estaba ya entre dos luces; yo los seguí. Villaça llevaba en los ojos chispazos de vino y de voluptuosidad.

—¡Déjeme! —dijo ella.

—Nadie nos ve. ¿Morir, ángel mío? ¡Qué ideas son ésas! Tú sabes que yo moriré también... ¿Qué digo?... Muero todos los días, de pasión, de *saudades*...

Doña Eusebia se llevó el pañuelo a los ojos. El glosador mascullaba en la memoria algún fragmento literario y halló éste, que más tarde comprobé ser de una de las óperas del Judeu:^[20]

—No llores, mi bien; no quieras que el día amanezca con dos auroras.

Esto dijo; atrájola hacia sí; ella resistió un poco, pero luego se dejó llevar; unieron sus rostros, y oí estallar, muy quedito, un beso, el más medroso de los besos.

—¡El doctor Villaça le ha dado un beso a doña Eusebia! —grité yo corriendo por toda la quinta.

Fue un estampido aquel grito; la estupefacción inmovilizó a todos; las miradas corrían a uno y otro lado; cambiábanse sonrisas y secretos a socapa; las madres arrastraban a sus hijas, pretextando el sereno. Mi padre me tiró de las orejas, callandito, verdaderamente irritado por mi indiscreción; pero, al día siguiente, recordando el caso, me sacudió la nariz, riendo:

—¡Ah, travieso! ¡Ah, travieso!

XIII

Un salto

Demos ahora un salto, con los dos pies juntos, por encima de la fastidiosa escuela, en donde aprendí a leer, a escribir, a contar, a dar sopetones y a recibirlos, a hacer diabluras, ora en los morros,^[21] ora en las playas, en cualquier lugar propicio para los ociosos.

Tenía amarguras en ese tiempo; tenía los regaños, los castigos, las lecciones arduas y largas, y algo más, muy poco y muy leve. Sólo era pesada la palmeta, y aun así... ¡Oh, palmeta, terror de mis días pueriles, tú que fuiste el *compelle intrare* con que un viejo maestro, huesoso y calvo, me metió en el cerebro el alfabeto, la prosodia, la sintaxis y lo demás que sabía; bendita palmeta, tan maldecida de los modernos, quién me diera haber quedado bajo tu yugo, con mi alma imberbe, con mis ignorancias y mi espadín, aquel espadín de 1814, tan superior a la espada de Napoleón! ¿Qué querías tú, en fin de cuentas, viejo maestro de primeras letras? Lección de memoria y compostura en la clase; nada más nada menos que lo que quiere la vida, que lo es de las últimas letras; con la diferencia de que si tú me inspirabas miedo, nunca me inspiraste aversión. Te veo aún ahora entrar en la sala, con tus chinelas de cuero blanco, tu capa, tu pañuelo en la mano, la cabeza desnuda, la barba rasurada; veo cómo te sentabas, bufabas, gruñías, absorbías una pulgarada inicial de rapé, y cómo nos llamabas después para dar la lección. Y esto hiciste durante veintitrés años, callado, oscuro, puntual, metido en una casita de la *Rua do Piolho*,^[22] sin enfadar al mundo con tu mediocridad, hasta que un día diste la gran zambullida en las tinieblas, y nadie te lloró, excepto un negro viejo...; nadie, ni yo, que te debo los rudimentos de la escritura.

Llamábase Ludgero el maestro; quiero escribir su nombre completo en esta página: Ludgero Barata, nombre funesto,^[23] que daba eternamente a los niños motivo de cuchufletas. Uno de nosotros, Quincas^[24] Borba, era por entonces cruel con el pobre hombre. Dos, tres veces por semana, había de dejarle en el bolsillo de sus pantalones —unos anchos pantalones de jareta—, o en el cajón de la mesa, o junto al tintero, una cucaracha muerta. Si la encontraba todavía en las horas de clase, daba un salto, circulaba con los ojos llameantes, y nos llamaba con todos los nombres que él sabía: éramos sabandijas, trapaceros, malcriados, canallas. Unos temblaban, otros rezongaban; pero Quincas Borba se quedaba quieto, con los ojos perdidos en el aire.

Una flor, este Quincas Borba. Nunca en mi infancia, nunca en toda mi vida he hallado un niño más gracioso, vivaracho y travieso. Era la flor, no ya de la escuela, sino de toda la ciudad. Su madre, viuda, con algunos bienes, adoraba a su hijo y lo traía mimado, aseado, adornado, con un vistoso criado detrás de él, un criado que nos dejaba pintar venado, ir a cazar pajarillos o a perseguir lagartijas en los morros del *Livramento* y de la *Conceição*, o simplemente vagar por las calles, a la buena de Dios, como dos pillos holgazanes. ¡Y de emperador! Era un gusto ver a Quincas Borba hacer de emperador en las fiestas del Espíritu Santo. Por lo demás, en nuestros juegos pueriles él escogía siempre un papel de rey, ministro, general, una supremacía, cualquiera que fuese. Tenía garbo el muchacho, y gravedad, cierta magnificencia en sus actitudes, en su modo de andar. ¡Quién diría que...! Pero suspendamos la pluma; no adelantemos los sucesos. Vayamos de un salto a 1822, fecha de nuestra independencia política, y de mi primer cautiverio personal.

XIV

El primer beso

Tenía diecisiete años; me apuntaba un bozo que yo me esforzaba por hacer llegar a bigote. Mis ojos, vivos y resueltos, eran, de todas mis facciones, la señal más verdaderamente viril. Como yo demostraba cierta arrogancia, no se distinguía bien si era un niño con humos de hombre o un hombre con aires de niño. En resumen, era un buen mozo, apuesto y audaz, que entraba en la vida con botas y espuelas, látigo en mano y sangre en las venas, cabalgando un corcel nervioso, fuerte, veloz, como el corcel de las antiguas baladas, que el romanticismo fue a buscar al castillo medieval, para dar con él en las calles de nuestro siglo. Lo peor fue que lo maltrataron hasta tal punto que se hizo necesario echarlo a un lado, en donde el realismo lo ha venido a encontrar, comido de laceria y de gusanos, y, por compasión, lo ha transportado a sus libros.

Sí, yo era ese mancebo gallardo, airoso, rico; y fácilmente se puede imaginar que más de una dama inclinó ante mí su frente pensativa o levantó hacia mí sus ojos codiciosos. Sin embargo, de todas ellas, la que me cautivó al punto fue una... una... no sé si decirlo; este libro es casto, cuando menos en su intención; en su intención es castísimo. Pero vaya esto: o se dice todo o no se dice nada. La que me cautivó fue una dama española, Marcela, la "linda Marcela", como la llamaban los jóvenes de su tiempo. Y tenían razón esos jóvenes. Era hija de un hortelano de Asturias; me lo dijo ella misma, en un día de sinceridad, porque la opinión más aceptada era que había nacido de un letrado de Madrid, víctima de la invasión francesa, herido, encarcelado, pasado por las armas, cuando ella tenía apenas doce años.

Cosas de España.^[25] No obstante, fuese quien fuese su padre, letrado u hortelano, la verdad es que Marcela no poseía la inocencia rústica, y difícilmente llegaba a entender la moral del código. Era buena muchacha, alegre, sin escrúpulos, un poco embarazada por la austeridad de su tiempo, que no le permitía arrastrar por las calles sus extravagancias y sus berlinas; lujosa, impaciente, amiga de dinero y de muchachos. En aquel año moría de amores por un tal Javier, individuo rico y tísico; una perla.

La vi por primera vez en Rocio Grande, la noche de las luminarias, después de haberse hecho la declaración de la independencia, una fiesta de primavera, un

amanecer de alma pública. Éramos dos muchachos, el pueblo y yo; veníamos de la infancia, con todos los arrebatos de la juventud. La vi saltar de una litera de manos, airoso y vistoso, un cuerpo esbelto, un desgaire, un no sé qué que nunca había encontrado en las mujeres puras.

—Sígueme —dijo ella a su criado.

Y yo la seguí, tan criado como el otro; como si la orden hubiese sido para mí, marché en pos de ella, enamorado, vibrante, lleno de las primeras auroras. A medio camino la llamaron “linda Marcela”; recordé haber oído ese nombre a mi tío Juan, y, lo confieso, quedé todo aturdido.

Tres días después preguntóme mi tío, en secreto, si quería ir a una cena de muchachas, en Cajueiros.^[26] Fuimos; era en casa de Marcela. Javier, con todos sus tubérculos, presidía el banquete nocturno, en el cual yo poco o nada comí, porque sólo tenía ojos para la dueña de la casa. ¡Qué gentil estaba la española! Había más de media docena de mujeres —todas del partido—, bonitas, llenas de gracia, pero la española... El entusiasmo, algunas copas de vino, el genio impetuoso, extraviado, todo eso me llevó a hacer algo único: a la salida, en la puerta de la calle, le dije a mi tío que esperase un instante, y volví a subir las escaleras.

—¿Olvidó alguna cosa? —me preguntó Marcela, de pie en el descanso.

—Mi pañuelo.

Ella iba a abrirme paso para volver a la sala; yo la tomé de las manos, la atraje hacia mí y le di un beso. No sé si ella dijo algo, si gritó, si llamó a alguien; no sé nada; sólo sé que bajé otra vez las escaleras, veloz como un torbellino e inseguro como un ebrio.

XV

Marcela

Gasté treinta días para ir de Rocio Grande al corazón de Marcela, cabalgando no ya el corcel del ciego deseo, sino el asno de la paciencia, a un mismo tiempo terco y mañoso. Y es que, en verdad, hay dos medios de granjear la voluntad de las mujeres: el violento, como el toro de Europa, y el insinuativo, como el cisne de Leda o la lluvia de oro de Dánae, tres inventos del padre Zeus que, por estar ya fuera de moda, han sido trocados aquí por lo del caballo y el asno. No diré las trazas que urdí, ni los sobornos que deslicé, ni las alternativas de confianza y de temor, ni las esperas inútiles, ni ninguna otra de esas cosas preliminares. Lo que sí aseguro es que el asno fue digno del corcel; fue un asno de Sancho, verdaderamente filósofo, que me llevó a casa de ella al fin del periodo citado; me apeé, le di un golpecito en el anca y lo mandé a pastar.

Primera conmoción de mi juventud, ¡qué dulce fuiste para mí! Tal debió ser, en la creación bíblica, el efecto del primer sol. Imagínate ese efecto del primer sol, acariciando de lleno el rostro de un mundo en flor. Pues lo mío fue la misma cosa, lector amigo, y si tú alguna vez has contado dieciocho años debes recordar que lo tuyo no fue de otra manera.

Dos fases tuvo nuestra pasión, o nuestras relaciones, o como eso se llame, que yo no me preocupo de nombres: tuvo una fase consular y una fase imperial. En la primera, que fue breve, regimos Javier y yo, sin que él sospechase jamás que compartía conmigo el gobierno de Roma; pero cuando las sospechas no pudieron resistir ya a la evidencia, Javier depuso las insignias, y yo concentré todos los poderes en mi mano; fue la fase cesariana. Era mío el universo; mas ¡ay, triste! no era mío de manera gratuita. Me fue preciso reunir dinero, multiplicarlo, inventarlo. Primero exploté las larguezas de mi padre; él me daba todo cuanto le pedía, sin reprensión, sin demora, sin frialdad; decía a todos que yo era un muchacho, y que él lo había sido también. Pero a tal extremo llegó el abuso, que él restringió un poco sus liberalidades, después más, después más. Entonces recurrí a mi madre, y la induje a desviar alguna cosa, que me daba a escondidas. Era poco; eché mano entonces de un último recurso: comencé a pedir prestado sobre la herencia de mi padre, a firmar pagarés, que debía rescatar un día con usura.

—De veras —me decía Marcela cuando le llevaba alguna seda, alguna

joya—, de veras que tú quieres pelear conmigo... Estas cosas no se hacen... un regalo tan caro...

Y, si era una joya, decía esto contemplándola entre sus dedos, buscando la luz mejor, probándosela, y riendo, y besándome con una reincidencia impetuosa y sincera; pero, con todo y sus protestas, se le derramaba la felicidad de los ojos, y yo me sentía feliz al verla así. Le gustaban mucho nuestras antiguas doblas^[27] de oro, y yo le llevaba las más que podía conseguir. Marcela las iba juntando en una cajita de hierro, que cerraba con una llave cuyo paradero nadie supo jamás; la escondía por temor de los esclavos. La casa en que vivía, en Cajueiros, era de ella. Eran sólidos y buenos los muebles, de jacarandá labrado, y buenos eran también todos los ajuares, espejos, jarrones, vajillas, una vajilla de la India que le había regalado un ministro. Vajilla del demonio, ¡cómo me ponías los nervios de punta! Se lo dije muchas veces a la propia dueña; no disimulaba ante ella la rabia que me daban aquellos y otros despojos de sus amores de antaño. Ella me oía y se reía, con una expresión cándida; cándida y otra cosa, que en ese tiempo no entendía bien, pero que ahora, al recordar el caso, creo que era una risa mixta, tal como debía ser, por ejemplo, la de una criatura que naciese de una bruja de Shakespeare y de un serafín de Klopstock. No sé si me explico. Y ella, que se daba cuenta de mis celos tardíos, parecía complacerse en aguzarlos más todavía. Así, un día que yo no le había podido dar cierto collar que ella había visto en una joyería, me dijo que aquello era un simple antojo, y que nuestro amor no necesitaba de un estímulo tan vulgar.

—No te perdono si te formas de mí esta idea tan triste —concluyó amenazándome con el dedo.

Y luego, ligera como un pajarillo, extendió sus manos, acarició mi rostro, y me atrajo hacia ella con un mohín gracioso, con un mimo infantil. Después, reclinada en el canapé, continuó hablando de aquello con sencillez y franqueza. Jamás consentiría que alguien comprase sus cariños. Había vendido muchas veces las apariencias, pero la realidad la guardaba para pocos. Duarte, por ejemplo, el alférez Duarte, a quien ella había amado de veras dos años antes, sólo a duras penas conseguía darle alguna cosa de valor, como me sucedía a mí; ella sólo le aceptaba sin protestar los regalitos de poco precio, como la cruz de oro que le dio una vez, un día de fiesta.

—Esta cruz...

Decía esto metiendo su mano en el seno y sacando una cruz fina, de oro,

atada a una cinta azul y colgada del cuello.

—Pero esa cruz —observé yo—, ¿no me dijiste que era tu padre el que...?

Marcela meneó la cabeza con un aire de lástima:

—¿No notaste que era mentira, que yo te lo decía para no molestarte? Ven acá, *chiquito*,^[28] no seas tan desconfiado conmigo... Amé a otro; ¿y esto qué importa, si ya se acabó? Un día, cuando nos separemos...

—¡No digas eso! —grité.

—¡Todo se acaba! Un día...

No pudo terminar; un sollozo estranguló su voz; extendió sus manos, tomó las mías, me estrechó contra su pecho y susurró en voz baja a mi oído:

—¡Nunca, nunca, amor mío!

Yo se lo agradecí con los ojos húmedos. Al día siguiente le llevé el collar que había rehusado.

—Para que te acuerdes de mí cuando nos separemos —le dije.

Marcela guardó primero un silencio indignado; después tuvo un gesto magnífico: intentó tirar el collar a la calle. Yo retuve su brazo; le rogué mucho que no me hiciese semejante desaire, que se quedase con la joya. Ella sonrió y se detuvo.

Sin embargo, me pagaba con suma largueza todos mis sacrificios; espiaba mis más recónditos pensamientos; no había deseo al que ella no acudiese con toda su alma, sin esfuerzo, por una especie de ley de la conciencia y necesidad del corazón. Nunca era razonable mi deseo, sino capricho puro, pura chiquillada: verla vestir de cierto modo, con tales y cuales adornos, este vestido y no aquél, ir a paseo u otra cosa así, y ella cedía a todo, risueña y parlera.

—Eres fantástico —me decía.

E iba a ponerse el vestido, el adorno de encaje, los aretes, con una obediencia encantadora.

XVI

Una reflexión inmoral

Se me ocurre una reflexión inmoral, que es al mismo tiempo una corrección de estilo. Creo haber dicho, en el capítulo XIV, que Marcela moría de amores por Javier. No moría, vivía. Vivir no es lo mismo que morir; así lo aseguran todos los joyeros de este mundo, gente muy al tanto de la gramática. Buenos joyeros, ¿qué sería del amor si no fuera por vuestros dijes y vuestras ventas a crédito? Una tercera o quinta parte del universal comercio de los corazones. Ésta es la reflexión inmoral que pretendía hacer, la cual es todavía más oscura que inmoral, porque no se entiende bien lo que quiero decir. Lo que quiero decir es que la frente más hermosa del mundo no es menos hermosa si la ciñe una diadema de piedras preciosas; ni menos hermosa, ni menos amada. Marcela, por ejemplo, que era muy bonita, Marcela me amó...

XVII

Del trapecio y otras cosas

... Marcela me amó durante quince meses y once contos de reis;^[29] nada menos. Mi padre, apenas llegó a sus oídos lo de los once contos, se sobresaltó de veras, y juzgó que la cosa ya pasaba de la raya de un capricho juvenil.

—Ahora —me dijo— te me vas a Europa; te vas a estudiar a una universidad, probablemente Coimbra; te quiero hombre serio, y no un callejero o un raterillo.

Y como yo hiciese un gesto de espanto:

—Raterillo, sí, señor; no es otra cosa un hijo que me hace esto...

Sacó del bolsillo mis títulos de deuda, ya rescatados por él, y me los sacudió en la cara.

—¿Lo ves, bribón? ¿Así es como un muchacho debe cuidar del nombre de los suyos? ¿Piensas que yo y mis abuelos ganamos el dinero en casas de juego o vagabundeando por las calles? ¡Holgazán! Ahora, o entras en juicio, o te quedas sin nada.

Estaba furioso, pero con un furor templado y breve. Yo lo oí en silencio, y nada tuve que alegar contra la orden de viaje, como había hecho otras veces; rumiaba la idea de llevarme a Marcela conmigo. Fui a hablar con ella; le expuse la crisis y le hice mi proposición. Marcela me oyó con los ojos perdidos en el vacío, sin responder inmediatamente; al insistir yo, me respondió que ella se quedaría, que no podía ir a Europa.

—¿Por qué no?

—No puedo —dijo con un aire doliente—; no puedo ir a respirar aquellos aires, que me recordarán a mi pobre padre, muerto por Napoleón...

—¿Cuál de ellos: el hortelano o el abogado?

Marcela frunció el ceño, tarareó una seguidilla entre dientes; después se

quejó del calor y mandó que le trajesen un vaso de *aluá*.^[30] Llévóselo la mucama en una salvilla de plata, que formaba parte de mis once contos. Marcela me ofreció cortésmente el refresco; mi respuesta fue dar un manotazo en el vaso y en la bandeja; el líquido se le derramó en el regazo, la negra dio un chillido, y yo le grité que se largara. Cuando quedamos solos, desahugué toda la desesperación de mi pecho: le dije que era un monstruo, que jamás me había amado, que me había dejado bajar a todo, sin tener al menos la disculpa de la sinceridad; la llamé con muchos nombres feos, haciendo muchos gestos descompuestos. Marcela había permanecido sentada, haciendo restallar sus uñas en los dientes, fría como un pedazo de mármol. Tuve ímpetus de estrangularla, de humillarla cuando menos, subyugándola a mis pies. Iba a hacerlo; pero la acción se cambió por otra; fui yo el que me arrojé a los pies de ella, contrito y suplicante; se los besé, le recordé aquellos meses de nuestra felicidad solitaria, le repetí los nombres queridos de otro tiempo, sentado en el suelo, con la cabeza entre sus rodillas, apretando apasionadamente sus manos; jadeante, extraviado, le pedí con lágrimas que no me desamparase... Marcela se quedó mirándome por algunos instantes, callados los dos, hasta que blandamente me hizo a un lado y, con un aire hastiado:

—No me aburras —dijo.

Levantóse, sacudió su vestido aún mojado, y caminó hacia la alcoba.

—¡No! —grité—; no has de entrar... no quiero...

Iba a alcanzarla con mis manos; era tarde; ella entró y se encerró.

Salí, fuera de mí; pasé dos mortales horas vagando por los barrios más excéntricos y desiertos, en donde fuera difícil dar conmigo. Iba masticando mi desesperación con una especie de gula mórbida; evocaba los días, las horas, los instantes de delirio, y ora me complacía en creer que eran eternos, que todo aquello era una pesadilla, ora, engañándome a mí mismo, intentaba rechazarlos de mí como un fardo inútil. Entonces resolvía embarcar inmediatamente para cortar mi vida en dos mitades, y deleitábame con la idea de que Marcela, al saber de mi partida, quedaría consumida de *saudades* y de remordimientos. Ella, la loca, me había amado, y debía sentir algo, un recuerdo cualquiera, como del alférez Duarte... En esto, el diente de los celos se me clavaba en el corazón; mi naturaleza toda gritaba que era preciso llevar a Marcela conmigo.

—Por fuerza... por fuerza... —decía, golpeando el aire con el puño.

Por fin tuve una idea salvadora... ¡Ah, trapecio de mis pecados, trapecio de las concepciones abstrusas! La idea salvadora trabajó en él, como la del emplasto (capítulo II). Era nada menos que fascinarla, fascinarla mucho, deslumbrarla, arrastrarla; recordé que era preciso pedírselo por un medio más concreto que la súplica. No medí las consecuencias: recurrí a un último préstamo; fui a la *Rua dos Ourives*,^[31] compré la mejor joya de la ciudad, tres diamantes grandes, engastados en una peineta de marfil; corrí a casa de Marcela.

Marcela estaba recostada en una hamaca, el gesto muelle y cansado, una de las piernas pendientes, dejando ver el piececito calzado con media de seda, los cabellos sueltos, deslizados, la mirada quieta y soñolienta.

—Ven conmigo —dije—, ya he conseguido recursos... Tenemos mucho dinero, tendrás todo cuanto quieras... Mira, toma.

Y le mostré la peineta con los diamantes... Marcela tuvo un leve sobresalto, irguió medio cuerpo y, apoyada en un codo, contempló la peineta durante breves instantes; después retiró los ojos; habíase dominado. Entonces lancé mis manos a sus cabellos, los reuní, los enlacé rápidamente, improvisé un tocado, sin ningún aliño, y lo rematé con la peineta de diamantes; retrocedí un poco, volví a acercarme, corregí sus rizos, los bajé hacia un lado, busqué alguna simetría en aquel desorden, todo con una minuciosidad y un cariño de madre.

—¡Listo! —le dije.

—¡Loco! —fue su primera respuesta.

La segunda fue atraerme hacia sí y pagarme mi sacrificio con un beso, el más ardiente de todos. Después se quitó la peineta, admiró mucho el material y la labor, mirándome de cuando en cuando y meneando la cabeza con aire de reprensión.

—¡Cómo has hecho esto! —decía.

—¿Vienes conmigo?

Marcela reflexionó un instante. No me gustó la expresión con que paseaba los ojos de mí a la pared y de la pared a la joya; pero toda la mala impresión se desvaneció cuando ella me respondió resueltamente:

—Sí voy. ¿Cuándo te embarcas?

—Dentro de dos o tres días.

—Sí voy.

Se lo agradecí de rodillas. Había encontrado a mi Marcela, la de los primeros días, y se lo dije; ella sonrió y fue a guardar la joya, mientras yo bajaba las escaleras.

XVIII

Visión del corredor

Al fin de la escalera, en el fondo del corredor oscuro, me detuve algunos instantes para respirar, para palparme, para convocar las ideas dispersas, para recuperarme, en una palabra, de tantas sensaciones profundas y contradictorias. Me hallaba feliz. Cierto es que los diamantes envenenaban un poco mi felicidad; pero no es menos cierto que una dama hermosa puede muy bien amar a los griegos y amar sus regalos. Además, yo confiaba en mi buena Marcela; podía tener defectos, pero me amaba...

—¡Un ángel! —murmuré, mirando el techo del corredor.

Y allí, como un escarnio, vi la mirada de Marcela, aquella mirada que poco antes me había dado una sombra de desconfianza, la cual chispeaba desde encima de una nariz que era al mismo tiempo la nariz de Bakbarah y la mía. ¡Pobre enamorado de las *Mil y una noches*! Te vi allí mismo correr tras la mujer del visir, a lo largo de la galería, ella provocándote con todo su ser, y tú corriendo, corriendo, corriendo, hasta la larga alameda, de la cual salías a la calle, en donde todos los talabarteros te silbaban y te derrengaban. Entonces me pareció que el corredor de Marcela era la alameda, y que la calle era la de Bagdad. En efecto, al mirar la puerta, vi en la calzada tres de los talabarteros, uno de sotana, otro de librea, el otro de civil, los cuales tres entraron en el corredor, me tomaron por los brazos, me metieron en un coche, mi padre a la derecha, mi tío el canónigo a la izquierda, el de la librea en el pescante, y al punto me llevaron a casa del intendente de policía, de donde fui transportado a una galera que debía salir para Lisboa. Imaginad si resistí; pero toda resistencia era inútil.

Tres días después salí de la rada, abatido y taciturno. No lloraba siquiera; tenía una idea fija... ¡Malditas ideas fijas! La de esa ocasión era darme un chapuzón en el océano, repitiendo el nombre de Marcela.

XIX

A bordo

Éramos once pasajeros: un loco, acompañado por su mujer, dos jóvenes que iban de paseo, cuatro comerciantes y dos criados. Mi padre me recomendó a todos ellos, comenzando por el capitán del navío, que por cierto tenía demasiado que cuidar de sí mismo, porque, amén de otras cosas, llevaba a su mujer tísica en último grado.

No sé si el capitán sospechó algo de mi fúnebre proyecto, o si mi padre lo puso sobre aviso; sólo sé que no me quitaba los ojos de encima; me llamaba a todas partes. Cuando no podía estar conmigo me llevaba junto a su mujer. La mujer estaba casi siempre en una camilla baja, tosiendo mucho, y asegurando que me había de mostrar los alrededores de Lisboa. No estaba flaca, sino transparente; era imposible que no muriese de un día para otro. El capitán fingía no creer en la muerte próxima, quizá por engañarse a sí mismo. Yo no sabía ni pensaba nada. ¿Qué me importaba a mí el destino de una mujer tísica, en mitad del océano? El mundo, para mí, era Marcela.

Una noche, después de una semana de navegación, hallé una oportunidad propicia para morir. Subí cauteloso, pero me encontré al capitán, que, recargado en la amurada, tenía los ojos clavados en el horizonte.

—¿Algún temporal? —le pregunté.

—No —respondió, estremeciéndose—; admiro el esplendor de la noche. Mire: ¡está celestial!

El estilo desmentía a la persona, bastante ruda y aparentemente ajena a locuciones rebuscadas. Lo miré; él pareció saborear mi espanto. Al cabo de unos segundos me tomó de la mano y señaló hacia la luna, preguntándome por qué no hacía una oda a la noche; yo le respondí que no era poeta. El capitán murmuró no sé qué, dio dos pasos, metió la mano al bolsillo y sacó un pedazo de papel todo arrugado; después, a la luz de una linterna, leyó una oda horaciana sobre la libertad de la vida marítima. Eran versos de él.

—¿Qué tal?

No me acuerdo qué le respondí; me acuerdo que me apretó la mano con mucha fuerza y muchas señales de agradecimiento; en seguida me recitó dos sonetos; ya iba a recitarme otro, cuando vinieron a llamarlo de parte de su mujer.

—Allá voy —dijo. Y me recitó el tercer soneto, con pausa, con amor.

Me quedé solo; pero la musa del capitán había barrido de mi espíritu los malos pensamientos; preferí dormir, lo cual es un modo interino de morir. Al día siguiente despertamos bajo un temporal que aterrorizó a todo el mundo, menos al loco; éste se puso a dar saltos, a decir que su hija mandaba por él, en una berlina; la muerte de una hija suya había sido la causa de su locura. No, nunca me olvidaré de la figura repulsiva del pobre hombre, en medio del tumulto de la gente y de los aullidos del huracán, canturreando y bailando, con los ojos saltándosele de la cara, pálido, con el cabello erizado y largo. A veces se detenía, levantaba sus manos huesudas, hacía unas cruces con los dedos, después un ajedrez, después unas argollas, y reía mucho, desesperadamente. Su mujer no podía ya cuidarlo; entregada al terror de la muerte, rezaba por sí misma a todos los santos del cielo. Por fin amainó la tempestad. Confieso que fue una diversión excelente para la tempestad de mi corazón. Yo, que meditaba lanzarme al encuentro de la muerte, no me atreví a mirarla cara a cara cuando ella vino al mío.

El capitán me preguntó si había tenido miedo, si había estado en peligro, si no me había parecido sublime el espectáculo, todo ello con un interés de amigo. Naturalmente la conversación versó acerca de la vida del mar; el capitán me preguntó si no me gustaban los idilios de pescadores, y yo le respondí ingenuamente que no sabía qué cosa era eso.

—Va a ver —contestó.

Y me recitó un poemita, después otro —una égloga—, y por último cinco sonetos, con los cuales remató en ese día la confianza literaria. Al día siguiente, antes de recitarme nada, me explicó el capitán que sólo por motivos graves había abrazado la profesión marítima, porque su abuela quería que fuese sacerdote, y en efecto poseía algunos latines; no llegó a ser sacerdote, pero no por eso dejó de ser poeta, que era su vocación natural. Para probarlo me recitó al punto, a quema ropa, un centenar de versos. Noté un fenómeno: los ademanes que empleaba eran tales, que una vez me hicieron reír; pero el capitán, cuando recitaba, miraba de tal suerte dentro de sí mismo, que no vio ni oyó nada.

Los días pasaban, y las aguas, y los versos, y con ellos iba pasando también

la vida de la esposa del capitán. Estaba en las últimas. Un día, después del almuerzo, me dijo el capitán que la enferma tal vez no llegara al fin de la semana.

—¡Cómo! —exclamé.

—Pasó muy mal la noche.

Fui a verla; la encontré, efectivamente, casi moribunda, pero hablando todavía de descansar en Lisboa algunos días antes de ir conmigo a Coimbra, porque era su propósito llevarme a la universidad. Me despedí de ella consternado; fui a reunirme con su marido, para contemplar con él las olas que venían a morir en el costado del navío, y traté de consolarlo; él me lo agradeció, me contó la historia de sus amores, elogió la fidelidad y la abnegación de su esposa, recordó los versos que le había hecho y me los recitó. En ese momento vinieron a llamarlo de parte de ella; corrimos los dos; era una crisis. Ése y el siguiente fueron días crueles; el tercero fue el de la muerte; yo hui del espectáculo, pues me causaba repugnancia. Media hora después encontré al capitán sentado en un montón de cuerdas, con la cabeza entre las manos; le dije algunas palabras de consuelo.

—Murió como una santa —respondió.

Y para que estas palabras no pudiesen tomarse como una señal de debilidad, se irguió al punto, sacudió la cabeza y miró el horizonte, con un gesto largo y profundo.

—Vamos —continuó—, entreguémosla a la fosa que nunca se vuelve a abrir.

Efectivamente, pocas horas después era lanzado el cadáver al mar, con las ceremonias de costumbre. La tristeza había marchitado todos los rostros; el del viudo llevaba impresa la expresión de una roca rudamente astillada por el rayo. Grande silencio. La ola abrió su vientre, recogió el despojo, se cerró —una leve arruga—, y la galera continuó navegando. Yo permanecí algunos minutos a popa, con los ojos en aquel punto incierto del mar en donde se quedaba uno de nosotros... Me retiré de ahí y fui al encuentro del capitán, para distraerlo.

—Muchas gracias —me dijo, comprendiendo mi intención—; crea que nunca olvidaré sus buenos servicios. Dios se los pagará. ¡Pobre Leocadia! Tú te acordarás de nosotros en el cielo.

Se enjugó con la manga una lágrima importuna; yo busqué un derivativo en la poesía, que era su pasión. Le hablé de los versos que me había leído y me ofrecí

para imprimirlos. Los ojos del capitán se animaron un poco.

—Tal vez acepte —dijo—; pero no sé..., son versos bastante flojos.

Le juré que no; le pedí que los reuniese y que me los diese antes del desembarque.

—¡Pobre Leocadia! —murmuró sin responder a lo que le pedía—. Un cadáver... el mar... el cielo... el navío...

Al día siguiente vino a leerme una elegía recién compuesta, en la que se hallaban rememoradas las circunstancias de la muerte y de la sepultura de su esposa; me la leyó con voz verdaderamente conmovida y con mano trémula; al fin me preguntó si los versos eran dignos del tesoro que había perdido.

—Sí —le dije.

—No tendré esto —ponderó él al cabo de un instante—; pero nadie me negará sentimiento, si no es que este mismo sentimiento ha perjudicado a la perfección...

—No me parece; los versos se me hacen perfectos.

—Sí, yo creo que... Versos de marinero.

—De marinero poeta.

Él se encogió de hombros, miró el papel y volvió a recitar la composición, pero esta vez ya sin temblores, acentuando las intenciones literarias, haciendo resaltar las imágenes y las melodías de los versos. Al fin me confesó que aquélla era su obra más acabada; yo le dije que así lo creía; él me apretó efusivamente la mano y me predijo un gran futuro.

XX

Bachiller

¡Un gran futuro! Siempre que esta palabra me golpeaba al oído, lanzaba yo una mirada a lo lejos, al horizonte misterioso y vago. Una idea desalojaba a otra, la ambición hacía a un lado a Marcela. ¿Gran futuro? Tal vez naturalista, literato, arqueólogo, banquero, político, o aun obispo..., obispo que fuese, con tal que fuese un cargo, una preeminencia, una gran reputación, una posición superior. La ambición, suponiendo que fuese un águila, rompió entonces el cascarón y abrió su pupila dorada y penetrante. ¡Adiós, amores! ¡Adiós, Marcela! ¡Días de delirio, joyas sin precio, vida sin régimen, adiós! Ahora marchó hacia las fatigas y la gloria; a vosotros os dejó con el pantalón corto de mis primeros años.

Y fue así como desembarqué en Lisboa y seguí rumbo a Coimbra. La universidad me esperaba con sus arduas asignaturas; yo las estudié muy medianamente, y no por eso perdí el grado de bachiller; me lo dieron con la solemnidad de costumbre, después de los años de rigor; fue una hermosa fiesta, que me hinchó de orgullo y de añoranzas, principalmente de añoranzas. Había conquistado en Coimbra una enorme fama de farsante; era un académico loco, superficial, bullanguero y petulante, dado a las aventuras, seguidor de un romanticismo práctico y de un liberalismo teórico, que vivía en la pura fe de los ojos negros y de las constituciones escritas. El día en que la universidad dio testimonio, en un pergamino, de una ciencia que yo estaba lejos de tener arraigada en el cerebro, confieso que me vi, en cierto modo, frustrado, por muy orgulloso que me sintiera. Me voy a explicar: el diploma era una carta de manumisión; se me daba la libertad, se me daba la responsabilidad. Lo guardé, me despedí de las orillas del Mondego y salí de allí un si es no es desconsolado, pero sintiendo ya unos ímpetus, una curiosidad, un deseo de codearme con los demás, de influir, de gozar, de vivir...; en una palabra, de prolongar la universidad durante toda mi vida.

XXI

El arriero

Y ocurrió entonces que paró en seco el macho en que yo venía montado; yo lo fustigué, y él dio dos corcovos, después otros tres, por fin otro más, que me sacudió de la silla, con tan mala fortuna que el pie izquierdo se me quedó preso en el estribo; intenté asirme al vientre del animal, mas para entonces éste, espantado, se había lanzado a todo correr por el camino. Digo mal: intentó echar a correr, y efectivamente dio dos saltos, pero un arriero que estaba allí acudió a tiempo para detenerlo por las riendas, no sin esfuerzo ni peligro. Dominado el bruto, me desembaracé del estribo y me puse de pie.

—Mire de lo que se ha escapao su mercé —dijo el arriero.

Y era verdad; si el macho ha llegado a correr, me habría dado una descabrada espantosa, y quizá la muerte hubiera sido el remate de semejante desastre; cabeza rota, una congestión, cualquier trastorno acá dentro, y adiós ciencia en flor. Quizá el arriero me había salvado la vida; era positivo; yo lo sentía en la sangre que agitaba mi corazón. ¡Buen arriero! Mientras yo volvía a la conciencia de mí mismo, él se ocupaba en poner en orden los arreos del machito, con mucho celo y arte. Resolví darle tres monedas de oro de las cinco que traía conmigo; no porque tal fuera el precio de mi vida —ésta era inestimable—, sino porque era una recompensa digna de la abnegación con que él me había salvado. Está dicho, le doy las tres monedas.

—¡Listo! —dijo, presentándome las riendas de la cabalgadura.

—Espera un poco —respondí—; déjame, que todavía no estoy en mí.

—¡No diga eso!

—¿Pues no es cierto que esto era para matarse?

—Si el macho llega a correr, es posible; pero con la ayuda del Señor, ha visto su mercé que no sucedió nada.

Abrí entonces las alforjas y saqué un chaleco viejo en cuyo bolsillo traía las cinco monedas de oro, y durante ese tiempo pensé si no era excesiva la

gratificación, si no bastaban dos monedas. Tal vez una. Sí, una moneda era bastante para hacerlo saltar de alegría. Examiné su ropa; era un pobre diablo, que nunca en su vida había visto una moneda de oro. Por lo tanto, una moneda. La saqué, la vi relucir a la luz del sol; no la vio el arriero, porque yo le había vuelto las espaldas; pero lo sospechó tal vez, y comenzó a hablar del macho de un modo significativo; dábale consejos, decíale que fuese juicioso, que el “señor doctor” podía castigarlo; un monólogo paternal. ¡Válgame Dios! Hasta oí estallar un beso: era el arriero que le besaba la frente.

—¡Hola! —exclamé.

—Perdóneme su mercé, pero este diablo de animal lo mira a uno con tanta gracia...

Me reí, titubeé, le puse en la mano un cruzado de plata,^[32] monté en el macho y partí a trote largo, un poco molesto, mejor diré un poco incierto del efecto de aquella moneda. Pero a algunas brazas de distancia miré hacia atrás: el arriero me hacía grandes cortesías con señales evidentes de contento. Pensé que aquello no tenía nada de raro; le había pagado bien, le había pagado quizá demasiado. Metí los dedos en el bolsillo del chaleco que traía puesto y sentí unas monedas de cobre; eran unos *vintens*^[33] que debía haber dado al arriero en lugar del cruzado de plata. Porque, en fin de cuentas, sus miras no habían sido ninguna recompensa o virtud; había cedido a un impulso natural, a su temperamento, a los hábitos de su oficio; por otra parte, la circunstancia de estar, no más adelante ni más atrás, sino justamente en el punto del desastre, parecía constituirlo un simple instrumento de la Providencia; de una o de otra manera, el mérito del acto era positivamente nulo. Me quedé desconsolado con esta reflexión, me llamé despilfarrador, añadí el cruzado a la cuenta de mis disipaciones antiguas; tuve (¿por qué no decirlo todo?), tuve remordimientos.

XXII

Vuelta a Rio

Diantre de macho, has cortado el hilo de mis reflexiones. Ahora ya no digo lo que pensé desde allí hasta Lisboa, ni lo que hice en Lisboa, en la península y en otros lugares de Europa, de la vieja Europa, que en ese tiempo parecía rejuvenecerse. No, no diré que presencié las alboradas del romanticismo, y que también yo fui a hacer poesía efectiva en el regazo de Italia; no diré nada. Tendría que escribir un diario de viaje y no unas memorias, como son éstas, en las cuales entra tan sólo la sustancia de la vida.

Al cabo de algunos años de peregrinación, atendí a las súplicas de mi padre: “Ven —me decía en su última carta—, si no vienes rápidamente, hallarás muerta a tu madre”. Esta última palabra fue un golpe para mí. Amaba a mi madre; aún tenía ante los ojos las circunstancias de la última bendición que me había dado, a bordo del navío. “Pobre hijo mío, ya nunca te veré”, sollozaba la buena señora estrechándome contra su pecho. Y estas palabras resonaban ahora en mis oídos, como una profecía realizada.

Nótese que yo estaba en Venecia, aún perfumada con los versos de Lord Byron; allí estaba, sumergido en pleno sueño, reviviendo el pretérito, creyéndome en la Serenísima República. En serio: una vez ocurrió que le pregunté a mi casero si el dux saldría de paseo ese día.

—¿Cuál dux, *signor mio*?

Volví en mí, pero no confesé mi ilusión; le dije que mi pregunta era un género de charada americana; él hizo que comprendía y agregó que le gustaban mucho las charadas americanas. Era un casero. Pues dejé todo aquello, el casero, el dux, el Puente de los Suspiros, la góndola, los versos del lord, las damas del Rialto, lo dejé todo, y partí como una bala en dirección a Rio de Janeiro.

Llegué... Pero no; no alarguemos este capítulo. A veces me olvido de todo cuando escribo y la pluma va comiendo papel, con grave perjuicio mío, que soy autor. Capítulos largos cuadran mejor a lectores pesadotes; y nosotros no somos un público in-folio, sino in-12, poco texto, anchos márgenes, tipo elegante, cantos dorados y viñetas... principalmente viñetas... No, no alarguemos el capítulo.

XXIII

Triste, pero breve

Llegué. No niego que, al visitar mi ciudad natal, tuve una sensación nueva. No era efecto de mi patria política; éralo del lugar de mi infancia, la calle, la torre, la fuente de la esquina, la mujer de mantilla, el cargador negro, las cosas y las escenas de mi infancia, buriladas en mi memoria. Nada menos que un renacimiento. Mi espíritu, como un pájaro, no reparó en la corriente de los años y desató su vuelo en dirección de la fuente original, y fue a beber del agua fresca y pura, aún no enturbiada con el aluvión de la vida.

Si bien se observa, es éste un lugar común. Otro lugar común, tristemente común, fue la consternación de mi familia. Mi padre me abrazó con lágrimas.

—Tu madre no puede vivir —me dijo.

En efecto, no era ya el reumatismo lo que la mataba, sino un cáncer en el estómago. La infeliz padecía de modo cruel, porque el cáncer es indiferente a las virtudes del paciente; cuando roe, roe; roer es su oficio. Mi hermana Sabina, ya entonces casada con Cotrim, estaba que se caía de fatiga. ¡Pobre muchacha! Dormía tres horas por noche, nada más. El propio tío Juan estaba abatido y triste. Doña Eusebia y algunas otras señoras estaban allí también, no menos tristes y no menos abnegadas.

—¡Hijo mío!

El dolor detuvo por un momento sus tenazas; una sonrisa iluminó el rostro de la enferma, sobre el cual la muerte batía sus alas eternas. Era menos un rostro que una calavera: su belleza había pasado, como un día brillante; quedaban los huesos, que no enflaquecen nunca. Apenas podía reconocerla; hacía ocho o nueve años que no nos veíamos. Arrodillado, junto a la cama, con sus manos en las mías, quedé mudo y quieto, sin atreverme a hablar, porque cada palabra sería un sollozo, y temíamos avisarla del fin. ¡Vano temor! Ella sabía que estaba a punto de acabar; me lo dijo; y lo comprobamos a la mañana siguiente.

Larga fue la agonía, larga y cruel, de una crueldad minuciosa, fría, insistente, que me llenó de dolor y de estupefacción. Era la primera vez que veía morir a alguien. Conocía la muerte de oídas; cuando mucho, la había visto ya

petrificada en el rostro de algún cadáver que acompañé al cementerio, o tenía su idea embrollada en las amplificaciones de retórica de los profesores de cosas antiguas: la muerte alevosa de César, la austera de Sócrates, la orgullosa de Catón. Pero ese duelo del ser y del no ser, la muerte en acción dolorosa, contraída, convulsa, sin aparato político o filosófico, la muerte de una persona amada, fue ésa la primera vez que la pude encarar. No lloré; me acuerdo que no lloré durante el espectáculo: tenía los ojos estúpidos, la garganta hecha un nudo, la conciencia boquiabierta. ¡Qué! Una criatura tan dócil, tan tierna, tan santa, que nunca en su vida había hecho derramar una lágrima de disgusto, madre cariñosa, esposa inmaculada, ¿era fuerza que muriese así, atormentada, mordida por el diente tenaz de una enfermedad sin misericordia? Confieso que todo aquello me pareció oscuro, incongruente, insensato...

Triste capítulo; pasemos a otro más alegre.

XXIV

Breve, pero alegre

Quedé postrado. Y sin embargo era yo, en ese tiempo, un fiel dechado de trivialidad y presunción. Jamás había oprimido mi cerebro el problema de la vida y de la muerte; nunca, hasta ese día, me había asomado al abismo de lo Inexplicable; faltábame lo esencial, que es el estímulo, el vértigo...

Para decirlos toda la verdad, reflexionaba en las opiniones de un peluquero que encontré en Módena, y que se distinguía por no tenerlas en absoluto. Era la flor y nata de los peluqueros; por más tardada que fuese la operación del tocado, no enfadaba nunca; intercalaba sus peinados con infinitos chistes y pullas, con una malicia, con un sabor... No tenía otra filosofía. Yo tampoco. No digo que la universidad no me hubiese enseñado ninguna; pero yo aprendí tan sólo sus fórmulas, su vocabulario, su esqueleto. La traté como traté al latín; me embolsé tres versos de Virgilio, dos de Horacio, una docena de locuciones morales y políticas, para las necesidades de la conversación. Los traté como traté la historia y la jurisprudencia. Recogí de todas las cosas la fraseología, la cáscara, la ornamentación...

Tal vez espante al lector la franqueza con que le expongo y realzo mi mediocridad; advierta que la franqueza es la primera virtud de un difunto. En la vida, las miradas de la opinión, el contraste de los intereses, la lucha de las codicias, obligan a ocultar los trapos viejos, a disfrazar las desgarraduras y los remiendos, a no mostrarle al mundo las revelaciones que hace la conciencia; y lo mejor de esta obligación es cuando, a fuerza de ofuscar a los demás, se ofusca un hombre a sí mismo, porque en este caso se ahorra la humillación, que es una sensación penosa, y la hipocresía, que es un vicio hediondo. Pero en la muerte, ¡qué diferencia! ¡qué desahogo! ¡qué libertad! ¡Cómo puede uno sacudir de sus hombros la capa, echar al pozo las lentejuelas, desembarazarse, despintarse, desengalanarse, confesar lisa y llanamente lo que fue y lo que no fue! Porque, en resumidas cuentas, ya no hay vecinos, ni amigos, ni enemigos, ni conocidos, ni extraños; no hay platea. Las miradas de la opinión, esas miradas agudas y judiciales, pierden su virtud tan pronto como pisamos el territorio de la muerte; no digo que no se extienda hasta acá, y que no nos examine y juzgue; pero a nosotros nada se nos da ya del examen ni del juicio. Señores vivos, no hay nada tan inconmensurable como el desdén de los difuntos.

XXV

En Tijuca

¡Huy! Ya se me iba resbalando la pluma hacia lo enfático. Seamos sencillos, como era sencilla la vida que llevé en Tijuca,^[34] durante las primeras semanas que siguieron a la muerte de mi madre.

Al séptimo día, terminada la misa de réquiem, tomé una escopeta, algunos libros, ropa, cigarros, un moleque —el Prudencio del capítulo XI— y fui a meterme en una vieja casa de nuestra propiedad. Mi padre hizo cuanto pudo por torcer mi resolución, pero yo no podía ni quería obedecerle. Sabina quería que yo fuese a vivir algún tiempo con ella, unas dos semanas cuando menos; mi cuñado estuvo a punto de llevarme a la viva fuerza. Era un buen muchacho este Cotrim; si había sido un calavera, era ahora muy circunspecto. Comerciaaba en abastecimientos de buques, se afanaba desde la mañana hasta la noche, con ardor, con perseverancia. Por la noche, sentado junto a la ventana, encaracolándose las patillas, no pensaba en otra cosa. Amaba a su mujer y a un hijo que entonces tenía, y que se le murió algunos años después. Decían que era un avaro.

Rechacé todo; tenía abrumado mi espíritu. Creo que entonces fue cuando comenzó a brotar en mí la hipocondria, esa flor amarilla, solitaria y mórbida, de un aroma embriagador y sutil. “¡Qué bueno es estar triste y no decir nada!” Cuando esta frase de Shakespeare me llamó la atención, confieso que sentí en mí un eco, un eco delicioso. Me acuerdo que estaba sentado, a la sombra de un tamarindo, con el libro del poeta abierto en las manos, y el espíritu todavía más cabizbajo que la figura; estaba *jururú*,^[35] como decimos de las gallinas tristes. Estrechaba en mi pecho mi dolor taciturno, con una sensación única, algo que podría llamar voluptuosidad del aburrimiento. Voluptuosidad del aburrimiento: aprende esta expresión, lector; guárdala, examínala, y, si no alcanzas a entenderla, puedes concluir que ignoras una de las sensaciones más sutiles de este mundo y de aquel tiempo.

Unas veces cazaba, otras dormía, otras leía —leía mucho—, otras, por fin, no hacía nada; me dejaba llevar de idea en idea, de imaginación en imaginación, como una mariposa errante o hambrienta. Las horas iban goteando una a una, el sol caía, las sombras de la noche velaban la montaña y la ciudad. Nadie me visitaba; recomendé expresamente que me dejaran solo. Un día, dos días, tres días, una

semana entera pasada así, sin decir palabra, era suficiente para hacerme abandonar Tijuca y restituirme al bullicio. En efecto, al cabo de siete días estaba harto de la soledad; el dolor se había mitigado; mi espíritu ya no se contentaba ni con la vista de la arboleda y del cielo. Reaccionaba la juventud, era preciso vivir. Metí en el baúl el problema de la vida y de la muerte, los hipocondriacos del poeta, las camisas, las meditaciones, las corbatas, y ya iba a cerrarlo cuando el moleque Prudencio me dijo que una persona que yo conocía se había mudado la víspera a una casa color lila, situada a doscientos pasos de la nuestra.

—¿Quién?

—Ñoño tal vez no se acuerda ya de doña Eusebia...

—Sí me acuerdo... ¿Es ella?

—Ella y su hija. Llegaron ayer en la mañana.

Se me vino a la cabeza entonces el episodio de 1814, y me sentí un poco molesto; pero advertí que los acontecimientos me habían dado la razón. En verdad, había sido imposible evitar las relaciones íntimas de Villaça con la hermana del sargento-mayor; aun antes de que yo me embarcara, ya corrían misteriosos rumores del nacimiento de una niña. Mi tío Juan me mandó decir después que Villaça, al morir, había dejado un buen legado a doña Eusebia, cosa que dio mucho que hablar en todo el barrio. Mi propio tío Juan, goloso de escándalos, no trató de otro asunto en la carta, que era por cierto de muchos pliegos. Me habían dado la razón los acontecimientos. Pero aunque no me la hubiesen dado, 1814 estaba ya muy lejos, y con él la travesura, y Villaça, y el beso del jardín; finalmente, no había relaciones estrechas algunas entre ella y yo. Me hice esta reflexión y acabé de cerrar el baúl.

—¿Ñoño no va a visitar a siñá doña Eusebia? —me preguntó Prudencio—. Ella fue la que vistió el cuerpo de mi difunta señora.

Me acordé de haberla visto, entre otras señoras, con ocasión de la muerte y del entierro, pero ignoraba que ella hubiese prestado a mi madre ese postrer favor. La ponderación del moleque era razonable; debía hacerle una visita; determiné hacerla inmediatamente, y emprender el viaje de regreso.

XXVI

El autor titubea

De pronto oigo una voz:

—¡Hola, muchacho, esto no es vida!

Era mi padre, que llegaba con dos proposiciones en su bolsillo. Me senté en el baúl y lo recibí sin alborozo. Él estuvo algunos instantes de pie, mirándome; después me alargó la mano con un gesto conmovido:

—Hijo mío, confórmate con la voluntad de Dios.

—Ya me he conformado —fue mi respuesta; y le besé la mano.

No había almorzado; almorzamos juntos. Ninguno de nosotros aludió al triste motivo de mi reclusión. Una sola vez hablamos de ello, de paso, cuando mi padre hizo que la conversación viniera a recaer sobre la Regencia:^[36] entonces aludió a la carta de pésame que le había mandado uno de los Regentes. Traía la carta consigo, ya bastante ajada, quizá por haberla leído a muchas otras personas. Creo haber dicho que era de uno de los Regentes. Me la leyó dos veces.

—Ya fui a agradecerle esta muestra de consideración —concluyó mi padre—, y me parece que tú debes ir también...

—¿Yo?

—Tú; es un hombre notable, hace hoy las veces de Emperador. Además traigo conmigo una idea, un proyecto, o... sí, te lo diré todo: traigo dos proyectos, un puesto de diputado y un matrimonio.

Mi padre dijo esto con pausa, y no en el mismo tono, sino dando a las palabras una manera y una disposición cuyo fin era grabarlas más profundamente en mi espíritu. La propuesta, sin embargo, desdecía tanto de mis últimas sensaciones, que llegué a no entenderla bien. Mi padre vaciló y me la repitió; encareció el puesto y la novia.

—¿Aceptas?

—No entiendo de política —le dije al cabo de un instante—; en cuanto a la novia... Déjame vivir como un oso, que es lo que soy.

—Pero los osos se casan —replicó.

—Pues tráeme una osa. Mira, la Osa Mayor...

Rióse mi padre, y después de reírse volvió a hablar en serio. Me era necesaria la carrera política, decía, por veintitantas razones, que dedujo con una singular volubilidad, ilustrándolas con ejemplos de personas conocidas nuestras. En cuanto a la novia, bastaba que yo la viese; si la viera, iría luego a pedirla a su padre, luego, sin esperar un solo día. Probó de esa manera con la fascinación, después con la persuasión, después con la intimación; yo no daba respuesta, afilaba la punta de un palito o hacía bolas de miga de pan, sonriendo o reflexionando; y, para decirlo todo, ni dócil ni rebelde a la propuesta. Sentíame aturdido. Una parte de mí mismo decía que sí, que una esposa hermosa y una posición política eran bienes dignos de aprecio; otra decía que no; y la muerte de mi madre se me aparecía como un ejemplo de la fragilidad de las cosas, de los afectos, de la familia...

—No me voy de aquí sin una respuesta definitiva —dijo mi padre—. ¡De-fi-ni-ti-va! —repitió, golpeando las sílabas con el dedo.

Bebió el último trago de café; se arrellanó en su silla y comenzó a hablar de todo, del senado, de la cámara, de la Regencia, de la Restauración, de Evaristo,^[37] de un coche que pretendía comprar, de nuestra casa de Matacavalos^[38]... Yo me había quedado al lado de la mesa, escribiendo sin ton ni son en un pedazo de papel, con una punta de lápiz; trazaba una palabra, una frase, un verso, una nariz, un triángulo, y los repetía muchas veces, sin orden, al acaso, más o menos así:

arma virumque cano

A

Arma virumque cano

arma virumque cano

arma virumque

arma virumque cano

virumque

Todo esto,^[39] maquinalmente y, no obstante, había cierta lógica, cierta deducción; por ejemplo, el *virumque* fue el que me hizo llegar al nombre del propio poeta, a causa de la primera sílaba; iba a escribir *virumque*, y me sale *Virgilio*, y entonces continué:

Vir Virgilio

Virgilio Virgilio

Virgilio

Virgilio

Mi padre, un poco despechado con aquella indiferencia, se levantó, se me acercó, y echó una mirada al papel...

—¡Virgilio! —exclamó—. Ése eres tú, muchacho; tu novia se llama justamente Virgilia.

XXVII

¿Virgilia?

¿Virgilia? ¿Pero entonces era la misma señora que algunos años después...? La misma; era justamente la señora que en 1869 debía asistir a mis últimos días, y que antes, mucho tiempo antes, tuvo una gran parte en mis más íntimas sensaciones. En aquel tiempo contaba apenas quince o dieciséis años; era quizá la criatura más atrevida de nuestra raza, y, con certeza, la más voluntariosa. No digo que ya le correspondiese la primacía de la belleza, entre las jovencitas de su tiempo, porque esto no es una novela, en que el autor sobredora la realidad y cierra los ojos a las pecas y a las espinillas; pero tampoco quiero decir que le manchase su rostro ninguna peca o espinilla, no. Era bonita, fresca, salía de las manos de la naturaleza llena de aquel hechizo, precario y eterno, que el individuo pasa a otro individuo, para los fines secretos de la creación. Era esto Virgilia, y era de color blanco, muy blanco, coqueta, ignorante, pueril, llena de unos ímpetus misteriosos, mucha pereza y alguna devoción —devoción, o tal vez miedo; creo que miedo—.

Ahí tiene el lector, en pocas líneas, el retrato físico y moral de la persona que debía influir más tarde en mi vida; era aquello con dieciséis años. Tú que me lees, si es que aún estás viva cuando estas páginas vean la luz, tú que me lees, Virgilia amada, ¿no notas la diferencia entre el lenguaje de hoy y el que primero empleé cuando te vi? Créemelo, era tan sincero entonces como ahora; la muerte no me ha vuelto impertinente, ni injusto.

—Pero —dirás—, ¿cómo puedes así discernir la verdad de aquel tiempo, y expresarla después de tantos años?

¡Ah, indiscreta! ¡Ah ignorantona! Pero si eso mismo es lo que nos hace dueños de la tierra, ese poder de restaurar el pasado, para tocar la inestabilidad de nuestras impresiones y la vanidad de nuestros afectos. Deja que diga Pascal que el hombre es una caña que piensa. No; es una errata que piensa, eso sí. Cada etapa de la vida es una edición, que corrige a la anterior, y que será corregida también, hasta la edición definitiva, que el editor obsequia graciosamente a los gusanos.

XXVIII

Con tal de...

—¿Virgilia? —interrumpí.

—Sí, señor; es el nombre de tu novia. Un ángel, tonto, un ángel sin alas. Imagínate a una muchacha así, de esta altura, viva como un azogue, y unos ojos... hija de Dutra.

—¿Qué Dutra?

—El consejero Dutra; no lo conoces; una influencia política. Vamos a su casa, ¿quieres?

No respondí de pronto; me quedé mirando durante unos segundos la punta de mis botas; declaré después que estaba dispuesto a examinar las dos cosas, la candidatura y el matrimonio, con tal de...

—¿Con tal de qué?

—Con tal de no quedar obligado a aceptar las dos; creo que puedo ser por separado hombre casado y hombre público...

—Todo hombre público tiene que ser casado —interrumpió sentenciosamente mi padre—. Pero sea como tú quieras; estoy para todo. ¡Estoy seguro de que de la vista nacerá el amor! Además, la novia y el Parlamento son la misma cosa... es decir, no... después sabrás... Vaya; acepto la dilación, con tal de...

—¿Con tal de qué...? —interrumpí, imitando su voz.

—¡Ah, travieso! Con tal de que no te quedes ahí, inútil, oscuro y triste; no he gastado dinero, cuidados, empeños, para no verte brillar, como debes, y te conviene, y a todos nosotros; es preciso continuar nuestro nombre, continuarlo e ilustrarlo todavía más. Mira, ahora tengo sesenta años, pero si fuera necesario comenzar vida nueva, yo la comenzaría, sin titubear ni un solo minuto. Teme la oscuridad, Blas; huye de lo que es ínfimo. Mira que los hombres valen por diferentes maneras, y la más segura de todas es valer por la opinión de los demás

hombres. No desperdicies las ventajas de tu posición, de tus medios...

Y así continuó el mago, agitando frente a mí una sonaja, como me hacían, cuando era pequeño, para que anduviese aprisa, y entonces la flor de la hipocondria se recogió en su capullo para dejar la otra flor menos amarilla, y nada mórbida, el amor de la fama, el emplasto Blas Cubas.

XXIX

La visita

Había vencido mi padre; me dispuse a aceptar el diploma y el matrimonio, Virgilia y la cámara de diputados.

—Las dos Virgalias —dijo él, en un asomo de ternura política.

Yo las acepté; mi padre me dio dos fuertes abrazos. Al fin reconocía a su propia sangre...

—¿Te vuelves conmigo?

—Yo vuelvo mañana. Voy a hacer primero una visita a doña Eusebia...

Mi padre arrugó la nariz, pero no dijo nada; se despidió y regresó a Rio. Yo, en la tarde de ese mismo día, fui a visitar a doña Eusebia. La encontré regañando a un jardinero negro, pero dejó todo para venir a hablarme, con un alborozo, un placer tan sincero, que al punto me quitó mi timidez. Creo que llegó a rodearme con su par de brazos robustos. Me hizo sentar junto a ella, en el balcón, entre muchas exclamaciones de contento:

—¡Vaya con Blasillo! ¡Un hombre! ¿Quién diría, hace años...? ¡Un hombrazo! ¡Y guapo! ¡Vaya si no! Tú no te acuerdas bien de mí...

Le dije que sí, que no era posible olvidar a una amiga tan familiar de nuestra casa. Doña Eusebia comenzó a hablar de mi madre, con mucha añoranza, con tanta añoranza que me cautivó al punto, si bien me entristeció. Ella lo notó en mis ojos, y torció el hilo de la conversación; me rogó que le hablase de mi viaje, de mis estudios, de mis noviazgos... Sí, de mis noviazgos también; me confesó que era una vieja habladora. Entonces me acordé del episodio de 1814, ella, Villaça, el jardín, el beso, mi grito; y mientras recordaba todo eso, oigo un rechinar de puerta, un rumor de faldas y esta palabra:

—Mamá... mamá...

XXX

La flor del jardín

La voz y las faldas pertenecían a una muchachita morena, que se detuvo en la puerta, algunos instantes, al ver gente extraña. Silencio breve y forzado. Doña Eusebia lo rompió, por fin, con resolución y franqueza:

—Ven, Eugenia —dijo—, saluda al doctor Blas Cubas, hijo del señor Cubas; ha llegado de Europa.

Y volviéndose a mí:

—Mi hija Eugenia.

Eugenia, la flor del jardín, apenas si respondió al gesto de cortesía que yo le hice; miróme admirada y tímida, y lentamente se acercó a la silla de su madre. Su madre le arregló una de las trenzas de su cabello, cuya punta se había soltado.

—¡Ah, traviesa! —decía—. No te imaginas tú, doctor, lo que es esto...

Y la besó con una ternura tan expansiva que me conmovió un poco; me recordó a mi madre, y —lo diré todo— sentí ciertas cosquillas de ser padre.

—¿Traviesa? —dije—. Pues ya no tiene la edad propia para eso, a lo que parece.

—¿Cuántos años le das?

—Diecisiete.

—Menos uno.

—Dieciséis. ¡Pues entonces es casi una señorita!

No pudo Eugenia encubrir la satisfacción que sentía con esta palabra mía, pero se sobrepuso al momento y quedó como antes, erecta, muda y fría. En realidad parecía más mujer de lo que era. Sería una niña en sus juegos de muchacha; pero así, quieta, impasible, tenía la compostura de la mujer casada. Tal

vez esta circunstancia disminuía un poco de su gracia virginal. Muy pronto nos familiarizamos; su madre hacía de ella grandes elogios, que yo escuchaba con semblante alegre, mientras ella sonreía, con sus ojos brillantes, como si dentro de su cerebro estuviese revoloteando una mariposita de alas de oro y ojos de diamante...

Digo dentro, porque lo que revoloteó por fuera fue una mariposa negra, que repentinamente entró en el balcón, y comenzó a batir las alas alrededor de doña Eusebia. Doña Eusebia dio un grito, se levantó, profirió unas palabras sueltas:

—¡Te conjuro...! ¡Sal, demonio...! ¡Virgen Santísima...!

—No tenga miedo —le dije; y, sacando mi pañuelo, arrojé la mariposa.

Doña Eusebia se sentó de nuevo, anhelante, un poco avergonzada; su hija, quizá pálida de miedo, disimulaba su impresión con mucha fuerza de voluntad. Estreché su mano y me retiré, riéndome conmigo mismo de la superstición de las dos mujeres, con una risa filosófica, desinteresada, superior. Por la tarde vi pasar a caballo a la hija de doña Eusebia, seguida de un criado; me hizo un saludo con la punta de la fusta. Confieso que me lisonjeé con la idea de que, algunos pasos adelante, ella volvería la cabeza hacia atrás; pero no la volvió.

XXXI

La mariposa negra

Al día siguiente, mientras me preparaba para el viaje de regreso, entró en mi cuarto una mariposa, tan negra como la otra, y mucho mayor que ella. Me acordé del caso de la víspera, y me reí; comencé entonces a pensar en la hija de doña Eusebia, en el susto que había tenido, en la dignidad que, a pesar de él, había sabido conservar. La mariposa, después de revolotear mucho a mi alrededor, se posó en mi frente. La sacudí, y ella se fue a posar en la vidriera; y como yo la sacudí de nuevo, se fue de allí y vino a pararse encima de un viejo retrato de mi padre. Era negra como la noche. El gesto blando con que, una vez posada, comenzó a mover las alas, tenía no sé qué airecillo burlón que me fastidió mucho. Me encogí de hombros, y salí del cuarto; pero al volver allí, minutos después, y al hallarla todavía en el mismo lugar, sentí que los nervios se me ponían de punta, eché mano de una toalla, le di un golpe, y ella cayó.

No cayó muerta; todavía retorcía el cuerpo y meneaba las antenas de la cabeza. Me dio lástima; la tomé en la palma de la mano y fui a colocarla en el antepecho de la ventana. Era tarde, la infeliz expiró al cabo de unos cuantos segundos. Quedé un poco fastidiado, incomodado.

—Y también ella, ¿por qué diablos no era azul? —me dije.

Y esta reflexión —una de las más profundas que se han hecho desde la invención de las mariposas— me consoló de mi mala acción y me reconcilié conmigo mismo. Me quedé contemplando el cadáver con alguna simpatía, lo confieso. Me imaginé que había salido del bosque, satisfecha y feliz. La mañana era linda. Llegó por allí, modesta y negra, luciendo sus mariposeos bajo la vasta cúpula de un cielo azul, que es siempre azul, para todas las alas. Pasa por mi ventana, entra y se topa conmigo. Supongo que nunca habría visto a un hombre; describió infinitas vueltas alrededor de mi cuerpo, y vio que me movía, que tenía ojos, brazos, piernas, un aire divino, una estatura colosal. Entonces se dijo: “Éste es probablemente el inventor de las mariposas”. La idea la subyugó, la aterró; pero el miedo, que es también sugestivo, le insinuó que el mejor modo de agradar a su creador era besarle la frente, y me besó la frente. Cuando, ahuyentada por mí, se fue a posar en la vidriera, vio desde allí el retrato de mi padre, y no es imposible que descubriese media verdad, a saber, que estaba allí el padre del inventor de las

mariposas; y voló a pedirle misericordia.

Pues un toallazo remató la aventura. De nada le valió la inmensidad azul, ni la alegría de las flores, ni la pompa de las hojas verdes, contra una toalla de manos, dos palmos de lino crudo. ¡Mirad qué bueno es ser superior a las mariposas! Porque, justo es decirlo, si hubiese sido azul, o color de naranja, no habría tenido más segura su vida; no habría sido imposible que yo la hubiese atravesado con un alfiler, para recreo de los ojos. No lo era. Esta última idea me restituyó el consuelo; uní el dedo grande al pulgar, disparé un papirotazo y el cadáver fue a dar al jardín. Era tiempo; allí venían ya las pródidas hormigas... No, vuelvo a la primera idea, creo que era mejor para ella haber nacido azul.

XXXII

Coja de nacimiento

De ahí me fui a terminar los preparativos de mi viaje. Ya ahora no me retardo. Vuelvo a Rio inmediatamente; vuelvo, aunque algún lector circunspecto me detenga para preguntar si el capítulo anterior es sólo una bobada o si llega a tomadura de pelo... Ay, no contaba con doña Eusebia. Estaba listo, cuando ella entró por mi casa. Venía a invitarme a retardar mi partida e ir a comer ese día en su casa. Llegué a rehusar; pero instó tanto, tanto, tanto, que no pude menos de aceptar; por otra parte, se le debía aquella compensación; por eso fui.

Eugenia se quitó sus adornos ese día por mi causa. Creo que fue por mi causa, si es que no andaba muchas veces así; ni las arracadas de oro que traía la víspera colgaban ahora de sus orejas, dos orejas finamente recortadas en una cabeza de ninfa. Un simple vestido blanco, de casa, sin adornos, y en el cuello, en lugar de broche, un botón de madreperla, y otro botón en los puños, cerrando las mangas, y ni sombra de pulsera.

Eso era en el cuerpo; no otra cosa era en el espíritu. Ideas claras, modales llanos, cierta gracia natural, un aire de señora, y no sé si alguna otra cosa; sí, la boca, exactamente la boca de su madre, la cual me recordaba el episodio de 1814, y entonces me entraban ímpetus de glosar el mismo mote a la hija...

—Ahora voy a mostrarte la quinta —me dijo su madre luego que apuramos el último trago de café.

Salimos a la terraza, de allí a la quinta, y entonces fue cuando noté una circunstancia. Eugenia cojeaba un poco, tan poco que yo llegué a preguntarle si se había lastimado un pie. La madre se calló; la hija me respondió sin titubear:

—No, señor, soy coja de nacimiento.

Me mandé a todos los diablos; me llamé desastrado, grosero. En efecto, la simple posibilidad de que fuese coja era bastante para no preguntarle nada. Entonces recordé que la primera vez que la vi —la víspera— la muchacha se había acercado lentamente a la silla de su madre, y que ese día la había encontrado ya en la mesa. Tal vez fuese para encubrir el defecto; mas ¿por qué razón lo confesaba ahora? La miré y observé que estaba triste.

Traté de apagar los vestigios de mi falta de tacto; no me fue difícil, porque la madre era, según había confesado, una vieja habladora, y muy pronto trabó conversación conmigo. Vimos toda la quinta, árboles, flores, estanques de patos, lavadero, una infinidad de cosas que ella me iba mostrando y comentando, mientras yo, de soslayo, escrutaba los ojos de Eugenia...

Palabra que la mirada de Eugenia no era coja, sino derecha, perfectamente sana; venía de unos ojos negros y tranquilos. Creo que dos o tres veces se bajaron, un poco turbados; pero dos o tres veces solamente; en general, me miraban con franqueza, sin temeridad ni remilgos.

XXXIII

Bienaventurados los que no se van

Lo peor es que era coja. ¡Unos ojos tan luminosos, una boca tan fresca, una compostura tan señorial..., y coja! Este contraste haría sospechar que la naturaleza es a veces un inmenso escarnio. ¿Por qué bonita, si coja? ¿Por qué coja, si bonita? Tal era la pregunta que me venía haciendo al volver a casa, por la noche, sin dar con la solución del enigma. Lo mejor que hay, cuando no se resuelve un enigma, es echarlo por la ventana; fue lo que hice; tomé una toalla y ahuyenté esa otra mariposa negra que aleteaba en mi cerebro. Sentíme aliviado, y me fui a dormir. Pero el sueño, que es una hendidura del espíritu, dejó nuevamente entrar al animalito, y héteme ahí toda la noche cavando el misterio sin lograr explicarlo.

Amaneció lloviendo, y transferí mi partida; pero al día siguiente la mañana era limpia y azul, y a pesar de ello me quedé, lo mismo que el tercer día, el cuarto, hasta el fin de la semana. Mañanas frescas, bonitas, invitadoras; allá en Rio la familia llamándome, y la novia, y el parlamento, y yo sin acudir a nada, arrobado a los pies de mi Venus Coja. Arrobadado es una manera de realzar el estilo; no había arrobamiento, sino gusto, no sé qué satisfacción física y moral. La quería, es verdad; junto a esa criatura tan sencilla, hija ilegítima y coja, hecha de amor y desprecio, junto a ella me sentía bien, y creo que ella se sentía todavía mejor junto a mí. Y esto en Tijuca. Una sencilla égloga. Doña Eusebia nos vigilaba, pero poco; templaba la necesidad con la conveniencia. La hija, en aquella primera explosión de la naturaleza, me entregaba su alma en flor.

—¿Se va usted mañana? —me dijo el sábado.

—Eso pretendo.

—No se vaya.

No me fui, y agregué un versículo al Evangelio: “Bienaventurados los que no se van, porque de ellos es el primer beso de las muchachas”. En efecto, el domingo fue ese primer beso de Eugenia, el primero que ningún otro varón le hubiera tomado jamás, y no hurtado o arrebatado, sino cándidamente entregado, como un deudor honrado paga una deuda. ¡Pobre Eugenia! ¡Si supieras qué ideas vagaban por mi mente en aquella ocasión! Tú, trémula de conmoción, con los

brazos en mis hombros, contemplando en mí a tu bienvenido esposo, y yo con los ojos en 1814, en el jardín, en Villaça, y sospechando que no podías desmentir tu sangre, tu origen...

Doña Eusebia entró inesperadamente, pero no tan rápida que nos hallase al uno junto al otro. Yo di unos pasos hasta la ventana; Eugenia se sentó para arreglarse una de las trenzas. ¡Qué disimulo tan gracioso! ¡Qué arte infinito y delicado! ¡Qué tartupez tan profunda! Y todo eso natural, vivo, no estudiado, natural como el apetito, natural como el sueño. ¡Tanto mejor! Doña Eusebia no sospechó nada.

XXXIV

A un alma sensible

Hay, entre las cinco o diez personas que me leen, un alma sensible, que está seguramente un poco enfadada con el capítulo anterior, comienza a temblar por la suerte de Eugenia, y tal vez... sí, tal vez allá en el fondo de sí misma me llame cínico. ¿Cínico yo, alma sensible? ¡Por el muslo de Diana! Esta injuria merecía ser lavada con sangre, si la sangre lavara cosa alguna en ese mundo. No, alma sensible, yo no soy cínico: fui hombre; mi cerebro fue un tablado en que se representaron piezas de todo género, el drama sagrado, el austero, el meloso, la donosa comedia, la desgredada farsa, los autos, las bufonadas, un pandemónium, alma sensible, una barahúnda de cosas y de personas en donde hubieras podido verlo todo, desde la rosa de Esmirna hasta la ruda de tu huerto, desde el magnífico lecho de Cleopatra hasta el rincón de la playa en que el mendigo tiritaba su sueño. Se cruzaban en él pensamientos de diversas castas y hechuras. No solamente había allí la atmósfera del águila y del colibrí; había también la de la babosa y la del sapo. Retira, pues, la expresión, alma sensible, castiga tus nervios, limpia tus gafas —que a veces eso es cosa de las gafas— y acabemos de una vez con esta flor del jardín.

XXXV

El camino de Damasco

Ahora bien, sucedió que, ocho días después, estando yo en el camino de Damasco, oí una voz misteriosa que me susurraba las palabras de la Escritura (*Hechos*, IX, 7): “Levántate, y entra en la ciudad”. Esta voz salía de mí mismo, y tenía dos orígenes: la piedad, que me desarmaba ante la candidez de la pequeña, y el terror de llegar a amarla de veras, de casarme con ella. ¡Una mujer coja! En cuanto a este motivo de mi partida, no cabe duda de que ella lo encontró y me lo dijo. Fue en la terraza, la tarde de un lunes, al anunciarle que a la mañana siguiente me marcharía.

—Adiós —suspiró ella, extendiéndome su mano con sencillez—, haces bien.

Y como yo no le decía nada, continuó:

—Haces bien en huir del ridículo de casarte conmigo.

Iba a decirle que no; ella se retiró lentamente, conteniendo sus lágrimas. La alcancé a los pocos pasos, y le juré por todos los santos del cielo que me veía obligado a volver, pero que no dejaba de quererla, y mucho; todo hipérboles frías, que ella escuchó sin decir nada.

—¿No me crees? —le pregunté al fin.

—No, y te digo que haces bien.

Quise retenerla, pero la mirada que me lanzó no fue ya de súplica, sino de imperio. Salí de Tijuca a la mañana siguiente, un poco amargado, otro poco satisfecho. Me venía diciendo que era justo obedecer a mi padre, que era conveniente abrazar la carrera política... que la constitución... que mi novia... que mi caballo...

XXXVI

A propósito de botas

Mi padre, que no me esperaba, me abrazó lleno de ternura y de agradecimiento.

—¿Ahora es de veras? —me dijo—. ¿Puedo ya...?

Lo dejé en esta reticencia y fui a quitarme las botas, que me quedaban apretadas. Una vez aliviado, respiré a plenos pulmones y me recosté cuan largo era, mientras mis pies, y todo yo en pos de ellos, entrábamos en una relativa bienaventuranza. Entonces consideré que las botas apretadas son una de las mayores dichas de la tierra, porque, al hacer doler los pies, dan ocasión al placer de descalzarlos. Mortifica tus pies, desgraciado, desmortificalos en seguida, y ahí tienes la felicidad barata, al gusto de los zapateros y de Epicuro. Mientras esta idea me trabajaba en el famoso trapecio, lanzaba mis miradas hacia Tijuca y veía a la cojita perderse en el horizonte del pretérito, y sentía que mi corazón no tardaría también en quitarse sus botas. Y se las quitó el muy lascivo. Cuatro o cinco días después saboreaba ese rápido, inefable e incoercible momento de gozo que sucede a un dolor punzante, a una preocupación, a una incomodidad... De aquí infiero que la vida es el más ingenioso de los fenómenos, porque sólo aguza el hambre con el fin de deparar la ocasión de comer, y no inventó los callos sino porque éstos perfeccionan la felicidad terrestre. En verdad os digo que toda la sabiduría humana no vale un par de botas apretadas.

Pero tú, Eugenia mía, tú nunca te las quitaste; fuiste allí, por el camino de la vida, cojeando de la pierna y del amor, triste como los entierros pobres, solitaria, callada, laboriosa, hasta que llegaste también a esta otra orilla... Lo que yo no sé es si tu existencia era muy necesaria para el siglo. ¿Quién sabe? Tal vez una comparsa menos hiciese fracasar la tragedia humana.

XXXVII

¡Por fin!

¡Por fin! Aquí tenéis a Virgilia. Antes de ir a casa del consejero Dutra, pregunté a mi padre si había algún arreglo previo de casamiento.

—Ningún arreglo. Hace tiempo, conversando con él acerca de ti, le confesé el deseo que tenía de verte diputado; y hablé de tal modo, que él prometió hacer algo, y creo que lo hará. En cuanto a la novia, es el nombre que doy a una muchachita que es una joya, una flor, una estrella, una cosa rara...; es su hija; me imaginé que, si te casaras con ella, más rápidamente serías diputado.

—¿Sólo eso?

—Sólo eso.

Fuimos, pues, a casa de Dutra. Era una perla este hombre, risueño, jovial, patriota, un poco irritado con los males públicos, pero no desesperado de curarlos con rapidez. Mi candidatura se le hizo legítima; convenía, sin embargo, esperar algunos meses. Y luego me presentó a su mujer —una estimable señora— y a su hija, que no desmintió en nada el panegírico de mi padre. Os juro que en nada. Releed el cap. XXVII. Yo, que llevaba mis ideas respecto a la pequeña, la miré de cierto modo; ella, que no sé si las tenía, no me miró de modo diferente; y nuestra primera mirada fue pura y simplemente conyugal. Al cabo de un mes éramos íntimos.

XXXVIII

La cuarta edición

—Venga a cenar mañana —me dijo Dutra una noche.

Acepté la invitación. Al día siguiente, mandé que el coche me esperase en el Largo de São Francisco de Paula,^[40] y fui a dar algunas vueltas. ¿Os acordáis aún de mi teoría de las ediciones humanas? Pues sabed que, en aquel tiempo, estaba yo en la cuarta edición, revisada y corregida, pero todavía plagada de descuidos y barbarismos; defecto que, por otra parte, tenía alguna compensación en el tipo, que era elegante, y en la encuadernación, que era lujosa. Después de dar unas vueltas, al pasar por la *Rua dos Ourives*, consulto el reloj y cáese me el cristal en la calzada. Entro en la primera tienda que veo a mano; era un cuartucho —poco más— empolvado y oscuro.

En el fondo, detrás del mostrador, estaba sentada una mujer, cuyo rostro amarillo y lleno de rastros de viruelas no se destacaba luego, a primera vista; pero apenas se destacaba era un espectáculo curioso. No podía haber sido fea; por el contrario, se veía que había sido bonita, y no poco bonita; pero la enfermedad y una vejez precoz habían destruido la flor de sus gracias. Las viruelas habían sido terribles; las señales, grandes y numerosas, hacían salientes y entradas, cuevas y declives, y daban una sensación de lija gruesa, enormemente gruesa. Eran los ojos la mejor parte del rostro, y por cierto tenían una expresión singular y repugnante, que se cambió, sin embargo, tan pronto como yo comencé a hablar. En cuanto al cabello, estaba pardo y casi tan polvoriento como los portales de la tienda. En uno de los dedos de la mano izquierda le brillaba un diamante. ¿Lo creeréis, oh pósteros? Esa mujer era Marcela.

No la conocí de pronto; era difícil; pero ella me conoció tan luego como le dirigí la palabra. Los ojos le chispearon, y cambiaron su expresión habitual por otra, medio dulce y medio triste. Le vi un movimiento como para esconderse o huir; era el instinto de la vanidad, que no duró más de un instante. Marcela se acomodó y sonrió.

—¿Quiere comprar alguna cosa? —dijo extendiéndome la mano.

No respondí nada. Marcela comprendió la causa de mi silencio (no era

difícil) y sólo vaciló, según creo, en decidir qué cosa dominaba más, si el asombro del presente o la memoria del pasado. Me dio una silla, y, con el mostrador de por medio, me habló largamente de sí misma, de la vida que había llevado, de las lágrimas que yo le había hecho derramar, de las nostalgias, de los desastres, por último de las viruelas que le habían descalabrado el rostro, y del tiempo, que ayudó a la enfermedad adelantando su decadencia. Verdaderamente, tenía el alma decrepita. Había vendido todo, casi todo; un hombre, que la había amado antaño, y que se le murió en los brazos, le había dejado aquella tienda de orfebrería, pero, para que la desgracia fuese completa, era ahora poco buscada la tienda —tal vez por la singularidad de que estaba al frente de ella una mujer—. En seguida me rogó que le contase mi vida. Gasté poco tiempo en decírsela; no era larga, ni interesante.

—¿Te casaste? —preguntó Marcela, al fin de mi narración.

—Todavía no —respondí secamente.

Marcela echó una mirada a la calle, con la atonía de quien reflexiona o recuerda; yo me dejé ir entonces por el pasado, y, en medio de los recuerdos y añoranzas, me pregunté por qué motivos había hecho tantos desatinos. Ciertamente, no era ésta la Marcela de 1822; pero ¿acaso la belleza de otro tiempo valía una tercera parte de mis sacrificios? Era lo que yo procuraba saber, interrogando el rostro de Marcela. El rostro me decía que no; y al mismo tiempo sus ojos me contaban que ya antes, como ahora, ardía en ellos la llama de la codicia. Los míos fueron los que no supieron verla; eran ojos de la primera edición.

—Pero ¿por qué entraste aquí? ¿Me viste desde la calle? —preguntó ella, saliendo de aquella especie de letargo.

—No; creía entrar en una relojería; quería comprar un cristal para este reloj; voy a otra parte; discúlpame; tengo prisa.

Marcela suspiró con tristeza. La verdad es que yo me sentía molesto y fastidiado al mismo tiempo, y ansiaba verme lejos de aquella casa. Marcela, sin embargo, llamó a un moleque, le dio el reloj y, a pesar de mi oposición, lo mandó a una tienda cercana a comprar el cristal. No había remedio; me senté otra vez. Dijo ella entonces que deseaba tener la protección de los conocidos de antaño; me hizo ver que tarde o temprano era natural que me casara, y aseguró que me daría joyas finas por precios baratos. No dijo *precios baratos*, pero usó una metáfora delicada y transparente. Comencé a sospechar que no había padecido ningún desastre (salvo

su enfermedad), que tenía su dinero a buen recaudo y que negociaba con el único fin de satisfacer su pasión de lucro, que era el gusano roedor de aquella existencia; esto, precisamente, fue lo que me dijeron después.

XXXIX

El vecino

Mientras me hacía aquella reflexión, entró en la tienda un individuo bajo, sin sombrero, que llevaba de la mano a una niña de cuatro años.

—¿Cómo ha estado esta mañana? —le dijo a Marcela.

—Así, así. Ven acá, Maricota.

El individuo levantó a la niña en brazos y la pasó dentro del mostrador.

—Anda —le dijo—; pregúntale a doña Marcela cómo pasó la noche. Estaba ansiosa por venir acá, pero su madre no había podido vestirla... ¿Qué dices, Maricota? Pídele la bendición... ¡Cuidado con la vara de membrillo! Así... No se imagina lo que es en casa; habla de usted a cada instante, y aquí está hecha una pazguata. Ayer, nada menos... ¿Le digo, Maricota?

—No, papá, no le digas.

—¿Entonces fue algo feo? —preguntó Marcela, golpeando suavemente la cara de la niña.

—Pues le digo: su mamá le enseña a rezar cada noche un padrenuestro y un avemaría, ofrecidos a Nuestra Señora; pero la chiquilla vino ayer a decirme con voz muy humilde... ¿sabe qué? que quería ofrecerlos a Santa Marcela.

—¡Pobrecita! —dijo Marcela, besándola.

—Es un amor, una pasión como usted no se imagina... Su mamá dice que es hechizo...

Contó algunas otras cosas el individuo, todas muy agradables, hasta que se fue, llevándose a la niña, no sin lanzarme una mirada interrogativa o sospechosa. Le pregunté a Marcela quién era.

—Es un relojero vecino, un buen hombre; su mujer también; y su hija es preciosa, ¿verdad? Parece que me quieren mucho...; son buena gente.

Al proferir estas palabras había un temblor de alegría en la voz de Marcela; y pareció difundírsele en el rostro una ola de dicha...

XL

En el coche

En esto entró el moleque trayendo el reloj con el cristal nuevo. Era tiempo; ya se me hacía pesado estar allí; le di una monedita de plata al moleque; a Marcela le dije que volvería en otra ocasión, y salí a grandes pasos. Para decirlo todo, debo confesar que el corazón me saltaba un poco; pero era una especie de doble de difuntos. Mi espíritu iba embargado de sensaciones opuestas. Notad que aquel día había amanecido alegre para mí. En el almuerzo, mi padre me recitó por anticipado el primer discurso que tenía que pronunciar en la cámara de diputados; nos reímos mucho, y el sol también, que estaba brillante, como en los más hermosos días del mundo; del mismo modo que Virgilia debía reír cuando yo le contase nuestras fantasías del almuerzo. Y he aquí que entonces se me cae el cristal del reloj; entro en la primera tienda que me queda a mano; se levanta ante mí el pasado; me desgarran y me besan; me interroga, con un rostro carcomido de añoranzas y de viruelas...

Allí lo dejé; me metí a toda prisa en el coche, que me esperaba en el Largo de São Francisco de Paula, y ordené al cochero que echase a andar por las calles. El cochero aguijó los animales, el coche comenzó a sacudirme, las muelles gemían, las ruedas surcaban rápidamente el lodo que había dejado la lluvia reciente, y con todo eso me parecía estar en un mismo lugar. ¿No hay, a veces, cierto viento tibio, no fuerte ni áspero, pero sí sofocante, que no nos quita el sombrero de la cabeza ni hace remolinos en las faldas de las mujeres, y que sin embargo es o parece ser peor que si hiciese una y otra cosa, porque abate, enerva y como que disuelve los espíritus? Pues yo traía conmigo ese viento; y, seguro de que me había soplado por hallarme en aquella especie de encrucijada entre el pasado y el presente, ansiaba salir a la superficie del futuro. Lo peor era que el coche no caminaba.

—¡Juan! —le grité al cochero—, ¿camina o no camina este coche?

—¡Ay, Ñoño! Ya estamos parados en la puerta de *siñó* consejero.

XLI

La alucinación

Era verdad. Entré apresurado; encontré a Virgilia ansiosa, de mal humor, con la frente nublada. Su madre, que era sorda, estaba en la sala con ella. Terminados los saludos, me dijo la joven con sequedad:

— Esperábamos que viniera más temprano.

Me defendí lo mejor que pude; hablé del caballo, que se había emperrado, de un amigo, que me había detenido. De repente se me muere la voz en los labios, quedo paralizado de asombro. Virgilia... ¿sería Virgilia aquella joven? La miré mucho, y la sensación fue tan penosa, que retrocedí un paso y aparté la vista. Volví a mirarla. Las viruelas le habían comido el rostro; la piel, todavía tan fina, tan rosada y tan pura la víspera, parecíame ahora amarilla, señalada por el mismo azote que había devastado el rostro de la española. Los ojos, que eran traviosos, se habían marchitado; tenía los labios tristes y la actitud cansada. La miré bien; le tomé la mano y la llamé blandamente hacia mí. No me engañaba; eran las viruelas. Creo que hice un gesto de repulsión.

Virgilia se alejó y fue a sentarse en el sofá. Yo me quedé algún tiempo mirando mis propios pies. ¿Debía salir o quedarme? Rechacé el primer arbitrio, que era simplemente absurdo, y me dirigí hacia Virgilia, que seguía sentada y silenciosa. ¡Cielos! Era otra vez la fresca, la juvenil, la florida Virgilia. En vano busqué en su rostro algún vestigio de la enfermedad; no había ninguno, era la piel fina y blanca de costumbre.

— ¿Nunca me ha visto? — preguntó Virgilia, viendo que yo la observaba con insistencia.

— Tan bonita, nunca.

Me senté, mientras Virgilia, callada, hacía restallar las uñas. Hubo entonces algunos minutos de pausa. Le hablé de cosas ajenas al incidente. Pero ella no me respondía nada, ni me veía siquiera. A no ser por el ruido que hacía con las uñas, era la estatua del Silencio. Sólo una vez puso en mí sus ojos, pero muy por encima, levantando la puntita izquierda del labio, contrayendo las cejas hasta el punto de unir las; todo ese conjunto de cosas daba a su rostro una expresión media, entre

cómica y trágica.

Había alguna afectación en aquel desdén; era un amaneramiento del gesto. En su interior padecía, y no poco, fuese su pena real, o sólo despecho; y como el dolor que se disimula duele más, es muy probable que Virgilia padeciese el doble de lo que realmente debía padecer. Creo que esto es metafísica.

XLII

Que escapó a Aristóteles

Otra cosa que también me parece metafísica es ésta: Se imprime movimiento a una bola, por ejemplo; rueda ésta, se encuentra con otra bola, le trasmite el impulso, y allí tenemos a la segunda bola rodando como había rodado la primera. Supongamos que la primera bola se llama... Marcela —es una simple suposición— ; la segunda, Blas Cubas; la tercera, Virgilia. Tenemos que Marcela, al recibir un papirotazo del pasado, rodó hasta tocar a Blas Cubas, el cual, cediendo a la fuerza impulsiva, comenzó a rodar también hasta chocar con Virgilia, que no tenía nada que ver con la primera bola; y he aquí cómo, por la simple transmisión de una fuerza, se tocan los extremos sociales y se establece una cosa que podemos llamar... solidaridad del aburrimiento humano. ¿Por qué se le habrá escapado este capítulo a Aristóteles?

XLIII

Marquesa, porque yo seré marqués

Positivamente era un diablillo Virgilia, un diablillo angélico, si queréis, pero lo era, y entonces...

Entonces apareció Lobo Neves, un hombre que no era más esbelto que yo, ni más elegante, ni más leído, ni más simpático, y sin embargo fue el que me arrebató a Virgilia y la candidatura, en un plazo de pocas semanas, con un ímpetu verdaderamente cesariano. No precedió ningún despecho; no hubo la menor violencia de familia. Dutra vino a decirme, un día, que esperase otra ocasión propicia, porque la candidatura de Lobo Neves estaba apoyada por grandes influencias. Y yo cedí; ése fue el principio de mi derrota. Una semana después, Virgilia preguntó a Lobo Neves, sonriendo, cuándo sería ministro.

—Por mi voluntad, ya lo sería; por la de los demás, dentro de un año.

Virgilia replicó:

—¿Me promete que algún día me hará baronesa?

—Marquesa, porque yo seré marqués.

Desde entonces me vi perdido. Virgilia hizo una comparación entre el águila y el pavo real, y eligió el águila, dejando al pavo real con su estupefacción y su despecho, y tres o cuatro besos que le había dado. Tal vez cinco besos; pero diez que fueran no quería decir absolutamente nada. Los labios del hombre no son como la pata del caballo de Atila, que esterilizaba el suelo que pisaba; es justamente lo contrario.

XLIV

¡Un Cubas!

Mi padre quedó atónito con aquel desenlace, y hasta me parece que no murió de otra cosa. Eran tantos los castillos que había ingeniado, tantos y tantísimos los sueños, que no podía verlos desmoronarse de ese modo sin padecer una fuerte conmoción en su organismo. Al principio no quiso creerlo. ¡Un Cubas! ¡Una rama del árbol ilustre de los Cubas! Y decía esto con tal convicción que yo, informado ya por entonces de nuestra tonelería, olvidé por un instante a la voluble dama para contemplar sólo aquel fenómeno, no raro, pero sí curioso: una imaginación que se había hecho conciencia.

—¡Un Cubas! —repetíame a la mañana siguiente, a la hora del almuerzo.

No fue alegre el almuerzo; yo mismo estaba que me caía de sueño. Había velado una parte de la noche. ¿De amor? Era imposible; no se ama dos veces a una misma mujer, y yo, que tenía que amar a aquélla, tiempo después, no me sentí entonces ligado con ella por ningún otro vínculo, como no fuera una fantasía pasajera, un poco de obediencia y mucho de fatuidad. Y esto basta para explicar el insomnio; era despecho, un despecho agudo como punta de alfiler, que se deshizo, a fuerza de cigarros, de puñetazos y de lecturas truncadas, hasta romper la aurora, la más tranquila de las auroras.

Pero yo era joven; tenía el remedio en mí mismo. Mi padre, en cambio, no pudo soportar fácilmente aquel golpe. Pensándolo bien, puede ser que no haya muerto precisamente del desastre; pero que el desastre complicó sus últimos dolores, es cosa positiva. Murió cuatro meses después, abatido, triste, con una preocupación intensa y continua, semejante al remordimiento, un desencanto mortal, que vino a sustituir sus reumatismos y sus toses. Tuvo aún media hora de alegría; fue cuando uno de los ministros lo fue a visitar. Le vi —me acuerdo bien—, le vi la agradable sonrisa de otros tiempos, y en los ojos una concentración de luz que era, por decirlo así, el último destello del alma expirante. Pero la tristeza volvió luego, la tristeza de morir sin verme colocado en algún puesto elevado, como ciertamente me correspondía.

—¡Un Cubas!

Murió algunos días después de la visita del ministro, una mañana de mayo, entre sus dos hijos, Sabina y yo, además de mi tío Ildefonso y de mi cuñado. Murió sin que de nada le sirviera la ciencia de los médicos, ni nuestro cariño, ni los cuidados, que fueron muchos, ni cosa alguna; tenía que morir, murió.

—¡Un Cubas!

XLV

Notas

Sollozos, lágrimas, casa enlutada, terciopelo negro en los portales, un hombre que vino a amortajar el cadáver, otro que tomó las medidas del ataúd; catafalco, candeleros, invitaciones, invitados que entraban, lentamente, con pasos sordos, y estrechaban la mano a la familia, algunos tristes, todos serios y callados, cura y sacristán, rezos, aspersiones de agua bendita, el momento de cerrar el ataúd, con clavos y martillo, seis personas que lo levantan del catafalco, y se lo llevan, y lo bajan con dificultad por la escalera, a pesar de los gritos, sollozos y nuevas lágrimas de la familia, y llegan hasta el carruaje fúnebre, y lo colocan encima, y pasan y aprietan las correas, el rodar del carruaje, el rodar de los coches, uno por uno... Esto que parece un simple inventario son notas que había tomado para un capítulo triste y vulgar que no escribo.

XLVI

La herencia

Véanos ahora el lector ocho días después de la muerte de mi padre. Mi hermana sentada en un sofá; un poco adelante, Cotrim, de pie, apoyado en una consola, con los brazos cruzados y mordiéndose el bigote; yo paseando de un lado a otro, con los ojos en el suelo. Luto pesado. Profundo silencio.

—Pero en fin de cuentas —dijo Cotrim— esta casa apenas puede valer poco más de treinta contos; pongamos que valga treinta y cinco...

—Vale cincuenta —interrumpí—; Sabina sabe que costó cincuenta y ocho...

—Podía costar hasta sesenta —repuso Cotrim—; pero no se sigue que los valiese, y mucho menos que los valga ahora. Tú sabes que las casas, hace unos años, bajaron mucho. Mira, si ésta vale los cincuenta contos, ¿cuánto vale la que quieres para ti, la de Campo?

—¡Ni hablemos de eso! Una casa vieja...

—¡Vieja! —exclamó Sabina, levantando las manos al techo.

—¿Seguramente te parece nueva?

—Mira, hermano, déjate de esas cosas —dijo Sabina levantándose del sofá—; podemos arreglar todo en buena amistad y con llaneza. Por ejemplo, Cotrim no acepta los negros, quiere sólo el cochero de papá y a Pablo...

—El cochero no —contesté—; me quedo con el coche y no he de ir a comprar otro.

—Está bien; me quedo con Pablo y con Prudencio.

—Prudencio está libre.

—¿Libre?

—Hace dos años.

—¿Libre? ¡Cómo arreglaba tu padre estas cosas aquí sin darle parte a nadie! Bueno. En cuanto a la plata... ¿supongo que no habrá libertado la plata?

Habíamos llegado al asunto de la plata, la vieja vajilla de plata del tiempo de don José I,^[41] la porción más grave de la herencia, tanto por su labor y por su vetustez como por el origen de la propiedad; decía mi padre que el conde da Cunha, cuando fue virrey del Brasil, se la había obsequiado a mi bisabuelo Luis Cubas.

—En cuanto a la plata —continuó Cotrim— no me importaría absolutamente nada si no fuera por el deseo que tu hermana tiene de quedarse con ella; y creo que tiene razón. Sabina es casada, y necesita una vajilla fina, presentable. Tú eres soltero, no recibes, no...

—Pero puedo casarme.

—¿Para qué? —interrumpió Sabina.

Era tan sublime esta pregunta, que por algunos instantes me hizo olvidar los intereses. Sonreí; tomé la mano de Sabina, le di unos leves golpecitos en la palma, todo eso de tan buen modo, que Cotrim interpretó mi gesto como de aquiescencia, y me lo agradeció.

—¿Cómo? —le repuse—. No he cedido en nada, y sigo sin ceder.

—¿No cedes?

Sacudí la cabeza.

—Deja eso, Cotrim —dijo mi hermana a su marido—; pregúntale si quiere quedarse también con la ropa que traemos; es lo único que faltaba.

—No falta ninguna otra cosa. Quiere el coche, quiere el cochero, quiere la plata, quiere todo. Mira, es mucho más sumario citarnos a juicio y probar con testigos que Sabina no es tu hermana, que yo no soy tu cuñado y que Dios no es Dios. Haz esto y no pierdes nada, ni una cucharilla. ¡Bueno, mi amigo, a otra cosa!

Estaba tan irritado, y yo no menos, que se me ocurrió ofrecer un medio conciliatorio: dividir la plata. Él se rio y me preguntó a quién le tocaría la tetera y a quién el azucarero; y después de esta pregunta declaró que tendríamos tiempo de liquidar la pretensión, cuando menos en juicio. Mientras tanto Sabina había ido

hasta la ventana que daba a la quinta; después de un instante volvió y propuso ceder a Pablo y a otro negro, con la condición de quedarse con la plata; yo iba a decir que no me convenía, pero Cotrim se adelantó y dijo la misma cosa.

—¡Eso nunca! ¡Yo no hago limosnas! —gritó.

Cenamos tristes. Mi tío el canónigo apareció a la hora de la sobremesa y todavía presencié un pequeño altercado.

—Hijos míos —dijo—, acuérdense de que mi hermano dejó un pan muy grande para que se lo repartieran entre todos.

Pero Cotrim le contestó:

—Lo creo, lo creo. Pero la cuestión no es de pan, sino de mantequilla. Pan seco es lo que yo no trago.

Se hicieron finalmente las partes, pero habíamos quedado peleados. Y os digo que, todavía así, me costó mucho pelear con Sabina. ¡Éramos tan amigos! Juegos infantiles, riñas de los primeros años, alegrías y tristezas de la edad adulta, dividimos muchas veces ese pan de la alegría y de la miseria, hermanablemente, como buenos hermanos que éramos. Pero estábamos peleados. Lo mismo que la belleza de Marcela, que se esfumó con las viruelas.

XLVII

El recluso

Marcela, Sabina, Virgilia... Aquí me tenéis fundiendo todos los contrastes, como si estos nombres y personas no fueran más que modos de ser de mis afectos interiores. Pluma de malas costumbres, ponle una corbata a tu estilo, vístele un cuello menos sucio; y entonces sí, entonces ven conmigo, entra en esta casa, estírate en esa hamaca que me meció la mejor parte de los años que transcurrieron desde el inventario de mi padre hasta 1842. Ven; si te llega algún aroma de tocador, no pienses que lo mandé derramar para mi regalo; es un vestigio de alguna N., o de Z., o de U., que todas esas mayúsculas mecieron allí su elegante abyección. Pero si además del aroma quieres otra cosa, quédate con tu deseo, porque no guardé retratos, ni cartas, ni memorias; la misma conmoción se esfumó, y sólo me quedaron las letras iniciales.

Viví medio recluso, yendo de tarde en tarde a algún baile, o teatro, o conferencia, pero la mayor parte del tiempo la pasé conmigo mismo. Vivía; me dejaba llevar por el flujo y reflujo de los sucesos y de los días, ora bullicioso, ora apático, entre la ambición y el desaliento. Escribía política y hacía literatura. Mandaba artículos y versos a los periódicos, y llegué a alcanzar cierta reputación de polemista y de poeta. Cuando me acordaba de Lobo Neves, que era ya diputado, y de Virgilia, futura marquesa, me preguntaba por qué no sería yo mejor diputado y mejor marqués que Lobo Neves, yo, que valía más, mucho más que él; y decía esto mirándome la punta de la nariz...

XLVIII

Un primo de Virgilia

—¿Sabes quién llegó ayer de São Paulo? —me preguntó una noche Luis Dutra.

Luis Dutra era un primo de Virgilia, que también privaba con las musas. Sus versos agradaban y valían más que los míos; pero tenía necesidad de la sanción de algunos, que le confirmase el aplauso de los otros. Como era bastante tímido, no interrogaba a nadie; pero se deleitaba en oír alguna palabra de aprecio; entonces creaba nuevas fuerzas y emprendía juvenilmente su trabajo.

¡Pobre Luis Dutra! Apenas publicaba algo, corría a mi casa y comenzaba a dar vueltas alrededor de mí, espionando un juicio, una palabra, un gesto que aprobase su reciente producción, y yo le hablaba de mil cosas diferentes, del último baile del Cattete,^[42] de la discusión de las cámaras, de berlinas y caballos, de todo, menos de sus versos o prosas. Él me respondía, al principio, con animación, después más flojo, torcía el rumbo de la conversación hacia su asunto, abría un libro, me preguntaba si tenía algún trabajo nuevo, y yo le decía que sí o que no, pero torcía el rumbo hacia otro lado, y entonces él se echaba en pos de mí hasta que desistía de todo y salía por último tristemente. Mi intención era hacerlo dudar de sí mismo, desanimarlo, eliminarlo. Y todo esto mirándome la punta de la nariz...

XLIX

La punta de la nariz

Nariz, conciencia sin remordimientos, tú me serviste de mucho en la vida... ¿Ya has meditado alguna vez en el destino de la nariz, amado lector? La explicación del doctor Pangloss^[43] dice que la nariz fue creada para uso de las gafas, y confieso que semejante explicación, hasta cierto tiempo, me pareció definitiva; pero llegó un día en que, mientras yo rumiaba éste y otros oscuros puntos de filosofía, acerté con la única, verdadera y definitiva explicación.

En efecto, me bastó reflexionar sobre las costumbres del faquir. El lector sabe que el faquir pasa largas horas mirando la punta de su nariz, con el fin único de ver la luz celestial. Cuando clava sus ojos en la punta de la nariz pierde el sentimiento de las cosas externas, se embelesa en lo invisible, aprehende lo impalpable, se desvincula de la tierra, se disuelve, se eteriza. Esta sublimación del ser por la punta de la nariz es el fenómeno más excelso del espíritu, y la facultad de obtenerla no pertenece tan sólo al faquir: es universal. Cada hombre tiene necesidad y poder de contemplar su propia nariz con el fin de ver la luz celestial, y esta contemplación, cuyo efecto es la subordinación del universo a una pura nariz, constituye el equilibrio de las sociedades. Si las narices se contemplasen exclusivamente las unas a las otras, el género humano no llegaría a durar dos siglos; se extinguiría con las primeras tribus.

Oigo en este punto una objeción del lector: ¿Cómo puede ser así —dice— si nunca jamás ha visto nadie a los hombres estarse contemplando su propia nariz?

Lector obtuso, eso prueba que nunca has entrado en el cerebro de un sombrerero. Un sombrerero pasa por una tienda de sombreros; es el establecimiento de un rival, que lo ha abierto hace dos años; tenía entonces dos puertas, hoy tiene cuatro, y promete tener seis u ocho. En los escaparates se ostentan los sombreros del rival; por las puertas entran los clientes del rival; el sombrerero compara aquella tienda con la suya, que es más antigua y sólo tiene dos puertas, y aquellos sombreros con los suyos, menos buscados, aunque de igual precio. Se mortifica, naturalmente; pero sigue andando, concentrado, con los ojos hacia abajo o hacia el frente, indagando las causas de la prosperidad del otro y de su propio atraso, cuando él, como sombrerero, es mucho mejor sombrerero que el otro sombrerero... En ese instante es cuando los ojos se fijan en la punta de la

nariz.

La conclusión, por lo tanto, es que existen dos fuerzas capitales: el amor, que multiplica la especie, y la nariz, que la subordina al individuo. Procreación, equilibrio.

L

Virgilia casada

—Quien ha llegado a São Paulo es mi prima Virgilia, casada con Lobo Neves
—continuó Luis Dutra.

—¡Ah!

—¡Y hasta ahora he sabido una cosa, granuja!

—¿Qué cosa?

—Que tú quisiste casarte con ella.

—Ideas de mi padre. ¿Quién te dijo eso?

—Ella misma. Le hablé mucho de ti, y entonces ella me lo contó todo.

Al día siguiente, cuando yo andaba por la *Rua do Ouvidor*,^[44] a la puerta de la tipografía Plancher, vi asomar, a distancia, a una mujer espléndida. Era ella; sólo la reconocí a pocos pasos, tan diferente estaba, a tal punto la naturaleza y el arte le habían dado su último retoque. Nos saludamos; ella siguió su camino; entró con su marido en el coche, que los esperaba un poco adelante; me quedé atónito.

Ocho días después, la encontré en un baile; creo que llegamos a cambiar dos o tres palabras. Pero en otro baile que se dio un mes después, en casa de una señora que había sido gala de los salones del Primer Imperio y que no dejaba de serlo de los del Segundo,^[45] la aproximación fue mayor y más larga, porque conversamos y bailamos un vals. El vals es algo delicioso. Bailamos; no niego que, al acercar a mi cuerpo aquel cuerpo flexible y magnífico, tuve una sensación singular, una sensación de haber sido robado.

—Hace mucho calor —dijo ella cuando terminamos—. ¿Vamos a la terraza?

—No; puede constiparse. Vamos a otra sala.

En la otra sala estaba Lobo Neves, que me hizo muchos elogios por mis escritos políticos, añadiendo que nada decía de los literarios por no entender de

eso; pero los políticos eran excelentes, bien pensados y bien escritos. Le respondí con iguales esmeros de cortesía, y nos separamos contentos el uno del otro.

Cerca de tres semanas después recibí una invitación de él para una reunión íntima. Fui; Virgilia me recibió con estas graciosas palabras:

—Hoy tiene que bailar usted conmigo.

En verdad, yo tenía entonces fama de gran conocedor del vals, y lo era en efecto; no es de extrañar que ella me prefiriese. Bailamos una vez, y otra más. Un libro perdió a Francesca; a nosotros nos perdió un vals. Creo que esa noche le estreché la mano con mucha fuerza, y ella no dijo nada, como distraída, y yo la abrazaba, y todos tenían los ojos en nosotros y en los demás que también se abrazaban y giraban... Un delirio.

LI

¡Es mía!

—¡Es mía! —me dije cuando la pasé a otro caballero; y confieso que durante el resto de la noche se me fue entrañando la idea en el espíritu, no a fuerza de martillo, sino de barrena, que es más insinuante.

—¡Es mía! —me decía al llegar a la puerta de mi casa.

Pero allí, como si el destino o el acaso, o lo que fuera, hubiera tenido el deseo de dar algún pasto a mis arrobos de posesión, brilló en el suelo una cosa redonda y amarilla. Me agaché; era una moneda de oro, una media dobla.

—¡Es mía! —repetí riéndome, y me la eché al bolsillo.

Esa noche no pensé ya en la moneda; pero al día siguiente, recordando el caso, sentí unos saltos de la conciencia, y una voz que me preguntaba por qué demonios habría de ser mía una moneda que yo no había heredado ni ganado, sino hallado tan sólo en la calle. Evidentemente no era mía; era de otro, del que la había perdido, rico o pobre, y tal vez fuera pobre, algún obrero que no tendría con qué dar de comer a su mujer y a sus hijos; pero si fuera rico, mi deber seguía siendo el mismo. Debía restituir la moneda, y el mejor medio, el único medio, era hacerlo por un anuncio o dando aviso a la policía. Envié una carta al jefe de policía remitiéndole lo hallado y rogándole que, por los medios que estaban a su alcance, lo hiciese llegar a manos de su verdadero dueño.

Mandé la carta y almorcé tranquilo, puedo decir que hasta jubiloso. Mi conciencia había bailado tantos vales la víspera que llegó a quedar sofocada, sin respiración; pero la restitución de la media dobla fue una ventana que se abrió hacia el otro lado de la moral; entró una ola de aire puro, y la pobre dama respiró a plenos pulmones. ¡Ventilad vuestras conciencias! No os digo otra cosa. Además, prescindiendo de cualesquier otras circunstancias, mi acto era hermoso, porque había expresado un justo escrúpulo, un sentimiento de alma delicada. Era lo que me decía mi dama interior, de una manera austera y cariñosa al mismo tiempo; es lo que me decía, reclinada en el antepecho de la ventana abierta.

—Has hecho bien, Cubas; has estado perfectamente. Este aire no sólo es puro; es balsámico, es una transpiración de los eternos jardines. ¿Quieres ver lo

que has hecho, Cubas?

Y la buena dama sacó un espejo y me lo puso ante los ojos. Vi, claramente vista, la media dobla de la víspera, redonda, brillante, multiplicándose por sí misma: eran diez, después treinta, después quinientas, expresando así el beneficio que me daría en la vida y en la muerte el simple acto de restitución. Y yo explayaba todo mi ser en la contemplación de aquel acto, me volvía a ver en él, me encontraba bueno, quizá grande. Y una simple moneda, ¿eh? Mirad lo que es haber bailado un poquitín de más.

Así yo, Blas Cubas, descubrí una ley sublime, la ley de la equivalencia de las ventanas, y establecí que el modo de compensar una ventana cerrada es abrir otra, con el fin de que la moral pueda ventilar continuamente la conciencia. Tal vez no entiendas esto que he dicho; tal vez quieras una cosa más concreta, un bulto, por ejemplo, un bulto misterioso. Pues ahí te va el bulto misterioso.

LII

El bulto misterioso

Fue el caso que, algunos días después, yendo a Botafogo,^[46] tropecé con un bulto que estaba en la playa. Digo mal: fue menos un tropezón que un puntapié. Al ver un bulto, no grande, pero limpio y correctamente hecho, atado con un bramante resistente, una cosa que parecía algo, se me ocurrió darle con el pie, a manera de prueba, y el bulto resistió. Eché una ojeada a mi alrededor; la playa estaba desierta; a lo lejos unos niños jugaban, un pescador remendaba sus redes todavía más lejos...; no había nadie que pudiese ver lo que yo hacía; me incliné, recogí el bulto y seguí mi camino.

Seguí mi camino, pero no sin recelo. Podía ser una broma de muchachos. Tuve ganas de devolver lo encontrado a la playa, pero lo palpé y rechacé la idea. Un poco adelante, desanduve mi camino y me dirigí a casa.

—Veamos — me dije al entrar en mi cuarto.

Y vacilé un instante, creo que por vergüenza. Me asaltó otra vez el recelo de la broma. Cierto que no había allí ningún testigo extraño; pero tenía dentro de mí mismo un chiquillo que había de silbar, berrear, gruñir, patear, chillar, cacarear, gritar no sé qué si me viese abrir el bultito y hallar dentro una docena de trapos viejos o dos docenas de guayabas podridas. Era tarde; mi curiosidad estaba excitada, como debe estar la del lector; deshice el paquete y vi... hallé... conté... reconté nada menos que cinco contos de reis.^[47] Nada menos. Tal vez unos diez mil reis más. Cinco contos en buenos billetes y monedas, todo aseadito y arregladito, un hallazgo raro. Empaqueté todo de nuevo. A la hora de la cena me pareció que uno de los moleques le hacía a otro una muda señal con los ojos. ¿Me habrían espiado? Los interrogué discretamente, y concluí que no. Después de la cena fui otra vez a mi cuarto, examiné el dinero y me reí de mis cuidados maternos para con aquellos cinco contos... yo, que era bastante rico.

Para no pensar más en aquello fui por la noche a casa de Lobo Neves, que me había instado para que no dejase de frecuentar las recepciones de su mujer. Allí encontré al jefe de policía; me presentaron a él; él recordó al punto la carta y la media dobla que yo le había mandado algunos días antes. Ponderó mucho el caso; Virgilia pareció saborear mi procedimiento, y cada uno de los presentes acertó a

contar una anécdota análoga, que yo oí con impaciencias de mujer histérica.

Al día siguiente, por la noche, y durante toda aquella semana, pensé lo menos que pude en los cinco contos, y hasta confieso que los dejé muy quietecitos en una gaveta del escritorio. Me gustaba hablar de cualquier cosa, menos de dinero encontrado; además, no era un crimen hallar dinero, era una felicidad, un buen azar, era tal vez un lance de la Providencia. No podía ser otra cosa. No se pierden cinco contos como se pierde un pañuelo. Cinco contos se llevan con treinta mil sentidos, se palpan a menudo, no se les quitan los ojos de encima, ni las manos, ni el pensamiento, y para perderse así, tontamente, en una playa, es necesario que... De ningún modo podía ser un crimen el hallazgo; ni crimen, ni deshonra, ni nada que pudiese empañar la reputación de un hombre. Era un hallazgo, un acierto feliz, como el premio gordo, como las apuestas de carreras, como las ganancias de un juego honesto, y hasta diré que mi felicidad era merecida, porque yo no me sentía malo ni indigno de los beneficios de la Providencia.

—Estos cinco contos —me decía, tres semanas después— he de emplearlos en alguna buena acción, tal vez una dote a alguna niña pobre, o algo así... tengo que ver...

Ese mismo día los llevé al Banco do Brasil. Allí me recibieron con muchas y delicadas alusiones al caso de la media dobla, pues la noticia de aquélla andaba ya regada entre las personas que me conocían; respondí, enfadado, que la cosa no valía la pena para tamaño estruendo; alabaron entonces mi modestia; y, como yo me encolericé, me replicaron que era simplemente grande.

LIII

...

Quien ya no se acordaba de la media dobla era Virgilia; toda ella estaba concentrada en mí, en mis ojos, en mi vida, en mi pensamiento; era lo que decía, y era verdad.

Hay unas plantas que nacen y crecen rápidamente, otras son tardías y raquíticas. Nuestro amor era como las primeras; brotó con tal ímpetu y tanta savia que, al poco tiempo, era la más grande, copuda y exuberante criatura de los bosques. No podré deciros, a ciencia cierta, cuántos días duró este crecimiento. Lo que sí recuerdo es que cierta noche se abrió la flor, o el beso, si así lo queréis llamar, un beso que ella me dio, temblorosa —pobrecilla—, temblorosa de miedo, porque fue en el portón de la quinta. Nos unimos en ese beso único, breve como la ocasión, ardiente como el amor, prólogo de una vida de delicias, de terrores, de remordimientos, de placeres que remataban en dolor, de aflicciones que se abrían en alegría...; una hipocresía paciente y sistemática, único freno de una pasión sin freno, vida de agitaciones, de cóleras, de desesperaciones y de celos, que una hora pagaba con creces; pero otra hora venía y se tragaba a aquélla y todo su cortejo, para dejar en la superficie las agitaciones y lo demás, y lo demás de lo demás, que es el hastío y la saciedad: tal fue el libro de aquel prólogo.

LIV

El péndulo

Salí de allí saboreando el beso. No pude dormir, me tendí en la cama, es cierto, pero fue lo mismo que nada. Oí todas las horas de la noche. De ordinario, cuando se me iba el sueño, el golpear del péndulo me hacía mucho mal; ese *tic-tac* triste, lento y seco parecía decir a cada golpe que iba a tener un instante menos de vida. Me imaginaba entonces un diablo viejo, sentado entre dos sacos, el de la vida y el de la muerte, tomando las monedas de la vida para dárselas a la muerte y contándolas así:

—Otra menos...

—Otra menos...

—Otra menos...

—Otra menos...

Lo más singular es que, si el reloj se paraba, yo le daba cuerda, para que no dejase de golpear nunca, y para poder contar yo todos los instantes perdidos. Hay invenciones que se transforman o que se acaban; las mismas instituciones mueren; el reloj es definitivo y perpetuo. El último hombre, al despedirse del sol frío y gastado, habrá de tener un reloj en su bolsillo para saber la hora exacta en que muere.

Aquella noche no padecí esa triste sensación de enfado, sino otra, llena de deleite. Las fantasías se apiñaban en mi interior, venían unas sobre otras, a semejanza de las devotas que se apelonan para ver el ángel-cantor de las procesiones. No oía los instantes perdidos, sino los minutos ganados. Desde cierto momento en adelante no oí nada, porque mi pensamiento, astuto y travieso, saltó por la ventana y tendió el vuelo en dirección de la casa de Virgilia. Allí encontró en el antepecho de una ventana el pensamiento de Virgilia, se saludaron y se quedaron platicando. Nosotros dando vueltas en la cama, tal vez con frío, necesitados de reposo, y los dos ociosos allí, en la ventana, repitiendo el viejo diálogo de Adán y Eva.

LV
El viejo diálogo de Adán y Eva

Blas Cubas:

¿.....?

Virgilia:

.....

Blas Cubas:

.....
.....

Virgilia:

¡.....!

Blas Cubas:

.....

Virgilia:

.....¿.....?.....
.....

Blas Cubas:

.....

Virgilia:

.....

Blas Cubas:

.....
.....!.....
.....!.....!

Virgilia:

.....¿.....?

Blas Cubas:

!.....!

Virgilia:

!.....!

LVI

El momento oportuno

Pero ¡con todos los diablos! ¿Quién me explicará la razón de esta diferencia? Un día nos vimos, tratamos del matrimonio, lo deshicimos y nos separamos, fríamente, sin dolor, porque no había habido pasión alguna; apenas si me mordió algún despecho, pero nada más. Pasan los años, la veo de nuevo, damos tres o cuatro vueltas de vals, y ahí nos tenéis amándonos el uno al otro con delirio. La belleza de Virgilia había llegado, es cierto, a un alto grado de perfección, pero nosotros éramos sustancialmente los mismos, y yo, por mi parte, no me había vuelto ni más apuesto ni más elegante. ¿Quién me explicará la razón de esta diferencia?

La razón no podía ser otra sino el momento oportuno. No era oportuno el primer momento porque, si bien ninguno de nosotros estaba verde para el amor, ambos lo estábamos para *nuestro* amor: distinción fundamental. No hay amor posible sin la oportunidad de los sujetos. Esta explicación la encontré yo mismo, dos años después del beso, un día que Virgilia se quejaba de un lechuguino que la seguía y la galanteaba tenazmente.

—¡Qué importuno! —decía, haciendo un mohín de rabia.

Me estremecí, la miré, vi que la indignación era sincera. Entonces se me ocurrió que tal vez yo hubiese provocado alguna vez aquel mismo mohín, y comprendí al instante toda la grandeza de mi evolución. Había pasado de importuno a oportuno.

LVII

Destino

Sí, señor, nos amábamos. Ahora que todas las leyes sociales nos lo impedían, ahora sí que nos amábamos de veras. Nos hallábamos uncidos el uno al otro, como las dos almas que el poeta encontró en el Purgatorio:

Di pari, come buoi che vanno a giogo;

y digo mal comparándonos a bueyes, porque nosotros éramos otra especie de animal menos tardo, más listo y más lascivo. Ahí nos tenéis caminando sin saber a dónde, ni por qué senderos apartados; problema que me asustó durante algunas semanas, pero cuya solución confié al destino. ¡Pobre Destino! ¿En dónde andarás ahora, oh gran procurador de los negocios humanos? Tal vez te encuentres criando una nueva piel, otra cara, otras maneras, otro nombre, y no es imposible que... Ya no me acuerdo en dónde estaba... ¡Ah! en los senderos apartados. Me dije que ya entonces sería lo que Dios quisiera. Amarnos era nuestro destino; si así no fuese, ¿cómo explicaríamos el vals y todo lo demás? Virgilia pensaba lo mismo. Un día, después de confesarme que tenía momentos de remordimiento, le dije yo que si sentía remordimientos era porque no me tenía amor, y entonces Virgilia me rodeó con sus magníficos brazos, murmurando:

—Te amo; es la voluntad del cielo.

Y esta palabra no la decía al azar; Virgilia era un poco religiosa. No oía misa los domingos, es verdad, y aun creo que sólo iba a las iglesias los días de fiesta, y cuando había lugar vacío en alguna tribuna. Pero rezaba todas las noches con fervor, o, cuando menos, con sueño. Tenía miedo de las tormentas; en esas ocasiones se tapaba los oídos y rezaba entre dientes todas las oraciones del catecismo. En su alcoba había un nichito de jacarandá, obra de talla, de tres palmos de altura, con tres imágenes dentro; pero no hablaba de él a sus amigas; por el contrario, tachaba de beatas a las que eran sólo religiosas. Algún tiempo sospeché que había en ella cierta vergüenza de creer, y que su religión era una camisa de franela, preservativa y clandestina; pero evidentemente estaba engañado.

LVIII

Confidencia

Lobo Neves, al principio, me daba grandes sustos. ¡Pura ilusión! Como adoraba a su mujer, no se avergonzaba de decírmelo muchas veces; Virgilia le parecía la perfección misma, un conjunto de cualidades sólidas y finas, tierna, elegante, austera, un modelo. Y su confianza no se detenía en eso. Un día me confesó que llevaba una triste carcoma en su existencia: le faltaba la gloria pública. Lo animé; le dije muchas cosas bonitas, que él escuchó con esa unción religiosa de un deseo que no quiere acabar de morirse; entonces comprendí que su ambición estaba cansada de aletear sin poder tender el vuelo. Días después me dijo todos sus tedios y todos sus desfallecimientos, las amarguras tragadas, las rabias sofrenadas; me contó que la vida política era un tejido de envidias, despechos, intrigas, perfidias, intereses, vanidades. Evidentemente había en él una crisis de melancolía; traté de combatirla.

—Yo sé lo que le digo —me replicó con tristeza—. No puede imaginarse qué cosas he pasado. Entré en la política por gusto, por familia, por ambición, y un poco por vanidad. Ya ve cómo he reunido en mí todos los motivos que llevan al hombre a la vida pública; sólo me faltó el interés de otra naturaleza. Había visto el teatro por el lado de la platea; ¡y palabra que era bonito! Soberbio escenario, vida, movimiento y gracia en la representación. Me suscribí; me dieron un papel que... Pero ¿para qué lo estoy cansando con esto? Déjeme con mis aflicciones. Créame que he pasado horas y días... No hay constancia de sentimientos, no hay gratitud, no hay nada... nada... nada...

Callóse, profundamente abatido, los ojos en el aire; pareciendo no oír nada, a no ser el eco de sus propios pensamientos. Al cabo de algunos instantes se levantó y me tendió la mano:

—Seguramente usted se ríe de mí —dijo—; pero disculpe ese desahogo; tenía un asunto que me mordía el espíritu.

Y se reía, de un modo sombrío y triste; después me pidió que no le contara a nadie lo que había pasado entre nosotros; yo le repuse que, en realidad, no había pasado nada. Entraron dos diputados y un jefe político del distrito. Lobo Neves los recibió con alegría, en un principio un tanto postiza, pero después muy natural. Al

cabo de media hora nadie hubiera dicho que no era él el más afortunado de los hombres; conversaba, decía chascarrillos, y se reía, y se reían todos.

LIX

Un encuentro

Debe de ser un vino fuerte la política, me decía al salir de casa de Lobo Neves; y seguí caminando, caminando, hasta que en la *Rua dos Barbonos* vi un coche, y en él a uno de los ministros, antiguo compañero mío de colegio. Nos saludamos afectuosamente, el coche continuó y yo seguí caminando... caminando... caminando...

—¿Por qué no seré yo ministro?

Esta idea, grande y luminosa —trajeadada “a lo bizarro”, como diría el padre Bernardes—,^[48] esta idea comenzó a hacer un vértigo de cabriolas, y yo me quedé con los ojos fijos en ella y hallándole gracia. No pensé ya en la tristeza de Lobo Neves; sentí la atracción del abismo. Recordé a aquel compañero de colegio, las correrías por los morros, las alegrías y las travesuras, y comparé al niño con el hombre, y me pregunté por qué no sería yo como él. Entraba entonces en el *Passeio Público*,^[49] y me parecía que todo decía lo mismo: “¿Por qué no serás ministro, Cubas?” “Cubas, ¿por qué no serás ministro de Estado?” Al oír aquello, una deliciosa sensación refrescaba todo mi organismo. Entré y fui a sentarme en un banco, rumiando aquella idea. ¡Cómo le habría de gustar a Virgilia! Algunos minutos después veo encaminarse hacia mí un rostro que no me pareció desconocido. Lo conocía, fuera donde fuera.

Imaginaos a un hombre de treinta y ocho o cuarenta años, alto, flaco y pálido. Su traje, salvo la hechura, parecía haber escapado del cautiverio de Babilonia; su sombrero era contemporáneo del de Gessler.^[49 bis] Imaginaos ahora una levita más ancha de lo que pedían las carnes —o, literalmente, los huesos— de la persona; el color negro iba cediendo el paso a un amarillo sin brillo; el pelo desaparecía poco a poco; de los ocho primitivos botones quedaban tres. Los pantalones, de brin pardo, tenían dos grandes rodilleras, mientras que los bajos eran roídos por el tacón de unas botas sin misericordia y sin betún. En el pescuezo flotaban las puntas de una corbata de dos colores, ambos desteñidos, apretando un cuello de ocho días. Creo que traía también chaleco, un chaleco de seda oscura, roto en varios lugares, y desabotonado.

—¿Apuesto que no me conoce, señor doctor Cubas? —me dijo.

—No recuerdo...

—Soy Borba, Quincas Borba.

Retrocedí espantado... ¡Quién me diera ahora el verbo solemne de un Bossuet o de un Vieira,^[50] para contar tan grande desolación! Era Quincas Borba, el gracioso niño de otros tiempos, mi compañero de colegio, tan inteligente y tan rico. ¡Quincas Borba! No; imposible; no podía ser. No podía acabar de creer que aquella figura escuálida, aquella barba pintada de blanco, aquel zarrapastroso avejentado, que toda aquella ruina fuera Quincas Borba. Pero lo era. Sus ojos tenían un resto de la expresión de otro tiempo, y su sonrisa no había perdido cierto aire zumbón, que le era peculiar. Mientras tanto, él soportaba con firmeza mi espanto. Al cabo de unos momentos desvié la mirada; si la figura repelía, la comparación mortificaba.

—No es preciso contarle nada —dijo finalmente—; usted lo adivina todo. Una vida de miserias, de tribulaciones y de luchas. ¿Se acuerda de nuestras fiestas, en que yo la hacía de rey? ¡Qué desplome! Acabo de mendigo...

Y alzando la mano derecha y los hombros, con un aire de indiferencia, parecía resignado ante los golpes de la fortuna, y no sé si hasta contento. Tal vez contento. Con toda seguridad, imposible. No había en él la resignación cristiana, ni la conformidad filosófica. Parece que la miseria le había encallecido el alma, hasta el punto de hacerle perder la sensación del lodo. Arrastraba sus andrajos como antaño la púrpura: con cierta gracia indolente.

—Búsqueme —le dije—, podré arreglarle algo.

Una sonrisa magnífica abrió sus labios.

—No es el primero que me promete algo —replicó—, y no sé si será el último que no hará nada por mí. ¿Y para qué? Yo nada pido, a no ser dinero; dinero sí, porque es necesario comer, y las fondas no fían. Ni las placeras. Una nadería, unos dos *vintens de angú*,^[51] ni eso fían las malditas placeras... Un infierno, am... iba a decir amigo mío... ¡Un infierno! ¡El diablo! ¡Todos los diablos! Mire, hoy mismo no he almorzado todavía.

—¿No?

—No; salí muy temprano de casa. ¿Sabe en dónde vivo? En la tercera grada de las escaleras de San Francisco, a mano izquierda de quien sube; no necesita llamar a la puerta. Casa fresca, sumamente fresca. Pues salí temprano, y todavía no

he comido...

Saqué mi cartera, escogí un billete de cinco *milreis*^[52] —el menos limpio— y se lo di. Él lo recibió con los ojos brillantes de codicia. Levantó el billete en el aire y lo agitó entusiasmado.

—*In hoc signo vinces!* —gritó.

Y después lo besó, con muchas demostraciones de ternura y una expansión tan ruidosa que me produjo un sentimiento mixto de repulsión y de lástima. Él, que era listo, me entendió; se quedó serio, grotescamente serio, y me pidió disculpas por su alegría, diciendo que era la alegría del pobre que no veía, desde hacía muchos años, un billete de cinco *milreis*.

—Pues en sus manos está ver otros muchos —le dije.

—¿Sí? —contestó, dando un salto.

—Trabajando —concluí.

Hizo un gesto de desdén; se calló algunos instantes; después me dijo positivamente que no quería trabajar. Yo estaba asqueado de aquella abyección tan cómica y tan triste, y me dispuse a salir.

—No se vaya sin que le enseñe mi filosofía de la miseria —dijo, despatarrándose frente a mí.

LX

El abrazo

Pensé que el pobre diablo estaba loco, y ya iba a alejarme cuando él me tomó del puño y miró durante unos instantes el brillante que traía en un dedo. Sentí en su mano unos estremecimientos de codicia, unos pruritos de posesión.

—¡Magnífico! —dijo.

Después comenzó a andar a mi alrededor, examinándome detenidamente.

—Usted se trata bien —dijo—. Joyas, ropa fina, elegante y... Compare esos zapatos con los míos: ¡qué diferencia! ¡Es claro! Le digo que se trata bien. ¿Y muchachas? ¿Qué tal le va con ellas? ¿Está casado?

—No...

—Ni yo.

—Vivo en la calle...

—No quiero saber en dónde vive —me atajó Quincas Borba—. Si alguna vez nos vemos, deme otro billete de cinco *milreis*; pero permítame que no vaya a buscarlo a su casa. Es una especie de orgullo... Ahora, adiós; veo que está impaciente.

—¡Adiós!

—Y muchas gracias. ¿Me permite agradecérselo más de cerca?

Y diciendo esto me abrazó con tal ímpetu que no pude evitarlo. Nos separamos por fin, yo a grandes pasos, con la camisa arrugada por el abrazo, fastidiado y triste. Ya no dominaba en mí la parte simpática de la sensación, sino la otra. Hubiera querido ver en él una miseria digna. Sin embargo, no pude menos de comparar otra vez el hombre de ahora con el niño de antaño,^[53] entristecerme y considerar el abismo que separa las esperanzas de un tiempo de la realidad de otro tiempo...

—¡Bueno, adiós! Vamos a cenar —me dije.

Metó la mano en mi chaleco y no hallo mi reloj. ¡Última desilusión! Borba me lo había robado en el abrazo.

LXI

Un proyecto

Cené triste. No era la falta del reloj lo que me dolía, sino la imagen del autor del hurto y las reminiscencias de la infancia, y otra vez la comparación, y la conclusión. Desde la sopa, comenzó a abrirse en mí la flor amarilla y mórbida del capítulo XXV, y entonces cené de prisa, para correr a casa de Virgilia. Virgilia era el presente; yo quería refugiarme en él para escapar de las opresiones del pasado, porque el encuentro con Quincas Borba había vuelto mis ojos hacia el pasado, no como era en realidad, sino hacia un pasado roto, abyecto, mendigo y ladrón.

Salí de casa, pero era temprano; los hubiera encontrado a la mesa. Otra vez pensé en Quincas Borba, y tuve entonces un deseo de volver al *Passeio Público*, a ver si lo encontraba; surgió en mí, como una fuerte necesidad, la idea de regenerarlo. Fui, pero ya no lo encontré. Hablé con el guardia, y él me dijo que efectivamente “ese individuo” iba por allí algunas veces.

—¿A qué horas?

—No tiene hora fija.

No era imposible encontrarlo en otra ocasión; me prometí volver otra vez. La necesidad de regenerarlo, de llevarlo al trabajo y al respeto de su persona henchía mi corazón; comenzaba a sentir un bienestar, una elevación, una admiración por mí mismo... En esto caía la noche; fui a casa de Virgilia.

LXII

La almohada

Fui a casa de Virgilia; muy pronto olvidé a Quincas Borba. Virgilia era la almohada de mi espíritu, una almohada blanda, tibia, aromática, enfundada en cambray y bruselas. Allí era donde mi espíritu acostumbraba reposar de todas las sensaciones malas, simplemente fastidiosas, y hasta de las dolorosas. Y, bien pensadas las cosas, no era otra la razón de la existencia de Virgilia; no podía ser otra. Cinco minutos bastaron para olvidar enteramente a Quincas Borba; cinco minutos de contemplación mutua, con las manos del uno en las del otro; cinco minutos y un beso. Y al punto se esfumó el recuerdo de Quincas Borba... Escrófula de la vida, andrajo del pasado, ¿qué me importa que existas, que moleste los ojos de los demás, si yo tengo dos palmos de una almohada divina, para cerrar los ojos y dormir?

LXIII

¡Huyamos!

¡Ay! No siempre dormir. Tres semanas después, yendo a casa de Virgilia — eran las cuatro de la tarde —, la encontré triste y abatida. No quiso decirme qué era; pero viendo que yo le instaba mucho:

—Creo que Damián sospecha algo. Noto ahora algunas cosas raras en él... No sé... Me trata bien, no cabe duda; pero su mirada parece que no es la misma. Duermo mal; esta noche, nada menos, desperté espantada; estaba soñando que iba a matarme. Tal vez sea ilusión, pero yo creo que él sospecha...

La tranquilicé como pude; le dije que podían ser preocupaciones políticas. Virgilia pareció convencerse, pero se quedó todavía muy excitada y nerviosa. Estábamos en la sala de visitas, que daba justamente a la quinta en donde habíamos cambiado el beso inicial. Una ventana abierta dejaba entrar el viento, que sacudía blandamente las cortinas, y yo me quedé mirando las cortinas, sin verlas. Había empuñado el binóculo de la imaginación; columbraba, a lo lejos, una casa nuestra, una vida nuestra, un mundo nuestro, en que no había Lobo Neves, ni matrimonio, ni moral, ni ningún otro lazo que nos quitase la expansión de nuestros deseos. Esta idea me embriagó; después de eliminar así el mundo, la moral y el marido, bastaba penetrar en aquel aposento de los ángeles.

—Virgilia —le dije—, te propongo una cosa.

—¿Qué?

—¿Me amas?

—¡Oh! —suspiró, ciñendo con sus brazos mi cuello.

Virgilia me amaba con furia; aquella respuesta era la verdad patente. Con sus brazos en mi cuello, callada, respirando profundamente, se quedó mirándome con sus grandes y hermosos ojos que daban una sensación singular de luz húmeda; y yo me quedé viéndolos, deleitándome en su boca, fresca como la madrugada e insaciable como la muerte. La belleza de Virgilia tenía ahora un tono grandioso que no había poseído antes de casarse. Era una de esas figuras talladas en mármol griego, de una labor noble, rasgada y pura, tranquilamente hermosa, pero no

apática ni fría. Por el contrario, tenía el aspecto de las naturalezas cálidas, y podía decirse que, en realidad, resumía todo el amor. Lo resumía sobre todo en aquella ocasión, en que mudamente expresaba todo cuanto puede decir la pupila humana. Pero el tiempo urgía; desenlacé mis manos de las suyas, la tomé de las muñecas y, mis ojos clavados en ella, le pregunté si tenía valor.

—¿De qué?

—De huir. Iremos a donde nos sea más cómodo, una casa grande o pequeña, como tú quieras, en el campo o en la ciudad, o en Europa, en donde te parezca, en donde nadie nos moleste y no haya peligros para ti, en donde vivamos el uno para el otro... ¿Sí? Huyamos. Tarde o temprano, él puede descubrir algo, y estarás perdida... ¿Lo oyes? Perdida... muerta... y él también, porque yo lo mataré, te lo juro.

Me interrumpí. Virgilia palideció intensamente, dejó caer los brazos y se sentó en el canapé. Estuvo así algunos instantes, sin decirme palabra, no sé si vacilante en la elección o si aterrada con la idea del descubrimiento y de la muerte. Me acerqué a ella, insistí en mi proposición y le hablé de todas las ventajas de una vida a solas, sin celos, ni terrores, ni aflicciones. Virgilia me oía en silencio; después dijo:

—No escaparíamos tal vez; él iría a buscarme y me mataría del mismo modo.

Yo le demostré que no. El mundo era demasiado ancho, y yo poseía medios para vivir en dondequiera que hubiese aire puro y mucho sol; él no llegaría hasta allá; sólo las grandes pasiones son capaces de las grandes acciones, y él no la amaba tanto como para ir a buscarla si ella estuviese lejos. Virgilia tuvo un gesto de espanto, casi de indignación; murmuró que su marido la quería mucho.

—Puede ser —respondí—; puede ser que sí...

Di unos pasos hasta la ventana y me puse a tamborilear con los dedos en el antepecho. Virgilia me llamó, pero yo me quedé allí, rumiando mis celos, con ganas de estrangular a su marido si lo tuviese allí a mano... Justamente en ese instante apareció en la quinta Lobo Neves. No tiembles así, lectora pálida; tranquilízate, que no he de rubricar esta página con un manchón de sangre. Tan pronto como apareció en la quinta, le hice yo un gesto amigable, acompañado de una palabra graciosa; Virgilia se retiró apresuradamente de la sala, y volvió a

entrar al cabo de unos tres minutos.

—¿Hace mucho que está aquí? —me preguntó.

—No.

Había entrado serio, pesado, echando miradas alrededor de un modo distraído, costumbre suya, que cambió luego por una verdadera expansión de jovialidad cuando vio llegar a su hijo, Ñoño, el futuro abogado del capítulo VI; lo tomó en sus brazos, lo levantó en el aire y lo besó una y otra vez. Yo, que le tenía odio al muchacho, me alejé de ambos. Virgilia volvió en ese momento a la sala.

—¡Ah! —respiró Lobo, sentándose perezosamente en el sofá.

—¿Cansado? —le pregunté.

—Mucho; he tenido que aguantar dos latas de primer orden, una en la cámara y otra en la calle. Y todavía nos falta la tercera —añadió, mirando a su mujer.

—¿Qué es? —preguntó Virgilia.

—Un... ¡Adivina!

Virgilia se había sentado a su lado; le tomó una mano, le compuso la corbata y le volvió a preguntar qué cosa era.

—Nada menos que un palco.

—¿Para oír a la Candiani?^[54]

—Para oír a la Candiani.

Virgilia batió palmas, se levantó, le dio un beso a su hijo, con un aire de alegría pueril que desentonaba bastante con su rostro, y después preguntó si el palco era junto al foro o de los del centro, y consultó a su marido en voz baja acerca de la *toilette* que llevaría, de la ópera que se cantaba y de no sé qué otras cosas.

—Usted cena con nosotros, doctor —me dijo Lobo Neves.

—Precisamente a eso vino —confirmó su mujer—; dice que tú tienes el vino

más viejo de Rio de Janeiro.

—Sin embargo, no bebe mucho.

A la hora de la cena, lo desmentí; bebí más de lo que acostumbraba; menos, no obstante, de lo que era preciso para perder la razón. Ya estaba excitado, y me excité un poco más. Era la primera gran cólera que sentía contra Virgilia. No la miré una sola vez durante la cena; hablé de política, de la prensa, del ministerio, creo que hubiera hablado de la teología si hubiese sabido, o si me hubiese venido a la cabeza. Lobo Neves me acompañaba con mucha placidez y dignidad, y hasta con cierta benevolencia superior; y todo aquello me irritaba también, y me hacía más amarga y más larga la cena. Me despedí tan pronto como nos levantamos de la mesa.

—Hasta muy pronto, ¿verdad? —preguntó Lobo Neves.

—Puede ser.

Y salí.

LXIV

La transacción

Vagué por las calles y me recogí a las nueve. Como no podía dormir, me puse a leer y escribir. A las once estaba arrepentido de no haber ido al teatro; consulté el reloj y quise vestirme y salir. Pero después reflexioné que llegaría tarde; además, hubiera sido dar una prueba de debilidad. Evidentemente, Virgilia comenzaba a aburrirse de mí, pensaba yo. Y esta idea me dejó sucesivamente desesperado y frío, dispuesto a olvidarla y a matarla. La veía desde allí, reclinada en su palco con sus magníficos brazos desnudos —brazos que eran míos, sólo míos—, fascinando las miradas de todo mundo, con el vestido soberbio que había de tener, con su cuello más blanco que la leche, su pelo peinado en bandós, según la moda de la época, y sus brillantes, menos lucientes que sus ojos... La veía así, y me dolía que la viesan otros. Después, comenzaba a desvestirla, a quitarle joyas y sedas, a despeinarla con mis manos ansiosas y lascivas, a volverla —no sé si más hermosa, si más natural—, a volverla mía, sólo mía, únicamente mía.

Al día siguiente no pude contenerme; fui a casa de Virgilia; la encontré con sus párpados rojos de tanto llorar.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Tú no me amas —fue su respuesta—; nunca me has tenido ni sombra de amor. Ayer me trataste como si me tuvieras odio. ¡Si al menos supiese yo lo que te he hecho! Pero no lo sé. ¿No me dirás que cosa fue?

—¿Qué estás diciendo? Creo que no ha sido nada.

—¿Nada? Me has tratado peor que a un perro...

A esta palabra la tomé de las manos, se las besé, y dos lágrimas le brotaron de sus ojos.

—Ya todo pasó, todo pasó —le dije.

No tuve ánimos para argüir, y, además, ¿argüirla de qué? No era culpa de ella si su marido la amaba. Le dije que nada me había hecho, que yo tenía por fuerza celos del otro, que no siempre podía soportarlo con un rostro alegre; añadí

que quizá hubiese en ella mucho disimulo, y que el mejor medio de cerrar la puerta a los sustos y a las disensiones era aceptar mi idea de la víspera.

—He pensado en eso —contestó Virgilia—; una casita sólo nuestra, solitaria, rodeada de un jardín en alguna calle escondida, ¿no es eso? Me parece buena la idea; pero ¿para qué huir?

Dijo esto con el tono ingenuo y perezoso de quien no piensa en nada malo, y la sonrisa que curvaba los extremos de sus labios tenía la misma expresión de candidez. Entonces, retirándome, le respondí:

—Tú eres la que nunca me has tenido amor.

—¿Yo?

—Sí... ¡Eres una egoísta! Prefieres verme padecer todos los días... ¡Eres una egoísta sin nombre!

Virgilia rompió a llorar, y para que no viniera alguien a ver lo que pasaba se metía el pañuelo en la boca y reprimía sus sollozos; aquella explosión me desconcertó; si alguien la hubiera oído, todo habría quedado perdido. Me incliné hacia ella, la tomé de las muñecas, murmuré a su oído los nombres más dulces de nuestra intimidad; le mostré el peligro; al fin la apaciguó el terror.

—No puedo —dijo al cabo de algunos instantes—; no puedo dejar a mi hijo; y si lo llevo, estoy segura de que *él* me irá a buscar hasta el fin del mundo. No puedo; mátame si quieres, o déjame morir... ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Cálmate; mira que pueden oírte.

—¡Que me oigan! Nada me importa.

Aún estaba excitada; le pedí que lo olvidase todo, que me perdonase, que yo era un idiota, que mi locura provenía de ella y con ella acabaría. Virgilia enjugó sus ojos y me tendió la mano. Ambos sonreíamos; minutos después volvíamos al asunto de la casita solitaria, en alguna calle escondida...

LXV

Centinelas y espías

Nos interrumpió el rumor de un coche en la quinta. Llegó un esclavo diciendo que era la baronesa X. Virgilia me consultó con la mirada.

—Si usted sigue con esa jaqueca —le dije—, yo creo que lo mejor es no recibirla.

—¿Ya se apeó? —preguntó Virgilia al esclavo.

—Ya; y dice que necesita mucho hablar con *siñá*.

—¡Que entre!

La baronesa entró a los pocos instantes. No sé si esperaba encontrarme en la sala; pero era imposible demostrar mayor alborozo.

—¡Dichosos los ojos que lo ven! —exclamó—. ¿En dónde se mete usted que no se le ve en ninguna parte? Ayer me extrañó mucho no verlo en el teatro. La Candiani estuvo deliciosa. ¡Qué mujer! ¿Le gusta la Candiani? Es natural. Los hombres son todos iguales. El barón decía anoche, en el palco, que una sola italiana vale por cinco brasileñas. ¡Qué desvergüenza! Y desvergüenza de viejo, que es peor. Pero ¿por qué no fue usted al teatro ayer?

—Una jaqueca.

—¡Hum...! Algún asunto de amor; ¿no te parece, Virgilia? Pues amigo mío, apresúrese, porque ya debe tener usted unos cuarenta años... o casi... ¿Todavía no cumple cuarenta años?

—No se lo puedo decir con certeza —le respondí—; pero si me lo permite voy a consultar mi fe de bautismo.

—Vaya, vaya... —y extendiéndome la mano—: ¿Hasta cuándo? El sábado estaremos en casa; el barón está con unas ganas de verlo...

Al llegar a la calle me arrepentí de haber salido. La baronesa era una de las

personas que más desconfiaban de nosotros. Cincuenta y cinco años, que parecían cuarenta, suave, risueña, vestigios de belleza, porte elegante y maneras finas. No hablaba mucho ni siempre; poseía el gran arte de escuchar a los demás, espiándolos; se reclinaba entonces en la silla, desenvainaba una mirada larga y aguda, y así se quedaba largo rato. Los demás, sin saber qué era aquello, hablaban, miraban, gesticulaban, mientras que ella miraba solamente, unas veces fija, otras móvil, llevando su astucia hasta el punto de mirar algunas veces dentro de sí misma, porque dejaba caer sus párpados, pero como sus pestañas eran unas celosías, su mirada continuaba su oficio, revolviendo el alma y la vida de los demás.

La segunda persona era un pariente de Virgilia llamado Viegas, un carcamal de setenta inviernos, chupado y amarillo, que padecía de un reumatismo tenaz, de una asma no menos tenaz y de una lesión en el corazón: era un hospital concentrado. Pero sus ojos lucían de mucha vida y salud. Virgilia, en las primeras semanas, no le tenía ningún miedo; decía que cuando Viegas parecía espiar, con la mirada fija, estaba simplemente contando dinero. En efecto, era un gran avaro.

Había que contar también al primo de Virgilia, Luis Dutra, a quien yo desarmaba ahora a fuerza de hablarle de versos y prosas y de presentarlo a mis conocidos. Cuando éstos, ligando el nombre a la persona, se mostraban contentos de la presentación, no hay duda de que Luis Dutra saltaba de gusto; pero yo me preocupaba de darle ese gusto con la esperanza de que él no me denunciara nunca. Por último, había unas dos o tres señoras, varios calaveras y los criados, que naturalmente se desquitaban así de su condición servil, y todo aquello constituía una verdadera selva de centinelas y espías, por entre los cuales teníamos que deslizarnos con la táctica y la suavidad de las culebras.

LXVI

Las piernas

Ahora bien, mientras yo pensaba en aquella gente, las piernas me iban llevando, calle abajo, de modo que insensiblemente me encontré a la puerta del hotel Pharoux. Allí cenaba habitualmente; pero como no había andado deliberadamente, no me cabe ningún merecimiento por la acción, y sí a las piernas, que la hicieron. ¡Benditas piernas! Y hay quien os trate con desdén o indiferencia. Yo mismo, hasta entonces, os tenía en mal concepto, me enojaba cuando os fatigabais, cuando no podíais ir más allá de cierto punto, y me dejabais con el deseo de revolar, a semejanza de la gallina atada por sus patas.

Pero aquel caso fue un rayo de luz. Sí, piernas amigas, vosotras dejasteis a mi cabeza el trabajo de pensar en Virgilia, y os dijisteis la una a la otra: "Él necesita tomar alimento, es hora de cenar, vamos a llevarlo al Pharoux; dividamos su conciencia; que una parte se quede con la dama, y tomemos nosotras la otra para que él vaya derecho, no choque con las personas y los coches, salude con el sombrero a los conocidos y finalmente llegue sano y salvo al hotel". Y cumplisteis con vuestro propio riesgo vuestro propósito, amables piernas, lo cual me obliga a inmortalizaros en estas páginas.

LXVII

La casita

Cené y me fui a casa. Allí encontré una caja de puros, que me había mandado Lobo Neves, envuelta en papel de seda y adornada de cintitas color de rosa. Entendí, la abrí, y saqué este billete:

“B... mío:

“Desconfían de nosotros; todo está perdido; olvídate para siempre. Ya no nos veremos. Adiós; olvídate de la infeliz

“V.....a”.

Fue un golpe esta carta; no obstante, tan pronto como cerró la noche, corrí a casa de Virgilia. Era tiempo; estaba arrepentida. En el vano de una ventana me contó lo que había pasado con la baronesa. La baronesa le dijo francamente que se había hablado mucho en el teatro, la noche anterior, a propósito de mi ausencia del palco de Lobo Neves; se habían comentado mis relaciones en la casa; en suma, éramos objeto de la sospecha pública. Concluyó diciendo que no sabía qué hacer.

—Lo mejor es que huyamos —insinué.

—Nunca —respondió, meneando la cabeza.

Vi que era imposible separar dos cosas que en el espíritu de Virgilia estaban completamente ligadas: nuestro amor y el temor de la opinión pública. Virgilia era capaz de iguales y grandes sacrificios para conservar ambas ventajas, y la fuga sólo le dejaba una. Quizá sentí algo semejante al despecho; pero las conmociones de aquellos dos días eran ya muchas, y el despecho murió muy pronto. Vaya, pues: consigamos la casita.

En efecto, la encontré, algunos días después, hecha como a propósito, en un rincón de Gamboa.^[55] ¡Una joyita! Nueva, recién blanqueada, con cuatro ventanas en el frente y dos a cada lado —todas con venecianas color de ladrillo—, trepaderas en los muros, jardín al frente; misterio y soledad. ¡Una joyita!

Convinimos en que iría a vivir allí una mujer, conocida de Virgilia, en cuya casa había sido costurera y dama de compañía. Virgilia ejercía sobre ella verdadera fascinación. No se le diría todo; ella aceptaría fácilmente el resto.

Para mí era aquello una situación nueva de nuestro amor, una apariencia de posesión exclusiva, de dominio absoluto, algo que me haría adormecer mi conciencia y conservar el decoro. Ya estaba cansado de las cortinas del otro, de las sillas, de la alfombra, del canapé, de todas aquellas cosas que ponían nuestra doblez constantemente ante mis ojos. Ahora podía evitar las comidas frecuentes, el té de todas las noches, y también la presencia del hijo de ellos, mi cómplice y mi enemigo. La casa me liberaba de todo; el mundo vulgar terminaría en la puerta; de allí adentro era el infinito, un mundo eterno, superior, excepcional, nuestro, sólo nuestro, sin leyes, sin instituciones, sin baronesas, sin centinelas, sin espías...; un solo mundo, una sola pareja, una sola vida, una sola voluntad, un solo cariño: la unidad moral de todas las cosas por la exclusión de las que me eran contrarias.

LXVIII

El vergajo

Tales eran las reflexiones que venía haciendo al caminar por Valongo, después de ver y contratar la casa. Me las interrumpió una rueda de gente; era un negro que azotaba a otro en la plaza pública. El otro no se atrevía a huir; gemía solamente estas únicas palabras:

—¡No, perdón, mi amo! ¡Mi amo, perdón!

Pero el primero no hacía caso y, a cada súplica, respondía con un nuevo vergajazo.

—¡Toma, diablo! —le decía—. ¡Toma otro perdón, borracho!

—¡Mi amo! —gemía el otro.

—¡Cállate la boca, animal! —replicaba el del vergajo.

Me detuve, miré... ¡Cielo santo! ¿Quién había de ser el del vergajo? Nada menos que mi moleque Prudencio, aquel a quien mi padre había libertado unos años antes. Me acerqué hasta él; se detuvo al punto y me pidió la bendición; le pregunté si aquel negro era esclavo de él.

—Sí, Ñoño.

—¿Te ha hecho algo?

—Es un flojo y un borracho de marca mayor. Hoy, nada menos, lo dejé en la tienda, y apenas bajé yo al centro de la ciudad salió él de la tienda y se fue a beber a la taberna.

—Está bien, perdónale —dije.

—Como usted diga, Ñoño. Ñoño manda, no pide. Entra en la casa, ¡borracho!

Salí del grupo, que me miraba espantado y cuchicheaba sus conjeturas. Seguí mi camino, hilvanando una infinidad de reflexiones que siento haber

olvidado por completo; por cierto que hubiera sido materia para un buen capítulo, y tal vez alegre. A mí me gustan los capítulos alegres; es mi debilidad. Exteriormente, era torvo el episodio de Valongo; pero sólo exteriormente. Tan pronto como metí más adentro el cuchillo del raciocinio, le encontré un meollo divertido, fino y hasta profundo. Era un modo que Prudencio tenía de deshacerse de los palos recibidos: transmitírselos a otro. Yo, de niño, lo montaba, le ponía un freno en la boca y lo derrengaba sin compasión; él gemía y sufría. Pero ahora que era libre disponía de sí mismo, de sus brazos, de sus piernas, podía trabajar, holgar, dormir, liberado de su antigua condición; ahora se desquitaba: compró un esclavo, y le iba pagando, con intereses muy altos, todo cuanto de mí había recibido. ¡Mirad qué sutilezas del pillo!

LXIX

Un gramo de locura

Este incidente hace que me acuerde de un loco que conocí. Se llamaba Romualdo y decía que él era Tamerlán. Era su grande y única manía, y tenía una curiosa manera de explicarla.

—Yo soy el ilustre Tamerlán —decía—. Antes era Romualdo, pero me enfermé, y tomé tanto tártaro, tanto tártaro, tanto tártaro, que me hice tártaro, y hasta rey de los tártaros. El tártaro tiene la virtud de hacer tártaros.

¡Pobre Romualdo! La gente se reía de su explicación, pero es probable que el lector no se ría, y con razón; yo no le encuentro ninguna gracia. Oída, tenía algún chiste; pero contada así, en el papel, y a propósito de un vergajazo recibido y transferido, fuerza es confesar que es mucho mejor volver a la casita de Gamboa; dejemos a los Romualdos y a los Prudencios.

LXX

Doña Plácida

Volvamos a la casita. Te sería imposible entrar en ella hoy, curioso lector; envejeció, se ennegreció, se pudrió, y el propietario la echó abajo para sustituirla por otra, tres veces mayor, pero te juro que mucho menor que la primera. El mundo era estrecho para Alejandro; un desván del tejado es el infinito para las golondrinas.

Mira ahora la neutralidad de este globo, que nos lleva, a través de los espacios, como una canoa de naufragos que al fin llega a la costa: duerme hoy una pareja virtuosa en el mismo espacio de suelo que sufrió a una pareja pecadora. Mañana puede dormir allí un eclesiástico, después un asesino, después un herrero, luego un poeta, y todos bendecirán ese rincón de tierra que les dio algunas ilusiones.

Virgilia hizo de aquello una tacita de plata; escogió los muebles más idóneos y los dispuso con la intuición estética de la mujer elegante; yo llevé algunos libros, y todo quedó bajo la vigilancia de doña Plácida, supuesta, y, desde cierto punto de vista, verdadera dueña de la casa.

Le costó mucho aceptar aquel cargo; había oído la intención, y le lastimaba el oficio; pero por fin cedió. Creo que lloraba al principio; tenía asco de sí misma. Por lo menos, es lo cierto que no levantó los ojos para mirarme durante los dos primeros meses; me hablaba con la vista baja, seria, malhumorada, a veces triste. Yo quería ganármela, y no me daba por ofendido; la trataba con cariño y respeto; hacía todo lo posible por conquistar su benevolencia, y después su confianza. Cuando conquisté su confianza, forjé una historia patética de mis amores con Virgilia, algo que había pasado antes de su matrimonio, la resistencia de su padre, la dureza de su marido y no sé qué otros toques de novela. Doña Plácida no rechazó una sola página de la novela; las aceptó todas. Era una necesidad de su conciencia. Al cabo de seis meses, quien nos hubiese visto juntos a los tres hubiera dicho que doña Plácida era mi suegra.

No fui ingrato con ella; le hice un peculio de cinco contos —los cinco contos encontrados en Botafogo— a manera de pan para su vejez. Doña Plácida me los agradeció con lágrimas en los ojos, y desde entonces nunca dejó de rezar por mí,

cada noche, ante una imagen de la Virgen que tenía en su cuarto. Así fue como se le acabó el asco que sentía.

LXXI

El pero del libro

Comienzo a arrepentirme de este libro. No es que me canse: nada tengo que hacer; y, en realidad, despachar algunos insignificantes capítulos para ese mundo siempre es tarea que distrae un poco de la eternidad. Pero el libro es enfadoso, huele a sepulcro, lleva no sé qué contracción cadavérica, vicio grave, y, por otra parte, ínfimo, porque el mayor defecto de este libro eres tú, lector. Tú tienes prisa de envejecer, y el libro se va haciendo despacio, a ti te gusta la narración directa y nutrida, el estilo regular y fluido, y este libro y mi estilo son como los ebrios, se balancean a diestro y siniestro, caminan y se detienen, rezongan, gritan, ríen a carcajadas, amenazan al cielo, tropiezan y caen...

¡Y caen! Hojas misérrimas de mi ciprés, tenéis que caer, como cualesquiera otras bellas y virtuosas; y si yo tuviese ojos tendría para vosotras una lágrima de ternura. Y ésta es la gran ventaja de la muerte, que, si no deja boca para reír, tampoco deja ojos para llorar... Tenéis que caer.

LXXII

El bibliómano

Tal vez suprima el capítulo anterior; entre otros motivos porque hay en él, en las últimas líneas, una frase que mucho tiene de despropósito, y yo no quiero dar pasto a la crítica del futuro.

Mirad: dentro de setenta años, un individuo flaco, amarillo, grisáceo, que no ama ninguna otra cosa fuera de los libros, se inclina sobre la página anterior, tratando de descubrir el despropósito; lee, relee, torna a releer, descoyunta las palabras, saca una sílaba, después otra, luego otra, y las restantes, las examina por dentro y por fuera, por todos lados, contra la luz, las sacude, las frota en su rodilla, las lava, y nada; no encuentra el despropósito.

Es un bibliómano. No conoce al autor, este nombre de Blas Cubas no viene en sus diccionarios biográficos. Ha encontrado el volumen, por casualidad, en el antro de un vendedor de libros viejos. Lo ha comprado por doscientos reis.^[56] Ha preguntado, indagado, averiguado, y ha venido a descubrir que es un ejemplar único... ¡Único! Vosotros, que no sólo amáis los libros, sino que padecéis la manía de ellos, vosotros sabéis muy bien el valor de esta palabra, y adivináis, por consiguiente, las delicias de mi bibliómano. Él rechazaría la corona de las Indias, el papado, todos los museos de Italia y de Holanda si los tuviese que cambiar por ese único ejemplar; y no porque sea el de mis *Memorias*: haría la misma cosa con el *Almanaque* de Laemmert, con tal que fuese único.

Lo peor de todo es el despropósito. Allí sigue nuestro hombre inclinado sobre la página, con una lente en el ojo derecho, entregado por completo a la noble y áspera función de descifrar el despropósito. Ya se ha prometido a sí mismo escribir una breve memoria en la cual relate el hallazgo del libro y el descubrimiento de la sublimidad, si acaso la hubiere por debajo de aquella frase oscura. Al fin no encuentra nada y se contenta con poseer el libro. Lo cierra, lo mira, lo remira, se acerca a la ventana y lo ve frente al sol. ¡Un ejemplar único! En ese momento pasa por debajo de la ventana un César o un Cromwell, camino del poder. Él se encoge de hombros, cierra la ventana, se estira en su hamaca y hojea el libro despacio, con amor, a sorbos... ¡Un ejemplar único!

LXXIII

El *luncheon*

El despropósito me hizo perder otro capítulo. ¡Cuánto mejor no sería decir las cosas lisa y llanamente, sin todos esos zarandeos! Ya he comparado mi estilo con el andar de los ebrios. Si la idea os parece indecorosa, diré que eso eran mis comidas con Virgilia, en la casita de Gamboa, en donde a veces hacíamos nuestra fiestecita, nuestro *luncheon*: vino, fruta, compotas. Comíamos, es cierto, pero era una comida punteada de palabritas dulces, de miradas tiernas, de chiquilladas, una infinidad de esos apartes del corazón que son más bien el verdadero, el ininterrumpido discurso del amor. A veces venía el mal humor a templar el excesivo azucaramiento de la situación. Ella me dejaba, se refugiaba en un rincón del canapé, o iba al interior de la casa a oír las tonterías de doña Plácida. Cinco o diez minutos después reanudábamos el palique, como yo reanudo la narración para desanudarla otra vez. Nótese que, lejos de tener horror al método, era costumbre nuestra convidarlo, en la persona de doña Plácida, a sentarse con nosotros a la mesa; pero doña Plácida no aceptaba nunca.

—Parece que ya no me quiere —le dijo un día Virgilia.

—¡Virgen Santísima! —exclamó la buena señora levantando las manos al techo—. ¿Que ya no quiero a Yayá? Pues entonces ¿a quién había de querer en este mundo?

Y, tomándola de las manos, la miró fijamente, fijamente, hasta que se le mojaron los ojos de tan fija que era su mirada. Virgilia la acarició con mucho cariño, y yo le deslicé en la bolsa del vestido una monedita de plata.

LXXIV

Historia de doña Plácida

No te arrepientas de ser generoso; la monedita de plata me ganó una confianza de doña Plácida, y por consiguiente este capítulo. Días después la encontré sola en la casa y trabamos conversación; ella me contó entonces, a grandes rasgos, su historia... Era hija natural de un sacristán de la Catedral y de una mujer que hacía dulces para vender. Perdió a su padre a los diez años. Ya entonces rallaba coco y hacía no sé qué otros trabajos de dulcera compatibles con su edad. A los quince o dieciséis se casó con un sastre, que murió tísico algún tiempo después, dejándole una hija. Viuda y joven, a su cargo quedaron su hija, de dos años, y su madre, cansada de trabajar. Tenía que sustentar tres bocas. Hacía dulces, que era su oficio, pero cosía también, de día y de noche, con ahínco, para tres o cuatro establecimientos, y servía de maestra a algunos niños del barrio por diez *tostões*^[57] al mes. Con esto se iban pasando los años, aunque no la belleza, porque nunca la había tenido. Se le ofrecieron algunos amores, proposiciones, seducciones, a todo lo cual resistía.

—Si hubiera podido encontrar otro marido —me dijo—, créame que me habría casado; pero nadie quería casarse conmigo.

Uno de los pretendientes logró hacerse aceptable a los ojos de doña Plácida; sin embargo, como no era más delicado que los demás, ella lo despidió del mismo modo, no sin llorar abundantemente después de darle calabazas. Y continuó cosiendo ajeno y espumando los cazos de dulce. Su madre tenía un humor negro a causa de su temperamento, de sus años y de la necesidad; mortificaba a su hija para que tomase uno de los maridos de préstamo y de ocasión que pedían su mano. Y gritaba:

—¿Quieres ser mejor que yo? No sé de dónde te vienen esos remilgos de gente rica. La vida no se arregla a la buena de Dios, muchacha; no se come viento. ¡Pues vaya! Muchachos tan buenos como Policarpo, el de la taberna, pobrecito... ¿Seguramente esperas algún hidalgo?

Doña Plácida me juró que no esperaba ningún hidalgo. Era cosa de su natural: quería ser casada. Sabía muy bien que su madre no lo había sido, y conocía a muchas que por sí solas se conseguían un hombre; pero era cosa de su

natural y quería ser casada. Tampoco quería que fuese otra cosa su hija. Trabajaba mucho, quemándose los dedos en el fogón y las pestañas en la vela para comer y no sucumbir. Enflaqueció, se enfermó, perdió a su madre, la enterró por suscripción y continuó trabajando. Su hija tenía catorce años; pero era muy flaquita y no hacía nada, a no ser enamorar a los pillastres que rondaban su ventana. Doña Plácida vivía con inmensas preocupaciones, y cuando tenía que salir a entregar la costura no dejaba de llevársela consigo. La gente de las tiendas abría y guiñaba los ojos, convencida de que la llevaba para pescarle marido o algo por el estilo. Algunos le echaban piropos, hacían algún chiste; doña Plácida llegó a recibir propuestas de dinero...

Se interrumpió un instante, y luego continuó:

—Mi hija huyó de mi lado; se fue con un fulano, no quiero saber quién... Me dejó sola, y tan triste, tan triste, que pensé morir. Ya no tenía a nadie en el mundo y estaba vieja y enferma. Por ese tiempo fue cuando conocí a la familia de Yayá, buena gente, que me dio que hacer y hasta llegó a darme casa. Estuve allí muchos meses, un año, más de un año, como dama de compañía, y cosiendo. Salí cuando Yayá se casó. Después he vivido como ha querido Dios. Mire mis dedos, mire estas manos...

Y me mostró sus manos, gruesas y agrietadas, y las puntas de sus dedos picados por la aguja.

—Nada de esto sucede al acaso, señor —prosiguió—; Dios sabe por qué sucede... Afortunadamente Yayá^[57 bis] me protegió, y usted también, señor doctor... Yo tenía un miedo de acabar en la calle, pidiendo limosna...

Al soltar la última frase, doña Plácida tuvo un escalofrío. Después, como si volviese en sí, pareció darse cuenta de la inconveniencia de aquella confesión al amante de una mujer casada, y comenzó a reír, a desdeñarse, a llamarse tonta, “llena de remilgos”, como le decía su madre; por último, cansada de mi silencio, se retiró de la sala. Yo me quedé mirando la punta de mis botas.

LXXV

Para mis adentros

Como puede suceder que alguno de mis lectores haya saltado el capítulo anterior, observo que es preciso leerlo para entender lo que dije para mis adentros tan luego como doña Plácida salió de la sala. Lo que dije fue lo siguiente:

— Así pues, el sacristán de la Catedral, un día, mientras ayudaba a misa, vio entrar a una dama, que había de ser su colaboradora en la vida de doña Plácida. La vio otros días, durante semanas enteras, la encontró simpática, le dijo alguna cosa graciosa, le pisó un pie al ir a encender los altares en días de fiesta. A ella le gustó, y se acercaron, y se amaron. De esa conjunción de lujurias ociosas brotó doña Plácida. Es de creer que doña Plácida no hablara todavía cuando nació, pero si hubiese hablado podría haber dicho a los autores de sus días: “Aquí estoy. ¿Para qué me llamasteis?” Y el sacristán y la sacristana le hubieran respondido, naturalmente: “Te llamamos para que te quemaras los dedos en los cazos y los ojos en la costura, para comer mal, o no comer, para que andes de un lado para otro, en la brega, enfermando y sanando, con el fin de volver a enfermar y sanar otra vez, triste ahora, luego desesperada, mañana resignada, pero siempre con las manos en el cazo y los ojos en la costura, hasta acabar un día en el lodo o en el hospital; para eso te llamamos, en un momento de simpatía”.

LXXVI

El abono

De pronto me dio un salto la conciencia y me acusó de haber hecho capitular la probidad de doña Plácida, obligándola a un papel torpe, después de una larga vida de trabajo y privaciones. Tercera no era mejor que concubina, y yo la había rebajado a ese oficio, a fuerza de obsequios y dineros. Eso fue lo que me dijo la conciencia; me quedé como diez minutos sin saber qué replicarle. Ella añadió que me había aprovechado de la fascinación ejercida por Virgilia sobre la ex costurera, de la gratitud de ésta, en fin, de su necesidad. Notó la resistencia de doña Plácida, las lágrimas de los primeros días, las caras feas, los silencios, los ojos bajos, y mi arte en soportar todo aquello, hasta vencerla. Y volvió a darme un salto de un modo irritado y nervioso.

Convine en que así era, pero alegué que la vejez de doña Plácida estaba ahora al abrigo de la mendicidad: era una compensación. Si no fuera por mis amores, probablemente doña Plácida acabaría como tantas otras criaturas humanas; de lo cual podría deducirse que el vicio es a menudo el abono de la virtud. Y ello no impide que la virtud sea una flor perfumada y sana. La conciencia me dio la razón, y yo fui a abrirle la puerta a Virgilia.

LXXVII

Entrevista

Virgilia entró risueña y sosegada. Habían acabado ya los tiempos de los sustos y de las vergüenzas. ¡Qué dulce era verla llegar, en los primeros días, trémula y pudorosa! Iba en coche, velado el rostro, envuelta en una especie de manteo que disfrazaba las ondulaciones de su talle. La primera vez se dejó caer en el canapé, sofocada, color de escarlata, con sus ojos en el suelo; y ¡palabra! en ninguna otra ocasión me pareció tan hermosa, quizá porque nunca me sentí tan lisonjeado.

Pero ahora, como decía, se habían acabado los sustos y las vergüenzas; las entrevistas entraban en el periodo cronométrico. La intensidad del amor era la misma; la diferencia es que la llama había perdido el alocamiento de los primeros días para constituirse un simple haz de rayos, tranquilo y constante, como en los matrimonios.

—Estoy muy enojada contigo —me dijo al sentarse.

—¿Por qué?

—Porque no fuiste ayer, como me habías dicho. Damián preguntó muchas veces si no irías, cuando menos, a tomar el té. ¿Por qué no fuiste?

En efecto, había faltado a mi palabra, y la culpa era toda de Virgilia. Cuestión de celos. Aquella espléndida mujer sabía que lo era, y le gustaba oírsele decir, en voz alta o en voz baja. La antevíspera, en casa de la baronesa, había bailado dos vales con el mismo gomoso, después de escuchar sus piropos en el borde de una silla. ¡Estaba tan alegre! ¡Tan exuberante! ¡Tan llena de sí misma! Cuando descubrió en mi entrecejo la arruga interrogatoria y amenazadora, no tuvo ningún sobresalto, ni se puso seria inmediatamente; pero mandó a paseo al gomoso con sus piropos. Se acercó después a mí, me tomó del brazo y me llevó a la otra sala, menos concurrida, en donde me dijo que se sentía cansada y habló de muchas otras cosas, con el aire pueril que acostumbraba en ciertas ocasiones, y yo la oía casi sin responder nada.

Ahora mismo me costaba trabajo responderle algo, pero al fin le conté el motivo de mi ausencia... No, eternas estrellas, nunca vi ojos más azorados. La boca

semiabierta, las cejas arqueadas, una estupefacción visible, tangible, que no se podía negar, tal fue la primera réplica de Virgilia. Meneó la cabeza con una sonrisa de conmiseración y ternura, que acabó de confundirme por completo.

Y fue a quitarse el sombrero, ligera, jovial, como niña que vuelve del colegio; después se acercó a mí, que estaba sentado, me dio unos golpecitos en la cabeza, con un solo dedo, repitiendo:

—¡Toma, toma!

Y yo no tuve más remedio que sonreír también, y todo acabó en pura chanza. Era claro que me había engañado.

LXXVIII

La presidencia

Cierto día, meses después, entró Lobo Neves en su casa diciendo que tal vez saldría a ocupar una presidencia de provincia. Yo, que me encontraba allí, miré a Virgilia, que palideció; él, que la vio palidecer, le preguntó:

—¿De modo que no te ha gustado, Virgilia?

Virgilia meneó la cabeza.

—No me agrada mucho —fue su respuesta.

Ya no se habló del asunto; pero por la noche Lobo Neves insistió en el proyecto, un poco más resueltamente que en la tarde; dos días después le declaró a su mujer que la presidencia era cosa definitiva. Virgilia no pudo disimular la repugnancia que aquello le causaba. Su marido respondía a todo hablando de las necesidades políticas.

—No puedo rehusar lo que me piden; es hasta conveniencia nuestra, de nuestro futuro, de tus blasones, amor mío, porque yo prometí que serías marquesa, y no eres aún ni baronesa. ¿Dirás que soy ambicioso? Lo soy de veras, pero es preciso que no me cortes las alas de mi ambición.

Virgilia quedó desorientada. Al día siguiente la encontré triste, en la casa de Gamboa, esperándome; le había contado todo a doña Plácida, que hacía por consolarla lo mejor que podía. Yo no quedé menos abatido.

—Tú tienes que ir con nosotros —me dijo Virgilia.

—¿Estás loca? Sería una insensatez.

—¿Pero entonces?...

—Entonces, es preciso deshacer el proyecto.

—Es imposible.

—¿Ya lo aceptó él?

—Parece que sí.

Me levanté, tiré el sombrero en una silla y me puse a pasear de un lado a otro, sin saber qué hacer. Cavilé largamente, y no se me ocurrió nada. Por último, me acerqué a Virgilia, que estaba sentada, y la tomé de la mano; doña Plácida se fue a la ventana.

—En esta mano pequeñita está toda mi existencia —le dije—; tú eres responsable de ella; haz lo que te parezca.

Virgilia tuvo un gesto de aflicción; yo fui a apoyarme en la consola vecina. Transcurrieron algunos instantes de silencio; oíamos solamente el ladrido de un perro, y no sé si el rumor de las olas que morían en la playa. Viendo que no hablaba, la miré. Virgilia tenía sus ojos en el suelo, inmóviles, sin luz, sus manos inertes sobre las rodillas, con los dedos cruzados, en una actitud de desesperación suprema. En otra ocasión, por diferente motivo, es innegable que yo me habría lanzado a sus pies y la habría amparado con mi razón y mi ternura; pero esta vez era preciso obligarla al esfuerzo de sí misma, al sacrificio, a la responsabilidad de nuestra vida común, y por consiguiente desampararla, dejarla sola y salir de allí; y fue lo que hice.

—Te lo repito, mi felicidad está en tus manos —le dije.

Virgilia quiso detenerme, pero yo había franqueado ya la puerta. Alcancé a oír un prorrumpir de lágrimas, y os aseguro que estuve a punto de volver para enjugárselas con un beso; pero me dominé y salí.

LXXIX

Compromiso

No acabaría nunca si tuviese que contar detalladamente lo que sufrí en las primeras horas. Vacilaba entre un querer y un no querer, entre la piedad que me empujaba a la casa de Virgilia y otro sentimiento —egoísmo, supongamos— que me decía: “Espera; déjala a solas con su problema; déjala, que ella lo resolverá en el sentido del amor”. Creo que estas dos fuerzas tenían igual intensidad, embestían y resistían al mismo tiempo, con ardor, con tenacidad, y ninguna cedía definitivamente. A veces sentía el diente del remordimiento; me parecía que abusaba de la debilidad de una mujer amante y culpable, sin sacrificar ni arriesgar nada de mi parte; y cuando iba ya a capitular venía otra vez el amor y me repetía el consejo egoísta, y yo me quedaba indeciso e inquieto, deseoso de verla y temeroso de que su vista me obligase a compartir la responsabilidad de la solución.

Por fin intervino un compromiso entre el egoísmo y la piedad: iría a verla en su casa, y sólo en su casa, en presencia de su marido, para no decirle nada, en espera del efecto de mi intimación. De este modo podría conciliar las dos fuerzas. Ahora que escribo esto me parece casi que el compromiso era una burla, que aquella piedad no era sino una forma de egoísmo, y que la resolución de ir a consolar a Virgilia no pasaba de ser una sugestión de mi propio padecimiento.

LXXX

De secretario

A la noche siguiente fui efectivamente a casa de Lobo Neves; los encontré a ambos. A Virgilia muy triste, a él muy jovial. Os juro que ella sintió cierto alivio cuando nuestros ojos se encontraron, llenos de curiosidad y de ternura. Lobo Neves me habló de los planes que tenía para la presidencia, de las dificultades locales, de sus esperanzas, de sus resoluciones. ¡Estaba tan contento! ¡Tan esperanzado! Virgilia, junto a la mesa, fingía leer un libro, pero por encima de la página me miraba de cuando en cuando, con ojos llenos de ansias y de interrogaciones.

—Lo peor —me dijo de pronto Lobo Neves— es que todavía no he hallado un secretario.

—¿No?

—No, y tengo una idea.

—¡Ah!

—Una idea... ¿No quiere usted dar un paseo por el Norte?

No sé qué le respondí.

—Usted es rico —continuó— y no necesita de un pobre salario; pero si quisiera hacerme un favor se iría conmigo de secretario.

Mi espíritu dio un salto hacia atrás, como si descubriese delante una serpiente. Miré a Lobo Neves fijamente, imperiosamente, tratando de descubrir en su semblante algún pensamiento oculto... Ni sombra de eso; su mirada era recta y franca, la placidez de su rostro era natural, no violenta, una placidez salpicada de alegría. Respiré y no tuve ánimos para mirar a Virgilia; sentí por encima de la página la mirada de ella, que me pedía también la misma cosa, y dije que sí, que iría. En realidad, un presidente, una presidenta, un secretario, era resolver las cosas de un modo administrativo.

LXXXI

La reconciliación

Sin embargo, al salir de allí, tuve unas sombras de duda; pensé si no iba a exponer estúpidamente la reputación de Virgilia, si no habría otro medio razonable de combinar el Estado y la casita de Gamboa. No encontré nada. Al día siguiente, al levantarme de la cama, tenía ya mi espíritu hecho y resuelto a aceptar el nombramiento. A mediodía vino un criado a decirme que estaba en la sala una señora cubierta con un velo. Corro; era mi hermana Sabina.

—Esto no puede seguir así —me dijo—; es preciso que, de una vez por todas, hagamos las paces. Nuestra familia se está acabando; no hemos de continuar como dos enemigos.

—¡Pero si yo no te pido otra cosa, hermana! —grité, extendiéndole mis brazos.

La senté junto a mí, le hablé de su marido, de su hija, de los negocios, de todo. Todo iba bien; su hija estaba linda que era un primor. Su marido vendría a mostrármela, si yo consentía.

—¿Qué estás diciendo? Yo mismo iré a verla.

—¿Sí?

—Te doy mi palabra.

—¡Tanto mejor! —respiró Sabina—. Ya es tiempo de acabar con esto.

Me pareció más gorda, y tal vez más joven. Parecía tener veinte años, y contaba más de treinta. Graciosa, afable, ninguna timidez, ningún resentimiento. Nos miramos el uno al otro, tomándonos de las manos, hablando de todo y de nada, como dos enamorados. Era mi infancia que surgía, fresca, traviesa y rubia; los años iban cayendo como las hileras de naipes encorvados con que yo jugaba de pequeño, y me dejaban ver nuestra casa, nuestra familia, nuestras fiestas. Soporté los recuerdos con algún esfuerzo; pero un barbero de la vecindad se puso a zangarrear la clásica rabea,^[58] y esa voz —porque hasta entonces los recuerdos eran mudos—, esa voz del pasado, gangosa y nostálgica, me conmovió a tal grado

que...

Los ojos de ella estaban secos. Sabina no había heredado la flor amarilla y mórbida. ¿Qué importa? Era mi hermana, mi sangre, un pedazo de mi madre, y se lo dije, con ternura, con sinceridad... De pronto, oigo llamar a la puerta de la sala; voy a abrir; era un angelito de cinco años.

—Entra, Sara —le dijo Sabina.

Era mi sobrina. La levanté del suelo, la besé una y otra vez, y la pequeña, espantada, me empujaba el hombro con su manita, quebrando el cuerpo para bajar... En esto aparece en la puerta un sombrero, y luego un hombre, Cotrim, nada menos que Cotrim. Yo estaba tan conmovido que dejé a la niña y me lancé a los brazos de su padre. Quizá esta efusión lo desconcertó un poco; lo cierto es que me pareció tímido.

Simple prólogo. A los pocos minutos hablábamos como buenos y viejos amigos. Ninguna alusión al pasado, muchos planes para el futuro, promesa de ir a comer muchas veces uno en casa del otro. No dejé de decir que aquel trueque de invitaciones a comer tendría tal vez una corta interrupción, porque yo andaba con la idea de un viaje al Norte. Sabina miró a Cotrim, Cotrim a Sabina; los dos convinieron en que aquellas ideas carecían de sentido común. ¿Qué diablos podría encontrar yo en el Norte? ¿Acaso no era en la corte, en plena corte, en donde debía continuar brillando, metiendo en un guante a los hombres de mi edad? Que, en verdad, no había ninguno que se me pudiese comparar; él, Cotrim, me acompañaba de lejos, y a pesar de una riña ridícula tuvo siempre interés, orgullo, vanidad, por mis triunfos. Oía lo que se decía a mi respecto, en las calles y en los salones; era un concierto de alabanzas y admiraciones. ¿Y dejaba todo aquello para ir a pasar algunos meses en la provincia, sin necesidad, sin ningún motivo serio? A menos que se tratara de política...

—Justamente política —contesté.

—Ni así —replicó él al cabo de un instante.

Y después de otro silencio:

—Sea como fuere, ven a cenar hoy con nosotros.

—Iré, ciertamente; pero mañana u otro día tienen que venir ustedes a cenar conmigo.

—No sé, no sé —objetó Sabina—; casa de hombre soltero... Tú necesitas casarte, hermano. También yo quiero una sobrina, ¿eh?

Cotrim la detuvo con un gesto, que no entendí bien. No importa; la reconciliación de una familia bien vale un gesto enigmático.

LXXXII

Cuestión de botánica

Digan lo que quieran los hipocondriacos, la vida es una cosa dulce. Fue lo que pensé para mis adentros al ver a Sabina, con su marido y su hija, bajar en tropel las escaleras, diciendo infinidad de palabras afectuosas hacia arriba, en donde yo me había quedado —en el descanso— diciéndoles otras tantas hacia abajo. Y seguí pensando que, en realidad, era feliz. Amaba a una mujer, tenía la confianza de su marido, iba como secretario de ambos, y me reconciliaba con los míos. ¿Qué más podía desear, en veinticuatro horas?

Ese mismo día, tratando de preparar los ánimos, comencé a propalar que quizá me fuese al Norte como secretario de provincia con el fin de realizar ciertos designios políticos que me eran personales. Lo dije en la *Rua do Ouvidor*, lo repetí al día siguiente en el Pharoux y en el teatro. Algunos, ligando mi nombramiento con el de Lobo Neves, que ya se comentaba, sonreían maliciosamente; otros me daban golpecitos en el hombro; en el teatro me dijo una señora que era llevar demasiado lejos el amor a la escultura: referíase a las hermosas formas de Virgilia.

Pero la alusión más descarada fue la que me hicieron en casa de Sabina, tres días después. La hizo un tal Garcez, viejo cirujano, bajito, trivial y hablador, que podía llegar a los setenta, a los ochenta, a los noventa años, sin adquirir jamás aquella compostura austera que es la gentileza del anciano. La vejez ridícula es, quizá, la postrera y más triste sorpresa de la naturaleza humana.

—Ya sé, esta vez va usted a leer a Cicerón —me dijo al saber del viaje.

—¡Cicerón! —exclamó Sabina.

—¡Pues claro! Su hermano es un gran latinista. Traduce a Virgilio de corrido. Fíjese que digo Virgilio, y no Virgilia... no confunda...

Y se reía, con una risa basta, rastrera y frívola. Sabina me miró, temerosa de alguna réplica; pero sonrió cuando me vio sonreír, y volvió el rostro para disimular su sonrisa. Las demás personas me miraban con un aire de curiosidad, indulgencia y simpatía; era clarísimo que no acababan de oír ninguna novedad. El caso de mis amores se había hecho más público de lo que yo podía suponer. Sonreí, sin embargo, con una sonrisa breve, fugitiva y golosa, parlera como las urracas de

Cintra. Virgilia era un hermoso error, ¡y es tan fácil confesar un hermoso error! En un principio solía llenarme de mal humor cuando oía alguna alusión a nuestros amores; pero ¡palabra de honor! sentía acá dentro una impresión suave y lisonjera. Pero sucedió que una vez sonreí, y continué haciéndolo las otras veces. No sé si hay alguien que pueda explicar este fenómeno. Yo lo explico así: en un principio el contentamiento, siendo interior, era, por decirlo así, la misma sonrisa, pero en botón; al pasar el tiempo, se abrió en flor y apareció a los ojos del prójimo. Simple cuestión de botánica.

Cotrim me sacó de aquel gozo, llevándome a la ventana.

—¿Quieres que te diga una cosa? —me preguntó—; no hagas ese viaje; es insensato, es peligroso.

—¿Por qué?

—Tú bien sabes por qué —replicó—: es, sobre todo, peligroso, muy peligroso. Aquí en la corte un caso de esos se pierde en la multitud de las gentes y de los intereses; pero en la provincia cambia de aspecto; y tratándose de personajes políticos, es realmente una insensatez. Las gacetas de oposición, apenas huelen el asunto, lo imprimen con todas sus letras, y entonces vendrán las cuchufletas, los remoquetes, los apodosos...

—Pero no entiendo...

—Sí entiendes, sí entiendes. En verdad, serías muy poco amigo nuestro si me negaras lo que todo el mundo sabe. Yo lo sé desde hace largos meses. Te lo repito, no hagas ese viaje; soporta la ausencia, que es mejor, y evita algún gran escándalo y mayores disgustos...

Dijo esto, y fue a reunirse con los demás. Yo me quedé con los ojos en el farol de la esquina —un antiguo farol de aceite—, triste, oscuro y encorvado, como un signo de interrogación. ¿Qué cosa debería hacer? Era el caso de Hamlet: o doblarse a la fortuna, o luchar con ella y subyugarla. En otras palabras: embarcarme o no embarcarme. Ésa era la cuestión. El farol no me decía nada. Las palabras de Cotrim resonaban en los oídos de mi memoria de un modo muy diverso que las palabras de Garcez. Quizá Cotrim tuviese razón; pero ¿podía acaso separarme de Virgilia?

Sabina vino junto a mí y me preguntó en qué estaba pensando. Le respondí que en nada, que sólo era que tenía sueño y que me iba a casa. Sabina estuvo callada un instante.

—Lo que tú necesitas yo lo sé: es una novia. Déjame a mí, que yo te

conseguiré una.

Salí de allí oprimido, desorientado. Ya con todo listo para embarcar — espíritu y corazón—, y he ahí que se levanta frente a mí ese portero de las conveniencias, que me pide la tarjeta de entrada. Mandé al diablo las conveniencias, y con ellas la constitución, el cuerpo legislativo, el ministerio, todo.

Al día siguiente, abro un diario político y leo la noticia de que, por decretos del 13, habíamos sido nombrados presidente y secretario de la provincia de *** Lobo Neves y yo. Le escribí inmediatamente a Virgilia, y salí dos horas después a Gamboa. ¡Pobre de doña Plácida! Estaba cada vez más afligida; me preguntó si nos olvidaríamos de nuestra viejecita, si la ausencia era larga y si la provincia quedaba lejos. La consolé; pero a mí mismo me hacían falta consuelos; la objeción de Cotrim me afligía. Virgilia llegó al poco tiempo, ligera como una golondrina; pero al verme triste se quedó muy seria.

—¿Qué ha pasado?

—Estoy vacilante —le dije—; no sé si debo aceptar...

Virgilia se dejó caer en el canapé, muerta de risa.

—¿Por qué? —preguntó.

—No es conveniente; llamará mucho la atención.

—Pero si ya no nos vamos.

—¿Cómo es eso?

Me contó que su marido iba a rehusar el nombramiento, por un motivo que sólo le dijo a ella, pidiéndole el mayor secreto; no podía confesárselo a nadie en absoluto.

—Es pueril —le había dicho—, es ridículo; pero en resumidas cuentas es un motivo poderoso para mí.

Y le contó que el decreto tenía fecha 13 y que ese número significaba para él un recuerdo fúnebre. Su padre había muerto un día 13, trece días después de una comida en que había trece personas. La casa en que había muerto su madre tenía el número 13. Etcétera. Era un guarismo fatídico. No podía alegrarle semejante cosa al

ministro; le diría que tenía razones particulares para no aceptar. Yo me quedé — como ha de estarlo el lector— un poco asombrado de ese sacrificio a un número; pero, ambicioso como era Lobo Neves, su sacrificio debía de ser sincero...

LXXXIV

El conflicto

Número fatídico, ¿te acuerdas cómo te bendecí una y otra vez? Así también las vírgenes rubias de Tebas debían bendecir la yegua de rubia crin que las sustituyó en el sacrificio de Pelópidas... una preciosa yegua que allí murió, cubierta de flores, sin que nadie tuviese para ella una palabra de ternura. Pues yo la tengo para ti, yegua piadosa, no sólo por la muerte que sufriste, sino porque, entre las doncellas que salvaste, no es imposible que figurase una abuela de los Cubas... Número fatídico, tú fuiste nuestra salvación. No me confesó Lobo Neves la causa de su recusación; me dijo que eran negocios particulares, y el rostro serio y convencido con que yo le escuché hizo honor al disimulo humano. Él, en cambio, a duras penas podía encubrir la tristeza profunda que lo carcomía; hablaba poco, se quedaba absorto, se metía en casa a leer. Otras veces recibía, y entonces conversaba y reía mucho, con estrépito y afectación. Dos cosas lo oprimían: la ambición, derrumbada por un escrúpulo, y en seguida la duda, y tal vez el arrepentimiento, pero un arrepentimiento que sentiría otra vez si se repitiera la hipótesis, porque el fondo supersticioso existía. Dudaba de la superstición, sin llegar a desecharla. Esa persistencia de un sentimiento, que repugna al mismo individuo, es un fenómeno digno de alguna atención. Pero yo prefería la pura ingenuidad de doña Plácida, cuando decía que no podía ver un zapato con la suela para arriba.

—¿Qué mal hay en eso? —le preguntaba yo.

—Hace daño —era su respuesta.

Esto sólo, esta única respuesta, que valía para ella más que el libro de los siete sellos: "Hace daño". Le habían dicho eso de niña, sin otra explicación, y ella se contentaba con la seguridad del mal. En cambio, no sucedía la misma cosa cuando alguien apuntaba una estrella con el dedo; entonces ella sabía perfectamente que al que tal hacía le salía una verruga.

Verruga u otra cosa, ¿qué le importaba eso a quien pierde una presidencia de provincia? Se tolera una superstición gratuita o barata; es insoportable la que se lleva una parte de la vida. Y éste era el caso de Lobo Neves, con el agravante de la duda y del terror de haber sido ridículo. Y además otro agravante: que el ministro no creyó en aquellos motivos particulares; atribuyó la negativa de Lobo Neves a

manejos políticos, ilusión complicada con algunas apariencias; lo trató mal, comunicó su desconfianza a los colegas; sobrevinieron incidentes; por último, con el transcurso del tiempo, el presidente dimisionario pasó a las filas de la oposición.

LXXXV

La cima de la montaña

Quien escapa de un peligro ama la vida con redoblada intensidad. Comencé a amar a Virgilia con mucho más ardor, después que estuve a pique de perderla, y otro tanto le sucedió a ella. Así, la presidencia no hizo más que avivar la pasión primitiva; fue la droga con que hicimos más sabroso nuestro amor, y máspreciado también. En los primeros días, después de aquel incidente, nos complacíamos en imaginar el dolor de la separación, si hubiera habido separación, la tristeza del uno y del otro, a medida que el mar, como una toalla elástica, se fuese dilatando entre nosotros; y, semejantes a los niños que se refugian en el regazo de sus madres para huir de un simple visaje, huíamos nosotros del supuesto peligro, estrechándonos con abrazos.

— ¡Mi buena Virgilia!

— ¡Amor mío!

— Tú eres mía, ¿verdad?

— Tuya, tuya...

Y así reanudamos el hilo de la aventura, como la sultana Scheherazada el de sus cuentos. Éste fue, a lo que creo, el cuento máximo de amor, la cima de la montaña, desde donde, por algún tiempo, divisamos los valles de este y oeste, y por encima de nosotros el cielo tranquilo y azul. Pasado ese tiempo, comenzamos a bajar la pendiente, con las manos cogidas o sueltas, pero bajando, bajando...

LXXXVI

El misterio

Sierra abajo, la vi un día un poco diferente, no sé si abatida u otra cosa, y entonces le pregunté qué tenía; se calló, hizo un gesto de enfado, de malestar, de fatiga; yo insistí, y ella me dijo que... Un fluido sutil recorrió todo mi cuerpo: sensación fuerte, rápida, singular, que jamás lograré fijar en el papel. La tomé de las manos, la atraje levemente hacia mí, con una delicadeza de céfiro y una gravedad de Abraham... Ella se estremeció, tomó mi cabeza entre sus manos, me miró a los ojos, después me acarició con un gesto maternal... He aquí un misterio; dejemos al lector el tiempo de descifrar ese misterio.

LXXXVII

Geología

Ocurrió por ese tiempo un desastre: la muerte de Viegas. Viegas salió del mundo muy aprisa, con sus setenta años sofocados de asma, descoyuntados de reumatismo, y una lesión de corazón por añadidura. Fue uno de los más agudos espías de nuestra aventura. Virgilia alimentaba grandes esperanzas en que ese viejo pariente, avaro como un sepulcro, amparase el futuro de su hijo con algún legado; y si su marido tenía iguales pensamientos los encubría o los estrangulaba. Hay que decirlo todo: tenía Lobo Neves cierta dignidad fundamental, una capa rocosa que resistía al comercio de los hombres. Las otras, las capas de encima, tierra suelta y arena, se las había llevado la vida, que es un aluvión perpetuo. Si el lector se acuerda todavía del capítulo XXIII, observará que es ésta la segunda vez que comparo la vida a un aluvión; pero también tiene que reparar en que esta vez le agrego un adjetivo: perpetuo. Y Dios sabe la fuerza de un adjetivo, principalmente en países nuevos y cálidos.

Lo que es nuevo en este libro es la geología moral de Lobo Neves, y probablemente la del caballero que me está leyendo. Sí, esas capas de carácter, alteradas, conservadas o disueltas por la vida según la resistencia que tienen, esas capas merecerían un capítulo, que no escribo por no alargar la narración. Digo tan sólo que el hombre más honrado que conocí en mi vida fue un tal Jacob Medeiros o Jacob Valladares, no me acuerdo bien del nombre. Tal vez fuese Jacob Rodrigues; en resumen, Jacob. Era la honradez en persona; pudo ser rico, violentando un pequeñito escrúpulo, y no quiso; dejó írsele de las manos nada menos que unos cuatrocientos contos;^[59] tenía una honradez tan ejemplar que llegaba a ser menuda y cansada. Un día en que nos encontrábamos, solos, en su casa, conversando muy a gusto, vinieron a decirle que lo buscaba el doctor B., un individuo fastidioso. Jacob mandó decir que no estaba en casa.

—No me la pegas —gritó una voz desde el corredor—; ya estoy aquí, dentro.

Y, en efecto, era el doctor B., que apareció luego en la puerta de la sala. Jacob fue a recibirlo, afirmando que pensaba que era otra persona y no él, y añadiendo que le causaba mucho gusto su visita, lo cual significó para nosotros media hora de mortal fastidio, y no más porque Jacob sacó su reloj; el doctor B. le preguntó entonces si iba a salir.

—Sí, con mi mujer —respondió Jacob.

Retiróse el doctor B. y nosotros respiramos. Después de respirar le dije a Jacob que acababa de mentir cuatro veces en menos de dos horas: la primera, al negarse; la segunda, al alegrarse con la presencia del importuno; la tercera, al decir que iba a salir; la cuarta, al añadir que con su mujer. Jacob reflexionó un instante, después confesó la justeza de mi observación, pero se disculpó diciendo que la veracidad absoluta era incompatible con un estado social adelantado, en que la paz de las ciudades sólo se podía alcanzar a fuerza de embustes recíprocos... ¡Ah! Ahora me acuerdo: se llamaba Jacob Tavares.

LXXXVIII

El enfermo

No es preciso decir que refuté tan perniciosa doctrina con los más elementales argumentos; pero él se sentía tan humillado por mi observación, que resistió hasta el fin, mostrando cierto calor ficticio, tal vez para aturdir su conciencia.

El caso de Virgilia era un poco más grave. Ella era menos escrupulosa que su marido: manifestaba claramente las esperanzas que tenía puestas en el legado, y rodeaba a su pariente de todas las cortesías, atenciones y cariños que podrían ganar, cuando menos, un codicilo. Propiamente hablando, lo adulaba; pero yo he observado que la adulación de las mujeres no es la misma que la de los hombres. Ésta raya en el servilismo; la otra se confunde con el afecto. Las formas graciosamente curvas, la palabra dulce, la misma debilidad física dan a la acción lisonjera de la mujer un color local, un aspecto legítimo. No importa la edad del adulado; la mujer ha de tener siempre para él unos aires de madre o de hermana, y hasta de enfermera, otro oficio femenino, en que el más hábil de los hombres carecerá siempre de un *quid*, de un fluido, de algo.

Era lo que pensaba conmigo mismo cuando Virgilia se deshacía toda en cariños para con su viejo pariente. Ella iba a recibirlo a la puerta, hablando y riendo, le quitaba el sombrero y el bastón, le daba el brazo y lo llevaba a una silla, o a la silla, porque en su casa había “la silla de Viegas”, obra especial, comfortable, hecha para personas enfermas y de edad. Iba a cerrar la ventana próxima si había alguna brisa, o a abrirla si hacía calor, pero con cuidado, haciéndolo de modo que no fuese a darle un golpe de aire.

—¿Qué tal? Hoy se ve más repuestito...

—¡Nada de eso! Pasé mal la noche; esta asma endiablada no me deja.

Y bufaba el hombre, descansando poco a poco de la fatiga de la entrada y de la subida, no del camino, porque iba siempre en coche. A su lado, un poco enfrente de él, se sentaba Virgilia en una banqueta, con las manos en las rodillas del enfermo. Mientras tanto, llegaba Ñoñó a la sala, sin los saltos de costumbre, sino discreto, tranquilo, serio. Viegas lo quería mucho.

—Ven acá, Ñoño —le decía.

Y trabajosamente introducía su mano en el amplio bolsillo, sacaba una cajita de pastillas, se metía una en la boca y le daba otra al pequeño. Pastillas antiasmáticas. El pequeño decía que eran muy buenas.

Esto se repetía, con variantes. Como a Viegas le gustaba jugar a las damas, Virgilia cumplía su antojo, soportándolo por largo tiempo mientras él movía las piezas con mano floja y tarda. Otras veces bajaban a pasear por la quinta; ella le daba el brazo, pero él no siempre lo aceptaba, diciendo que era fuerte y capaz de andar una legua. Iban, se sentaban, tornaban a ir, hablando de muchas cosas, ora de un negocio de familia, ora de chismorreos de salón, ora, finalmente, de una casa que él meditaba construir, para residencia propia, algo de hechura moderna, porque la de él era de las antiguas, contemporáneas del rey Don Juan VI,^[60] a la manera de algunas que todavía hoy (a lo que creo) pueden verse en el barrio de São Cristóvão, con sus gruesas columnas en el frente. Parecía que el caserón en que vivía podía ser sustituido, y ya había encomendado el asunto a un constructor de fama. ¡Ah! Entonces sí, entonces sí que Virgilia podría ver lo que era un viejo de buen gusto.

Hablaba, como puede suponerse, lentamente y con trabajos, presa a intervalos de un sofocamiento incómodo para él y para los demás. De cuando en cuando venía un acceso de tos; encorvado, gimiendo, se llevaba el pañuelo a la boca y lo investigaba; pasado el acceso, volvía al plano de su casa, que debía tener tales y cuales habitaciones, una terraza, cochera... un primor.

LXXXIX
In extremis

—Mañana voy a pasar el día en casa de Viegas —me dijo Virgilia una vez—. ¡Pobrecillo! No tiene a nadie...

Viegas había caído en cama, definitivamente; su hija, casada, se había enfermado justamente por esos días y no podía hacerle compañía. Virgilia iba de cuando en cuando. Yo aproveché la circunstancia para pasar todo aquel día junto a ella. Eran las dos de la tarde cuando llegué. Viegas tosía con tal fuerza que yo mismo sentía arder el pecho; en el intervalo de los accesos discutía el precio de una casa con un individuo flaco. El individuo le ofrecía treinta contos. Viegas exigía cuarenta.^[61] El comprador instaba, como quien teme perder el tren, pero Viegas no cedía; rehusó primeramente los treinta contos, después otros dos, en seguida otros tres, y por fin tuvo un fuerte acceso que le quitó el habla durante quince minutos. El comprador lo atendió solícitamente, le acomodó las almohadas, y le ofreció treinta y seis contos.

—¡Nunca! —gimió el enfermo.

Mandó buscar un rollo de papeles a su escritorio; como no tenía fuerzas para quitar la cinta de goma que aseguraba los papeles, me pidió que se los desenlazara; así lo hice. Eran las cuentas de los gastos de construcción de la casa: cuentas del constructor, del carpintero, del pintor; cuentas del papel de la sala de visitas, del comedor, de las alcobas, de los gabinetes; cuentas de la tubería; costo del terreno. Él las abría una a una con su mano trémula y me pedía que las leyera, y yo las leía.

—Ya lo ve: mil doscientos; papel de mil doscientos la pieza. Bisagras francesas... Ya lo ve, es regalado —concluyó cuando se hubo leído la última cuenta.

—Está bien... pero...

—Cuarenta contos; no se la doy por menos. Solamente los intereses... saque la cuenta de los intereses...

Venían tosiditas estas palabras, a borbollones, a sílabas, como si fuesen migajas de un pulmón deshecho. En sus órbitas sumidas rodaban los ojos

relampagueantes, que me hacían recordar la lamparilla de la madrugada. Bajo la sábana se diseñaba la estructura ósea del cuerpo, puntiagudo en dos lugares, en las rodillas y en los pies; su piel amarilla, floja, rugosa, revestía tan sólo la calavera de un rostro sin expresión; un gorro de algodón blanco cubría su cráneo, rapado por el tiempo.

—¿Entonces? —preguntó el individuo flaco.

Yo le hice una señal para que no insistiese, y él se calló por unos instantes. El enfermo se quedó mirando el techo, callado, terriblemente sofocado; Virgilia palideció, se levantó y se acercó a la ventana. Había sospechado la muerte y tenía miedo. Yo procuré hablar de otras cosas. El individuo flaco contó una anécdota, y volvió a tratar de la casa, subiendo su propuesta.

—Treinta y ocho contos —dijo.

—¿Ahn?... —gimió el enfermo.

El individuo flaco se acercó a la cama, lo tomó de la mano y la sintió fría. Yo me aproximé al enfermo y le pregunté si sentía algo, si quería tomar una copa de vino.

—No... no... cuar... cuaren... cuar... cuar...

Tuvo un acceso de tos, y fue el último; a los pocos minutos expiraba, con gran consternación del individuo flaco, que me confesó después la disposición en que estaba de ofrecer los cuarenta contos. Pero ya era tarde.

El viejo coloquio de Adán y Caín

Nada. Ningún recuerdo testamentario, ni una pastilla siquiera, con que en resumidas cuentas no pareciese ingrato u olvidadizo. Nada. Virgilia se tragó con rabia este contratiempo y me lo dijo con cierta cautela, no por la cosa en sí, sino porque era algo que tocaba a su hijo, de quien sabía que yo no gustaba ni poco ni mucho. Le insinué que no debía pensar ya en semejante asunto. Lo mejor de todo era olvidar al muerto, un imbécil, un avariento sin nombre, y hablar de cosas alegres; de nuestro hijo, por ejemplo.

Ya se me escapó la descifración del misterio, ese dulce misterio de algunas semanas antes, cuando Virgilia me pareció un poco diferente de lo que era. ¡Un hijo! ¡Un ser sacado de mi ser! Ésta era mi preocupación exclusiva de aquel tiempo. Ojos del mundo, celos del marido, muerte de Viegas, nada me interesaba por entonces, ni conflictos políticos, ni revoluciones, ni terremotos, ni nada. Yo sólo pensaba en aquel embrión anónimo, de oscura paternidad, y una voz secreta me decía: "Es tu hijo". ¡Mi hijo! Y repetía estas dos palabras, con cierta voluptuosidad indefinible y no sé qué asomos de orgullo. Sentíame hombre.

Lo mejor de todo es que conversábamos los dos, el embrión y yo, y hablábamos de cosas presentes y futuras. El chiquillo me amaba, era una criatura graciosa, me daba golpecitos en la cara con sus manitas gordezuelas, o si no vestía toga de abogado, porque había de ser abogado, y pronunciaba un discurso en la cámara de diputados. Y su padre oyéndolo desde una tribuna, con los ojos arrasados en lágrimas. De abogado pasaba otra vez a la escuela, pequeñito, pizarra y libros bajo el brazo, o caía en la cuna para volver a levantarse hecho hombre. En vano procuraba fijar en mi espíritu una edad, una actitud: aquel embrión tenía a mis ojos todos los tamaños y todos los gestos: mamaba, escribía, danzaba, era lo interminable en los límites de un cuarto de hora, *baby* y diputado, colegial y jovenzuelo. A veces, junto a Virgilia, me olvidaba de ella y de todo; Virgilia me sacudía, me reprochaba mi silencio; decía que yo ya no la quería. La verdad es que me hallaba en diálogo con el embrión; era el viejo coloquio de Adán y Caín, una conversación sin palabras entre la vida y la vida, el misterio y el misterio.

XCI

Una carta extraordinaria

Por ese tiempo recibí una carta extraordinaria, acompañada de un objeto no menos extraordinario. He aquí lo que decía la carta:

“Mi querido Blas Cubas:

“Hace tiempo, en el *Passeio Público*, te tomé prestado un reloj. Tengo la satisfacción de restituírtelo con esta carta. La diferencia es que no es el mismo, sino otro, no digo superior, pero igual al primero. *Que voulez-vous, monseigneur?* — como decía Fígaro— *c'est la misère!* Muchas cosas han ocurrido después de nuestro encuentro; iré a contártelas detalladamente, si no me cierras la puerta. Has de saber que ya no traigo aquellas botas caducas, ni llevo aquella levita famosa cuyas faldas se perdían en la noche de los tiempos. He cedido mi grada de la escalera de San Francisco; finalmente, ahora sí almuerzo.

“Dicho esto, te pido permiso para ir un día de éstos a exponerte un trabajo, fruto de largo estudio, un nuevo sistema de filosofía, que no sólo explica y describe el origen y la consumación de las cosas, sino que da un gran paso adelante con respecto a Zenón y a Séneca, cuyo estoicismo era un verdadero juego de niños junto a mi receta moral. Es singularmente espantoso este sistema mío; rectifica el espíritu humano, suprime el dolor, asegura la felicidad, y llena de gloria inmensa a nuestro país. Le llamo humanitismo, de *Humanitas*, principio de las cosas. Mi primera idea revelaba una grande infatuación: pensaba llamarle borbismo, de Borba, denominación vanidosa, además de ruda y molesta. Y con certeza expresaba menos. Ya verás, mi querido Blas Cubas, ya verás que es de veras un monumento; y si hay algo que pueda hacerme olvidar las amarguras de la vida es el gusto de haber dado por fin con la verdad y la felicidad. Ahora ya tengo en mi mano a esas dos esquivas; después de tantos siglos de luchas, indagaciones, descubrimientos, sistemas y caídas, ya están por fin en la mano del hombre. Hasta pronto, mi querido Blas Cubas. Un abrazo de tu viejo amigo

Joaquín Borba dos Santos.”

Leí esta carta sin entenderla. Venía con ella una cajita que contenía un

hermoso reloj con mis iniciales grabadas, y esta frase: *Recuerdo del viejo Quincas*. Volví a la carta, la releí pausadamente, con atención. La restitución del reloj excluía toda idea de burla; la lucidez, la serenidad, la convicción —un poco jactanciosa, es cierto— parecían excluir la sospecha de insensatez. Con toda seguridad Quincas Borba había heredado a alguno de sus parientes de Minas, y su bienestar económico le había devuelto su primitiva dignidad. No digo tanto: hay cosas que no se pueden recobrar íntegramente; pero, en fin, la regeneración no era imposible. Guardé la carta y el reloj, y esperé la filosofía.

XCII

Un hombre extraordinario

Ahora terminaré ya con las cosas extraordinarias. Acababa de guardar la carta y el reloj cuando vino a buscarme un hombre flaco y común, con un billete de Cotrim, invitándome a comer. El portador era casado con una hermana de Cotrim, había llegado pocos días antes del Norte, llamábase Damasceno y había hecho la revolución de 1831.^[61 bis] Él mismo fue quien me dijo esto, en el espacio de cinco minutos. Había salido de Rio de Janeiro por estar en desacuerdo con el Regente,^[62] que era un asno, aunque un poco menos asno que los ministros que lo habían rodeado. Por otra parte, la revolución era otra vez inminente. En este punto, a pesar de que sus ideas estaban un poco enmarañadas, conseguí organizar y formular el gobierno de sus preferencias: era un despotismo temperado, no por canciones, como dijo el otro, sino por penachos de la guardia nacional. Lo único que no alcancé a descubrir es si él quería el despotismo de uno, de tres, de treinta o de trescientos. Opinaba acerca de varias cosas, entre otras el auge del tráfico de africanos y la expulsión de los ingleses. Le gustaba mucho el teatro: apenas llegó fue al Teatro de São Pedro, en donde vio un drama soberbio, *María Juana*, y una comedia muy interesante, *Kettly, o la vuelta a Suiza*. También le había gustado mucho la Deperini, en *Safo*, o en *Ana Bolena*, no se acordaba bien. ¡Pero la Candiani!^[63] Sí, señor, era una maravilla. Ahora quería oír *Ernani*, ópera que la hija de él cantaba en su casa, en el piano: *Ernani, Ernani, involami...* Y decía esto levantándose y tarareando a media voz. En el Norte esas cosas llegaban como un eco. Su hija se moría por oír todas las óperas. Tenía una voz muy fina su hija. Y buen gusto, un buen gusto notable. ¡Ah! Él estaba ansioso por volver a Rio de Janeiro. Ya había recorrido la ciudad toda, haciendo unos recuerdos... ¡Palabra! En ciertos lugares estuvo a punto de llorar. Pero ya no se volvería a embarcar. Se había mareado mucho a bordo, como todos los demás pasajeros, excepto un inglés... ¡Que el diablo se llevara a los ingleses! La cosa no iría bien mientras no se marcharan todos ellos de nuestras playas. ¿Qué cosa podría hacernos Inglaterra? Si él encontrara algunas personas de buena voluntad, sería cosa de una noche la expulsión de los tales *godemes*...^[64] Gracias a Dios, tenía patriotismo —y se golpeaba el pecho—, lo cual no era de admirar, porque lo traía de familia; descendía de un antiguo capitán-mayor muy patriota. Sí, no era un cualquiera. Que llegara la ocasión, y él había de demostrar de qué palo era la astilla... Pero se hacía tarde, iba a decir que yo no faltaría a la comida, y allá me esperaba para platicar más largamente. Lo llevé hasta la puerta de la sala; él se detuvo diciendo

que simpatizaba mucho conmigo. Cuando se había casado, yo estaba en Europa. Conoció a mi padre, un hombre con todas las de ley, con quien había danzado en un célebre baile de Praia Grande... ¡Cuántas cosas! ¡Cuántas cosas! Después hablaría, se hacía tarde, tenía que ir a llevar mi respuesta a Cotrim. Salió: le cerré la puerta...

XCIII

La cena

¡Qué suplicio fue la cena! Afortunadamente, Sabina me hizo sentar junto a la hija de Damasceno, una tal doña Eulalia, o más familiarmente Ñan-loló, muchacha graciosa, un tanto tímida al principio, pero sólo al principio. Le faltaba elegancia, pero la compensaba con los ojos, que eran soberbios y sólo tenían el defecto de no arrancarse de mí, excepto cuando bajaban al plato; pero Ñan-loló comía tan poco que casi no miraba el plato. Por la noche cantó; la voz era, como decía su padre, “muy fina”. No obstante, me escurrí de allí. Sabina fue hasta la puerta, y me preguntó qué tal me había parecido la hija de Damasceno.

—Así, así.

—Muy simpática, ¿verdad? —repuso ella—; le falta un poco más de corte. Pero ¡qué corazón! Es una perla. Muy buena novia para ti.

—No me gustan las perlas.

—¡Cabezudo! ¿Para cuándo te estás guardando? Para cuando estés cayéndote de maduro, ya lo sé. Pues, mira, quieras que no, te has de casar con Ñan-loló.

Y decía esto dándome golpecitos en la cara con sus dedos, suave como una paloma, y al mismo tiempo intimativa y resuelta. ¡Santo Dios! ¿Sería ése el motivo de la reconciliación? Quedé un poco desconsolado con esa idea, pero una voz misteriosa me llamaba a casa de Lobo Neves; le dije adiós a Sabina y a sus amenazas.

XCIV

La causa secreta

—¿Cómo está mi querida mamá?

A esta palabra, Virgilia se enfadó, como siempre. Estaba en el borde de una silla, solita, mirando la luna, y me recibió alegremente; pero cuando le hablé de nuestro hijo se enfadó. No le gustaba semejante alusión, y le aburrían mis anticipadas caricias paternas. Yo, para quien ella era ya una persona sagrada, un vaso divino, la dejaba quieta. Supuse en un principio que el embrión, ese perfil de incógnito, al proyectarse sobre nuestra aventura, le había restituido la conciencia del mal. Me engañaba. Nunca me había parecido Virgilia más expansiva, más sin reservas, menos preocupada de los demás y de su marido. No eran remordimientos. Imaginé también que la concepción sería un puro invento, un modo de prenderme a ella, recurso sin larga eficacia, que quizá comenzaba ya a oprimirla. No era absurda esta hipótesis; ¡mi dulce Virgilia mentía a veces, con tanta gracia!

Aquella noche descubrí la causa verdadera. Era miedo del parto y vergüenza de la preñez. Había sufrido mucho cuando nació su primer hijo; y esa hora, hecha de minutos de vida y minutos de muerte, le hacía padecer ya, imaginariamente, los escalofríos del patíbulo. En cuanto a la vergüenza, se complicaba más aún con la forzada privación de ciertos hábitos de la vida elegante. Con toda seguridad que era eso; se lo di a entender, reprendiéndola, un poco en nombre de mis derechos de padre. Virgilia me miró; en seguida desvió sus ojos y sonrió con un gesto incrédulo.

XCV

Flores de antaño

¿En dónde están ellas, las flores de antaño? Una tarde, después de algunas semanas de gestación, se desmoronó todo el edificio de mis quimeras paternas. Se esfumó el embrión, en aquel punto en que no se distingue un Laplace de una tortuga. Supe la noticia por boca de Lobo Neves, que me dejó en la sala y acompañó al médico a la alcoba de la frustrada madre. Yo me recliné en la ventana, mirando hacia la quinta, en donde verdeaban los naranjos sin flores. ¿A dónde iban ellas, las flores de antaño?

XCVI

La carta anónima

Sentí que me tocaban en el hombro; era Lobo Neves. Nos encaramos durante algunos instantes, mudos, inconsolables. Le pregunté por Virgilia, y después nos quedamos conversando una media hora. Al cabo de ese tiempo vinieron a traerle una carta; él la leyó, se puso terriblemente pálido y la cerró con mano trémula. Creo que le vi hacer un gesto como si quisiese lanzarse sobre mí; pero no me acuerdo bien. De lo que me acuerdo claramente es de que durante los siguientes días me recibió frío y taciturno. Por fin, Virgilia me lo contó todo, días después, en la casita de Gamboa.

Su marido le mostró la carta tan pronto como ella se restableció. Era anónima y nos denunciaba. No lo decía todo; no hablaba, por ejemplo, de nuestras entrevistas externas; se limitaba a precaverlo contra mi intimidad, y agregaba que la sospecha era pública. Virgilia leyó la carta y le dijo con indignación que era una calumnia infame.

—¿Calumnia? —preguntó Lobo Neves.

—Infame.

Su marido respiró; pero, volviendo a la carta, parecía como si cada una de sus palabras le hiciera con el dedo un signo negativo, como si cada una de sus letras gritara contra la indignación de su mujer. Ese hombre, intrépido por cierto, era ahora la más frágil de las criaturas. Quizá la imaginación le mostró, a lo lejos, el famoso ojo de la opinión mirándolo sarcásticamente, con un aire de sorna; quizá una boca invisible le repitió al oído las cuchufletas que en un tiempo él mismo había dicho u oído. Instó a su mujer para que le confesase todo, porque todo se lo perdonaría. Virgilia comprendió que estaba salvada; se mostró irritada por su insistencia, y juró que de mi parte sólo había oído palabras de finura y cortesía. La carta debía ser de algún enamorado sin fortuna. Y citó a algunos: uno que la había galanteado francamente, durante tres semanas, otro que le había escrito una carta, y así otros y otros. Los citaba por su nombre, con todas las circunstancias, estudiando los ojos de su marido, y concluyó diciendo que, para no dar margen a la calumnia, habría de tratarme de manera que yo no volviera por su casa.

Oí todo esto un poco turbado, no por el aumento de disimulo que era preciso emplear en adelante, hasta desterrarme por completo de casa de Lobo Neves, sino por la tranquilidad moral que veía en Virgilia, por su falta de conmoción, susto, nostalgia y hasta de remordimientos. Virgilia notó mi preocupación, me levantó la cabeza, porque yo estaba mirando entonces el piso, y me dijo con cierta amargura:

—Tú no mereces los sacrificios que hago por ti.

No le respondí nada; era ocioso hacerle ver que un poco de desesperación y de terror daría a nuestra situación el sabor cáustico de los primeros días; pero si se lo hubiera dicho, no es imposible que ella hubiera llegado lenta y artificiosamente hasta ese poco de desesperación y de terror. No le dije nada. Ella golpeaba nerviosamente el suelo con la punta del pie; me le acerqué y la besé en la frente. Virgilia retrocedió, como si fuera un beso de difunto.

XCVII

Entre la boca y la frente

Siento que el lector se ha estremecido; por lo menos, debía haberse estremecido. Naturalmente la última palabra le ha sugerido dos o tres reflexiones. Vea bien el cuadro: en una casita de Gamboa, dos personas que se aman desde hace mucho tiempo, una inclinada hacia la otra, dándole un beso en la frente, y la otra retrocediendo, como si sintiese el contacto de una boca de cadáver. Hay allí, en el breve intervalo, entre la boca y la frente, antes del beso y después del beso, hay allí largo espacio para muchas cosas: la contracción de un resentimiento, la arruga de la desconfianza, o por último la nariz pálida y soñolienta de la saciedad...

XCVIII

Suprimido

Nos separamos alegremente. Comí reconciliado con la situación. La carta anónima le había restituido a nuestra aventura la sal del misterio y la pimienta del peligro; y en resumidas cuentas estuvo muy bien que Virgilia no hubiera perdido en aquella crisis el dominio de sí misma. Por la noche fui al Teatro de São Pedro; se representaba una gran obra, en que la Estella arrancaba lágrimas. Entro; paso mi vista por los palcos; veo en uno de ellos a Damasceno y a su familia; la hija vestía con verdadera elegancia y hasta con cierto refinamiento, cosa difícil de explicar, porque su padre ganaba apenas lo necesario para endeudarse; y por lo visto quizá era por eso mismo.

En el intermedio fui a saludarlos. Damasceno me recibió con un torrente de palabras, su mujer con un torrente de sonrisas. En cuanto a Ñan-loló, ya no me quitó los ojos de encima. Parecíame ahora más bonita que el día de la cena. Le encontré cierta suavidad etérea unida al brillo de las formas terrenas: expresión vaga, y verdaderamente digna de un capítulo en que todo ha de ser vago. En realidad, no sé cómo deciros que no me sentí mal junto a la joven, que vestía garbosamente un vestido fino, un vestido que me causaba cosquillas de Tartufo. Al contemplarlo, cubriendo casta y redondamente la rodilla, fue cuando hice un descubrimiento sutil, a saber, que la naturaleza previó la vestidura humana, condición necesaria para el desarrollo de nuestra especie. La desnudez habitual, dada la multiplicación de las obras y de los cuidados del individuo, tendería a embotar los sentidos y a retardar los sexos, mientras que el vestuario, al provocar a la naturaleza, aguza y atrae las voluntades, las activa, las reproduce, y por consiguiente hace andar la civilización. ¡Bendito uso, al cual debemos *Otelo* y los buques trasatlánticos!

Estoy con ganas de suprimir este capítulo. El declive es peligroso. Pero, en fin de cuentas, yo escribo mis memorias y no las tuyas, lector pacato. Junto a la graciosa doncella parecía invadirme una sensación doble e indefinible. Ella expresaba enteramente la dualidad de Pascal, *l'ange et la bête*, con la diferencia de que el jansenista no admitía la simultaneidad de las dos naturalezas, mientras que en este caso allí estaban muy juntitas: *l'ange*, que decía algunas cosas del cielo, y *la bête*, que... No; decididamente suprimo este capítulo.

XCIX

En la platea

En la platea hallé a Lobo Neves, conversando con algunos amigos; hablamos de modo superficial y frío, molestos el uno y el otro. Pero en el intermedio siguiente, casi a punto de levantarse el telón, nos encontramos en uno de los corredores, en donde no había nadie. Él se me acercó con mucha afabilidad, sonriendo, me llevó a una de las claraboyas del teatro y hablamos largamente, él sobre todo, que parecía el más tranquilo de los mortales. Llegué a preguntarle por su mujer; respondió que estaba buena, pero torció luego la conversación hacia asuntos generales, expansivo, casi risueño. Adivine quien lo quiera la causa de la diferencia; yo corro hacia Damasceno que me espía allí desde la puerta de su palco.

No oí nada del acto siguiente, ni las palabras de los actores ni los aplausos del público. Reclinado en la butaca, cogía con la memoria los retazos de la conversación con Lobo Neves, rehacía sus maneras, y concluía que era mucho mejor la nueva situación. Bastábanos la casita de Gamboa. El frecuentar la otra casa aguzaría las envidias. En rigor, bien podíamos dispensarnos de hablar todos los días; era hasta mejor: ponía la nostalgia entre los amores. Por otra parte, yo había pasado de los cuarenta años y no era nada, ni simple elector dentro de mi distrito. Urgía hacer algo, por amor de Virgilia misma, que había de ufanarse cuando viese brillar mi nombre... Creo que en esa ocasión hubo grandes aplausos, pero no lo juro; yo estaba pensando en otra cosa.

Multitud, cuyo amor codicié hasta la muerte, así era como a veces me vengaba de ti; dejaba rumorear en torno a mi cuerpo la turba humana, sin oírla, como el Prometeo de Esquilo hacía con sus verdugos. ¡Ah! ¿Tú pensabas que me tenías encadenado a la roca de tu frivolidad, de tu indiferencia o de tu agitación? Frágiles cadenas, amiga mía; yo las rompía con un gesto de Gulliver. Vulgar cosa es ir a meditar al desierto. Lo voluptuoso, lo raro, es que un hombre se aísle en medio de un mar de gestos y de palabras, de nervios y de pasiones, que se declare ajeno, inaccesible, ausente. Lo más que se puede decir cuando vuelve en sí mismo —esto es, cuando vuelve a los demás— es que baja del mundo de la luna. Pero el mundo de la luna, ese desván luminoso y recatado del cerebro, ¿qué otra cosa es sino la afirmación desdeñosa de nuestra libertad espiritual? ¡Vive Dios! He aquí un buen remate de capítulo.

C

El caso probable

Si este mundo no fuese un mundo de espíritus distraídos, excusado sería recordarle al lector que yo sólo afirmo ciertas leyes cuando de veras me constan; en relación a otras me restrinjo a la admisión de la probabilidad. Un ejemplo de la segunda clase lo constituye el presente capítulo, cuya lectura recomiendo a todas las personas que aman el estudio de los fenómenos sociales. Según parece, y no es improbable, existe entre los hechos de la vida pública y los de la vida privada cierta acción recíproca, regular, y tal vez periódica; o, para emplear una imagen, hay algo semejante a las mareas de la *Praia do Flamengo*^[65] y de otras igualmente agitadas. En efecto, cuando la ola embiste la playa, la cubre de agua muchos palmos adentro; pero esa misma agua vuelve al mar, con variable fuerza, y va a engrosar la ola que ha de venir, y que habrá de volver como la primera. Ésta es la imagen; veamos la aplicación.

Dejé dicho en otra página que Lobo Neves, nombrado presidente de provincia, había rehusado el nombramiento a causa de la fecha del decreto, que era un día 13; acto grave, cuya consecuencia fue separar del ministerio al marido de Virgilia. Así, el hecho particular de la ojeriza a un número produjo el fenómeno de la disidencia política. Falta ver cómo, algún tiempo después, un acto político determinó en la vida particular una cesación de movimiento. Como no conviene al método de este libro describir inmediatamente ese otro fenómeno, me limito a decir por ahora que Lobo Neves, cuatro meses después de nuestro encuentro en el teatro, se reconcilió con el ministerio, hecho que el lector no debe perder de vista si quiere penetrar la sutileza de mi pensamiento.

CI

La revolución dálmata

Virgilia fue quien me dio la noticia del viraje político de su marido, cierta mañana de octubre, entre las once y las doce; me habló de reuniones, de pláticas, de un discurso...

—De manera que esta vez te hacen baronesa —interrumpí.

Ella hizo un gesto con la boca y movió la cabeza de un lado para otro, pero ese gesto de indiferencia era desmentido por algo menos definible, menos claro, una expresión de gusto y de esperanza. No sé por qué, imaginé que la carta imperial del nombramiento podía atraerla a la virtud, no digo por la virtud en sí misma, sino por gratitud a su marido. Porque ella amaba cordialmente la nobleza. Uno de los mayores disgustos de nuestra vida fue la aparición de cierto calavera de legación —de la legación de Dalmacia, supongamos—, el conde B. V., que la enamoró durante tres meses. Este hombre, verdadero hidalgo de raza, había trastornado un poco la cabeza de Virgilia, que, amén de otras cosas, poseía la vocación diplomática. No alcanzo a comprender qué cosa hubiera sido de mí si no hubiese estallado en Dalmacia una revolución que derrocó al gobierno y purificó las embajadas. Fue sangrienta la revolución, dolorosa, formidable; los diarios, a cada buque que llegaba de Europa, transcribían los horrores, medían la sangre, contaban las cabezas; toda la gente temblaba de indignación y de lástima... Yo no; yo bendecía interiormente aquella tragedia, que me quitaba una piedrita del zapato. ¡Además, Dalmacia estaba tan lejos!

CII

De descanso

Pero este mismo hombre, que se alegró con la partida del otro, cometió al poco tiempo... No, no he de contarlo en esta página; quede este capítulo como un descanso de mi vergüenza. Una acción grosera, baja, sin explicación posible... Repito, no contaré el caso en esta página.

CIII

Distracción

—No, señor doctor, estas cosas no se hacen. Perdóneme, pero estas cosas no se hacen.

Tenía razón doña Plácida. Ningún caballero llega una hora más tarde al lugar en que lo espera su dama. Entré sofocado; Virgilia se había marchado. Doña Plácida me contó que me había esperado mucho, que se había irritado, que había llorado, que había jurado relegarme al desprecio, y muchas otras cosas que nuestra casera decía con lágrimas en la voz, pidiéndome que no desamparase a Yayá, que era ser muy injusto con una joven que me lo había sacrificado todo. Le expliqué entonces que un equívoco... Y no era eso; creo que fue una simple distracción. Un dicho, una conversación, una anécdota, cualquier cosa; simple distracción.

¡Pobre de doña Plácida! Estaba de veras afligida. Andaba de un lado a otro, meneando la cabeza, suspirando con estrépito, espiando por la persiana. ¡Pobre de doña Plácida! ¡Con qué arte arreglaba las ropas, acariciaba las mejillas, fomentaba las mañas de nuestro amor! ¡Qué imaginación tan fértil en hacer más apacibles y breves las horas! Flores, dulces —los buenos dulces de otros días—, y muchas risas, muchos halagos, risas y halagos que crecían con el tiempo, como si quisiese fijar nuestra aventura, o restituirle su primera flor. Nada olvidaba nuestra confidente y casera; nada, ni la mentira, porque a uno y a otro refería suspiros y *saudades* que no había presenciado; nada, ni la calumnia, porque llegó una vez a atribuirme una pasión nueva. “Tú bien sabes que no puedo querer a otra mujer”, fue mi respuesta cuando Virgilia me habló de semejante cosa. Y esta sola palabra, sin ninguna protesta o amonestación, disipó la mentira de doña Plácida, que se quedó triste.

—Está bien —le dije al cabo de un cuarto de hora—; Virgilia habrá de reconocer que no he tenido ninguna culpa... ¿Quiere llevarle usted ahora mismo una carta?

—¡Ha de estar muy triste, pobrecita! Mire, yo no deseo la muerte de nadie; pero si el señor doctor llega a casarse algún día con Yayá, ¡entonces sí que ha de ver qué ángel es ella!

Recuerdo que desvié el rostro y bajé los ojos al suelo. Recomiendo este gesto a las personas que no tengan una palabra pronta para responder, y también a las que temen enfrentarse con la pupila de otros ojos. En tales casos, algunos prefieren recitar una octava de *Os Lusíadas*, otros adoptan el recurso de silbar un aria de *Norma*; yo me atengo al gesto indicado; es más sencillo, exige menos esfuerzo.

Tres días después, estaba todo explicado. Supongo que Virgilia se quedó un poco admirada cuando le pedí disculpas por las lágrimas que había derramado en aquella triste ocasión. No recuerdo si interiormente las atribuí a doña Plácida. En efecto, podía haber sucedido que doña Plácida llorase al verla contrariada, y que, por un fenómeno de visión, las lágrimas que tenía en los propios ojos le pareciesen caer de los ojos de Virgilia. Fuese como fuese, todo estaba explicado, pero no perdonado, y mucho menos olvidado. Virgilia me decía una porción de cosas duras, me amenazaba con la separación, y, finalmente, alababa a su marido. Él sí era un hombre digno, muy superior a mí, delicado, un primor de cortesía y de cariño; es lo que ella decía, mientras yo, sentado, con los brazos sobre las rodillas, miraba el suelo, en donde una mosca arrastraba a una hormiga que le mordía una pata. ¡Pobre mosca! ¡Pobre hormiga!

—¿Pero no dices nada, nada? —preguntó Virgilia, plantándose frente a mí.

—¿Qué he de decir? Ya te lo he explicado todo; tú te empeñas en enojarte. ¿Qué he de decir? ¿Sabes lo que me parece? Me parece que tú estás fastidiada, que te aburres, que quieres acabar...

—¡Precisamente!

Y fue a ponerse el sombrero, con su mano trémula, rabiosa...

—¡Adiós, doña Plácida! —gritó hacia dentro.

Después se dirigió a la puerta, corrió el pasador; ya iba a salir cuando yo la tomé de la cintura.

—Está bien, está bien —le dije.

Virgilia forcejeó todavía por salir. Yo la retuve, le pedí que se quedase, que olvidase; ella se separó de la puerta y se dejó caer en el canapé. Me senté junto a ella, le dije muchas cosas tiernas, otras humildes, otras graciosas. No afirmo que nuestros labios hayan llegado a la distancia de un hilo de cambray o menos aún; es materia controvertida. Recuerdo, sí, que en la agitación cayó un pendiente de

Virgilia, que yo me incliné a recogerlo, y que la mosca de poco antes se encaramó en el pendiente, llevando siempre la hormiga en su pata. Entonces yo, con la delicadeza nativa de un hombre de nuestro siglo, puse en la palma de mi mano aquella pareja de mortificados; calculé toda la distancia que iba de mi mano al planeta Saturno, y me pregunté qué interés podía haber en un episodio tan mezquino. Si concluyes de esto que yo era un bárbaro, te engañas, porque pedí un pasador a Virgilia con el fin de separar a los dos insectos; pero la mosca olió mi intención, abrió las alas y se fue. ¡Pobre mosca! ¡Pobre hormiga! Y Dios vio que esto era bueno, como se dice en la Escritura.

CIV

¡Era él!

Devolví el pasador a Virgilia, que se lo volvió a poner en sus cabellos, y se preparó para salir. Era tarde; habían dado las tres. Todo estaba olvidado y perdonado. Doña Plácida, que espiaba la ocasión idónea para la salida, cierra entonces súbitamente la ventana y exclama:

—¡Virgen Santísima! Allí viene el marido de Yayá.

El momento de terror fue breve, pero completo. Virgilia se puso del color de los encajes de su vestido y corrió hasta la puerta de la alcoba; doña Plácida, que había cerrado la persiana, quería cerrar también la puerta por dentro; yo me dispuse a esperar a Lobo Neves. Este breve instante pasó. Virgilia volvió en sí, me empujó a la alcoba y le dijo a doña Plácida que volviese a la ventana; la confidente obedeció.

Era él. Doña Plácida le abrió la puerta con muchas exclamaciones de pasmo:

—¡El señor por aquí! ¡Honrando la casa de esta vieja! Entre, hágame favor. Adivine quién está aquí... No tiene que adivinar, no vino por otra cosa... Venga acá, Yayá.

Virgilia, que estaba a un lado, corrió hacia su marido. Yo espiaba por el ojo de la cerradura. Lobo Neves entró lentamente, pálido, frío, quieto, sin explosión, sin arrebató, y echó una mirada alrededor de la sala.

—¿Qué es esto? —exclamó Virgilia—. ¿Tú por aquí?

—Iba de pasada, vi a doña Plácida en la ventana y vine a saludarla.

—Muchas gracias —repuso ésta—. Y luego dicen que las viejas ya no valemós nada. ¡Pues miren! Yayá parece estar celosa de mí—. Y llenándola de caricias—: Este angelito nunca se ha olvidado de la vieja Plácida. ¡Pobrecita! Tiene exactamente la cara de su madre... Siéntese, señor doctor...

—No tengo tiempo.

—¿Vas a casa? —preguntó Virgilia—. Vámonos juntos.

—Está bien.

—Deme mi sombrero, doña Plácida.

—Aquí está.

Doña Plácida fue a buscar un espejo y lo abrió delante de ella. Virgilia se ponía el sombrero, se ataba las cintas, se arreglaba el pelo a la vez que hablaba a su marido, que no respondía nada. Nuestra buena vieja parloteaba demasiado; era un modo de disfrazar los temblores del cuerpo. Virgilia, una vez dominado el primer instante, había vuelto a ser dueña de sí misma.

—¡Lista! —dijo—. Adiós, doña Plácida; no se olvide de ir por allá, ¿eh?

Doña Plácida prometió que sí, y les abrió la puerta.

CV

Equivalencia de las ventanas

Doña Plácida cerró la puerta y se dejó caer en una silla. Yo salí inmediatamente de la alcoba y di dos pasos para salir a la calle, con el fin de arrancar a Virgilia de manos de su marido; fue lo que dije, y estuvo bien que lo hubiese dicho, porque doña Plácida me detuvo de un brazo. Tiempo hubo en que llegué a suponer que no había dicho aquello sino para que ella me detuviese; pero la simple reflexión basta para demostrar que, después de los diez minutos de la alcoba, el gesto más genuino y cordial no podía ser otro sino ése. Y esto por aquella famosa ley de equivalencia de las ventanas que yo tuve la satisfacción de descubrir, y que he formulado en el capítulo LI. Era preciso ventilar la conciencia. La alcoba fue una ventana cerrada; yo abrí otra con el ademán de salir, y respiré.

CVI

Juego peligroso

Respiré y me senté. Doña Plácida atronaba la sala con exclamaciones y lamentos. Yo oía, sin decirle nada; reflexionaba en mi interior si no hubiera sido mejor haber encerrado a Virgilia en la alcoba y haberme quedado yo en la sala; pero luego advertí que hubiera sido peor; habría confirmado la sospecha, habría llegado el fuego a la pólvora, y una escena de sangre... Habría estado mucho mejor así. ¿Pero después? ¿Qué iba a suceder en casa de Virgilia? ¿La mataría su marido? ¿La golpearía? ¿La encerraría? ¿La expulsaría? Estas interrogaciones recorrían lentamente mi cerebro, como las comas y puntitos recorren el campo visual de los ojos enfermos o cansados. Iban y venían, con su aspecto seco y trágico, y yo no podía agarrar a ninguno de ellos y decir: "Eres tú, tú y no otro".

De repente veo un bulto negro; era doña Plácida, que había entrado en su cuarto, se había puesto su mantilla y venía a ofrecérseme para ir a casa de Lobo Neves. Le hice ver que aquello era arriesgado, porque él sospecharía de una visita tan próxima.

—Cálmese —me interrumpió—; yo sabré arreglar las cosas. Si él está en casa, no entro.

Y salió; yo me quedé rumiando el incidente y sus posibles consecuencias. En fin de cuentas, parecíame jugar un juego peligroso, y me preguntaba si no era tiempo de levantarme de allí y distraerme. Me sentía poseído de no sé qué anhelo de matrimonio, de no sé qué deseo de canalizar mi vida. ¿Por qué no? Mi corazón tenía aún terreno que explorar; no me sentía incapaz de un amor casto, severo y puro. En verdad, las aventuras son la parte torrencial y vertiginosa de la vida, esto es, la excepción; yo estaba hastiado de ellas; no sé si hasta me punzaba algún remordimiento. Apenas pensé en aquello, la imaginación me arrastró en pos de sí; me vi luego casado, junto a una mujer adorable, frente a un *baby* que dormía en el regazo de su nodriza, todos nosotros en el fondo de una quinta sombreada y verde, y espiándonos a través de los árboles un retazo de cielo azul, extremadamente azul...

CVII

Billete

“No ha habido nada, pero él sospecha algo; está muy serio y no habla; ahora acaba de salir. Sonrió una vez solamente, a Ñoño, después de mirarlo mucho tiempo, enfurruñado. No me ha tratado ni mal ni bien. No sé lo que va a suceder; quiera Dios que esto pase. Mucha cautela por ahora, mucha cautela.”

CVIII

Que no se entiende

Ahí tenéis el drama, ahí tenéis la punta de la oreja trágica de Shakespeare. Ese pedacito de papel, garrapateado en partes, arrugado por las manos, era un documento de análisis, que no haré en este capítulo, ni en el otro, ni tal vez en todo el resto del libro. ¿Podría yo quitarle al lector el gusto de notar por sí mismo la frialdad, la perspicacia y el ánimo de aquellas cuantas líneas trazadas aprisa, y por detrás de ellas la tempestad de otro cerebro, la rabia disimulada, la desesperación que se constriñe y que medita, porque tiene que resolverse en el lodo o en la sangre, o en las lágrimas?

En cuanto a mí, si os digo que leí el billete tres o cuatro veces aquel día, creedlo, que es verdad; si en seguida os digo que lo releí al día siguiente, antes y después del almuerzo, podéis creerlo, que es realidad pura. Pero si os digo la conmoción que tuve, dudad un poco de la aserción, y no la aceptéis sin pruebas. Ni entonces ni aun ahora he llegado a discernir lo que experimenté. Era miedo, y no era miedo; era lástima, y no era lástima; era vanidad, y no era vanidad; en fin, era amor sin amor, esto es, sin delirio; y todo aquello producía una combinación bastante compleja y vaga, algo que no podréis entender, y que yo tampoco entendí. Supongamos que no he dicho nada.

CIX

El filósofo

Sabido que releí la carta antes y después del almuerzo, sabido queda que almorcé, y sólo falta decir que esa comida fue una de las más parcas de mi vida: un huevo, una rebanada de pan, una taza de té. No se me ha olvidado esta circunstancia mínima; de tantas cosas importantes obliteradas, se escapó este almuerzo. La razón principal podría ser justamente mi desastre; pero no: la principal razón fue la reflexión que me hizo Quincas Borba, cuya visita recibí aquel día. Él me dijo que la frugalidad no era necesaria para entender el humanitismo, y menos aún para practicarlo; que esta filosofía se acomodaba fácilmente con los placeres de la vida, inclusive la mesa, los espectáculos y los amores; y que, por el contrario, la frugalidad podía indicar cierta tendencia al ascetismo, el cual era la expresión acabada de la estupidez humana.

—Ahí tienes a San Juan —continuó—; se mantenía de langostas en el desierto, en lugar de engordar tranquilamente en la ciudad, y dejar que enflaqueciera el farisaísmo en la sinagoga.

Dios me libre de contar la historia de Quincas Borba, que por cierto oí entera en aquella triste ocasión; una historia larga, complicada, pero interesante. Y si no cuento su historia, me dispense otrosí de describir su aspecto, muy diverso, por cierto, del que se me había mostrado en el *Passeio Público*. Me callo: digo tan sólo que, si la principal característica del hombre no son las facciones, sino el vestuario, él no era Quincas Borba; era un magistrado sin toga, un general sin uniforme, un negociante sin *déficit*. Noté la perfección de su levita, la blancura de su camisa, el aseo de sus botas. La voz misma, gangosa en otro tiempo, parecía restituida a su primitiva sonoridad. En cuanto a la gesticulación, sin que hubiese perdido la viveza de antaño, no tenía ya el primitivo desorden, sino que se sujetaba a cierto método. Pero no quiero describirlo. Si hablase, por ejemplo, del alfiler de oro que traía en el pecho, y de la calidad del cuero de las botas, iniciaría una descripción que omito por brevedad. Contentaos con saber que las botas eran de charol. Sabed, además, que había heredado algunos pares de contos de reis de un viejo tío de Barbacena.

Mi espíritu (¡permitidme aquí una comparación de niño!), mi espíritu era en aquella ocasión una especie de peteca.^[66] La narración de Quincas Borba le daba

una palmada, él subía; cuando iba a caer, el billete de Virgilia le daba otra palmada, y era de nuevo lanzado a los aires; bajaba, y el episodio del *Passeio Público* lo recibía con otra palmada, igualmente vigorosa y eficaz. Pienso que no nací para situaciones complejas. Ese estira y afloja de cosas opuestas me desequilibraba; me entraban ganas de hacer un lío con Quincas Borba, Lobo Neves y el billete de Virgilia, y mandárselo como regalo a Aristóteles. A pesar de todo, era instructiva la narración de nuestro filósofo; admiraba en él sobre todo el talento de observación con que describía la gestación y el crecimiento del vicio, las luchas interiores, las capitulaciones silenciosas, el hábito del lodo.

—Mira —observó—; la primera noche que pasé en la escalera de San Francisco la dormí entera, como si estuviese en la más fina pluma. ¿Por qué? Porque fui gradualmente de la cama de estera al catre de palo, del cuarto propio al cuerpo de guardia, del cuerpo de guardia a la calle...

Quiso exponerme finalmente su filosofía; le pedí que no.

—Estoy muy preocupado hoy y no podría atenderte; ven después; estoy siempre en casa.

Quincas Borba sonrió de un modo malicioso; tal vez supiese de mi aventura, pero no añadió nada. Sólo me dijo estas últimas palabras en la puerta:

—Ven al humanitismo; es el grande regazo de los espíritus, el mar eterno en que me he sumergido para arrancar de allí la verdad. Los griegos la hacían salir de un pozo. ¡Qué concepción tan mezquina! ¡Un pozo! Pero justamente por eso nunca atinaron con ella. Griegos, subgriegos, antigriegos, toda la larga serie de los hombres se ha asomado al pozo para ver salir a la verdad, que no está allí. Gastaron cuerdas y cubos; algunos más osados bajaron al fondo y sacaron un sapo. Yo he ido directamente al mar. Ven al humanitismo.

CX
31

Una semana después, Lobo Neves fue nombrado presidente de provincia. Me agarré a la esperanza de su recusación, si el decreto hubiese venido otra vez fechado en día 13; pero trajo fecha 31, y esta simple trasposición de guarismos eliminó de ellos su sustancia diabólica. ¡Qué profundos son los resortes de la vida!

CXI

El muro

Como no es costumbre mía disimular ni esconder nada, contaré en esta página el caso del muro.

Ellos estaban a punto de embarcarse. Al entrar en casa de doña Plácida vi un papelito doblado sobre la mesa; era un billete de Virgilia; decía que me esperaba por la noche, en la quinta, sin falta. Y concluía: “El muro es bajo del lado del callejón”.

Hice un gesto de desagrado. La carta me pareció descomunadamente audaz, mal pensada y hasta ridícula. No era sólo provocar el escándalo, sino provocar al mismo tiempo el ridículo. Me imaginé a mí mismo saltando el muro, aunque fuese bajo y del lado del callejón; y en el momento de dar el salto me veía agarrado por un agente de policía, que me llevaba al cuerpo de guardia. ¡El muro es bajo! ¿Y qué tenía que fuera bajo? Naturalmente, Virgilia no sabía lo que había hecho; era posible que ya estuviese arrepentida. Miré el papel, un pedazo de papel arrugado, pero inflexible. Tuve comezones de rasgarlo en treinta mil pedazos y echarlos al viento, como el último despojo de mi aventura; pero retrocedí a tiempo; el amor propio, la vergüenza de la fuga, la idea del miedo... No había más remedio que ir.

—Dígale que iré.

—¿A dónde? —preguntó doña Plácida.

—A donde dice ella que me espera.

—A mí no me ha dicho nada.

—En este papel.

Doña Plácida abrió mucho los ojos:

—Pero ese papel lo encontré hoy por la mañana, en esta gaveta de usted, y pensé que...

Tuve una sensación rara. Releí el papel, lo miré, lo remiré; era, en verdad, un

antiguo billete de Virgilia, recibido en los comienzos de nuestros amores; cierta entrevista en la quinta, que me llevó efectivamente a saltar el muro, un muro bajo y discreto. Guardé el papel, y... Tuve una sensación rara.

CXII

La opinión

Pero estaba escrito que ese día debía ser el de los lances inciertos. Pocas horas después encontré a Lobo Neves en la *Rua do Ouvidor*; hablamos de la presidencia y de la política. Él aprovechó al primer conocido que pasó junto a nosotros y me dejó, después de muchas cortesías. Me acuerdo que estaba retraído, pero con un retraimiento que se esforzaba por disimular. Me pareció entonces (¡y pido perdón a la crítica, si este juicio fuera temerario!), me pareció que tenía miedo; no miedo de mí, ni de sí mismo, ni del código, ni de la conciencia; tenía miedo de la opinión. Supuse que ese tribunal anónimo e invisible, en que cada miembro acusa y juzga, era el límite puesto a la voluntad de Lobo Neves. Tal vez ya no amase a su mujer; y, así, puede ser que su corazón fuese extraño a la indulgencia de sus últimos actos. Creo (¡y de nuevo suplico la buena voluntad de la crítica!), creo que él estaría pronto a separarse de su mujer, como el lector se habrá separado de muchas relaciones personales; pero la opinión, esa opinión que arrastraría su vida por todas las calles, que abriría minuciosa indagación acerca del caso, que recogería una a una todas las circunstancias, antecedentes, inducciones, pruebas, que las narraría en las conversaciones de las quintas desocupadas, esa terrible opinión, tan curiosa de las alcobas, obstó a la dispersión de la familia. Al mismo tiempo hizo imposible la venganza, que hubiera sido la divulgación. No podía mostrarse resentido conmigo sin buscar igualmente la separación conyugal; por consiguiente, tuvo que simular la misma ignorancia de antes y, por deducción, iguales sentimientos.

Que esto le costase, bien lo creo; en aquellos días, principalmente, debía costarle mucho verme a mí. Pero el tiempo (¡y es otro punto en que espero la indulgencia de los hombres pensadores!), el tiempo encallece la sensibilidad y oblitera la memoria de las cosas; era de suponer que los años despuntarían sus espigas, que la distancia de los años esfumaría sus respectivos contornos, que una sombra de duda retrospectiva cubriese la desnudez de la realidad; en fin, que la opinión se ocuparía un poco con otras aventuras. Su hijo, al crecer, procuraría satisfacer las ambiciones del padre; sería el heredero de todos sus afectos. Esto, y la actividad externa, y el prestigio público, y la vejez en seguida, la enfermedad, la declinación, la muerte, un responso, una noticia biográfica, y estaba cerrado el libro de su vida, sin ninguna página de sangre.

CXIII

La soldadura

La conclusión, si alguna hay en el capítulo anterior, es que la opinión es una buena soldadura de las instituciones domésticas. No es imposible que desarrolle este pensamiento antes de acabar mi libro; pero tampoco es imposible que lo deje como está. De uno o de otro modo, es una buena soldadura la opinión, y tanto en el orden doméstico como en el político. Algunos metafísicos biliosos han llegado hasta el extremo de tomarla como simple producto de la gente estúpida o mediocre; pero es evidente que, aun cuando un concepto tan extremado no trajese en sí mismo la respuesta, bastaría considerar los efectos saludables de la opinión para concluir que es la obra más exquisita de la flor y nata de los hombres, a saber, del mayor número.

CXIV

Fin de un diálogo

—Sí, es mañana. ¿Vas a bordo?

—¿Estás loca? Es imposible.

—Entonces, ¡adiós!

—¡Adiós!

—No te olvides de doña Plácida. Ve a verla algunas veces. ¡Pobrecita! Fue ayer a despedirse de nosotros; lloró mucho, me dijo que ya no la volvería a ver... Es una buena persona, ¿verdad?

—Ciertamente.

—Si tenemos que escribir, ella recibirá las cartas. Bueno, hasta dentro de...

—¿Tal vez dos años?

—¡No! Él dice que es sólo hasta que se hagan las elecciones.

—¿Sí? Entonces hasta pronto. Cuidado, que nos están mirando.

—¿Quién?

—Allí de aquel sofá. Separémonos.

—Me cuesta mucho.

—Pero es preciso. ¡Adiós, Virgilia!

—Hasta pronto. ¡Adiós!

CXV

El almuerzo

No la vi partir; pero a la hora marcada sentí algo que no era dolor ni placer, algo mixto, alivio y tristeza, mezclado todo en dosis iguales. No se irrite el lector con esta confesión. Yo bien sé que, para cosquillar los nervios de su fantasía, debía padecer una grande desesperación, derramar algunas lágrimas, y no almorzar. Sería novelesco; pero no sería biográfico. La realidad pura es que almorcé, como los demás días, atendiendo al corazón con los recuerdos de mi aventura, y al estómago con los guisos de M. Prudhon...

... Viejos de mi tiempo, ¿os acordáis por ventura de aquel maestro cocinero del hotel Pharoux, un individuo que, según decía el dueño del hotel, había servido en los famosos Véry y Véfour, de París, y también en los palacios del conde Molé y del duque de La Rochefoucauld? Era insigne. Entró en Rio de Janeiro junto con la polka... La polka, M. Prudhon, el Tívoli, el baile de los extranjeros, el Casino, ahí tenéis algunos de los mejores recuerdos de aquel tiempo; pero sobre todo los guisos del maestro eran deliciosos.

Lo eran, y aquella mañana parece que el diantre de hombre había adivinado nuestra catástrofe. Jamás le fueron tan propicios el ingenio y el arte. ¡Qué condimentos tan refinados! ¡Qué carnes tan tiernas! ¡Qué formas tan rebuscadas! Se comía con la boca, con los ojos, con la nariz. No guardé la cuenta de ese día; sé que fue cara. ¡Ay dolor! Me era preciso enterrar magníficamente mis amores. Éstos iban ya, mar adentro, alejándose en el espacio y en el tiempo, y yo estaba allí, en el extremo de una mesa, con mis cuarenta y tantos años, tan ociosos y tan vacíos; me quedaba para no verlos nunca más, porque ¿quién ha pedido jamás al crepúsculo de la tarde los efluvios de la mañana?

CXVI

Filosofía de las hojas viejas

Me he quedado tan triste con el fin del último capítulo, que me sentía incapaz de escribir éste; quería descansar un poco, purgar mi espíritu de la melancolía que lo abruma, y continuar después. Pero no, no quiero perder tiempo.

La partida de Virgilia me dejó en una especie de viudez. En los primeros días me quedé en casa atrapando moscas, como Domiciano, si no miente Suetonio, pero atrapándolas de un modo particular: con los ojos. Las atrapaba una a una, en el fondo de una sala grande, estirado en la hamaca, con un libro abierto entre las manos. Era todo: añoranzas, ambiciones, un poco de tedio, y muchos devaneos sueltos.

Mi tío el canónigo murió en ese intervalo; ítem, dos primos. No me di por conmovido: los llevé al cementerio, como quien lleva dinero a un banco. ¿Qué digo? Como quien lleva cartas al correo: sellé las cartas, las metí en el buzón, y dejé al cartero el cuidado de entregarlas en mano propia. Por ese tiempo nació también mi sobrina Venancia, hija de Cotrim. Morían unos, nacían otros: yo continuaba con las moscas.

Otras veces me agitaba. Iba a las gavetas, revolvía las cartas antiguas, de los amigos, de los parientes, de las enamoradas (hasta las de Marcela), y las abría todas, las leía una por una, y recomponía el pretérito... Lector ignaro, si no guardas las cartas de tu juventud, no conocerás un día la filosofía de las hojas viejas, no gustarás el placer de verte, a lo lejos, en la penumbra, con un sombrero de tres picos, botas de siete leguas y luengas barbas asirias, bailando al son de una gaita anacreóntica. ¡Guarda tus cartas de juventud!

O, si no te agrada el sombrero de tres picos, emplearé la locución de un viejo marino, familiar de la casa de Cotrim; diré que, si guardas las cartas de juventud, hallarás ocasión de "cantar una *saudade*". Parece que nuestros marinos dan este nombre a las canciones de tierra, entonadas en alta mar. Como expresión poética, es de lo más triste que se pueda pedir.

CXVII

El humanitismo

Pero dos fuerzas, además de una tercera, me empujaban a volver a la vida agitada de costumbre: Sabina y Quincas Borba. Mi hermana me encaminó a la candidatura conyugal de Ñan-loló de un modo verdaderamente impetuoso. Cuando acordé, estaba con la muchacha casi en mis brazos. En cuanto a Quincas Borba, me expuso por fin el humanitismo, sistema de filosofía destinado a arruinar todos los demás sistemas.

—Humanitas —decía—, el principio de las cosas, no es otra cosa sino el mismo hombre repartido por todos los hombres. Cuenta Humanitas tres fases: la *estática*, anterior a toda la creación; la *expansiva*, comienzo de las cosas; la *dispersiva*, aparición del hombre; y contará otra más, la *contractiva*, absorción del hombre y de las cosas. La *expansión*, al iniciar el universo, sugirió a Humanitas el deseo de gozarlo, y de ahí la *dispersión*, que no es más que la multiplicación personificada de la sustancia original.

Como no me pareciese suficientemente clara esta exposición, Quincas Borba la desarrolló de un modo profundo, haciendo notar las grandes líneas del sistema. Me explicó que, por un lado, el humanitismo se ligaba con el brahmanismo, a saber, en la distribución de los hombres por las diferentes partes del cuerpo de Humanitas; pero aquello que en la religión hindú tenía tan sólo una estrecha significación teológica y política, era en el humanitismo la gran ley del valor personal. Así, descender del pecho o de los riñones de Humanitas, esto es, ser *un fuerte*, no era lo mismo que descender de los cabellos o de la punta de la nariz. De ahí la necesidad de cultivar y templar el músculo. Hércules no fue sino un símbolo anticipado del humanitismo. En este punto Quincas Borba me hizo ver que el paganismo podría haber llegado a la verdad si no se hubiese rebajado tanto con la parte galante de sus mitos. Nada de eso sucederá con el humanitismo. En esta iglesia nueva no hay aventuras fáciles, ni caídas, ni tristezas, ni alegrías pueriles. El amor, por ejemplo, es un sacerdocio, la reproducción un ritual. Como la vida es el mayor beneficio del universo, y no hay mendigo que no prefiera la miseria a la muerte (lo cual es un delicioso influjo de Humanitas), se sigue que la transmisión de la vida, lejos de ser una ocasión de galanteo, es la hora suprema de la misa espiritual. Por lo tanto, no hay verdaderamente más que una sola desgracia: no nacer.

—Imagínate, por ejemplo, que yo no hubiera nacido —continuó Quincas Borba—; es positivo que no tendría ahora el placer de conversar contigo, comer esta patata, ir al teatro, y, para decirlo todo con una sola palabra: vivir. Observa que no hago del hombre un simple vehículo de Humanitas; no, él es al mismo tiempo vehículo, cochero y pasajero: él es el propio Humanitas reducido; de ahí la necesidad de adorarse a sí mismo. ¿Quieres una prueba de la superioridad de mi sistema? Considera la envidia. No hay moralista griego o turco, cristiano o musulmán, que no truene contra el sentimiento de la envidia. El acuerdo es universal, desde los campos de Idumea hasta lo alto de Tijuca. Ahora bien; deja a un lado los viejos prejuicios, olvida las retóricas gastadas, y estudia la envidia, ese sentimiento tan sutil y tan noble. Siendo cada hombre una reducción de Humanitas, es claro que ningún hombre es fundamentalmente opuesto a otro hombre, cualesquiera que sean las apariencias contrarias. Así, por ejemplo, el verdugo que ejecuta al condenado puede excitar el vano clamor de los poetas; pero sustancialmente es Humanitas quien corrige en Humanitas una infracción de la ley de Humanitas. Lo mismo diré del individuo que destripa a otro: es una manifestación de la fuerza de Humanitas. Nada obsta (y de ello hay ejemplos) a que él sea igualmente destripado. Si has entendido bien, fácilmente comprenderás que la envidia no es sino una admiración que lucha, y como la lucha es la gran función del género humano, todos los sentimientos belicosos son los más adecuados a su felicidad. De ahí se deduce que la envidia es una virtud.

¿Para qué negarlo? Yo estaba estupefacto. La claridad de la exposición, la lógica de los principios, el rigor de las consecuencias, todo aquello parecía superiormente grande, y me fue preciso suspender la conversación por algunos minutos mientras digería la filosofía nueva. Quincas Borba apenas podía encubrir la satisfacción de su triunfo. Tenía una ala de pollo en el plato, y la atacaba con filosófica serenidad. Yo le hice todavía algunas objeciones, pero tan flojas que no gastó mucho tiempo en destruirlas.

—Para entender bien mi sistema —concluyó— importa no olvidar nunca el principio universal, repartido y resumido en cada hombre. Mira: la guerra, que parece una calamidad, es una operación conveniente, como si dijéramos el chasquear de los dedos de Humanitas; el hambre (y lo decía chupando filosóficamente el ala de pollo), el hambre es una prueba a que Humanitas somete sus propias vísceras. Pero no quiero otro documento de la sublimidad de mi sistema sino este mismo pollo. Se nutrió de maíz, que fue plantado por un africano, supongamos, importado de Angola. Nació ese africano, creció, fue vendido; un navío lo trajo, un navío construido de madera cortada en la selva por diez o doce hombres, empujado por velas que ocho o doce hombres tejieron, sin contar el

cordaje y otras partes del aparejo náutico. Así, este pollo, que me he comido ahora mismo, es el resultado de una multitud de esfuerzos y de luchas, que se ejecutaron con el único fin de dar mate a mi apetito.

Entre el queso y el café, me demostró Quincas Borba que su sistema era la destrucción del dolor. El dolor, según el humanismo, era una pura ilusión. Cuando el niño es amenazado por un palo, aun antes de haber sido golpeado, cierra los ojos y tiembla; esa predisposición es la que constituye la base de la ilusión humana, heredada y transmitida. No basta ciertamente la adopción del sistema para acabar luego con el dolor, pero sí es indispensable; lo demás es la natural evolución de las cosas. Una vez que el hombre se compenetre bien de que él es el propio Humanitas, no tiene más que remontar su pensamiento a la sustancia original para impedir cualquier sensación dolorosa. Pero la evolución es tan profunda, que apenas si pueden asignársele algunos millares de años.

Quincas Borba me leyó a los pocos días su grande obra. Eran cuatro volúmenes manuscritos, de cien páginas cada uno, con letra menuda y citas latinas. El último volumen se componía de un tratado político, fundado en el humanismo; era quizá la parte más enfadosa del sistema, aunque estaba concebida con un formidable rigor de lógica. Reorganizada la sociedad por el método de Quincas Borba, no por eso quedaban eliminadas la guerra, la insurrección, la simple bofetada, la puñalada anónima, la miseria, el hambre, las enfermedades; pero como esos supuestos azotes eran verdaderos equívocos del entendimiento, porque no pasarían de movimientos externos de la sustancia interior, destinados a no influir sobre el hombre, sino como simple quiebra de la monotonía universal, claro estaba que su existencia no impediría la felicidad humana. Por otra parte, aun cuando semejantes azotes (lo cual era radicalmente falso) correspondiesen en el futuro a la concepción mezquina de los antiguos tiempos, no por ello quedaba destruido el sistema, y esto por dos motivos: 1º porque siendo Humanitas la sustancia creadora y absoluta, cada individuo debería encontrar la mayor delicia del mundo en sacrificarse al principio de que desciende; 2º porque, aun así, no disminuiría el poder espiritual del hombre sobre la tierra, inventada únicamente para su recreo, como las estrellas, las brisas, los dátiles y el ruibarbo. Pangloss —me decía al cerrar el libro— no era tan bobo como lo pintó Voltaire.

CXVIII

La tercera fuerza

La tercera fuerza que me llamaba al bullicio era el gusto de brillar y, sobre todo, la incapacidad de vivir solo. La multitud me atraía; el aplauso me enamoraba. Si la idea del emplasto me hubiera venido en ese tiempo, ¿quién sabe? No habría muerto luego y me hubiera hecho célebre. Pero el emplasto no vino. Lo que vino fue el deseo de agitarme el algo, con algo y por algo.

CXIX Paréntesis

Quiero dejar aquí, entre paréntesis, media docena de máximas de las muchas que escribí por ese tiempo. Son bostezos de hastío: pueden servir de epígrafe a discursos sin asunto.

* * *

Se soporta con paciencia el cólico del prójimo.

* * *

Matamos el tiempo; el tiempo nos entierra.

* * *

Un cochero filósofo acostumbraba decir que el gusto del coche sería insignificante si todos anduviesen en coche.

* * *

Cree en ti; pero no siempre dudes de los demás.

* * *

No se comprende que un botocudo^[67] se agujeree el labio para adornarlo con un pedazo de palo. Esta reflexión es de un joyero.

* * *

No te irrites si te pagan mal un beneficio: antes caer de las nubes que de un tercer piso.

CXX
Compelle intrare

—No, señor, ahora, quieras que no, te has de casar —me dijo Sabina—. ¡Bonito porvenir! Un solterón sin hijos.

¡Sin hijos! La idea de tener hijos me produjo un sobresalto; me recorrió otra vez el fluido misterioso. Sí, era preciso ser padre. La vida de soltero podía tener ciertas ventajas propias, pero tenues, y compradas a cambio de la soledad. ¡Sin hijos! No; imposible. Me dispuse a aceptarlo todo, hasta la alianza de Damasceno. ¡Sin hijos! Como ya por entonces depositaba una gran confianza en Quincas Borba, fui a verlo y le expuse los movimientos internos de mi paternidad. El filósofo me oyó alborozado; declaró que Humanitas se agitaba en mi seno; me animó al matrimonio; me demostró que eran algunos invitados más que llamaban a la puerta, etcétera. *Compelle intrare*, como decía Jesús. Y no perdió la ocasión para probarme que el apólogo evangélico no era más que un prenuncio del humanitismo, erradamente interpretado por los curas.

CXXI

Morro abajo

Al cabo de tres meses iba todo a pedir de boca. El fluido, Sabina, los ojos de la muchacha, los deseos de su padre eran otros tantos impulsos que me llevaban al matrimonio. El recuerdo de Virgilia aparecía de cuando en cuando a la puerta, y con ella un diablo negro, que me ponía en la cara un espejo en el cual veía a lo lejos a Virgilia, deshecha en lágrimas; pero otro diablo venía, color de rosa, con otro espejo, en que se reflejaba la figura de Ñan-loló, tierna, luminosa, angelical.

No hablo de los años. No los sentía; y hasta añadiré que los había echado fuera, cierto domingo en que fui a misa a la capilla del Livramento.^[68] Como Damasceno vivía en Cajueiros, yo los acompañaba muchas veces a misa. El morro estaba todavía desnudo de habitaciones, excepto el viejo palacete de arriba, en donde estaba la capilla. Pues un domingo, al bajar con Ñan-loló del brazo, no sé qué fenómeno ocurrió que fui dejando aquí dos años, allí cuatro, más adelante cinco, de manera que cuando llegué abajo tenía veinte años solamente, tan risueños como habían sido.

Ahora, si queréis saber en qué circunstancias ocurrió este fenómeno, os bastará leer este capítulo hasta el fin.

Volvíamos de misa, ella, su padre y yo. En medio del morro encontramos a un grupo de hombres. Damasceno, que venía junto a nosotros, percibió lo que era y se nos adelantó alborozado; nosotros seguimos detrás de él. Y vimos esto: hombres de todas las edades, tamaños y colores, unos en mangas de camisa, otros de chaleco, otros embutidos en levitas harapientas; actitudes diversas, unos en cuclillas, otros con las manos apoyadas en las rodillas, éstos sentados en piedras, aquéllos recargados en el muro, y todos con los ojos fijos en el centro, y con las almas asomadas en las pupilas.

—¿Qué cosa es? —me preguntó Ñan-loló.

Le hice señas para que se callase; me abrí camino sutilmente, y todos fueron cediéndome espacio, sin que positivamente me viese nadie. El centro les tenía atados los ojos. Era una pelea de gallos. Vi a los dos rivales, dos gallos de espolón agudo, ojos de fuego y pico afilado. Ambos agitaban las crestas en sangre; el pecho

de uno y de otro estaba desplumado y rojo; invadíalos el cansancio. Pero luchaban todavía así, los ojos clavados en los ojos, pico abajo, pico encima, golpe de éste, golpe de aquél, vibrantes y rabiosos. Damasceno no se daba ya cuenta de nada; el espectáculo había eliminado para él todo el universo. En vano le dije que era tiempo de bajar: él no respondía, no oía, se había concentrado en el duelo. Las peleas de gallos eran una de sus pasiones.

En esa ocasión fue cuando Ñan-loló me tiró blandamente del brazo, diciendo que nos marchásemos. Acepté el consejo y comencé a bajar con ella. Ya he dicho que el morro estaba entonces deshabitado; os he dicho también que volvíamos de misa, y como no os he dicho que lloviera, es claro que hacía buen tiempo, un sol delicioso. Y fuerte. Tan fuerte que yo abrí luego el quitasol, lo detuve por el centro del bastón y lo incliné de tal manera que agregué una página a la filosofía de Quincas Borba: Humanitas besó a Humanitas... Así fue como los años se me fueron cayendo, morro abajo.

En la falda nos detuvimos algunos minutos, en espera de Damasceno; éste llegó poco después, rodeado de los apostadores, y comentando con ellos la pelea. Uno de éstos, tesorero de las apuestas, distribuía un viejo montón de billetes de diez *tostões*,^[69] que los ganadores recibían doblemente alegres. En cuanto a los gallos, venían abrazados por sus respectivos dueños. Uno de ellos traía la cresta tan comida y ensangrentada, que vi luego en él al vencido; pero era engaño: el vencido era el otro, que no traía cresta alguna. Ambos tenían el pico abierto y respiraban trabajosamente, exhaustos. Los apostadores, por el contrario, venían alegres, a pesar de las fuertes emociones de la lucha; hacían la biografía de los rivales, recordaban las proezas de ambos. Yo seguí andando, avergonzado; Ñan-loló, avergonzadísima.

CXXII

Una intención muy fina

Lo que avergonzaba a Ñan-loló era su padre... La facilidad con que se había metido entre los apostadores ponía de relieve antiguas costumbres y afinidades sociales, y Ñan-loló había llegado a temer que semejante suegro me pareciera indigno. Era curioso ver cómo ella pretendía diferenciarse; se estudiaba y me estudiaba. Atraía la vida elegante y refinada, principalmente porque le parecía el medio más seguro de ajustar a nuestras personas. Ñan-loló observaba, imitaba, adivinaba; al mismo tiempo se entregaba al esfuerzo de enmascarar la inferioridad de su familia. Pero ese día la manifestación de su padre había sido tal, que la entristeció sobremanera. Yo procuré entonces distraerla del asunto, diciéndole muchas bromas y chistes de buen tono; vanos esfuerzos, que no conseguían alegrarla. Era tan profundo su abatimiento, tan expresivo su desaliento, que llegué a atribuir a Ñan-loló la intención positiva de separar, en mi espíritu, su causa de la causa de su padre. Este sentimiento me pareció de grande elevación; era una afinidad más entre nosotros.

—No hay remedio —me dije—; voy a arrancar esta flor de ese pantano.

CXXIII

El verdadero Cotrim

No obstante mis cuarenta y tantos años, como a mí me gustaba la armonía de la familia, me propuse no tratar del matrimonio sin hablar primero con Cotrim. Él me oyó y me respondió seriamente que no tenía opinión en negocios de parientes suyos. Podían suponer en él algún interés si acaso alabara las raras prendas de Ñan-loló; por eso se callaba. Por otra parte, estaba seguro de que su sobrina sentía por mí verdadera pasión, pero si ella lo consultara, su consejo sería negativo. No era llevado por ningún odio; apreciaba mis buenas cualidades, no se cansaba de elogiarlas, como era de justicia; y, por lo que respecta a Ñan-loló, no llegaría jamás a negar que era novia excelente; pero de allí a aconsejar el matrimonio había un abismo.

—Me lavo enteramente las manos —concluyó.

—Pero a ti te parecía el otro día que yo debía casarme cuanto antes...

—Esto es otro negocio. Me parece que es indispensable casarse, principalmente si se tienen ambiciones políticas. Has de saber que en la política el celibato es una rémora. Ahora, en cuanto a la novia, no puedo tener voto, ni quiero, ni debo, ni es cosa que a mí me toque. Me parece que Sabina ha ido demasiado lejos; que te ha hecho ciertas confidencias, según me dijo; pero en todo caso ella no es tía carnal de Ñan-loló, como yo. Mira... pero no... no lo digo...

—Dime.

—No; no digo nada.

Tal vez le parezca excesivo el escrúpulo de Cotrim a quien no sepa que poseía un carácter ferozmente honrado. Yo mismo fui injusto con él durante los años que siguieron al inventario de mi padre. Reconozco que era un modelo. Muchos lo acusaban de avaricia, y creo que tenían razón; pero la avaricia es tan sólo la exageración de una virtud, y las virtudes deben ser como los presupuestos: mejor es el *superávit* que el *déficit*. Como era muy seco de maneras tenía muchos enemigos, que llegaban a acusarlo de bárbaro. El único hecho alegado en este particular era que mandaba con frecuencia los esclavos al calabozo, de donde salían bañados en sangre; pero, aparte de que él sólo mandaba a los perversos y a

los prófugos, sucedía que, como había hecho durante mucho tiempo contrabando de esclavos, se había habituado en cierto modo al trato un poco más duro que el que ese género de negocio requería, y no se puede atribuir, honestamente, a la índole original de un hombre lo que es puro efecto de relaciones sociales. La prueba de que Cotrim tenía sentimientos píos se encontraba en el amor a sus hijos y en la pena que padeció cuando se le murió Sara, al cabo de algunos meses; prueba irrefutable, me parece, y no única. Era tesorero de una cofradía, hermano de varias hermandades, y hasta miembro bienhechor de una de éstas, lo cual no se compadece mucho con su reputación de avaricia; verdad es que sus beneficios no habían caído en el suelo: la hermandad (de la que había sido presidente) había mandado sacar un retrato suyo al óleo. Cotrim no era perfecto, ciertamente; tenía, por ejemplo, la manía de mandar a los periódicos la noticia de una u otra limosna que practicaba, manía reprensible y no loable, de acuerdo; pero él se disculpaba diciendo que las buenas acciones son contagiosas cuando se publican, razón a la que no se puede negar cierto peso. Y hasta creo (y en esto hago su mayor elogio) que no practicaba, de cuando en cuando, esas limosnas sino con el fin de despertar la filantropía de los demás; si tales eran sus miras, fuerza es confesar que la publicidad se hacía una condición *sine qua non*. En suma, podría deber algunas atenciones, pero no debía un real a nadie.

CXXIV

A manera de intermedio

¿Qué hay entre la vida y la muerte? Un breve puente. No obstante, si no compusiese este capítulo, padecería el lector una fuerte conmoción, demasiado dañosa para el efecto del libro. Saltar de un retrato a un epitafio puede ser cosa real y común; sin embargo, el lector no se refugia en el libro sino para escapar de la vida. No digo que este pensamiento sea mío; lo que digo es que hay en él una dosis de verdad, y que, cuando menos, su forma es pintoresca. Y lo repito: no es mío.

CXXV
Epitafio

Aquí yace

D. Eulalia Damascena de Brito

Muerta

a los diecinueve años de edad

¡orad por ella!

CXXVI

Desconsuelo

El epitafio lo dice todo. Vale más que si os contase la enfermedad de Ñanoló, su muerte, la desesperación de su familia, el entierro. Ya habéis sabido que murió; añadiré que fue en ocasión de la primera entrada de la fiebre amarilla. No digo ya otra cosa, excepto que la acompañé hasta su última morada y que me despedí triste, pero sin lágrimas. Concluí que tal vez no la amara de veras.

Mirad ahora a qué excesos puede llevar una inadvertencia: me dolió un poco la ceguera de la epidemia que, matando a diestro y siniestro, se llevó también a una joven dama que tenía que ser mi mujer; no llegué a entender la necesidad de la epidemia, y menos aún la de aquella muerte. Hasta creo que ésta me pareció aún más absurda que todas las demás muertes. Pero Quincas Borba me explicó que las epidemias eran útiles a la especie, aunque desastrosas para una porción determinada de individuos; me hizo notar que, por más horrendo que fuese el espectáculo, había una ventaja de mucho peso: la supervivencia del mayor número. Llegó a preguntarme si, en medio del luto general, no sentía yo algún secreto deleite por haber escapado a las garras de la peste; pero esta pregunta era tan insensata que se quedó sin respuesta.

Si no he contado la muerte, no cuento tampoco la misa del séptimo día. La tristeza de Damasceno era profunda; el pobre hombre parecía una ruina. Quince días después estuve con él; seguía inconsolable, y decía que el dolor grande con que Dios lo había castigado se había visto aumentado con el que le habían causado los hombres. No me dijo más. Tres semanas después volvió al asunto, y entonces me confesó que, en medio del desastre irreparable, había querido tener el consuelo de la presencia de sus amigos. Doce personas tan sólo, y tres cuartas partes amigas de Cotrim, habían acompañado al cementerio el cadáver de su querida hija. Y él había mandado hacer ochenta esquelas. Le hice ver que las muertes eran por esos días tantas que bien se podía disculpar aquella desatención aparente. Damasceno meneaba la cabeza de un modo incrédulo y triste.

—¡No es eso! —gemía—. Me han desamparado.

Cotrim, que estaba presente, repuso:

—Vinieron los que de veras se interesan por ti y por nosotros. Los ochenta hubieran venido por formalidad, hubieran hablado de la inercia del gobierno, de las panaceas de los boticarios, del precio de las casas, o los unos de los otros...

Damasceno lo oyó en silencio, meneó otra vez la cabeza, y suspiró:

—¡Que hubieran venido, de todas maneras!

CXXVII

Formalidad

¡Grande cosa es haber recibido del cielo una partícula de sabiduría, el don de encontrar las relaciones de las cosas, la facultad de compararlas y el talento de sacar conclusiones! Yo tuve esta distinción psíquica; y la agradezco aún ahora, desde el fondo de mi sepulcro.

De hecho, el hombre vulgar que hubiese oído las últimas palabras de Damasceno no se habría acordado de ellas cuando, algún tiempo después, hubiese de mirar un grabado que representaba seis damas turcas. Pues yo sí las recordé. Eran seis damas de Constantinopla —modernas— en trajes de calle, cara tapada, no con un espeso paño que las cubriese de veras, sino con un velo tenuísimo, que simulaba descubrir solamente los ojos, y en realidad descubría la cara entera. Y yo le hallé gracia a esa ingeniosidad de la coquetería musulmana, que así esconde el rostro —y cumple con las costumbres— pero no lo esconde —y divulga la belleza—. Aparentemente, nada hay de común entre las damas turcas y Damasceno; pero si tú eres un espíritu profundo y penetrante (y dudo mucho que me niegues esto) comprenderás que, tanto en uno como en otro caso, aparece la oreja de una rígida y blanda compañera del hombre social...

Amable Formalidad, tú eres, sí, el cayado de la vida, el bálsamo de los corazones, la medianera entre los hombres, el vínculo de la tierra y el cielo; tú enjugas las lágrimas de un padre, tú captas la indulgencia de un Profeta. Si el dolor se adormece, si la conciencia se acomoda, ¿a quién, si no a ti, deben ese inmenso beneficio? La estima que pasa con su sombrero en la cabeza no le dice nada al alma; pero la indiferencia que saluda le deja una deleitosa impresión. La razón es que, al contrario de una vieja fórmula absurda, no es la letra la que mata; el espíritu sí que es objeto de controversia, de duda, de interpretación, y consiguientemente de lucha y de muerte. Vive tú, amable Formalidad, para sosiego de Damasceno y gloria de Mohamed.

CXXVIII

En la cámara

Y notad bien que vi el grabado turco dos años después de las palabras de Damasceno, y lo vi en la cámara de diputados, en medio de un grande alboroto, mientras un diputado discutía un parecer de la comisión del presupuesto, siendo yo también diputado. A quien ha leído este libro es excusado encarecerle mi satisfacción, y para los demás es igualmente inútil. Era diputado, y vi el grabado turco recostado en mi asiento, entre un colega que contaba una anécdota y otro que sacaba a lápiz, en el reverso de un sobre, el perfil del orador. El orador era Lobo Neves. La ola de la vida nos había traído a la misma playa, como dos botellas de náufragos, él conteniendo su resentimiento, yo debiendo contener mi remordimiento; y empleo esta forma suspensiva, dubitativa o condicional, con el fin de decir que efectivamente no contenía nada, a no ser la ambición de ser ministro.

CXXIX

Sin remordimientos

No tenía remordimientos. Si poseyera los aparatos adecuados, incluiría en este libro una página de química, porque habría que descomponer el remordimiento en sus elementos más simples, con el fin de saber, de un modo positivo y concluyente, por qué razón pasea Aquiles en derredor de Troya el cadáver de su adversario, y lady Macbeth pasea en derredor de la sala su mancha de sangre. Pero no tengo aparatos químicos, como no tenía remordimientos; tenía ganas de ser ministro de Estado. No obstante, si he de acabar este capítulo, diré que no hubiera querido ser Aquiles ni lady Macbeth; y que, de tener que ser alguno de ellos, antes Aquiles, antes pasear triunfante el cadáver que la mancha; se oyen al final las súplicas de Príamo y se gana una bonita reputación militar y literaria. Yo no estaba oyendo las súplicas de Príamo, sino el discurso de Lobo Neves, y no tenía remordimientos.

CXXX

Para intercalar en el capítulo CXXIX

La primera vez que pude hablar con Virgilia, después de la presidencia, fue en un baile, en 1855. Traía un soberbio vestido de gorgorán azul, y ostentaba a las luces el mismo par de hombros de otro tiempo. No era la frescura de la primera edad; al contrario; pero aún estaba hermosa, con una hermosura otoñal, realizada por la noche. Recuerdo que hablamos mucho, sin aludir a nada del pasado. Sobreentendíase todo. Una frase remota, vaga, o bien una mirada, y eso era todo. Poco después se retiró; yo fui a verla bajar la escalera, y no sé por qué fenómeno de ventriloquía cerebral (perdónenme los filólogos esta frase bárbara) murmuré para mis adentros esta palabra profundamente retrospectiva:

—¡Magnífica!

Conviene intercalar este capítulo entre la primera oración y la segunda del capítulo CXXIX.

CXXXI

De una calumnia

Cuando acababa de decir aquello, por el proceso ventrílocuo-cerebral —lo cual era simple opinión, y no remordimiento—, sentí que alguien me ponía la mano sobre el hombro. Me volví; era un antiguo compañero, oficial de marina, jovial, un poco desenfadado en sus cosas. Sonrió maliciosamente y me dijo:

—¡Qué tal, pícaro de siete suelas! Recuerdos del pasado, ¿eh?

—¡Viva el pasado!

—Naturalmente, ya has sido reintegrado en el empleo.

—¡Lárgate, sinvergüenza! —le dije, amenazándolo con el dedo.

Confieso que este diálogo era una indiscreción, principalmente la última parte. Y con tanto mayor placer lo confieso, cuanto que las mujeres son las que tienen fama de indiscretas, y no quiero acabar el libro sin rectificar esta noción del espíritu humano. En materia de aventuras amorosas, encontré hombres que sonreían, o negaban muy apenas, de un modo frío, monosilábico, etc., mientras que ellas no soltaban prenda, y hubieran jurado por los Santos Evangelios que todo era una calumnia. La razón de esta diferencia es que la mujer (exceptuando la hipótesis del capítulo CI y otras) se entrega por amor, ya sea el amor-pasión de Stendhal, ya el puramente físico de algunas damas romanas, por ejemplo, o polinesias, laponas, cafres, y quizá de otras razas civilizadas; pero el hombre — hablo del hombre de una sociedad culta y elegante—, el hombre conjuga su vanidad con el otro sentimiento. Además (y me refiero siempre a los casos ilícitos), la mujer, cuando ama a otro hombre, siente como si faltara a un deber, y por lo mismo tiene que disimular con arte mayor, tiene que refinar su alevosía; el hombre, en cambio, que se siente causa de la infracción y vencedor del otro hombre, se siente legítimamente orgulloso, y luego pasa a otro sentimiento menos ríspido y menos secreto: esa buena fatuidad, que es la transpiración luminosa del mérito.

Pero sea o no verdadera mi explicación, básteme dejar escrito en esta página, para uso de los siglos, que la indiscreción de las mujeres es una burla inventada por los hombres; en amor, por lo menos, son ellas un verdadero sepulcro. Se

pierden muchas veces por desastradas, por inquietas, por no saber resistir a los gestos, a las miradas; y por eso una grande dama y fino espíritu, la reina de Navarra, empleó en alguna parte esta metáfora para decir que toda aventura amorosa venía a descubrirse por fuerza, tarde o temprano: “No hay perrito tan bien educado al que no le oigamos por fin el ladrido”.

CXXXII

Que no es serio

Al citar el dicho de la reina de Navarra, se me ocurre que entre nuestro pueblo, cuando una persona ve a otra persona enfurruñada, suele preguntarle: “¡Hola! ¿Quién le ha matado sus perritos?”; como si dijera: “quién se ha llevado sus amores, sus aventuras secretas”, etc. Pero este capítulo no es serio.

CXXXIII

El principio de Helvetius

Estábamos en el punto en que el oficial de marina me arrancó la confesión de mis amores con Virgilia, y aquí enmiendo yo el principio de Helvetius, o, mejor dicho, lo explico. Mi interés era callar; confirmar la sospecha de una cosa antigua hubiera sido provocar algún odio adormecido, dar origen a un escándalo, o cuando menos ganarme reputación de indiscreto. Ése era el interés; y, si se entendiera el principio de Helvetius de un modo superficial, eso es lo que debería haber hecho. Pero ya he expuesto el motivo de la indiscreción masculina: antes de aquel interés de *seguridad* había otro, el de la *vanidad*, que es más íntimo, más inmediato: el primero era reflexivo, suponía un silogismo anterior; el segundo era espontáneo, instintivo, venía de las entrañas del sujeto; finalmente, el efecto del primero era remoto, el del segundo próximo. Conclusión: el principio de Helvetius es verdadero en mi caso; la diferencia es que no era el interés aparente, sino el recóndito.

CXXXIV

Cincuenta años

No os he dicho aún —pero ahora lo digo— que cuando Virgilia bajaba la escalera y el oficial de marina me tocaba el hombro, tenía yo cincuenta años. Era, pues, mi vida que bajaba por la escalera, o la mejor parte, cuando menos, una parte llena de placeres, de agitaciones, de sustos, embozada en disimulo y doblez, pero en fin de cuentas la mejor, si hemos de hablar el lenguaje usual. Pero si empleamos otro más sublime, la mejor parte fue la restante, como tendré el honor de deciros en las pocas páginas que faltan de este libro.

¡Cincuenta años! No era preciso confesarlo. Ya se va sintiendo que mi estilo no es tan ágil como en los primeros días. En aquella ocasión, después del diálogo con el oficial de marina, que se puso el abrigo y salió, confieso que me quedé un poco triste. Volví a la sala, se me ocurrió bailar una polka, embriagarme con las luces, las flores, los cristales, los ojos bonitos, y con el murmullo sordo y ligero de las conversaciones particulares. Y no me arrepiento; me rejuvenecí. Pero media hora después, cuando me retiré del baile, a las cuatro de la mañana, ¿qué fue lo que vine a encontrar en el fondo del coche? Mis cincuenta años. Allí estaban los muy tercos, no entumidos de frío, ni reumáticos, sino dormitando su fatiga, un poco ansiosos de cama y de reposo. Entonces —y observad hasta qué punto puede ir la imaginación de un hombre con sueño—, entonces me pareció que un murciélago, encaramado en el tejado, me decía:

—Señor Blas Cubas, el rejuvenecimiento estaba en la sala, en los cristales, en las luces, en las sedas... en fin, en los otros.

CXXXV

Oblivi3n

Y ahora siento que, si alguna dama ha seguido estas p3ginas, cierra el libro y no lee las restantes. Para ella se ha extinguido el inter3s de mi vida, que era el amor. ¡Cincuenta a3os! No es todav3a la invalidez, pero ya no es la frescura. Que vengan otros diez, y entender3 lo que un ingl3s dec3a; entender3 qu3 cosa es “no hallar ya quien se acuerde de mis padres, y de qu3 modo se ha de encarar conmigo el propio OLVIDO”.

Va en versalitas este nombre. ¡OBLIVI3N! Justo es que se den todos los honores a un personaje tan despreciado y tan digno, invitado de la 3ltima hora, pero cierto. Lo sabe la dama que brill3 en la aurora del actual siglo, y m3s dolorosamente la que ostent3 sus gracias en flor bajo el ministerio Paran3,^[70] porque 3sta se halla m3s cerca del triunfo, y siente ya que otras han ocupado su lugar en el carro. Entonces, si es digna de s3 misma, no se empe3a en reavivar el recuerdo muerto o expirante; no busca en la mirada de hoy el mismo homenaje de la mirada de ayer, cuando eran otros los que iban al frente en la marcha de la vida, el alma alegre y el pie veloz. *Tempora mutantur*. Comprende que este torbellino es siempre as3: se lleva las hojas del bosque y los harapos del camino, sin excepci3n ni piedad; y, si tiene un poco de filosof3a, no envidia, sino que compadece a las que han ocupado su lugar en el carro, porque tambi3n ellas han de ser apeadas por el lacayo OBLIVI3N. Espect3culo cuyo fin es divertir al planeta Saturno, que anda muy aburrido.

CXXXVI
Inutilidad

Pero, o mucho me engaño, o acabo de escribir un capítulo inútil.

CXXXVII

El chacó

Y sin embargo, no; porque resume las reflexiones que le hice al día siguiente a Quincas Borba, añadiendo que me sentía abrumado, y mil otras cosas tristes. Pero el filósofo, con el elevado tino de que disponía, me gritó que estaba resbalando por la ladera fatal de la melancolía.

—Mi querido Blas Cubas, no te dejes vencer de esos vapores. ¡Qué diantre! ¡Es preciso ser hombre! ¡Ser fuerte! ¡Luchar! ¡Vencer! ¡Brillar! ¡Influir! ¡Dominar! Cincuenta años es la edad de la ciencia y del gobierno. Ánimo, Blas Cubas; no te me hagas bobo. ¿Qué tienes que ver tú con esa sucesión de ruina a ruina o de flor a flor? Trata de saborear la vida; y sábette que la peor filosofía es la del llorón que se echa a la orilla del río con el fin de lamentarse del curso incesante de las aguas. El oficio de ellas es no parar nunca; acomódate a la ley, y trata de aprovecharla.

En las menores cosas se ve lo que vale la autoridad de un gran filósofo. Las palabras de Quincas Borba tuvieron la virtud de sacudir el letargo moral y mental en que me encontraba. Vamos; ocupémonos del gobierno, es tiempo. Yo no había intervenido hasta entonces en los grandes debates. Cortejaba la cartera por medio de caravanas, téis, comisiones y votos; y la cartera no venía. Urgía apoderarse de la tribuna.

Comencé despacito. Tres días después, cuando se discutía el presupuesto de lo judicial, aproveché la oportunidad para preguntar modestamente al ministro si no juzgaba útil disminuir el chacó de la guardia nacional. No tenía vasto alcance el objeto de la pregunta; pero, aun así, demostré no ser indigno de las cavilaciones de un hombre de Estado; y cité a Filopémenes, que ordenó la sustitución de los broqueles de sus tropas, que eran pequeños, por otros mayores, así como las lanzas, que eran demasiado ligeras; hecho que no consideró la historia que desmintiese de la gravedad de sus páginas. El tamaño de nuestros chacós estaba pidiendo un corte profundo, no sólo por ser inelegantes, sino sobre todo por ser antihigiénicos. En los desfiles, al rayo del sol, el exceso de calor producido por ellos sería fatal. Siendo cierto que uno de los preceptos de Hipócrates era tener la cabeza fresca, parecía cosa cruel obligar a un ciudadano, por simple consideración de uniforme, a arriesgar su salud y su vida, y por consiguiente el futuro de su familia. La cámara y el gobierno debían recordar que la guardia nacional era el resguardo

de la libertad y de la independencia, y que el ciudadano, llamado a un servicio gratuito, frecuente y penoso, tenía derecho a que se le disminuyese el *onus* y a que se decretase un uniforme ligero y manejable. Agregaba que el chacó, por su peso, abatía la cabeza de los ciudadanos, y la patria necesitaba ciudadanos cuya frente pudiese levantarse altiva y serena frente al poder; y concluía con esta idea: el sauce llorón, que inclina sus ramas a tierra, es árbol de cementerio; la palmera, erecta y firme, es árbol del desierto, de las plazas y de los jardines.

Muy diversa fue la impresión de este discurso. En cuanto a la forma, al raptó elocuente, a la parte literaria y filosófica, la opinión fue sólo una; dijeronme todos que era completo, y que de un chacó nadie había conseguido hasta entonces sacar tantas ideas. Pero la parte política fue considerada por muchos deplorable; a algunos les parecía mi discurso un desastre parlamentario; en fin, vinieron a decirme que otros me juzgaban ya en las filas de la oposición, y en ese número entraban los opositores de la cámara, que llegaron a insinuar la conveniencia de una moción de desconfianza. Rechacé enérgicamente tal interpretación, que era no tan sólo errónea, sino calumniosa, pues a todos constaba notoriamente que yo apoyaba el gabinete; añadí que la necesidad de disminuir el chacó no era tan urgente que no pudiese esperar algunos años; y que, en todo caso, yo transigiría en la extensión del corte, contentándome con tres cuartos de pulgada o menos; en fin, aun en caso de que mi idea no fuese adoptada, bastábame haberla iniciado en el Parlamento.

Pero Quincas Borba no hizo restricción alguna.

—No soy hombre político —me dijo en la cena—; no sé si estuviste bien o mal; sé que has hecho un excelente discurso.

Y entonces notó las partes más salientes, las imágenes hermosas, los argumentos fuertes, con ese comedimiento de elogio que tan bien le está a un gran filósofo; después tomó el asunto por su cuenta e impugnó el chacó con tal fuerza, con tan grande lucidez, que acabó convenciéndome efectivamente de su peligro.

CXXXVIII
A un crítico

Mi querido crítico:

Algunas páginas atrás, al decir que tenía cincuenta años, añadí: “Ya se va sintiendo que mi estilo no es tan ágil como en los primeros días”. Tal vez te parezca incomprensible esta frase, pues conoces mi actual estado; pero llamo tu atención a la sutileza de aquel pensamiento. Lo que quiero decir no es que esté ahora más viejo que cuando comencé el libro. La muerte no envejece. Lo que quiero decir es que en cada frase de la narración de mi vida experimento la sensación correspondiente. ¡Válgame Dios! Es preciso explicarlo todo.

CXXXIX

De cómo no fui ministro de Estado

.....

.....

.....

.....

.....

CXL

Que explica el anterior

Hay cosas que mejor se dicen callando; tal es la materia del capítulo anterior. Pueden entenderlo los ambiciosos malogrados. Si la pasión del poder es la más fuerte de todas, como algunos inculcan, imaginad la desesperación, el dolor, el abatimiento del día en que perdí la silla de la cámara de diputados. Se me iban las esperanzas todas; aquello era el fin de mi carrera política. Y notad que a Quincas Borba, por inducciones filosóficas que hizo, le pareció que mi ambición no era la pasión verdadera del poder, sino un capricho, un deseo de pasar el rato. En su opinión, este sentimiento, no siendo más profundo que el otro, molesta mucho más, porque es algo semejante al amor que las mujeres tienen por los encajes y sombreros. Un Cromwell o un Bonaparte —añadía—, por lo mismo que arden en la pasión del poder, llegan a él por la viva fuerza, por la escalera de la derecha, o por la de la izquierda. No era así mi sentimiento; éste, como no tenía en sí la misma fuerza, no tenía tampoco la misma certeza del resultado; y de ahí la mayor aflicción, el mayor desencanto, la mayor tristeza. Mi sentimiento, según el humanitismo...

—¡Vete al diablo con tu humanitismo! —interrumpí—. Estoy harto de filosofías que a nada conducen.

La dureza de la interrupción, tratándose de tan gran filósofo, equivalía a un desacato; pero él mismo disculpó la irritación con que le hablé. Nos trajeron café; era la una de la tarde, estábamos en mi sala de estudio, una hermosa sala que daba hacia el fondo de la quinta, buenos libros, objetos de arte, un Voltaire entre ellos, un Voltaire de bronce, que en aquella ocasión parecía acentuar la risita de sarcasmo con que el muy pillo me miraba; sillas excelentes; afuera, el sol, un gran sol, que Quincas Borba, no sé si por zumba o poesía, llamó uno de los ministros de la naturaleza; hacía un viento fresco, el cielo estaba azul. De cada ventana —eran tres— colgaba una jaula con pájaros, que gorjeaban sus óperas rústicas. Todo tenía la apariencia de una conspiración de las cosas contra el hombre; y, a pesar de que yo estaba en *mi* sala, mirando *mi* quinta, sentado en *mi* silla, oyendo *mis* pájaros, junto a *mis* libros, alumbrado por *mi* sol, no llegaba a curarme de la nostalgia de aquella otra silla, que no era mía.

CXLI

Los perros

—Pero, en fin, ¿qué pretendes hacer ahora? —me preguntó Quincas Borba yendo a poner la taza vacía en el antepecho de una de las ventanas.

—No sé; voy a meterme en Tijuca; huir de los hombres. Estoy corrido, fastidiado. Tantos sueños, mi querido Borba, tantos sueños y no soy nada.

—¡Nada! —me interrumpió Quincas Borba con un gesto de indignación.

Para distraerme, me invitó a salir; salimos por el rumbo de Engenho Velho. Íbamos a pie, filosofando sobre las cosas. Nunca se me ha de olvidar el beneficio de aquel paseo. La palabra de aquel gran hombre era el cordial de la sabiduría. Me dijo que yo no podía huir del combate; si me cerraban la tribuna, debía lanzar un periódico. Llegó a usar una expresión menos elevada, mostrando así que la lengua filosófica podía, una u otra vez, remozarse en el caló del pueblo.

—Fundas un periódico —me dijo— y “desbarata toda esta compadrería”.

—¡Magnífica idea! Voy a fundar un periódico, voy a aplastarlos, voy a...

—Luchar. Puedes aplastarlos o no; lo esencial es que luches. Vida es lucha. Vida sin lucha es un mar muerto en el centro del organismo universal.

Después de unos minutos nos topamos con una riña de perros, hecho que a los ojos de un hombre vulgar no hubiera tenido valor. Quincas Borba hizo que me parara y observara los perros. Eran dos. Notó que junto a ellos estaba un hueso, motivo de la guerra, y no dejó de llamar mi atención a la circunstancia de que el hueso no tenía carne. Un simple hueso pelado. Los perros se mordían, gruñían, con el furor en los ojos... Quincas Borba se puso el bastón bajo el brazo, y parecía en éxtasis.

—¡Qué hermoso es esto! —decía de cuando en cuando.

Quise arrancarlo de allí, pero no pude; estaba arraigado en el suelo, y sólo continuó caminando cuando la riña cesó por completo, y uno de los perros, mordido y vencido, se fue con su hambre a otra parte. Noté que se había puesto

sinceramente alegre, aunque contuviese su alegría, según convenía a un gran filósofo. Me hizo observar la belleza del espectáculo, recordó el objeto de la lucha, y concluyó que los perros tenían hambre; pero la privación del alimento era nada para los efectos generales de la filosofía. Y no dejó de recordar que en algunas partes del globo el espectáculo es más grandioso: los seres humanos son quienes disputan a los perros los huesos y otros manjares menos apetecibles; y la lucha se complica mucho, porque entra en acción la inteligencia del hombre, con todo el cúmulo de sagacidad que le han dado los siglos, etcétera.

CXLII

La petición secreta

¡Cuántas cosas en un minué!, como decía el otro. ¡Cuántas cosas en una riña de perros! Pero yo no era un discípulo servil o medroso que dejase de hacer una que otra objeción adecuada. Mientras caminábamos, le dije que tenía una duda; no estaba muy seguro de la ventaja de disputarles la comida a los perros. Él me contestó con excepcional blandura:

—Disputársela a los demás hombres es más lógico, porque la condición de los rivales es la misma, y el hueso se lo lleva el más fuerte. Pero ¿por qué no habrá de ser un espectáculo grandioso disputárselo a los perros? Voluntariamente, hay gente que come saltamontes, como el Precursor, o cosas peores, como Ezequiel; luego, lo feo es comible; basta saber si es más digno del hombre disputárselo, por virtud de una necesidad natural, o preferirlo, para obedecer a una exaltación religiosa, esto es, modificable, mientras que el hambre es eterna, como la vida y como la muerte.

Estábamos a la puerta de mi casa; me dieron una carta, diciendo que venía de una señora. Entramos, y Quincas Borba, con la discreción propia de un filósofo, se puso a leer el lomo de los libros de un estante, mientras yo leía la carta, que era de Virgilia.

“Mi buen amigo,

“Doña Plácida está muy mala. Te pido el favor de que hagas algo por ella; vive en el *Becco das Escadinhas*;^[71] mira si alcanzas a encontrar un lugar para ella en la Misericordia.

Tu amiga sincera”

A handwritten signature in black ink, consisting of a stylized, cursive letter 'V' or 'W' shape.

No era la letra fina y correcta de Virgilia, sino gruesa y desigual; la V de la firma no pasaba de un garabato sin intención alfabética; de manera que, si la carta fuera vista por allí, era muy difícil decir quién la había hecho. Miré y remiré el papel. ¡Pobre de doña Plácida! Pero si yo le había dejado los cinco contos de la playa de Botafogo, y no podía comprender cómo...

— Vas a comprender — me dijo Quincas Borba, sacando un libro del estante.

— ¿Qué cosa? — pregunté espantado.

— Vas a comprender que yo no te he dicho más que la verdad. Pascal es uno de mis abuelos espirituales; y, a pesar de que mi filosofía vale más que la de él, no puedo negar que era un gran hombre. Pues bien, ¿qué dice en esta página?

Y, sombrero en la cabeza, bastón bajo el brazo, apuntaba el lugar con el dedo.

— ¿Qué dice? Dice que el hombre tiene “una gran ventaja sobre el resto del universo: sabe que muere, mientras que el universo lo ignora absolutamente”. ¿Ves? Luego, el hombre que le disputa un hueso a un perro tiene sobre él esta gran ventaja de saber que tiene hambre; y esto es lo que hace grandiosa la lucha, como te decía. “Sabe que muere” es una expresión profunda; creo, sin embargo, que es más profunda mi expresión: sabe que tiene hambre. Porque el hecho de la muerte limita, por decirlo así, el entendimiento humano; la conciencia de la extinción dura un breve instante y acaba para siempre jamás, mientras que el hambre tiene la ventaja de volver, de prolongar el estado consciente. Me parece (si no hay en esto alguna falta de modestia) que la fórmula de Pascal es inferior a la mía, sin dejar no obstante de ser un gran pensamiento, y Pascal un gran hombre.

CXLIII

No voy

Mientras él volvía el libro al estante, releía yo el billete. A la hora de cenar, viendo que yo hablaba poco, masticaba sin acabar de tragar, me quedaba viendo un rincón de la sala, la punta de la mesa, un plato, una silla, una mosca invisible, me dijo:

—Tienes algo; apuesto a que fue aquella carta.

—En efecto.

Realmente, me sentía fastidiado, incomodado con la petición de Virgilia. Le había dado a doña Plácida cinco contos de reis; dudo mucho que nadie fuese más generoso que yo, ni tanto. ¡Cinco contos! ¿Y qué cosa había hecho con ellos? Naturalmente los echó por la ventana, se los devoró en grandes comilonas, y ahora llama a la puerta de la Misericordia, ¡yo había de llevarla! Uno se muere en cualquier parte. Añádase que yo no sabía o no recordaba al tal *Becco das Escadinhas*, que, por el nombre, me parecía algún rincón estrecho y oscuro de la ciudad. Tenía que ir, llamar la atención de los vecinos, tocar a la puerta, etc. ¡Qué lata! No voy.

CXLIV

Utilidad relativa

Pero la noche, que es buena consejera, me hizo ver que la cortesía mandaba obedecer los deseos de mi antigua dama.

—Letras vencidas, urge pagarlas —me dijo al levantarme.

Después del almuerzo fui a casa de doña Plácida; me encontré con un saco de huesos, envuelto en harapos, extendido sobre un catre viejo y nauseabundo; le di algún dinero. Al día siguiente hice que la transportaran a la Misericordia, en donde murió una semana después. Miento: amaneció muerta; salió de la vida a escondidas, tal como había entrado en ella. Otra vez me pregunté, como en el capítulo LXXV, si para esto habían traído a la luz a doña Plácida el sacristán de la Catedral y la dulcera, en un momento de simpatía específica. Pero advertí luego que, si no fuese por doña Plácida, tal vez mis amores con Virgilia hubiesen sido interrumpidos, en plena efervescencia; tal fue, por tanto, la utilidad de la vida de doña Plácida. Utilidad relativa, convengo; pero ¿qué diantre hay absoluto en este mundo?

CXLV

Simple repetición

En cuanto a los cinco contos, no vale la pena decir que un cantero de la vecindad se fingió enamorado de doña Plácida, logró despertarle los sentidos, o la vanidad, y se casó con ella; pasados algunos meses inventó un negocio, vendió las pólizas y huyó con el dinero. No vale la pena. Es el caso de los perros de Quincas Borba. Simple repetición de un capítulo.

CXLVI

El programa

Urgía fundar el periódico. Redacté el programa, que era una aplicación política del humanitismo; pero como Quincas Borba no había publicado aún el libro (lo estaba perfeccionando de año en año) convinimos en no hacer de él ninguna referencia. Quincas Borbas exigió tan sólo una declaración, autógrafa y reservada, de que algunos principios nuevos aplicados a la política estaban sacados de su libro, aún inédito.

Era la flor y nata de los programas: prometía curar la sociedad, destruir los abusos, defender los sanos principios de libertad y conservación; hacía un llamado al comercio y a la agricultura; citaba a Guizot y a Ledru-Rollin, y acababa con esta amenaza, que a Quincas Borba le pareció mezquina y local: “La nueva doctrina que profesamos tiene que derribar, inevitablemente, al actual ministerio”. Confieso que, en las circunstancias políticas de la ocasión, el programa me pareció una obra maestra. La amenaza del final, que a Quincas Borba le pareció mezquina, yo le demostré que estaba saturada del más puro humanitismo, y él mismo lo confesó después. En efecto, el humanitismo no excluía nada; las guerras de Napoleón y una pelea de cabras eran, según nuestra doctrina, la misma sublimidad, con la diferencia de que los soldados de Napoleón sabían que morían, cosa que aparentemente no sucede con las cabras. Ahora bien, yo no hacía más que aplicar a las circunstancias nuestra fórmula filosófica: Humanitas quería sustituir a Humanitas para consuelo de Humanitas.

—Tú eres mi discípulo amado, mi califa —gritó Quincas Borba, con una nota de ternura que hasta entonces no le había oído—. Puedo decir como el gran Mohamed: aunque vengan ahora contra mí el sol y la luna, no retrocederé de mis ideas. Créeme, mi querido Blas Cubas, que ésta es verdad eterna, anterior a los mundos, posterior a los siglos.

CXLVII

El desatino

Mandé luego a la imprenta una noticia discreta, diciendo que probablemente comenzaría la publicación de un periódico opositor, dentro de algunas semanas, redactado por el doctor Blas Cubas. Quincas Borba, a quien leí la noticia, tomó la pluma y le agregó a mi nombre, con una fraternidad verdaderamente humanística, esta frase: “uno de los miembros más gloriosos de la pasada cámara”.

Al día siguiente métese en mi casa Cotrim. Venía un poco trastornado, pero lo disimulaba, afectando sosiego y hasta alegría. Había visto la noticia del periódico, y le pareció que debía, como amigo y pariente, disuadirme de semejante idea. Era un error, un error fatal. Me demostró que iba a colocarme en una situación difícil, y en cierto modo a cerrarme las puertas del Parlamento. El ministerio no sólo le parecía excelente, lo que muy bien no podía ser mi opinión, pero con seguridad viviría mucho; ¿y qué podía ganarme con indisponerlo en contra mía? A él le constaba que algunos de los ministros no me querían mal; no era imposible que una ola... Lo interrumpí en ese punto para decirle que había meditado mucho el paso que iba a dar, y no podía retroceder ni una línea. Llegué a proponerle la lectura del programa, pero él se negó enérgicamente, diciendo que no quería tener la menor parte en mi desatino.

—Es un verdadero desatino —repitió—; piénsalo algunos días, y verás que es un desatino.

Lo mismo dijo Sabina, por la noche, en el teatro. Dejó a su hija en el palco, con Cotrim, y salió conmigo al pasillo.

—Oye, Blas, ¿qué es lo que vas a hacer? —me preguntó afligida—. ¿Qué idea es ésa de provocar al gobierno, sin necesidad, cuando muy bien podías...?

Le expliqué que no me convenía mendigar una silla en el Parlamento; que mi idea era derribar el ministerio, por no parecerme adecuado a la situación... y a cierta fórmula filosófica; le aseguré que emplearía siempre un lenguaje cortés, aunque enérgico. La violencia no era condimento de mi paladar. Sabina se dio unos golpes con el abanico en la punta de los dedos, meneó la cabeza y volvió al asunto con un aire de súplica y de amenaza, alternativamente; yo le dije que no,

que no y que no. Desengañada, me echó en cara el preferir los consejos de personas extrañas y envidiosas a los de ella y de su marido.

—Pues haz lo que te parezca —concluyó—; nosotros hemos cumplido nuestra obligación.

Me dio las espaldas y volvió a su palco.

CXLVIII

El problema insoluble

Publiqué el periódico. Veinticuatro horas después aparecía en otros una declaración de Cotrim, diciendo, en sustancia, que “aunque no militaba en ninguno de los partidos en que se dividía la patria, hallaba conveniente dejar muy claro que no tenía influencia ni parte directa o indirecta en la hoja de su cuñado, el doctor Blas Cubas, cuyas ideas y procedimiento reprobaba por completo. El actual ministerio (por lo demás, igual que cualquier otro compuesto de iguales capacidades) le parecía destinado a promover la felicidad pública”.

No podía acabar de creer a mis propios ojos. Me los refregué una y dos veces, y releí la declaración importuna, insólita y enigmática. Si él nada tenía que ver con los partidos políticos, ¿qué le importaba un incidente tan vulgar como la publicación de una hoja? No todos los ciudadanos que creen bueno o malo un ministerio hacen declaraciones semejantes por la prensa, ni están obligados a hacerlas. Realmente, era un misterio la intrusión de Cotrim en este asunto, no menos que su agresión personal. Nuestras relaciones habían sido hasta entonces llanas y benévolas; no recordaba ningún disentimiento, ninguna sombra, nada, después de la reconciliación. Al contrario, los recuerdos eran de verdaderos favores; así, por ejemplo, siendo yo diputado, pude obtener para él un contrato de abastecimiento de equipo para el arsenal de marina, abastecimiento que continuaba haciendo con la mayor puntualidad, y del cual me decía algunas semanas antes que, al cabo de unos tres años, podía dejarle unos doscientos contos. ¿Pues no tuvo fuerza el recuerdo de semejante favor para impedir que viniese en público a enlodar a su cuñado? Debía de ser muy poderoso el motivo de la declaración, que le hacía cometer al mismo tiempo un disparate y una ingratitud; confieso que era un problema insoluble...

CXLIX

Teoría del beneficio

... Tan insoluble que Quincas Borba no pudo hallarle salida, a pesar de que lo estudió largamente y con buena voluntad.

—¡Dejemos eso! —concluyó—; no todos los problemas valen cinco minutos de atención.

En cuanto a la censura de ingratitud, Quincas Borba la rechazó por completo, no como improbable, sino como absurda, por no obedecer a las conclusiones de una buena filosofía humanística.

—No me puedes negar un hecho —dijo—: es que el placer del beneficiador es siempre mayor que el del beneficiado. ¿Qué es el beneficio? Es un acto que hace cesar cierta privación del beneficiado. Una vez producido el efecto esencial, esto es, una vez cesada la privación, vuelve el organismo al estado anterior, al estado indiferente. Supón que tienes demasiado apretado el cinto de tus pantalones; para hacer cesar la incomodidad, aflojas el cinto, respiras, saboreas un instante de gozo, el organismo vuelve a la indiferencia y no te acuerdas ya ni de tus dedos que practicaron el acto. Como no hay nada que perdure, es natural que la memoria se desvanezca, porque no es una planta aérea, sino que le hace falta el suelo. Es cierto que la esperanza de otros favores conserva siempre en el beneficiado el recuerdo del primero; pero este hecho, por cierto uno de los más sublimes que la filosofía puede hallar en su camino, se explica por la memoria de la privación, o, para emplear otra metáfora, por la privación continuada en la memoria que hace repercutir el dolor pasado y aconseja la precaución del remedio oportuno. No digo que, aun sin esta circunstancia, no suceda algunas veces que persiste la memoria del favor, acompañada de cierto afecto más o menos intenso; pero éstas son verdaderas aberraciones, sin ningún valor a los ojos de un filósofo.

—Pero —repliqué— si ninguna razón hay para que perdure la memoria del favor no otorgado, menos ha de haberla en relación con el favorecedor. Quisiera que me explicaras, este punto.

—No se explica lo que es por su naturaleza evidente —repuso Quincas Borba—; pero te diré algo más. La persistencia del beneficio en la memoria de

quien lo practica se explica por la naturaleza misma del beneficio y de sus efectos. En primer lugar, existe el sentimiento de una buena acción, y, deductivamente, la conciencia de que somos capaces de buenas acciones; en segundo lugar, se recibe una convicción de superioridad sobre otro individuo, superioridad en el estado y en los medios; y ésta es una de las cosas más legítimamente agradables, según las mejores opiniones, para el organismo humano. Erasmo, que en su *Elogio de la locura* escribió algunas cosas buenas, llamó la atención hacia la complacencia con que dos asnos se rascan uno a otro. Estoy lejos de rechazar esta observación de Erasmo; pero diré lo que él no dijo, a saber: que si uno de los asnos rasca mejor al otro, éste debe tener en sus ojos algún indicio especial de satisfacción. ¿Por qué una mujer bonita se mira muchas veces en el espejo sino porque se encuentra bonita, y porque eso le da cierta superioridad sobre una multitud de otras mujeres menos bonitas o absolutamente feas? La conciencia es la misma cosa: se mira una y otra vez cuando se halla hermosa. Y el remordimiento no es otra cosa que la mueca de una conciencia que se ve hedionda. No olvides que, como todo es una simple irradiación de Humanitas, el beneficio y sus efectos son fenómenos perfectamente admirables.

CL

Rotación y traslación

Hay en cada empresa, afecto o edad, un ciclo entero de la vida humana. El primer número de mi periódico me llenó el alma de una inmensa aurora, me coronó de verdes, me restituyó la agilidad de la juventud. Seis meses después llamaba a la puerta de la vejez, y al cabo de dos semanas a la de la muerte, que fue clandestina, como la de doña Plácida. El día en que el periódico amaneció muerto, respiré como hombre que ha recorrido un largo camino. De modo que, si digo que la vida humana nutre de sí misma a otras vidas, más o menos efímeras, como el cuerpo alimenta a sus parásitos, creo no decir algo enteramente absurdo. Pero para no arriesgar esa figura menos nítida y adecuada, prefiero una imagen astronómica: el hombre ejecuta alrededor del gran misterio un movimiento doble de rotación y traslación; tiene sus días, desiguales como los de Júpiter, y con ellos compone su año, más o menos largo.

En el momento en que terminaba yo mi movimiento de rotación concluía Lobo Neves su movimiento de traslación. Moría con el pie en la escalera ministerial. Por lo menos, durante algunas semanas corrió el rumor de que iba a ser ministro; y como ese rumor me llenó de mucha irritación y envidia, no es imposible que la noticia de su muerte me dejase alguna tranquilidad, alivio, y uno o dos minutos de placer. Placer es mucho decir, pero es la verdad; juro a los siglos que es la pura verdad.

Fui al entierro. En la sala mortuoria me encontré a Virgilia, junto al féretro, sollozando. Cuando levanté la cabeza, vi que lloraba de veras. Cuando salió el cortejo se abrazó al ataúd, afligida; tuvieron que venir a separarla y a llevársela adentro. Os repito que las lágrimas eran verdaderas. Yo fui al cementerio, y, para decirlo todo, no tenía muchas ganas de hablar; llevaba una piedra en la garganta o en la conciencia. En el cementerio, principalmente cuando dejé caer la pala de cal sobre el ataúd, en el fondo de la fosa, el ruido sordo de la cal me produjo un estremecimiento pasajero, es cierto, pero desagradable; además, la tarde tenía el peso y el color del plomo; el cementerio, las ropas negras...

CLI

Filosofías de los epitafios

Salí, apartándome de los grupos, y fingiendo leer los epitafios. Y por cierto me gustan los epitafios; son, entre la gente civilizada, una expresión de aquel piadoso y secreto egoísmo que induce al hombre a arrancarle a la muerte un harapo cuando menos de la sombra que pasó. De ahí procede, tal vez, la tristeza inconsolable de los que saben que están sus muertos en la fosa común; les parece que la podredumbre anónima los alcanza a ellos mismos.

CLII

La moneda de Vespasiano

Se habían ido todos; sólo mi coche estaba esperando a su dueño. Encendí un puro y me alejé del cementerio. No podía sacudir de los ojos la ceremonia del entierro, ni de los oídos los sollozos de Virgilia. Los sollozos, principalmente, tenían el sonido vago y misterioso de un problema. Virgilia había traicionado a su marido, con sinceridad, y ahora lo lloraba, también con sinceridad. He ahí una combinación difícil que no pude componer en todo el trayecto; sin embargo, en casa, al apearme del coche, sospeché que la combinación era posible, y hasta fácil. ¡Dulce Naturaleza! El impuesto sobre el dolor es como la moneda de Vespasiano: no deja olor su origen, y lo mismo se recauda del mal como del bien. La moral reprenderá quizá a mi cómplice; pero esto carece absolutamente de importancia, implacable amiga, ya que tú recibiste con toda puntualidad sus lágrimas. ¡Dulce, tres veces dulce Naturaleza!

CLIII

El alienista

Comienzo a ponerme patético y prefiero dormir. Dormí, soñé que era un nabab, y desperté con la idea de ser nabab. Me gustaba, algunas veces, imaginar estos contrastes de región, de estado y de credo. Algunos días antes había pensado en la hipótesis de una revolución social, religiosa y política, que transfiriese al arzobispo de Cantorbery a simple recaudador de Petrópolis,^[72] e hice largos cálculos para saber si el recaudador eliminaría al arzobispo o si el arzobispo echaría a un lado al recaudador, o qué porción de arzobispo puede yacer en un recaudador, o qué suma de recaudador puede combinarse con un arzobispo, etc. Cuestiones insolubles, aparentemente, pero en realidad perfectamente solubles, con tal que se atienda al hecho de que puede haber en un arzobispo dos arzobispos, el de la bula y el otro. Está dicho, voy a ser nabab.

Era una simple farsa; sin embargo, se lo dije a Quincas Borba, que me miró con cierta cautela y pesadumbre, llevando su bondad hasta comunicarme que yo estaba loco. En un principio me reí; pero la noble convicción del filósofo me hizo concebir cierto miedo. La única objeción contra la palabra de Quincas Borba era que no me sentía loco, pero como los locos no tienen por regla general otro concepto de sí mismos, semejante objeción carecía de valor. Y mirad si hay algún fundamento en la creencia popular de que los filósofos son hombres ajenos a las cosas mínimas. Al día siguiente me mandó Quincas Borba un alienista. Lo conocía y me quedé aterrado. Pero él se condujo con la mayor delicadeza y habilidad, y se despidió tan alegremente que me animó a preguntarle si en verdad no le parecía loco.

—No —me contestó, sonriendo—; muy pocos hombres tendrán tanto juicio como usted.

—¿Entonces Quincas Borba me ha engañado?

—Redondamente—. Y agregó—: Por el contrario, si usted es amigo de él... le aconsejo que lo distraiga... que...

—¡Cielos santos! ¿Le parece?... ¡Un hombre de tan grande espíritu, un filósofo!

—No importa; la locura entra en todas las casas.

Imaginaos mi aflicción. El alienista, viendo el efecto de sus palabras, reconoció que yo era amigo de Quincas Borba, y trató de disminuir la gravedad de su advertencia. Observó que bien podía no ser nada, y aun añadió que un granito de locura, lejos de hacer mal, le daba cierto saborcillo a la vida. Y como yo rechazase con horror esta opinión, el alienista sonrió y me dijo una cosa tan extraordinaria, tan extraordinaria, que merece nada menos que un capítulo.

CLIV

Los navíos del Pireo

—Usted se acordará —me dijo el alienista— de aquel famoso maniaco ateniense que suponía que todos los navíos que entraban en el Pireo eran de su propiedad. No pasaba de un pobretón, que quizá no tuviese, para dormir, ni el tonel de Diógenes; pero la posesión imaginaria de los navíos valía para él más que todos los dracmas de la Hélade. Pues bien, hay en todos nosotros un maniaco de Atenas; y el que jure que no ha poseído alguna vez, mentalmente, dos o tres buques, por lo menos, puede creerme que jura en falso.

—¿También usted? —le pregunté.

—También yo.

—¿También yo?

—También usted; y su criado, nada menos, si es su criado ese hombre que está allí sacudiendo las alfombras en la ventana.

En efecto, era uno de mis criados que estaba golpeando las alfombras, mientras nosotros hablábamos en el jardín, a un lado. El alienista observó entonces que el criado había abierto de par en par todas las ventanas desde hacía mucho tiempo, que había corrido las cortinas, exhibiendo lo más posible la sala, ricamente amueblada, para que la vieses desde la calle, y concluyó:

—Su criado tiene la manía del ateniense; cree que los navíos son suyos; una hora de ilusión que le da la mayor felicidad de la tierra.

CLV

Reflexión cordial

—Si el alienista tiene razón —me dije— no habrá por qué compadecer mucho a Quincas Borba; es una cuestión de más o de menos. Sin embargo, es justo cuidarlo y evitar que se le metan en el cerebro maniacos de otros parajes.

CLVI

Orgullo de la servilidad

Quincas Borba no estuvo de acuerdo con el alienista en lo que concernía a mi criado.

—Se puede, por imagen, atribuir a tu criado la manía del ateniense —me dijo—; pero imágenes no son ideas ni observaciones tomadas de la naturaleza. Lo que tiene tu criado es un sentimiento noble y perfectamente regido por las leyes del humanitismo; es el orgullo de la servilidad. Su intención es demostrar que él no es criado de *cualquiera*.

Después llamó mi atención hacia los cocheros de una casa grande, más tiesos que el amo, hacia los criados de hotel, cuya solicitud obedece a las variaciones sociales de la clientela, etc. Y concluyó que era todo la expresión de aquel sentimiento delicado y noble, prueba cabal de que muchas veces el hombre, aun dando betún a las botas, es sublime.

CLVII

Fase brillante

—Eres sublime —grité lanzándole mis brazos al cuello.

En efecto, era imposible creer que un hombre tan profundo llegase a la demencia; fue lo que le dije después de mi abrazo, denunciándole la sospecha del alienista. Me es imposible describir la impresión que le hizo la denuncia; recuerdo que se estremeció y se quedó muy pálido.

Por ese tiempo me reconcilié de nuevo con Cotrim, sin llegar a saber la causa de su disentimiento. Reconciliación oportuna, porque la soledad me pesaba y la vida era para mí la peor de las fatigas, que es la fatiga sin trabajo. Poco después fui invitado por él a afiliarme en una Orden Tercera, lo que no hice sin consultar a Quincas Borba.

—Entra, si quieres —me dijo éste—, pero temporalmente. Yo trato de anexar a mi filosofía una parte dogmática y litúrgica. El humanismo ha de ser también una religión, la del futuro, la única verdadera. El cristianismo es bueno para las mujeres y los mendigos, y las demás religiones no valen más que ésta; cojean todas por la misma vulgaridad o flaqueza. El paraíso cristiano es un digno émulo del paraíso musulmán; y el nirvana de Buda no pasa de una concepción de paralíticos. Verás qué cosa es la religión humanística. La absorción final, la fase *contractiva*, es la reconstitución de la sustancia, no su aniquilamiento, etc. Ve a donde te llaman; pero no olvides que eres mi califa.

Y ved ahora mi modestia: me afilié en la Orden Tercera de ***, ejercí en ella algunos cargos, fue ésa la fase más brillante de mi vida. No obstante, me callo, no digo nada, no cuento mis servicios, lo que hice por los pobres y por los enfermos, ni las recompensas que recibí, nada, no digo absolutamente nada.

Tal vez la economía social pudiese ganar algo si yo mostrase cómo cualquier premio extraño vale poco al lado del premio subjetivo inmediato; pero sería romper el silencio que he jurado guardar en este punto. Además, los fenómenos de la conciencia son de difícil análisis; por otra parte, si contara uno, tendría que contar todos los que con él se relacionasen, y acabaría haciendo un capítulo de psicología. Afirmo tan sólo que fue la fase más brillante de mi vida. Los cuadros

eran tristes; tenían la monotonía de la desgracia, que es tan aburrida como la del gozo, y tal vez peor. Pero la alegría que se lleva al alma de los enfermos y de los pobres es recompensa de algún valor; y no me digáis que es negativa, porque sólo la reciba el favorecido. No; yo la recibía de modo reflejo, y aún así era grande, tan grande que me daba excelente idea de mí mismo.

CLVIII

Dos encuentros

Al cabo de algunos años, tres o cuatro, estaba fastidiado del oficio y lo dejé, no sin dar un donativo importante, que me dio derecho a retrato en la sacristía. Pero no acabaré el capítulo sin decir que vi morir en el hospital de la Orden, adivinad a quién... a la linda Marcela; y la vi morir el mismo día en que, visitando una casa de vecindad, para distribuir limosnas, me encontré con... Ahora sí que no sois capaces de adivinar... me encontré con la flor del jardín, Eugenia, la hija de doña Eusebia y de Villaça, tan coja como la había dejado, y todavía más triste.

Ésta, al reconocirme, se puso pálida y bajó los ojos; pero fue cosa de un instante. Levantó luego la cabeza y me miró con mucha dignidad. Comprendí que no recibiría limosnas de mi bolsillo, y le tendí la mano, como hubiera hecho ante la esposa de un capitalista. Ella me saludó y se encerró en su cuarto. Nunca la volví a ver; no supe nada de su vida, ni si su madre había muerto, ni qué desastre la había empujado a semejante miseria. Sé que seguía siendo coja y triste. Y con esta impresión profunda llegué al hospital, en donde Marcela había entrado la víspera, y en donde la vi expirar media hora después, fea, flaca, decrepita...

CLIX

La semidemencia

Comprendí que estaba viejo y que me hacía falta una fuerza; pero Quincas Borba había salido seis meses antes a Minas Gerais, llevándose consigo la mejor de las filosofías. Volvió cuatro meses después, y se me entró por casa, cierta mañana, casi en el estado en que lo había visto en el *Passeio Público*. Se diferenciaba en que la mirada era otra. Estaba demente. Me contó que, con el fin de perfeccionar el humanitismo, había quemado todo el manuscrito e iba a recomenzarlo. La parte dogmática quedaba terminada, aunque no escrita; era la verdadera religión del futuro.

—¿Juras por Humanitas? —me preguntó.

—Bien sabes que sí.

La voz apenas podía salirme del pecho; y por cierto no había descubierto toda la cruel verdad. Quincas Borba no sólo estaba loco, sino que sabía que estaba loco, y ese resto de conciencia, como una débil lamparita en medio de las tinieblas, complicaba mucho el horror de la situación. Lo sabía, y no se irritaba contra el mal; por el contrario, me decía que era una nueva prueba de Humanitas, que así jugaba consigo misma. Me recitaba largos capítulos de su libro, y antífonas, y letanías espirituales; llegó incluso a reproducir una danza sagrada que había inventado para las ceremonias del humanitismo. La gracia lúgubre con que levantaba y sacudía las piernas era singularmente fantástica. Otras veces se apartaba a un rincón, con los ojos clavados en el vacío, unos ojos en que, de tiempo en tiempo, fulguraba un rayo persistente de razón, triste como una lágrima...

Murió poco tiempo después, en mi casa, jurando y repitiendo siempre que el dolor era una ilusión, y que Pangloss, el calumniado Pangloss, no era tan bobo como lo suponía Voltaire.

CLX

De las negativas

Entre la muerte de Quincas Borba y la mía mediaron los sucesos narrados en la primera parte del libro. El principal de ellos fue la invención del *emplasto Blas Cubas*, que murió conmigo por causa de la enfermedad que pesqué. Divino emplasto, tú me hubieras dado el primer lugar entre los hombres, la cima de la ciencia y de la riqueza, porque eras la genuina y directa inspiración del cielo. El destino decretó lo contrario; y ahí os quedáis vosotros eternamente hipocondriacos.

Este último capítulo es todo de negativas. No alcancé la celebridad del emplasto, no fui ministro, no fui califa, no conocí el matrimonio. Verdad es que, al lado de estas faltas, cúpome la buena fortuna de no comprar el pan con el sudor de mi frente. Otra cosa: no padecí la muerte de doña Plácida, ni la semidemencia de Quincas Borba. Sumadas unas cosas y otras, cualquier persona imaginará que no hubo mengua ni sobra, y por consiguiente que salí tablas con la vida. E imaginará mal; porque al llegar a este otro lado del misterio, me encontré con un pequeño saldo, que es la postrer negativa de este capítulo de negativas: No tuve hijos, no transmití a ningún ser el legado de nuestra miseria.



JOAQUIM MARIA MACHADO DE ASSIS (Brasil, 1839-1908). Narrador, poeta y ensayista brasileño, considerado uno de los grandes maestros de la literatura de su país. Nació en Río de Janeiro y era de ascendencia africana y portuguesa. Empezó a trabajar a los 17 años de aprendiz en una imprenta y comenzó a escribir en su tiempo libre. En 1869 era ya un escritor valorado. Sus obras más famosas están enraizadas en la tradición europea; sus estudios psicológicos, en su mayoría enmarcados en Río, tienen un tono pesimista urbano aliviado por su ingenio irónico en contraste con el estilo romántico y el énfasis regionalista y nacionalista predominante en la narrativa brasileña de aquel tiempo. En 1896, Machado de Assis fundó la Academia Brasileña de las Letras, y fue su presidente hasta su muerte.

Memorias póstumas de Brás Cubas (1881) es una narración en primera persona, en la que utiliza técnicas de asociación libre. Otras novelas importantes son: *Quincas Borba* (1891), *Dom Casmurro* (1900), estudio despiadado de los celos, considerada la obra maestra de Assis, y su última novela, otro relato en primera persona, *Diario de Aires* (1908). Se le considera un maestro del relato breve y también escribió poesía, ensayos y crítica literaria.

Notas

^[1] En la época, lugar en las inmediaciones de Rio de Janeiro; actualmente,

barrio de la ciudad. <<

[2] Un conto (de *reis*) equivalía a mil *milreis*, o sea, en la moneda actual, a mil *cruzeiros*; estos trescientos contos equivalían en la época a unas 30.000 o 35.000 libras esterlinas. <<

[3] Antigua moneda de plata, equivalente a 320 *reis*. <<

[4] “Capitán-mayor” (*capitão-mor*) se llamaba el gobernador de una capitania, nombre de las primeras divisiones administrativas del Brasil. <<

[5] En realidad, São Vicente —una de las primeras villas establecidas por los portugueses— fue fundada por Martín Afonso, en 1533. Blas Cubas, en cambio, fundó (también en el siglo XVI) el puerto de Santos, que es ahora el más importante del estado de São Paulo, al cual corresponde la antigua capitania de São Vicente. <<

[6] Uno de los departamentos en que se divide administrativamente el Distrito Federal brasileño. <<

[7] “Ñoñó” (*nhonhô*) y “yoyó” (*ioiô*) era el tratamiento que daban los esclavos negros del Brasil al amo o al hijo del amo: (*se*)*nhô*, *nhô chico*. Después vino a significar “el niño de la casa”, “el señorito”. <<

[8] El valor de la “dobla” (*dobra*), antigua moneda portuguesa, varió mucho en los diferentes reinados. <<

[9] Las personas mayores dan una *bênção* a los niños haciéndoles la señal de la cruz en la frente; es una especie de caricia; después los niños “piden” la *bênção*; también la piden los esclavos o libertos a su amo (*cf.* p. 143). <<

[10] La *mucama* era una esclava negra y joven a quien se escogía para que ayudase en los servicios domésticos o acompañase a las personas de la familia. <<

[11] La abolición de la esclavitud fue en el Brasil mucho más tardía que en las demás naciones hispanoamericanas: la idea, iniciada en 1870, triunfó en 1889. <<

[12] *Moleque* es el niño negro, hijo de esclavos. <<

[12 bis] Una de las más grandes fiestas en el Brasil de la época; san Antonio de Padua, como se sabe, nació en Portugal; en los países de habla portuguesa se le

llama Santo Ant6nio de Lisboa. <<

[13] El original dice "abuelo"; pero véase la p. 113; además, sabemos (p. 40) que Luis fue hijo de Damián Cubas, y que éste fue bisabuelo del padre de Blas. <<

[13 bis] Puerco castrado que se deja cebar. <<

[14] *As madres da Ajuda* dice el original. El convento "da Ajuda" fue uno de los más célebres de Rio de Janeiro durante la Colonia. <<

[15] El original dice *o juiz-de-fora*, nombre de cierto cargo de la magistratura en la época colonial. <<

[16] Manuel Maria Barbosa du Bocage, "Elmano Sadino" (1765-1805), célebre poeta portugués que encabezó el grupo de la "Nova Arcadia" y escribió poemas revolucionarios y antirreligiosos. <<

[17] Cierta dulce hecho del rizoma del ñame. <<

[18] "Género de canción amorosa y sentimental... Nacida en la segunda mitad del siglo XVIII, fue, hasta la segunda mitad del siglo XIX, música exclusivamente de salón." Véase Oneyda Alvarenga, *Música popular brasileira*, México, Fondo de Cultura Económica (Colección Tierra Firme, núm. 33), 1947, pp. 232 ss. <<

[18 bis] El *oitavado* fue una danza popular portuguesa del siglo XVIII. <<

[19] São Paulo de Loanda, capital de Angola, en el África occidental portuguesa. <<

[20] Ant6nio José da Silva (1705-1739), apodado "o Judeu" por su origen israelita, es quizá, después de Gil Vicente, el más grande autor dramático de la literatura portuguesa. Nació en Rio de Janeiro, pero a los siete años partió a Portugal; murió quemado por la Inquisición. <<

[21] Los morros o cerros que se levantan, aquí y allá, en plena ciudad de Rio de Janeiro, separando unos de otros los diferentes barrios, todos, morros y barrios, con su nombre particular. <<

[22] Este nombre de calle puede ser meramente simbólico; significa "Calle del Piojo". <<

[23] Porque *barata* significa “cucaracha”. <<

[24] Diminutivo familiar de Joaquín. <<

[25] En español en el original. <<

[26] Uno de los barrios de Rio de Janeiro. <<

[27] Véase la nota [8]. <<

[28] En español en el original. <<

[29] Entre 1.000 y 1.300 libras esterlinas, según el cambio de la época. <<

[30] Bebida refrescante hecha de harina de arroz o de maíz tostado con agua, y fermentada con azúcar en vasijas de barro. <<

[31] La *Rua dos Ourives* o Calle de los Orfebres es una de las más céntricas de Rio, y en ella se encuentran hasta la fecha las joyerías más lujosas. <<

[32] Antigua moneda portuguesa, con valor de 400 *reis*. <<

[33] El *vintém* (plural *vintens*) es moneda ínfima, con valor de veinte reis; se dice *estar sem vintém* por “no tener un céntimo”. <<

[34] Véase la nota [6]. <<

[35] Palabra brasileña (pronunciar *yururú*) que significa “triste, melancólico, abatido”. <<

[36] La Regencia se estableció durante la minoría de D. Pedro II; los regentes fueron sucesivamente José da Costa Carvalho (1831-1835), el P. Diôgo Antônio Feijó (1835-1837) y Pedro de Araújo Lima (1837-1840). <<

[37] Evaristo da Veiga es una de las figuras más célebres de este tiempo; periodista, librero y político, contribuyó con su pluma a la abdicación de D. Pedro I. <<

[38] Suburbio de Rio de Janeiro. <<

[39] Son las primeras palabras de la *Eneida*. <<

^[40] En el siglo pasado se prefería usar la palabra *largo* en lugar de *praça*, “plaza”. El *Largo* de São Francisco de Paula es el más notable; es muy céntrico (en él desemboca la *Rua do Ouvidor*); lo flanquean la iglesia de San Francisco de Paula y la célebre Facultad de Ingeniería. <<

^[41] Don José (Manuel) I, rey de Portugal de 1750 a 1777. <<

^[42] El hermoso palacio de Cattete es hoy residencia del presidente de la República. <<

^[43] El personaje del *Candide* de Voltaire. <<

^[44] La *Rua do Ouvidor* (Calle del Oidor) sigue siendo la de los grandes diarios y de las imprentas de mayor importancia. <<

^[45] El Primer Imperio va de 1822 a 1831 (D. Pedro I); el Segundo, de 1840 a 1889 (D. Pedro II); entre ambos está la Regencia (1831-1840), durante la minoría de D. Pedro II. <<

^[46] El barrio aristocrático por excelencia, situado a orillas de la bahía de Rio de Janeiro; es escenario muy frecuente de las novelas y cuentos de Machado de Assis. <<

^[47] Estos cinco contos equivalían en la época a unas quinientas o seiscientas libras esterlinas. <<

^[48] Sin duda Manuel Bernardes (1644-1710), teólogo y poeta, uno de los clásicos de la literatura portuguesa. <<

^[49] El *Passeio Público* es un amplio y hermosísimo jardín; en la época estaba allí el Teatro Lírico; actualmente es la zona de las más elegantes salas de cine. <<

^[49 bis] El tirano austriaco que hostilizó a Guillermo Tell. <<

^[50] El jesuita Antonio Vieira, orador notabilísimo del siglo XVII, era portugués, pero pasó gran parte de su vida en el Brasil. Sor Juana Inés de la Cruz impugnó uno de sus sermones en la célebre *Carta atenagórica*. <<

^[51] Alimento popular hecho de harina de maíz (*fubá*), de mandioca o de arroz, con agua y sal, y cocido al fuego; el *vintém* es la moneda ínfima. <<

[52] Unos diez chelines, según el cambio de la época. <<

[53] El original dice: "... el hombre de ahora con el de antaño". <<

[54] Célebre soprano italiana que, habiendo ido al Brasil en 1844 con una compañía lírica, se aficionó tanto al país, que en él estableció su residencia. <<

[55] Uno de los barrios de Rio de Janeiro. <<

[56] En la época, unos cinco peniques. <<

[57] El *tostão* —“tostón” diríamos en español— (plural *tostões*) es una antigua moneda de níquel que valía cien *reis* (en la moneda actual, diez céntimos de *cruzeiro*). <<

[57 bis] Tratamiento familiar de las señoritas de la casa (en portugués *iaiá*), sobre todo en boca de esclavos o criados; hoy está en desuso. <<

[58] Especie de violín de fabricación popular; tiene un sonido gangoso y triste. <<

[59] Estos cuatrocientos contos equivalían en la época a unas 45.000 libras esterlinas. <<

[60] El rey de Portugal que huyó de Lisboa al Brasil (desembarcó en Bahía en enero de 1808) ante la invasión napoleónica. Don Juan VI gobernó como emperador del Brasil de 1808 a 1821. <<

[61] De acuerdo con el tipo de cambio de la época, el precio de la casa oscilaba entre 3.400 y 3.500 libras esterlinas. <<

[61 bis] Esta revolución fue la que hizo abdicar a D. Pedro I, que tuvo que embarcarse para Europa. <<

[62] En 1831 comenzó a gobernar como regente José da Costa Carvalho (*cf.* la nota 36). <<

[63] Véase la nota [54]. <<

[64] Mote pintoresco dado en el Brasil a los ingleses; *godeme* significa “bofetada, puñetazo en la cara”. <<

[65] La “Playa del Flamenco” es la más cercana al centro de Rio. <<

[66] En el Brasil, juguete hecho de cuero y plumas que se lanza al aire con la palma de la mano. <<

[67] Los *botocudos* eran indios de Minas Gerais y regiones vecinas que usaban un *botoque* o pedazo de palo en agujeros que se hacían en el lóbulo de las orejas y en el labio inferior. <<

[68] Esto es, del Morro do Livramento. <<

[69] Véase la nota [57]. <<

[70] El ministerio encabezado por el marqués de Paraná (1853-1856). <<

[71] El “callejón de las escalerillas”. <<

[72] Ciudad veraniega, en el estado de Rio de Janeiro; su población ha aumentado mucho en este siglo. <<